

El Metralla

Andanzas de un sublevado



Manuel Avilés

El Metralla es un desclasado, un anarquista visceral e irreprimible, un marginal contra el sistema. El Metralla es un hombre pisoteado siempre por las circunstancias, que conserva, a trancas y barrancas, la dignidad de quien no se ha dejado acorralar por la miseria ni doblar por los años.

Manuel Avilés, por medio del personaje principal de la obra, y a través del narrador, mezcla realidad y ficción, y nos da una vuelta intensa y extensa por la España del franquismo y del hambre. Incluso por sus oscuras cárceles y por los luctuosos hechos acaecidos en ellas cuando la Dictadura tocaba a su fin.

Antonio Asunción

El Metralla

Andanzas de un sublevado




ECU NARRATIVA

Manuel Avilés

Manuel Avilés

EL METRALLA

Andanzas de un sublevado

A mi madre.

¡Cuánto le habría gustado leer este libro!

A Adrián López, magnífico escritor y mejor persona.

*A mis amigos de Comisión Cívica
para la recuperación de la Memoria Histórica.*

*A tantos trabajadores, buenas personas,
como hay en Instituciones Penitenciarias.*

Hace algún tiempo, en una página inicial como ésta, al principio de un libro anterior, expresaba una idea de la que cada día estoy más convencido: uno de los indicativos de haber tenido una vida intensa y de calidad, es el número y la categoría humana de los amigos que se atesoran a lo largo de ella. —Uso con toda intención el verbo atesurar.

Me felicitaba entonces y me felicito hoy porque en mi vida hay, por lo menos, tres o cuatro amigos más que cuando publiqué los libros anteriores. Me felicité y me felicito por tener los amigos que tengo. A todos ellos les agradezco su ánimo, su ayuda incluso documental, y el haber soportado la paliza que les he dado con esta novela.

Sé que posiblemente soy un pelmazo, pero no me importa porque es de justicia citarlos.

Le doy las gracias a Carlos Salinas, un funcionario como la copa de un pino, que conoce las prisiones como poca gente y que lleva mil años trabajando en ellas. Ha vivido el pase de la dictadura a la democracia y siempre ha sido un trabajador incansable por los derechos humanos dentro de las mismas.

Agradezco su ayuda a Gonzalo Eulogio, un abogado alicantino que sabe de cine más que nadie de los que conozco y que me ha atendido siempre con cordialidad y dedicación. Cada vez que se lo he pedido, él ha estado ahí.

No puedo olvidar, porque no lo he hecho en los anteriores libros, ni en los que posiblemente escriba todavía —noten la amenaza—, a María Ángeles Tena. Si le preguntan a ella dirá que no ha hecho nada, que no ha tenido la mínima participación en lo escrito. No es mi musa, que las musas no existen pero sí es mi conciencia. Cada frase que pongo sobre el papel, antes de escribirla, pienso ¿le gustará cuando la lea? ¿Pensará que está bien escrita? Ella es mi libro de estilo.

He de referirme por fuerza a mi gran amigo Juan Alberto Belloch que, en medio del jaleo que se lleva entre manos con el programa del agua en

Zaragoza 2008 —un exitazo, ya verán ustedes, porque este hombre gestiona como pocos lo que coge entre sus manos—, ha encontrado hueco para leer este libro y tirarme de las orejas si me he pasado con la imaginación en algunas afirmaciones y aventuras.

La misma expresión de agradecimiento vale para mi gran amigo Antonio Asunción. También él tiene el día entero ocupado, ahora no como político sino como empresario, lo cual es casi más duro, y no obstante, encuentra siempre un momento para una charla, una opinión o matiz acertado sobre cualquier tema con la prudencia y el tino que lo caracterizan.

Gracias a Sonia Gonzálvez que, desinteresadamente, ha mejorado el texto, corrigiendo hasta donde le hemos dejado.

Mi amigo José María Ortiz de Solórzano es un joven escritor de 82 años que me ha ayudado con sus observaciones y su memoria porque él es una memoria viviente.

Tengo que estar infinitamente agradecido a mis amigos de Tárбena, a Jesús Molines y a su hijo José, a Vicente Perles Moncho —nieto del maestro que cito abundantemente en este libro— y a Sebastián Signes. Todos me han aportado sus conocimientos de la época e incluso bibliografía abundante sobre la misma para hacer del libro un escrito fiel a determinadas vidas e historias de gentes reales, pese a ser sólo un ejercicio literario y no un libro de historia de España.

No puedo dejar de citar a Verónica que, horaño y metido de lleno en la escritura me soporta a diario.

Es una suerte contar con personas así en mi vida. Una suerte que muchos ya quisieran y que ni se imaginan a qué sabe tener hombres y mujeres así junto a ti y a tu alrededor.

Todos los personajes novelados que aparecen en las páginas siguientes —aviso para suspicaces y paranoicos— son novelados, con perdón de la redundancia, fruto exclusivo de la imaginación. Si alguien se siente identificado para bien, me alegro infinito. Si alguien se siente identificado para mal, se equivoca, ahórrese las querellas. No me estoy refiriendo a él. O mejor, interponga una o más de una, que meter una novela en los juzgados es

siempre un buen instrumento publicitario. Podría ser hasta un honor —no escribo para ganar dinero, que escribir en España sigue siendo llorar como en tiempos de Larra— llegar a pisar la cárcel por escribir, como antes hicieron tantos otros autores. Desde Cervantes hasta Quevedo, desde Pablo Olavide hasta Melchor de Macanaz, desde Miguel Hernández hasta Buero Vallejo, desde Diderot hasta Voltaire —líbrenme todos los dioses de pretender compararme con ellos—. Por suerte, hoy y aquí, eso ya no se estila.

Este libro sólo ha pretendido ser un ejercicio de memoria, de imaginación y de libertad literaria, una forma de reírme —a veces, otras no— de la realidad, lo que no es nada fácil con lo que uno ve a su alrededor, aún todos los días.

Manuel Avilés

*Sólo morir permanece
como la más inmutable razón,
vivir es un accidente,
un ejercicio de gozo y dolor.*

L. E. Aute.

PRIMEROS INTENTOS, O ACERCA DE MI FRACASO Y MIS CALENTAMIENTOS DE CABEZA

Cuando te mandan a freír monos o espárragos —expresión utilizada por gente bien hablada, de la “beautiful people”, de colegio de monjas de los de antes—, o a hacer gárgaras —un poco más expeditiva que la anterior y también de colegio de pago—, o cuando te mandan directamente a tomar por el mismísimo culo —expresión contundente, grosera, definitiva e inapelable, de escuela nacional, de instituto de bachillerato con pintadas en los váteres, de colegas de botellón—, o a que te la pique un pollo o te folle un pez —más grosero y peor que todo lo anterior—, lo normal es que te sientas frustrado ante algo que querías y no has logrado. La frustración, dicen los psicólogos, genera agresividad. Otras veces agudiza el ingenio.

La Administración, las direcciones generales, las subsecretarías, las delegaciones de algo —aunque sea algo inservible normalmente— las secretarías generales técnicas y los ministerios, no utilizan, evidentemente, la expresión soez y políticamente incorrecta: ¡Váyase usted a tomar por el culo! ¡Anda y que te la pique un pollo! Usan muchas veces, casi siempre, el silencio administrativo. La callada como respuesta. Ese mutismo inquietante quiere decir que no, que lo que has pedido no te lo conceden. Otras veces, si se dignan contestar, te dicen algo así como: “De conformidad con lo que prescriben los artículos 47 y siguientes de la Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo y demás concordantes en nuestro ordenamiento jurídico, bla, bla, bla.... “no procede acceder a su petición, porque no puede ser y además es imposible”. Contra la presente resolución puede interponer recurso Contencioso Administrativo ante el Tribunal y bla, bla, bla y sigue la verborrea jurídico, administrativa e ininteligible. Y uno, resignado, se dice a sí

mismo: ¡A qué cojones voy a interponer yo nada! ¡Que os folle un pez a vosotros y os la pique un pollo a la vez, todo junto!

Tuve una primera idea, antes de ponerme a escribir esto, quería hacer una novela histórica que se desarrollara en los últimos años del franquismo. Incluso hay ya algunas cosas escritas que duermen, por ahora, el sueño de los justos.

No ha podido ser. Sumiso y disciplinado, pedí los permisos pertinentes para acceder a esos silenciosos sótanos —¡qué manía la de guardar los papeles viejos en sótanos!—. Recibí una contestación, que transcribo de manera no del todo literal: “La ley de conservación del patrimonio histórico, la que hace referencia a qué se puede y qué no se puede investigar, dice que se esté usted quietecito. Que se calle usted, que callado está más guapo y que deje de tocar los cojones y de meter las narices donde no le importa, que más vale dejar las cosas como están y no revolver en las trastiendas. Que son todos ustedes unos cabrones de cuidado y andan resucitando fantasmas y buscando el enfrentamiento entre los buenos españoles y los capullos de toda la vida. Esos están muertos y bien muertos, que para eso mandamos los que ganamos aquella gloriosa cruzada contra la barbarie roja, y no va a venir ahora el primer gilipollas al que se le ocurra a levantar alfombras y a sacar a la luz lo que no debe saberse. ¡Listo, que eres un listo!”.

Los papeles que quería ver, para no meter la pata desde el punto de vista histórico, no he podido revisarlos, no me han dejado, para ser claro, que ya saben aquello de... “al pan, pan y al vino... como locos”.

Hay que esperar veinticinco años para tener acceso a esos sitios tan sagrados y a esos papeles tan importantes. No creo que entonces esté yo —que ando ya bastante tocado del ala— para andar manejando legajos, ni para tragar polvo en sitios llenos de mamotretos amarillentos, con tinta descolorida y plagados de telarañas. De todas formas, la negativa de la administración a desvelar sus archivos, no me ha generado el más mínimo sentimiento de agresividad, que según los expertos en ciencias de la conducta, nace de toda frustración. Si no puedo leerlo, tendré que echar mano de la memoria. Si no puedo refrescarla, tendré que inventármelo, que la imaginación es la esencia de la novela.

Hace muchos años ya lo dijo José Cadalso —¡qué apellido tan penitenciario!—: “La verdad no ata las manos de los escritores, antes suelen ellos atacarla a ella, y cortarle las piernas, y sacarle los ojos, y taparle la boca”. No espero yo machacar la verdad, ni hacerla trozos, pero sí permitirme algunas licencias de novelista que no es cronista exacto, ni publica memorias autobiográficas.

No me he puesto agresivo por el portazo en las narices. Casi me ha hecho feliz la negativa oficial porque siempre podré echarle a alguien las culpas, si lo que escribo es un bodrio. Fue cosa de la censura, diré. Se cerraron en banda. No me dejaron consultar las fuentes.

Que no me hayan permitido —no era el gobierno que hay ahora, fríe el anterior—, que no me hayan permitido, digo, entrar en esos sótanos lúgubres y atestados de secretos, casi me ha venido bien. Me he cultivado, he cogido cultura. Soy ahora un poco menos analfabeto que antes de ponerme a esta tarea.

Me he pegado un buen atracón de Paul Preston y de Ian Gibson. He tomado notas de Gerard Brenan y su “Laberinto español”, y me he tragado varios tarugos más que respetables sobre la política y la religión en el régimen de Franco. He leído, de manera pausada y reflexiva, tomando apuntes como los buenos estudiantes para sacar provecho, a Santos Juliá en su “Violencia política en la España del siglo XX”, a Javier Figuero en ese libro que tiene título de coplilla republicana “Si los curas y frailes supieran...”, a Bardavío y Sinova en “Todo Franco”.

He tenido que empaparme, disfrutando, de un magnífico libro de Secundino Serrano sobre *El Maquis, la guerrilla antifranquista*. Me he reído de buenísima gana con “La manicura del tigre. Franco y sus generales”, de Gabriel Cardona y hasta me he merendado *Las confesiones* de Monseñor Vicente Enrique y Tarancón, aquel cardenal atípico, demócrata parece que sincero, socarrón y campechano a quien los fascistas acusaban de blandengue insultándolo a voz en grito: ¡Mantequilla, mantequilla! Y lo crucificaban en los inicios de la transición con una frase tan corta como amenazante y contundente: ¡Tarancón al paredón! Y desde luego, en el paredón habría acabado el cardenal de la

permanente colilla en los labios, si aquella recua hubiese triunfado en sus renovados y múltiples intentos de tumbar una democracia que en sus inicios era débil como una novicia clarisa, y frágil y quebradiza como la virginidad de la novia adolescente de un torero ibérico.

Ha sido una delicia leer a Julián Casanova en su última obra, “Morir, matar, sobrevivir” y en la anterior, “La Iglesia de Franco”, del mismo modo que no es posible pasar por alto “Toda España era una cárcel” de Rodolfo y Daniel Serrano.

Dense todos aquí por citados, que de todos soy deudor y a ninguno he copiado, porque mi siguiente paso, después de este libro, será fundar una liga contra la intertextualidad. Es imposible, no obstante, intentar, como Descartes, hacer tabla rasa de todo lo precedente y partir de cero. Uno arrastra necesariamente todo aquello a lo que ha tenido acceso, todo lo anterior, que después de oído y leído, llevamos grabado en las neuronas, aunque no nos demos cuenta expresamente.

No sigo con la documentación previa. No quiero aburrirte, parecerle un paranoico prolíjo, resultar un tío cargante y que tires el libro antes de empezarlo. Sólo quiero dejar claro que este libro iba a ser otro y que, como la realidad tiene su propia dinámica que se nos escapa de las manos la mayor parte de las veces, ése otro, no sé si algún día será puesto sobre el papel. No voy a desvelar el argumento de la inacabada, hoy que está de moda intertextualizar —una manera suave y rara de llamar al plagio, a la copia burda, al fusilamiento de la obra ajena sin el mínimo escrúpulo—, no sea que algún cazador furtivo me lo acabe machacando.

Ya salió a la palestra el inevitable y omnipresente rasgo paranoide en cualquier escritor celoso de su obra.

Hablo en esa novela histórica incompleta de las últimas boqueadas del Franquismo, de sus estertores, de su agonía cruenta con tiros de mosquetones, recién engrasados, contra el paredón. Hablo del Nacional-Catolicismo que comenzó a extinguirse a la vez que el general volviendo demócratas y liberales de golpe a quienes habían sido más fieros que Torquemada en la defensa del dogma militar-teista, hablo de los curas obreros

comunistas que pronunciaban sermones fuera de tiesto y políticamente incorrectos. Aquellos curas contestones e irregulares, nada piadosos, que generaban úlceras gástricas en los gobernadores civiles de la época, que ponían enfermos a los jerarcas del solideo y daban con sus huesos en la famosa cárcel Concordataria de Zamora.

Era aquella una cárcel privilegiada en la que, por los acuerdos Iglesia-Estado, aterrizaban curas de todos los pelajes para cumplir de una manera exclusiva y mimada, condenas no sólo políticas. El famoso concordato entre España y la Santa Sede daba carta de naturaleza y cobertura jurídica —para que los jerarcas del régimen pudiesen andar con la conciencia tranquila y los prelados y sus secuaces cómodos— a una relación de especial privilegio entre dos Estados.

El primero ocupado por un poder golpista, militarizado y casi hambriento en sus bases, que lo sostenían con una mezcla inexplicable de miedo, hambre y afán de mejorar sin salir de la miseria.

El segundo poder firmante del pacto era espiritual y opulento, con patente de corso en materia de ultratumba y que se aprovechaba empecinadamente de la ventaja que da convencer a los analfabetos de que tienen hilo directo con quien soluciona los problemas después de muerto. Estos tipos de sotanas coloradas y sortijones horteras, como de gitano de mercadillo, siempre han rentabilizado el cuento moruno, la fabulación intragable —válida sólo para espíritus acríticos y borreguiles—, de que ellos son quienes tienen las llaves del cielo y del infierno, la capacidad de dar el pasaporte para la felicidad o la condenación eterna.

De alguna manera tenía Franco que premiar el revestimiento de Cruzada religiosa, que hizo la Iglesia Católica de esa masacre entre hermanos, tras el fracasado Alzamiento Nacional, tras la Guerra Civil.

En virtud de esos pactos, los curas no iban a la mili—ahora no va nadie—, la Iglesia no pagaba impuestos —ahora tampoco— y tenía reservado el acceso a todos sus secretos.

Un libro no es un artículo de prensa y tiene que pasar, por fuerza, de puntillas sobre los acontecimientos diarios en un intento de alargar su vigencia. No obstante no es posible pasar por alto recientes batiburrillos económicos de inversiones y cuentas a plazo a fijo, en los que los que más de un eclesiástico ha salido trasquilado y en los que se ha invocado incluso, de manera espuria la relación de especial consideración entre el catolicismo y el Estado, para no pagar a Hacienda impuestos como todo hijo de vecino por actividades que nada tienen de espirituales.

Ya me habría gustado a mí que aquel pobre idealista, Jesús de Nazaret, estuviera realmente vivo. Habría querido preguntarle su opinión sobre la Banca Vaticana, que con lenguaje biensonante llaman Instituto para las Obras de Religión, sobre el cardenal Marzinkus o sobre las inversiones de tantos eclesiásticos, de tantas congregaciones y órdenes religiosas españolas en la famosa Gescartera. Por poner sólo un ejemplo.

Vuelvo al asunto, que se me va la olla. Allí y entonces, cuando Franco estaba a punto de rendir cuentas “ante Dios y ante la historia”, a pesar de las atenciones del equipo médico habitual y a pesar de que quien dirigía ese equipo era su yerno —el Marqués de Villaverde, vividor, aprovechado y médico incompetente donde los hubiese—; por aquella época, en la cárcel zamorana antes citada y por ese concordato que los privilegiaba, ingresaban como preventivos o como penados, curas metidos en chirona por el Tribunal de Orden Público. El famoso T.O.P., antecedente inmediato de la Audiencia Nacional.

No conozco ningún caso de arresto gubernativo. Aquellos los ordenaba el gobernador de turno en aplicación de La Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, antes de Vagos y Maleantes. La “Peligrosa” o La “Gandula”. Así llamaban a aquel engendro, indistintamente, para ahorrar boato, los desgraciados que eran sujeto pasivo y objetivo inmediato de tal legislación. Por llamarla de alguna manera, porque aquello más que una legislación seria y jurídicamente coherente, era una mala ocurrencia en una noche de insomnio, una manifestación palpable de que no siempre lo que es legal es justo y de que muchas veces las leyes, que los que mandan se inventan, tienen poco que ver

con el sentido común y la famosa equidad que debe inspirar toda decisión política en beneficio del pueblo.

El sentido común, tan invocado, tampoco fue nunca el fuerte de aquellos espadones metidos a estadistas, que lo suyo eran los fusilamientos, el arrasar pueblos enteros que resistían a las fuerzas de liberación y no el sutil arte de legislar en pos del bien común y para todos.

Por ese motivo —por el T.O.P. no por la Gandula— ingresó, un ejemplo, Paco García Salve. Las autoridades de la época y los especialistas en Ciencias de la Conducta lo etiquetaban como psicópata fanático con delirios mesiánicos y afán de notoriedad. Un excéntrico, un iluminado, un mesiánico, un locazo de libro, vamos.

Era, sin embargo, un cura ídolo para los estudiantes de entonces, los que vivíamos enamorados de la teología de la liberación y añorábamos vivir entre los desheredados de la tierra. Muchos de aquellos, mudada su ideología altruista, ahora tienen chalet grande con parcela, se han apuntado al Club del Audi e incluso del Mercedes, del Jaguar y el Bentley. Esos líderes ciudadanos que van ya por la tercera o la cuarta mujer, queridas aparte, que éas no cuentan por ser mujeres fáciles, reposo del guerrero y alegría para la entepierna de prohombres aburridos e incapaces de disfrutar —como sólo ellos se merecen— con la legítima.

El tal Paco García Salve —a saber qué habrá sido de él, que ya me gustaría a mí saberlo y pegarme una buena parrafada recordando viejos tiempos— escribió un libro, que era entonces la Biblia del rojerío progre y comprometido, el catecismo de mentes idílicas, idealistas e inocentes, que creían que iban a poder cambiar el mundo. “Yo creo en la esperanza”, me parece que se llamaba y no he podido encontrarlo, aunque estoy seguro de que andará arrumbado en más de una biblioteca claretiana o jesuítica, a la que —como no puede ser de otra forma— tengo absolutamente vedado el acceso. Lo mismo que me lo han negado, a los cajones antes dichos, los mandatarios del gobierno conservador, dicho así para ser suaves.

Otros dicen que ese libro de la fe y la esperanza lo escribió José M^a Diez Alegría, otro jesuita, colega del tal Paco, progre, rojo y antisistema, que no dio

con sus huesos en la trena porque era hijo de un alto cargo del Banco de España y hermano de un general de aviación franquista. Y eso siempre proporciona un cierto blindaje cuando son sus “compañeros de armas” los que parten el bacalao y la pana, que de todos es sabido hasta qué punto hacen falta los padrinos y sin ellos nadie se bautiza, y hasta qué punto es verdad —en el país de los enhufes— que hacen falta recomendaciones hasta para encontrar un sitio menos incómodo en el infierno.

Paco García Salve no tenía las mismas agarraderas, y aterrizó en la cárcel concordataria mencionada por delitos contra la seguridad interior del Estado. No sé si el libro de marras tuvo algo que ver o no, porque sí es cierto que, desde siempre, la literatura ha sido considerada por los elementos reaccionarios, una actividad insalubre, nociva y peligrosa.

Compartía, el tal Paco, un cura destortalado y gradullón, ninguna lumbre teológica, pasillos, celdas, rancho carcelario y patios, con varios curas etarras —Etxabe, Gabica o Julen Calzada, por citar sólo algunos— que participaron en los primeros atentados sangrientos de la banda y en su primera, básica y precaria estructuración. Aquellos curas trabucaires no fueron más que precursores de los que muchos años después continuarían colaborando con una banda anacrónica que pretendía, cosa imposible, ser progresista y se llamaba —engañándose— buscadora de libertades.

El estreno de la banda consistió en un atentado con bomba en la vía férrea contra un tren de alfereces provisionales, que sólo ocasionó daños materiales. Iban a participar en un acto de exaltación fascista el 18 de julio del 61, en San Sebastián. Años después tuvo lugar la muerte del guardia civil José Pardines que, por error, paró a unos etarras para ponerles una multa de tráfico. Luego vino la muerte del inspector de policía Melitón Manzanas, al que todavía hoy siguen tachando de torturador y al que polémicamente y a título póstumo le han dado —los conservadores— no sé qué medalla a no sé qué mérito. No soy partidario de que se mate a nadie, pero tampoco lo soy de que alguien, una vez muerto, si fue un torturador, un fascista, un meapilas, un vago o lo que fuese, quede redimido por la muerte y todo el mundo exclame con unción y honrando su memoria: ¡Con lo bueno que era...!

Lo que ha pasado posteriormente, con la banda etarra, lo sabemos todos. Los periódicos nos han inundado con detalles de todos y cada uno de los atentados, de todas y cada una de las operaciones antiterroristas, de las detenciones, las excarcelaciones, los comunicados y las treguas y altos el fuego, que la banda a estas alturas parece más una oficina de comunicación y marketing. Después de cada hecho, luctuoso o no, multitud de autores y analistas nos han inundado con libros y con artículos, hechos muchos de ellos con recortes de los periódicos antes citados. La banda, que tantos y tan graves quebraderos de cabeza ha dado después y que no sabemos si seguirá dando, a principios de los setenta era vista como un problema menor, casi un acicate para seguir “dando estopa” a los insurgentes.

Desde sus poltronas ministeriales, desde sus alfombras castrenses, desde sus bares de oficiales con botas de caña alta, sus salas de banderas y sus clubes de equitación y alcohol a bajo precio, militarotes semianalfabetos la consideraron durante bastante tiempo un grupo de chavales, de niños bien del PNV y del clero jesuítico, rojazo y progresista, que no llegaban en capacidad, ni por asomo, a los maquis: Unos guerrilleros, inadaptados tras la guerra, a los que tan fácil había resultado aniquilar de hambre, de piojos y de sífilis en las montañas de esa unidad de destino en lo universal que era la España Imperial.

Tal imperio nadie sabía muy bien dónde quedaba ya a esas alturas, pero ellos sacaban pecho diciendo: “Esa mariconada, a esos niñatos vascos, refugiados y organizados en las casas parroquiales, los arreglo yo en dos semanas con un par de banderas de la Legión, que dejan aquello como un sembrado”.

La banda demostró, que el asunto no era tan fácil, que no era broma, que sus tiros no eran de juguete y que su capacidad letal debía ser tenida en consideración, cuando hizo que el almirante Carrero subiese a los altares — mejor dicho al tejado del convento de los Jesuitas de Claudio Coello— inmediatamente después de comulgar en esa Iglesia.

Se comentó en muchos sitios, en la cárcel también lógicamente, que el atentado y muerte de Carrero, había tenido lugar con el consentimiento y el conocimiento de los americanos —esos siempre andan en todas las salsas en las que se cueza poder o en las que se maneje organización de un estado—.

Con el conocimiento y el consentimiento de la CIA, para hablar con propiedad, la agencia de inteligencia que metía y mete las narices en todos los lados, que quita y pone dictadores a su antojo, y que organiza golpes de Estado en repúblicas bananeras para sustituir un desmadre por otro peor. Todo el mundo se hacía cruces entonces, y se decía que Henry Kissinger aprobó el magnicidio. De lo contrario, habría sido absolutamente imposible que, a cien metros de la embajada americana en Madrid, cuatro chavales alquilaran un bajo, se hicieran pasar por escultores para justificar los golpes que se oían en la casa, excavaran un túnel hasta el centro de la calle y colocaran los cincuenta kilos de dinamita que lanzaron a un quinto piso el Dodge Dart blindado del almirante, sin que nadie se enterara de que algo raro pasaba en aquel sitio.

Dicen las malas lenguas que Carrero era un obstáculo para la evolución lógica del país hacia la apertura y el cambio político imprescindible y, por eso, dejaron que otros se lo quitaran de en medio, usándolos como “tontos útiles”. Se oía en todos los ámbitos que Carrero era el sucesor natural de Franco porque era el único del que se fiaba, que Franco era un desconfiado crónico, patológico, pertinaz e irrecuperable. Y que sólo se fiaba de Carrero porque lo conocía casi desde que era cabo y porque diseñó la estrategia de dar largas y de torear a Hitler —en aquella reunión famosa en la estación de Hendaya— para no meterse en la guerra mundial y poder estar “al caldo y a las tajadas”, tanto si los alemanes ganaban como si perdían, que esa es una técnica muy socorrida por gentes de todos los sitios y de todos los pelajes que les gusta estar a un santo y a otro y así pueden decir aquello de: “creía que íbamos a ganar los de izquierdas y resulta que hemos ganado los de derechas”.

Así son las cosas en la política y en sus intríngulis. Y nunca sabes si es mejor que te nombren algo o que te cesen de algo, o que no te nombren nada y no sepan ni siquiera que existes, que luego todo son zancadillas y puñaladas traperas por la espalda, aunque algo tendrá el mando cuando todo el mundo busca mandar y todos se pegan como locos para pillar un sillón y una tarima a la que subirse y que haya un montón de gente que se pegue de ostias por hacerles la pelota y se les ponga de rodillas y se les cuadre y les haga reverencias.

El caso es que a Carrero lo hizo Franco Presidente del Gobierno, el caso es que se fiaba de él y eso le costó ser el cabeza de turco de la Operación Ogro. El caso es que eso no le habría pasado si se hubiese limitado a la navegación que era lo suyo. Se lo quitaron de en medio por lo que significaba y por el destino que le esperaba, que dicen todos los consultados que era el brazo ejecutor de Franco, un furibundo antifalangista —como el caudillo— y un ferviente seguidor del Opus. Otros que, como los yanquis, están en todas las salsas en las que se huela a poder.

Yo creo que nunca se sabrá si realmente los espías yanquis lo sabían, o no lo sabían, o lo permitieron o lo dejaron de permitir. Se planean las operaciones, se analizan los pros y contras de cada opción, se decide y se matan moscas a cañonazos, sin que nadie sepa muy bien de dónde viene la orden, quién la dio, quién lo supo y quién lo consintió, que todo eso queda difuminado y oscurecido detrás de una telaraña que no hay Dios capaz de desentrañar.

Carrero el marino fue también creador del primer gran servicio de espionaje de España, el Seced, una mierda de servicio de información por los resultados, porque poco debieron de espiar o si lo hicieron no se enteraron de nada, cuando les mataron al jefe delante de sus narices.

Luego —tras el magnicidio, que es como hay que llamar a los asesinatos de gente muy principal— pregunta al maestro armero, que siempre habrá una persona interpuesta, algún pardillo que pagará el pato, y... todos tan contentos si el resultado es el apetecido, que en la política —aunque nadie quiera reconocerlo— prima la máxima maquiavélica y el fin siempre justifica los medios. No existen los sentimientos sino las tácticas. No existen las personas particulares con sus problemas y sus circunstancias. Existen intereses, objetivos estratégicos de dominio y de poder. Existen fines económicos o políticos, y a ellos se sacrifica todo lo demás. Maquiavelo, el de la máxima de antes —paradigma para algunos ignorantes de individuo retorcido, frío y planificador— se revela hoy inocente como una tierna novicia mercedaria, si echamos una mirada a nuestro alrededor y vemos el proceder del último concejalillo de tercera división, en muchas ocasiones un analfabeto funcional, aupado a la política tras cualquier contubernio o conspiración, tras

un pacto vergonzante, o tras pasar por alguna cama anónima —aunque con personaje conocido— en postura más que indecorosa.

La misa diaria del militar beato —vuelvo a Carrero, que me disperso— se reveló más dañina que el colesterol, que la hipertensión, que las anginas de pecho y que el cáncer de próstata. Más letal que los navajazos traperos que abundan en la política, hasta en los círculos más derechistas en los que se invoca de continuo al honor, a la hombría de bien, a la rectitud, al ir siempre de frente y al cumplimiento de la palabra dada. Más dañina fue la misa, y la comunión diaria, que las influencias de Doña Carmen, dama omnipotente y controladora, que vigilaba incluso la situación matrimonial de los ministros de su marido.

La tal Doña Carmen —la de los collares, la depredadora de las joyerías de la Gran Vía madrileña— tuvo a Carrero más de una vez en su punto de mira, según me cuentan —aunque a estos facinerosos rojazos no sé si darles mucha credibilidad. He ahí la dificultad de escribir algo con sentido y rigurosamente cierto—. Lo tuvo en el punto de mira, pero no lo liquidó y los etarras, sí.

Doña Carmen controlaba todo el cotarro confesional y matrimonial, era como un prefecto en un colegio de curas pero con más mala leche —dicen las malas lenguas, los cotillas de lengua bífida y viperina— junto con Ramona Bustelo, santa esposa de Camilo Alonso Vega. Éste era otro fascista de la misma calaña que los anteriores, director general de la guardia civil durante un montón de años, aplicador gozoso del decreto ley sobre bandidaje y terrorismo y admirador empecinado de la ley de fugas. Luego fue ministro de la Gobernación, que era el jefazo encargado de controlar la calle y de endurecer la vida de los disidentes. Le apodaban Camulo por razones evidentes y no se sabe si le temían más los guardias o los bandidos.

Doña Carmen, con doña Ramona y con la mujer del marqués de Huétor Santillán —que Franco, visceral antimonárquico, evolucionó hasta el punto de dar títulos nobiliarios—, las tres marías comandadas por la primera, controlaban la vida y milagros de los allegados al Caudillo, de todos y cada uno de los que merodeaban a su alrededor, por cualquier razón y en constante actitud de peloteo, por aquellos jardines del Pardo.

Carrero —otra vez las lenguas infundiosas y que sólo tienen ganas de calumniar a los héroes de la patria— estuvo en un tris de ser fulminado, apartado en una lista negra para dormir un eterno sueño de los justos —con perdón por la imagen macabra—. Estuvo a punto de no llegar prácticamente a nada y seguir por siempre surcando los mares en la Armada Invencible de la que era heredero, por las graves desavenencias conyugales con su esposa canónica, Carmen no sé cuántos, de la que mis informadores no me han sabido decir el apellido ni falta que me hace, que por eso no me he molestado en buscarlo. Eso me cuentan las fuentes que por fuerza he tenido que utilizar para escribir esto, aunque yo creo —y por eso lo digo una vez más para dejarlo claro— que son fuentes tendenciosas, que no son objetivas ni imparciales, que son malos españoles, comunistas, rojos, anarquistas o como se llamen. Gente de poco fiar y no personas como Dios manda, gentuza con muy mala leche, para entendernos.

Se serenaron las aguas, otra vez según mis fuentes, que es imposible hacer literatura sin ellas, sólo con la imaginación, inventándose del primer al último episodio. Llegó el obligado e institucional aburrimiento —algo muy normal entre la mayoría de los matrimonios canónicos, civiles y criminales— y el Carrero militar y marino dejó las aguas y medró en la política, con el permiso de la señora Franco. Llegó hasta las más altas esferas y subió definitivamente a las alturas cuando Wilson, Argala y compañía, finalizaron la que se llamó Operación Ogro como ya he dicho, nombre adjudicado a la acción por las cejas pobladísimas y el aspecto terrorífico del careto de la víctima.

Más le habría valido, de cara a su supervivencia y a no subir al cielo violentamente, impulsado por los cincuenta kilos de dinamita ya dichos, que Doña Carmen Polo —la Franca, le decían en mi pueblo— le hubiese puesto la proa y le hubiese vetado para cualquier dignidad como hizo, por ejemplo, con Millán Astray. Este, el del parche en el ojo, el líder indiscutido de la legión, era un tío en permanente estado de mala leche. Eso se achacaba, de manera acertada que el pueblo siempre es sabio, a que su señora había hecho voto de virginidad.

Ya dicen los psiquiatras —una de las pocas cosas sensatas que dicen y que les he oído— que el que no folla, jode.

Recuperó la alegría de vivir, el general tuerto, liándose con una artista de la época, la cantante y cabaretera Celia Gámez. Doña Carmen, Torquemada vocacional y Savonarola a tiempo completo, no podía permitir tamaño escándalo. No podía consentir sin actuar de forma expeditiva semejante agresión a una moral sexual basada en la continencia, la mortificación, el cilicio, en las duchas frías y las pedradas en el esternón al estilo San Jerónimo, cuando las tentaciones de la carne atacaban al pecador frágil. Ella era Generalísima consorte, la vigía de occidente, la garante de la moral católica en un Estado facha hasta los tuétanos.

Ya sabemos que, en aquella época, el estraperlo y el enriquecimiento ilícito a costa del hambre de muchos, no estaban mal vistos, pero los asuntos de bragueta sí eran perseguidos estrechamente —en contra del parecer de sus maridos, que en casa perdían toda la fiereza que mostraban fuera—. Los asuntos de bragueta, los pecados de la concupiscencia, eran perseguidos con saña por aquellas damas de eucaristía diaria y primeros viernes de mes celebrados con puntualidad germánica en honor del Corazón de Jesús.

Estas señoras piadosas, oscuras como cucarachas en un túnel y resabiadas como un morlaco requetetoreado, dirigidas espiritualmente por curánganos reprimidos del tipo Padre Venancio Marcos, no perdonaban una cuando el asunto iba de faldas ligeras y entrepiernas no reglamentadas. Las faldas sólo se levantaban lo imprescindible, y en aras de la procreación, para crear hijos para el cielo, tras un casorio bendecido con todas las de la ley. Como Dios manda, y no de cualquier manera, empujados solamente por la lascivia más torpe y condenable.

Más de un gerifalte hubo en esa época casado a la fuerza y fiel a la legítima por lo menos en apariencia, si quería conservar la poltrona y no caer en desgracia y quedar arrumbado como un proscrito, como un colchón usado o un mueble inservible. A la memoria se me viene, pero no diré el nombre para no transformar esto en una revista rosa, un ministro con gafas de culo de vaso que andaba en amores —como si de un chaval se tratase— con una cantante que jamás llegó a casi nada pese a las influencias y los empujones del procer.

Aupado con Franco al poder desde los inicios, figuraba un ricachón de Neguri —tierra de banqueros y de grandes fortunas empresariales— que se llamaba José Félix, según creo recordar que me cuentan mis informadores, esos facinerosos y malos españoles, que no van ni a misa los domingos por contar sólo uno de sus muchos pecados. Este hombre era un tipo importante. Nada más acabar la guerra civil fue diputado en aquellas Cortes Digitales, no por otra cosa, sino porque todo el mundo estaba nombrado a dedo por la misma persona: el general, el Generalísimo. Fue inmediatamente también, embajador en la Francia de Petain, el colaboracionista con los nazis, uno que quería estar al caldo y a las tajadas, como tantos otros todavía quieren estar. Esos que repiten en cualquier circunstancia: “Creía que íbamos a ganar los de izquierdas y hemos ganado los de derechas”, o viceversa. Y se quedan tan tranquilos.

El vasco de Neguri montado en el dólar, de muchas cosas más en la España de la dictadura y todas igualmente importantes, Embajador en Estados Unidos, Ministro de Asuntos Exteriores, Vicepresidente de la Cortes digitales y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas —yo nunca he sabido dónde está esa academia, qué doctrinas sigue, si sus dictámenes tienen algún carácter ejecutivo ni para qué coños sirve—. Pues bien, todo eso estuvo en un tris de irse al garete por culpa de lo mismo que los anteriores.

Dicen las malas lenguas —y así lo transcribo, que mi capacidad de inventiva es muy limitada— que el tal D. José Félix se enamoró de una aldeana, vasca como él pero con menos dinero, que era medio agricultora, medio ganadera y le llevaba la leche a casa por las mañanas. No digo yo, dios me libre, que éste fuera el caso, pero de todos es sabido que en el menester de las bodas, el dinero juega un papel importante. El matrimonio de la pastora con el príncipe sólo suele darse en los cuentos y ya, ni los niños se lo creen. El ricachón de toda la vida suele casarse basando el sagrado vínculo en un apaño que multiplique los haberes. La ricachona, igual. Y, aunque los respectivos consortes sean feos como demonios, tengan el aliento tóxico, joroba o tres piernas —no digo yo que este sea el caso— matrimonian con ceremonia religiosa rococó y dejan los placeres para una o dos o más queridas, ya que pueden permitírselas. Aquí no hubo caso. Don José Félix se enamoró de la chica de la lechería y el Generalísimo, siguiendo los dictados de su santa

esposa, lo hizo pasar por la vicaría. No me he detenido a investigar —por no ser motivo de la presente novela, puede que en una próxima me dedique a ello— si fueron felices y comieron perdices.

Posiblemente la señora Franca no lo habría leído, que Doña Carmen era más del Camino y el Tomás de Kempis, más de misal devocionario y ejercicios espirituales impartidos por algún prelado adicto al régimen y que desprendiera “olor a santidad”, que yo siempre me he preguntado cómo cojones será ese olor y nadie me lo ha aclarado todavía.

Aún sin leerlo, como lo cuenta Georges Duby, la Franca, se situaba en la más pura tradición carca, incluso de la castidad intramatrimonial, esa que cabreaba a Millán Astray, como he dicho más arriba. Parece ser que su modelo era un emperador francés del siglo XI, llamado Enrique y al que el papa Eugenio III canonizó como modelo de esposo cristiano. Este señor se casó con una tal Cunegunda, pero jamás la conoció carnalmente, lo cual tampoco es tan raro con ese nombrecito. En el lecho de muerte, decía a los parientes de su esposa, con orgullo, como quien se ufana del deber cumplido: “Os la devuelvo tal como me la confiasteis. Me la disteis virgen, os la devuelvo virgen”.

Y se quedaba tan fresco el pedazo de parguela y encima lo hacían santo, modelo de conducta para todos los cristianos.

Este señor, evidentemente no tuvo hijos, aunque no es infrecuente que, en situaciones similares, los hijos se los hagan a uno a escote, como ya avisaba Quevedo en su *Buscón*. También lo dice Eslava Galán, poniéndolo en boca de Aristóteles, como para darle más autoridad a la frase: “Detrás de una mujer respondona siempre hay un hombre al que no se le levanta”. Bueno, pues a la pobre Cunegunda, virgen inmotivada e inevitable, muerto el emperador casto, encima del prolongado y obligado ayuno carnal, la acusaron de adulterio y le hicieron pasar las de Caín.

Estas cosas, se resolvían en la Edad Media a lo bestia, que es como casi siempre se han resuelto los asuntos de cuernos, reales o imaginados, aunque el nombre en este caso fuese de lo más piadoso. Se resolvían con “El juicio de Dios”, que consistía en caminar sobre un hierro candente o sobre carbones encendidos. Si Dios estaba de tu parte, porque eras bueno, pasabas tan fresco,

como quien pasea por un prado idílico, sin quemarte. Hoy ya no quedan prados de esos y lo más parecido hay que buscarlo en el césped del Bemabeu o en el de alguno de los infinitos campos de golf con que nos ha obsequiado la inmigración de pasta. Pasabas por los carbones, digo, y no te quemabas porque Dios demostraba así que estaba de tu lado. Dice la tradición que, la virgen forzosa, pasó por el fuego tan fresca, sin chamuscarse, pero a esas tradiciones no hay que hacerles demasiado caso que suelen ser causadas por la mente calenturienta y mentirosa de algún personaje pío que quiere exhortarnos a todos a que seamos buenos y follemos poco. Que como dicen en mi pueblo, qué tendrán que ver los cojones para comer trigo y qué tendrá que ver el favor divino con no comerse un rosco. Bien, dejo a Cunegunda virgen y mártir, que no sé cómo he llegado hasta aquí —dice mi psiquiatra que me disperso— y sigo con lo que nos ocupa.

La muerte de Carrero, al que todo el mundo veía como el sucesor natural y obligado de Franco, se vivió de manera jubilosa en la cárcel concordataria —el lugar de esa novela inacabada, ya no lo digo más— y en muchas otras porque los presos de la época estaban deseando que la palmara un rey, un papa o alguien importante. Siempre, como si de un homenaje necrófilo se tratara, la muerte de esos tipos con tanto rango iba unida a una amnistía o al indulto de una parte de la pena y, claro, pensaban que con la muerte del marino “iban a dar algo”, como de costumbre. Se vivió jubilosamente el bombazo, en la Universidad, y a unos cuantos que conozco y no voy a nombrar, aunque eso ahora se tiene por mérito de demócrata, los expulsaron del Colegio Mayor —de propiedad y gestión arzobispal— por aplaudir cuando dieron la noticia a la hora de la comida.

Después se vio —lo hemos visto todos— que aquellos revolucionarios, que decían ejercer la lucha armada a favor del pueblo y su autogobierno, que decían pelear para acabar con la dictadura, sólo querían quitar la que había para colocar la suya. Y aquellas risas y aquellos aplausos, por el éxito de la banda cuando mataron a Carrero —una banda que entonces parecía libertadora y no fascista—, las alegrías porque el tirano se quedaba sin repuesto, se han tornado amargas varios cientos de veces.

No os creáis que en aquella cárcel —la concordataria de Zamora, no perdamos el hilo ni nos vayamos por las ramas— con su departamento para niños bien, enchufados con los que el poder del bigotillo fascistoide y los correajes, las camisas azules y las botas altas, no quería problemas, los tonsurados beneficiarios de unos acuerdos que habrían partido de risa a Jesús de Nazaret. En aquel sitio cutre y siniestro, no creáis que había sólo curas revolucionarios, o que había solamente profetas rojos del siglo XX que denunciaban al poder dictatorial, comunistones comprometidos con la liberación de los oprimidos y los pobres. También —creo recordar— caía por allí, de vez en cuando y de manera excepcional, algún cura maricón que, despistado en principio como un gato en un baile, se adaptaba inmediatamente y era feliz a su modo entre tanto hombre atípico de sacristía, curas rojos y curas etarras, machongos que decían tacos, juraban y perjuraban y no querían decir misa con amitos, manípulos y casullas de guitarra. Curas que no rezaban ni confesaban beatas y que, en el colmo de los despropósitos y de la impiedad, hasta se atrevieron a pegar fuego a la capilla y a destrozar libros sagrados y ornamentos litúrgicos, para protestar y exigir reivindicaciones más de mineros que de hombres de iglesia.

Este cura que perdía aceite del que acabó de hablar, no era exactamente un maricón en el más estricto sentido de la palabra, lo que sería respetable y a lo que no habría nada que objetar que cada uno puede ser lo que le dé la gana, sino un pederasta que no es lo mismo. Es decir, que no es que le fuera la gente del mismo sexo, sino los niños, que le iban más que a un tonto una chaqueta de cuadros según me han contado. Me dijeron cómo se llamaba pero no me acuerdo del nombre y aunque lo supiera no lo diría por si todavía está vivo, que en el pecado llevaba la penitencia. Era un pobre hombre que sufrió su condición inevitable, su defecto, decía él, de perder el culo, y hasta más cosas, sin remedio cuando tenía un niño guapito cerca.

Entró en la cárcel de manera extraña. Eran infrecuentes las condenas a curas por cogerle el culo a los monaguillos. Ahora los periódicos y las radios airean los nombres, las caras y los apellidos de esos curas viciosos y pecadores. Antes, esas noticias, más que infrecuentes eran prácticamente inexistentes. En la España Imperial del hambre y el subdesarrollo, del estraperlo y el comandante

de puesto omnipotente, del rosario de la aurora, las misiones populares y el himno nacional en la consagración, si se te ocurría denunciar a un cura —por cualquier motivo—, además de no hacerte ni puñetero caso, se te había caído el pelo para los restos. No estaba de moda, ni era posible como ahora, exigir responsabilidades penales y civiles por esos asuntos.

Cuando Franco ostentaba mando en plaza, las debilidades de la carne que tenían a curas como sujetos activos —cogerle el culo a un monaguillo o a un grupo entero de catecismo, hacer que ese mismo grupo practicara, con técnica bucal y por orden alfabético, no precisamente canciones parroquiales, acostarse con la hija del médico, el boticario o el maestro, o cualquier otra aventura sexual incompatible con el forzado celibato— no tenían como castigo la cárcel, sino unos ejercicios espirituales y un cambio de destino para que el cura, flojo de bragueta, que no había conseguido sublimar sus represiones, tuviera ocasión de reflexionar y arrepentirse.

Ya se encargaban, rápidamente, de echar tierra sobre esos asuntos escabrosos, consecuencia según ellos, de la debilidad humana. No ha pasado absolutamente nada, nada irremediable, era la frase más socorrida. Los mandamases eclesiásticos en permanente y estrecha conexión con el fascismo imperante, tenían carta casi blanca en esos temas. Lo mismo que en muchos otros.

El curerío se agarra como a un clavo ardiendo a la frase del apóstol Pablo: “El espíritu es fuerte, pero la carne es débil”, para zanjar de inmediato estas cuestiones. Los Herrera Oria, los Gomá, los Pía y Deniel, el cardenal Segura que prohibía los bailes agarrados bajo amenaza de instantánea condenación eterna, Cantero Cuadrado —arzobispo zaragozano al que apodaban el adoquín, de conformidad con sus apellidos— o el facha Guerra Campos, procuradores en Cortes ellos y jerifaltes que mandaban más que la madre que los parió y sólo con mirar a un tío eran capaces de fundirlo o de meterle veinte años y un día, se ocupaban celosamente de no airear esos asuntos y echarles tierra encima con rapidez para no escandalizar a los fieles, o sea, para que no se supiera.

No creas que lo que escribo es fruto de ningún trauma, ni del resentimiento. A mí nunca me ha metido mano un cura. En eso he tenido suerte de ser un niño malo, un niño feo, un niño tirando a patoso y a inútil. Si acaso hay alguna agresividad en estas expresiones, seguramente se deba al hecho de ver que, en todas estas historias escabrosas, lo que más preocupa —lo único— a los jerarcas es el daño que se hace al prestigio y a la buena fama de la institución. Les preocupa mucho menos el lío mental y el asco que se le debe quedar para los restos al que fue calzado impunemente, de manera sórdida en alguna sacristía, o en un despacho colegial, o mientras era espiritualmente dirigido —de manera poco adecuada como salta a la vista— por el padre prefecto o el consejero de conciencia de turno.

En el fondo siempre le han quitado hierro a ese asunto. Lo han considerado un pecado —no sé si realmente están convencidos de ello— capaz de ser erradicado con la penitencia, la meditación, la actuación de la gracia divina y el miedo a las penas infernales. No lo han visto, en absoluto, —no sé si ahora han cambiado— como una desviación sexual, un abuso de poder, una utilización de una situación de privilegio —si el líder espiritual hace o te pide que hagas algo, no puede ser malo— y, en definitiva, como un delito.

Ahora se ve hasta bien y se considera un gesto de valentía lo que se conoce como “salir del armario”, pero es que los tiempos han avanzado una barbaridad. Para entender la cuestión, hay que ponerse en el pellejo de la época y en las ideas únicas e inamovibles que imperaban entonces. Hay que irse cuarenta años atrás, intentar un viaje en el túnel del tiempo y situarse en una época de represión no sólo política. Represión, con mayúscula, que abarcaba todos los ámbitos de la existencia: la política, el pensamiento, la cultura y el sexo. La gente suele ser de memoria floja y como ahora llevamos unos años de libertades —tampoco tantas, no se crean, que siguen mandando los mismos y en beneficio de los de siempre y bien que cuesta trabajo sacudirse el yugo de los poderes fácticos, en expresión biensonante—. Pues eso, que ahora que llevamos unos años con ciertas libertades, la gente se olvida del pasado, o simplemente no lo conoce, y se cree que la vida siempre ha sido así, libre, fácil y jacarandosa como es ahora.

Yo creo que todos esos jerifaltes espirituales nombrados más arriba, los del gorro de punta y las grandes cruces de plata en las pechugas, eran psicólogos por instinto, freudianos intuitivos. Aunque la lectura de Freud —y de otros muchos— estaba prohibida por ser gravemente peligrosa, estos sabían —no sé cómo— que un reprimido sexual es un reprimido en todos los ámbitos de su cochambrosa existencia. Al que se consigue acojonar con los pecados de la concupiscencia, al que se domina con el asunto de la castidad y del sexto mandamiento, se le pone el pie en el pescuezo y se le convierte en un esclavo, un auténtico acojonado en cualquier otro aspecto de su vida.

Franco, que en el fondo despreciaba a toda esa recua, se comportaba como un perfecto político y los dejaba hacer en lo que consideraba un asunto menor y sin importancia. Los dejaba hacer, siempre que ellos, a cambio, mantuvieran su régimen santificado, paradigma de defensa de los valores eternos y en perfecta consonancia con el evangelio. No era el régimen el que se tenía que adaptar al evangelio, era el evangelio el que se amoldaba al régimen y si para eso había que retorcer el evangelio, pues se retorcía. Se retorcía el evangelio y al dios que lo hizo si era necesario para seguir con la manija del cotarro.

¿Os vais enterando de que trata esa sinfonía incompleta a la que he aludido? No pudo ser y hasta aquí he llegado con el anticipo. Ya no digo más porque sé que incumplió una máxima universalmente aceptada: Las novelas no se cuentan. Con ellas sólo caben dos conductas, escribirlas o leerlas. Tras leerlas, podemos criticarlas, destrozarlas, quemarlas, usarlas para hacer bulto en una estantería, para equilibrar una mesa que cojea o tirarlas a la basura. No otra cosa. Ésta, desgraciadamente para mí, aún no se ha escrito. Si me apuran he de confesar que, lo más seguro, es que jamás se escriba porque poco a poco, y cada día más, se va agrandando en mi fuero interno la idea de mi inutilidad. Conforme pasa un día y otro día, un mes y otro mes, voy aceptando la realidad inevitable: ser un escritor fracasado. Mejor dicho, ser un fracasado que no ha sido capaz de ser escritor.

II

UNA MAÑANA EN ALFONSO EL SABIO

Alguien dijo que la suerte no es de quien la busca, sino de quien la encuentra. No sé si el refrán es exactamente así, ni sé quién lo dijo, que alguien debió ser el primero, pero creo que viene al pelo. Me he calentado la cabeza continuamente, como creo que ya ha quedado claro más que de sobra. He dado vueltas y más vueltas dudando: ¿Lo dejo todo a expensas de la imaginación y de la memoria? ¿Le hago caso a ese autor antiguo, muerto hace más de dos siglos, aquel que cité antes, el que dice que la verdad no ata las manos de los escritores? ¿Es posible escribir algo sobre esos años, los últimos del franquismo cuando el régimen agonizaba sin posibilidad de supervivencia, sin mirar los papeles de la época, sólo imaginando o echando mano de lejanos recuerdos personales? O mejor tendría que preguntarme: ¿Es posible escribir? ¿Es posible que yo escriba algo?

En esas andaba, vagabundeando sin demasiado, sin ningún rumbo e invocando a las musas, por si a la inspiración caprichosa le daba por acudir de una puta vez. A punto de la blasfemia y de la desesperación, que nadie sabe lo que es querer sacar algo de dentro, intentarlo una y mil veces... y que no haya ni se le ocurra a uno nada. Andaba de un parque a otro, de una calle a otra, de un banco a otro, mirando a mi alrededor, por si en la cara de alguien veía la solución a mi ausencia de musas. Unos meses que se me habían hecho larguísimos, interminables meses de aburrimiento y apatía. Puedo decir que habían sido meses de búsqueda desesperada, sin ánimo de añadir un dramatismo innecesario, fueron meses de gran desazón y de incertidumbre.

Mejor dicho, de certidumbre casi total sobre mi inutilidad absoluta para escribir algo que realmente mereciese la pena.

De pronto, cuando menos lo esperaba, cuando ni siquiera pensaba en ello, apareció la solución.

Por una céntrica avenida alicantina con una gran bolsa de viaje antigua y ajada colgada del hombro, caminaba con aire cansino un hombre delgado, alto, de ropa raída y de varias tallas más grande que la suya pero limpia. Tenía la dignidad de quien no se ha dejado acorralar por la miseria ni doblar por los años. Era claramente visible su intento imposible de aparecer como un hombre de porte, digamos, normal.

Los vagabundos, los transeúntes y las gentes de pocos posibles, muchos que no tienen donde caerse muertos, escogen con frecuencia esta ciudad, privilegiada por un clima poco agresivo. Así, por la benignidad de la temperatura, se quitan el peligro de muerte por congelación y de pulmonías durante gran parte del año. Así sólo tienen que ocuparse de hacer frente a otras necesidades, lo cual no es poco, prescindiendo durante bastante tiempo del cuidado sobre el dormir calientes y el abrigarse de inclemencias tan frecuentes en otras latitudes.

El hombre al que veía venir desde lejos, el anciano para ser más exactos, se dio cuenta de que me había fijado en él. Algo en su porte llamó mi atención. Desde el principio de la calle, todavía no sé bien por qué, lo estaba siguiendo con la mirada, remoloneando e intentando disimular el mareaje, a la espera de que pasara junto a mí. Cuando llegó a mi altura, dejó caer la pesada bolsa al suelo y preguntó dificultosamente, luchando entre jadeos por hablar y atrapar, a la vez, la mayor cantidad posible de aire:

—¿Podría usted ayudarme?

—Si lo que quiere es dinero —le respondí— hay organismos oficiales que deben y pueden ayudar a las personas en su situación.

Estaba a punto de darle una charla sobre el estado de bienestar, sobre el derecho de todas las personas mayores a una pensión digna, y a no ir arrastrándose por la calle en busca de la caridad, cuando él, educada pero firmemente, me cortó en seco.

—¿No será usted un político? Por el inicio de su perorata, afortunadamente interrumpida a tiempo, me lo ha parecido. Si es así, tenga la ayuda por no solicitada, quede usted con Dios y tal día hará un año que me lo encontré debajo de esta palmera y en esta avenida preciosa en la que, como salta a la vista, no es oro todo lo que reluce.

Se estaba pasando en lo de la dignidad, el abuelo. Pide ayuda, el tío, e inmediatamente, a la primera de cambio, se insolenta. El que mendiga, tiene que soportar a quien lo mantiene o lo puede mantener, que andar de limosnero es una servidumbre que obliga a caminar con los humos bajos.

De todas formas, me estaba cayendo simpático el vejete, no lo iba a mandar a hacer puñetas por un pequeño rifirrafe a las primeras de cambio.

—No soy político —le respondí— no se preocupe. No se me ha pasado por la imaginación soltarle un mitin de buenas a primeras y sin avisar. Sólo pretendía decirle que no me gusta ejercer la caridad, porque eso es perpetuar la injusticia, que un hombre de su edad, en un país como éste debe tener sus necesidades cubiertas sin necesidad de arrastrarse por la calle resoplando, con una bolsa gigantesca a cuestas, y pidiendo limosna a los paseantes.

—No se dedicará usted a la política —me contestó— pero vocación y cualidades para ello no le faltan. En quince segundos, me ha dado usted una charla sobre la justicia que debe el Estado a los jubilados, sobre la contradicción entre caridad privada y obligación pública, y sobre el sistema de pensiones. Además, ha supuesto usted, por la apariencia no he debido parecerle un potentado, que la ayuda que le pido es económica, aunque yo no he dicho todavía ni una palabra referida al dinero.

—Tiene razón en todo lo que ha dicho —repliqué con convicción a la vez que notaba un cierto sentimiento de complicidad y una sonrisa socarrona en mi interlocutor—. He intentado, involuntariamente, darle una charla sobre prestaciones sociales. No me parece que ande usted sobrado de dinero y he supuesto que la ayuda que me ha pedido hace dos minutos era exclusivamente monetaria.

—Pues ha dado usted en el clavo, amigo —respondió otra vez el abuelo—. Podía usted ganarse la vida como político o, si me apura y dado lo despreciables que me parecen todos ellos, podría ganársela como adivino. Ha acertado por completo: no tengo un duro, si me cuelga por los pies no caen ni telarañas de mis bolsillos, no tengo dónde caerme muerto y pretendía solamente que me diera usted un poco de dinero. No tenía intención, al abordarle, de que me solucionara usted, definitivamente, la poca vida que me queda, ni de que me mandara al albergue de transeúntes o al asilo de los ancianos desamparados, que es donde me manda la mayoría de la gente. No sé si me explico.

—Se explica perfectamente. Pero... me ha dejado intrigado, ¿por qué le resultan tan despreciables los políticos?, si puede saberse.

—Me da la impresión, por la gana de conversación, de que tiene usted poca faena. O si tiene faena, tiene más ganas de palique, de pegar la hebra, de darle al alicate o como se diga en este pueblo. Si lo suyo es gana de tertulia, está de suerte —ironizó—. Va usted trajeado, tiene pinta de manejar viruta. Si no le importa que lo vean sentado con un tipo de mi aspecto, nos podemos acomodar en algún sitio donde se merienda en condiciones y yo le garantizo que no se aburrirá. La merienda es condición imprescindible, que no está uno a estas alturas como para perder el tiempo y, como dicen en mi pueblo, creo que no he comido caliente desde que una vez de pequeño me caí de boca en el brasero. Si consigo aplacar los ruidos de mi estómago y elimino las telarañas de mis tripas y me recompongo, le explicaré, claro y despacio, por qué desprecio a los políticos y por qué no tengo el menor inconveniente en largarme de este puñetero mundo en el que el ser humano se enseñorea como una de las peores epidemias posibles. Un ser esencialmente perverso, una alimaña. Condicionado por un montón de necesidades y ataduras mezquinas, despistado de lo fundamental, engañado con su propio consentimiento la mayor parte de las veces, pero una alimaña en definitiva.

—No lo conozco de nada —me estaba empezando a entusiasmar el abuelo—. Me acaba usted de encontrar en la calle. Adivino que está usted en situación de necesidad, tengo intención de ayudarle y, encima, me insulta, me llama alimaña, epidemia y ser perverso. Ya sé que no me lo ha dicho a mí

expresamente, pero yo soy un ser humano de esos a los que tanto desprecia. De todos modos, hoy me ha cogido de buenas, pasará por alto sus etiquetas nefastas, que entiendo como fruto de sus precarias circunstancias. Si tiene hambre, está cansado, va mal vestido y no está en disposición de mejorar por sus propios medios, está usted en una posición más que comprometida. Es normal que vea al mundo como a un enemigo. A alguien tiene que culpar de su penosa situación.

—Amigo —me interrumpió con una sonrisa más abierta, señal inequívoca de que iba cogiendo confianza—, si no es usted político, ni picapleitos, estoy casi seguro de que es usted cura. O sea, uno de los tres especímenes claves, aparte de algún otro, para que el mundo sea el pozo de basura que actualmente es. Los primeros, los políticos, venden soluciones perfectas para todo y para todos, aunque del dicho al hecho haya un gran trecho y ya sepamos de sobra que una cosa es predicar y otra dar trigo. Hacen creer a cuatro imbéciles, deseosos de ser engañados, que tienen libertad y que dirigen sus propias vidas eligiendo a sus representantes en los parlamentos, en las diputaciones, en las alcaldías y demás cuevas de Alí Babá. Y, con ese cuento, son ellos los únicos que se aprovechan.

Los segundos, los picapleitos, le dan forma legal y apariencia de justicia a todas las barrabasadas imaginables. Búscate un buen abogado que enrede la realidad hasta lo indecible, págale y haz lo que te pase por los cojones, que ése, mientras cobre, encontrará un resquicio por donde puedas escaparte. También sabemos todos de sobra que una cosa es lo legal y otra muy distinta lo justo y que tampoco hay muchos empeñados en quebrarse la cabeza para equiparar y hacer sinónimos ambos conceptos.

Su repaso a ciertos sectores muy concretos y poderosos de nuestra sociedad no había hecho más que empezar, para mi sorpresa, el viejo vagabundo se descubría no sólo como un erudito, sino también como un crítico feroz e inclemente. Decididamente me gustaba ese viejo.

—Los últimos, los curas, santifican los comportamientos más deleznables, tranquilizan conciencias, también previo pago de su importe, y gestionan por encargo de no sé sabe quién, como administradores únicos, una vida eterna,

feliz o desdichada según te lleves con ellos. Una vida y una realidad tan utópica, tan irreal y tan estúpida que es imposible que tal idea entre en cualquier cabeza mínimamente amueblada. Tú le explicas a uno, por poner sólo un ejemplo, que crees a pie juntillas en la transmigración de las almas de que hablaba Pitágoras. Y el tipo te mira con cara de asombro y piensa que eres un loco de atar. En cambio si le dices que crees en la resurrección y en la vida eterna y feliz si mueres confesado y comulgado por el párroco de tu pueblo, piensa que no vas tan descaminado, que lo más seguro es que eso sea así. La imbecilidad y la tontería son inagotables en este mundo de memos.

No había la menor duda de que el abuelo que el azar me había puesto delante no era ningún analfabeto y estaba, literalmente, lanzado. Allí había tema, pensé con regodeo.

—Esos argumentos últimos contra curas, abogados y políticos, lo colocan a usted en la más pura tradición del anarquismo. Parece discípulo de Rull i Queraltó o de Angel Pestaña y si me apura, si no fuera por su edad, diría que es un superviviente de la famosa Mano Negra, aquellos que se dedicaban a pegar fuego a las cosechas de los ricos para expresar su descontento con el orden imperante. Un poco volcánico y apasionado, demasiado para su edad, me va usted pareciendo.

—No va usted descaminado —contestó el abuelo con una sonrisa abierta que ya indicaba confianza—. Llevamos hablando nada más que cinco minutos, de pie y en plena calle. Lo que para algunas personas sólo es motivo para preguntarse por la familia y quejarse del buen o mal tiempo que hace, para nosotros ha sido ocasión de empezar a meternos en honduras, a tratar de cuestiones jurídicas, antropológicas, de política y hasta de teología. Le voy a dar un adelanto, porque sé que hoy merendaremos juntos, pagando usted, por supuesto, que mis finanzas no sólo no están para invitar a nadie, sino que ni siquiera están para mantenerme a mí. Sentados a una mesa decentemente surtida tendremos ocasión de tratar los temas más despacio.

Quiso dejar claro el porqué de su locuacidad antes de seguir con su discurso.

—No soy anarquista —su voz sonó rotunda al posicionarse en cuestiones políticas, con la seguridad del ponente que sabe tiene ganado a su público—

porque no me gustan las etiquetas, pero no ando muy lejos. Con respecto a los políticos, lo tengo muy claro: mi opinión es exactamente la misma que ya dejó por escrito un clásico del siglo XVIII. Parece mentira que fuera militar, coronel por más señas, y que escribiera tan clarito. Usted no lo habrá leído y yo no le voy a decir quién es. Porque ustedes ahora no leen, solamente revistas de frivolidades y folleteo, programas basura, idioteces, éxitos de encargo y colorines. Este hombre, cuya identidad tendrá que averiguar, porque yo no voy a desvelársela, decía que los políticos son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan, sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan. Todo en ellos se reduce a una desmesurada ambición. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de otra cosa que no vaya dirigida a este fin. En su concepto, el día es corto para sus ideas y demasiado largo para las de los otros. Parecen oráculos al público, sólo ellos muestran el camino bueno y el malo, pero cualquier subordinado suyo conoce todas sus ridiculeces, sus flaquezas, sus vicios y hasta sus delitos. Por eso se revelan tantas maquinaciones y se descubren tantos secretos que hacen ver a estos tipos en su justa medida, por más que ellos quieran parecer semidioses. En el mismo tono y con la misma cara te dicen una verdad y una mentira. Las palabras como amigo, justicia, obligación, y muchas otras, no tienen ningún sentido para ellos.

Lo último que me esperaba es que alguien que duerme en la calle pudiese plantear el problema de falta de ética de aquellos que, en busca del poder, intentan convencer a los demás de que son morales en el sentido más pleno y aceptado del término.

—Tienen un gran caudal de frases con mucho boato y sin contenido alguno. Con inmenso trabajo han adquirido innumerables caras, sonrisas, carcajadas, lágrimas, suspiros y hasta desmayos y accidentes, para que se vea lo que puede la inteligencia humana en la búsqueda de su propio provecho.

El abuelo afirmaba, sin apartar su mirada de la mía, sin titubear, sin un temblor en su voz, que los hay que en su camino hacia el poder, manipulan y mienten hasta lo indecible si con ello creen que van a conseguir sus propósitos. ¿Estaba ante un teórico que me hablaba sobre “el animal político” de Aristóteles, o me lo imaginaba? No podía creer lo que escuchaba, y no podía porque el hombre que pronunciaba esas palabras no llevaba traje, ni

corbata y cualquiera al verlo, con su aspecto de residuo humano con el que nadie quiere tropezarse en un paseo de domingo, profetizaría una afasia segura, una estupidez indiscutible o una demencia senil como poco.

—Sus cuerpos, seguía el abuelo, son flexibles y tienen varias posturas para escuchar, hablar, admirar, despreciar, aprobar y reprobar. Son veletas que siempre señalan el viento que hace, piedras que manifiestan la ley del metal. No tienen nada dentro que no sea reacción a lo exterior... Podría seguir, pero no merece la pena. Entenderá que no me merezcan mayor consideración esos hipócritas y esos aprovechados.

—Cálmese, amigo —le corté expeditivo—. Ha cogido carrerilla y le va a dar un síncope en su afán de tirar por tierra a los pobres políticos, porque pobres me parecen a mí también. Toda la vida con el alma en vilo, vigilando el sillón de intrigas, conspiraciones y contubernios, siempre al borde de ser puestos de patitas en la calle sin derecho siquiera al pataleo. Pobres que viven en un sin vivir, para vivir del cuento en la mayoría de las ocasiones, aunque conozco algunas excepciones honrosas que no hacen sino confirmar la regla. Mucho daño le han tenido que hacer para que tenga usted con ellos semejante rebote.

No me hubiese atrevido a adivinar cuántos años debía de tener el abuelo porque una vida dura atrasa la verdadera fecha de nacimiento envejeciendo al sufridor prematuramente, pero no pude ser falso.

—A su edad no está uno para emociones de tanta intensidad. Dicen que, con los años, el amor se sosiega y se torna menos tumultuoso y apasionado. Lo mismo debe de suceder con el resto de las emociones. Aplaque su vehemencia, que no está usted ya para esos trotes y no debe de ser bueno coger semejante berrinche poniendo verdes a esos profesionales de la res pública. Ellos, en definitiva, no son más que unos supervivientes en esta marabunta. Como todos, tienen que vivir de algo. Todos somos supervivientes. Coincido con usted, es evidente, en el idiotismo que nos rodea, y me encanta haberme tropezado, inesperadamente, con un ilustrado, aunque lo disimule perfectamente. Hacía mucho tiempo que nadie me citaba de memoria y de un tirón las *Cartas Marruecas*.

Había materia de conversación, era evidente. Aquel buen hombre, tras su aspecto de indigente en la mina, esforzado en no parecerlo, daba toda la impresión de ser una enciclopedia viviente. No era, ni mucho menos, un vagabundo, analfabeto o degradado. La vida no lo había mimado, como saltaba a la vista, pero tampoco había conseguido derrotarlo, convertirlo en una piltrafa, en un borrachín anónimo y demenciado que se ahoga a diario en vino barato y peleón en cualquier portal oscuro o en cualquier banco público en un parque anónimo.

—Amigo, ¿habíamos hablado, al principio de nuestro encuentro, de una merienda, o ha sido imaginación mía? —preguntó directamente, en un tono amigable, como si nos conociéramos desde siempre.

Nos dirigimos a un bar escondido, con ninguna etiqueta, pequeño pero bien surtido, con los mostradores atiborrados en un desordenado derroche exhibicionista de jamones, lomos, quesos y morcones. No iba a ser una merienda de párroco tocino y viejas beatas un domingo por la tarde. Nada de pastas de té y chocolatito con churros. Nada de tacitas labradas de las que se llenan con un par de gotas y se derraman a la mínima, ni copitas amariconadas de licor, de esas que hay que coger, en plan cursi con el meñique extendido. Esto no iba a ser una infusión de poleo en un salón decrepito y barroco, plagado de carcamales, que hablan por compromiso de asuntos meteorológicos o de cómo se ha puesto el mundo últimamente, que está todo perdidito y ya nada es lo que era y se han olvidado los valores y... ¡Dios mío de mi vida, qué barbaridad, hasta dónde vamos a llegar!

Acomodados en un rincón confortable de aquel bar sin lujos en el mobiliario ni en la decoración pero plagado de exquisiteces, de esas que se pegan al riñón con contundencia, mi eventual compañero comía y bebía con los ojos. Nos preparábamos para darle un buen achuchón al colesterol, a los triglicéridos y a su pastelera madre. Mi amigo estaba como el perro de Paulov, se notaba a la legua su hambre antediluviana.

—No se prive de cualquier cosa que le apetezca —le dije haciendo gala de una generosidad que no poseo—. De todas formas, quede constancia antes de que no quiero ser cooperador necesario en un homicidio por atracón o por la

indigestión consiguiente. No olvide el refrán, sabio como todos, que recuerda que de grandes cenas están las sepulturas llenas. Recuerde los consejos de Don Quijote a Sancho, aquellos de “come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago”. Tómeselo con calma que si atesora usted todo lo que yo creo que guarda en su memoria, le quedan muchas invitaciones más que aguantar.

Respondió con la velocidad y los reflejos de un adolescente.

—Si mi estómago tiene hartura de algo es de pasar hambre de modo que, para una vez que tengo oportunidad, no me pida que me ande con melindres ni con mariconadas, que de la panza viene la danza. Si lo que usted quiere es que empecemos una guerra de refranes, también yo puedo argumentarle que nunca por mucho trigo fue mal año y que más vale que sobre que no que falte, y que, cuando Don Quijote preguntaba a Rocinante sobre su estado metafísico, éste lo achacaba directa e inmediatamente al no comer. Y no digo más porque no quiero que me confunda con Sancho Panza, cosa poco probable dadas mis gorduras y porque oveja que bala bocado que pierde y “primum vivere, deinde filosofare”, que decían los escolásticos. Hay un dicho que es más verdad que el Evangelio: “El que no bebe vino, ni mata un puerco, puede que esté vivo, pero vive muerto” Hoy se ve que a mí me ha tocado vivir. De modo que empecemos con la manduca, que ya habrá tiempo de sobra para la conversación. Una vez que empiece con la zampa, a mí se me acabaron las prisas, que no hay mayor prioridad que la jala, al menos para mí. Yo lo tengo todo hecho, nadie me espera, a nadie tengo que dar explicaciones y una ocasión así no se presenta todos los días y ésta, desde luego, la pintan más que calva.

El hombre comía con fruición pero sin glotonería. Daba la impresión de que todo lo que antes había dicho sobre su hambre, no era cierto por completo. Más bien parecía que lo que de verdad ansiaba era la conversación y la compañía, el ser considerado una persona y no un vagabundo al que había que rehuir y del que había que separarse como de un apestado, como de los sidosos hoy, o como antaño de aquellos leprosos bíblicos.

A pesar del poco tiempo transcurrido desde el inicio de nuestra conversación, daba la impresión de que nos conocíamos desde siempre. Se había establecido

—no sé si se dice exactamente así— una extraña corriente afectiva. Había un ambiente de complicidad entre ambos difícilmente explicable.

Yo jamás pruebo bocado entre horas, por esos convencionalismos sociales de horarios y por exigencias de galenos inoportunos, que continuamente hacen referencia al cuidado con los alimentos cardiosaludables y a las dietas bajas en grasas y en calorías, imprescindibles en una vida obligadamente sedentaria. También influyen en mis moderados hábitos alimenticios la imposición de mi mujer —experta por su profesión en todos esos rollos de salud y de venenos—, que yo soy un varón domado y todo hay que decirlo.

Me sorprendí, no obstante, haciendo alarde de una valentía que no poseo, saltando reglas y atacando con mi amigo un plato de huevos fritos con jamón acompañados de un vino tinto, escogido por él, en cuya etiqueta no me había fijado ni puñetera falta que me hacía, de tan bien como me estaba entrando y de tan a gusto como me encontraba.

Muchos años hacía. Mejor dicho, jamás había disfrutado de una experiencia similar, tan políticamente incorrecta: Seis de la tarde de un día cualquiera. Un barucho sin la más mínima etiqueta, en compañía de un abuelo desconocido, protestón y rebotado, con pinta de mendigo que no quiere parecerlo, atacando un menú más propio de un estibador portuario con veinte años, que de un barrigонcete cuarentón cuyo último abdominal o ejercicio físico mínimamente intenso, tuvo lugar hace doce o catorce años.

—Ya llevamos juntos un buen rato. Estamos compartiendo mesa sin mantel, un tablero de railite que han limpiado —es un decir— pasándole un trapo mojado con más microbios, seguramente, que el basurero de un quirófano. Hemos comido del mismo plato y vamos por la segunda botella de tinto del Bierzo. ¿No le parece a usted —dije— que va siendo hora de que nos presentemos? ¿Quién empieza?

—Aquí —dijo el abuelo—, como en todos los sitios por más que la gente se empeñe en afirmar lo contrario, la edad no es un grado, sino un inconveniente. Empiece usted que es más joven, porque yo creo que lo mío va más para largo y, si comienzo, tendremos que cortar las presentaciones y las puestas en claro antes de que acabe. Como me da la impresión de que tiene usted posibles

para más de un convite de este calibre, no me gustaría dejarlo escapar sin saber antes bien su identidad y cualquier dato importante para tenerlo localizado. Esto es como la parábola evangélica de las perlas: cuando uno encuentra algo realmente interesante hay que dejar todo lo que sea accesorio y dedicarse a lo fundamental. A mí, esa parábola, me ha gustado siempre mudarla y emplear mujeres: si uno está con una que es un cazo y encuentra otra que es una preciosidad, deja al cazo y se va directo y rápido por la otra. Ahora esa comparación es imposible. No es que haya perdido la urgencia del orgasmo, que la perdí hace tiempo, es que con estos años no está uno para trotes ni nada que se parezca. Está uno más bien sólo para sopitas y buen caldo y eso de las mujeres cazos y las preciosidades bórrelo que, en los tiempos que corren, no es políticamente correcto.

—Ahora, amigo mío, con esas citas bíblicas en lugar tan poco apropiado, si no la hubiera piciado con el añadido de las hembras, parecería que es usted el cura, como me intentó adjudicar a mí nada más encontrarnos. Comenzaré yo, que tengo bastante poco que contar, como ha adivinado y ha dejado claro: Aquí donde me ve, trajeado, afeitado, con pinta de señor bien, soy un individuo de lo más vulgar. Mi existencia, si me pusiera a contarla, sería capaz de aburrir a un rebaño de ovejas.

Era momento de presentaciones tan formales como sinceras, con él no necesitaba aparentar, mi mentira hubiese sido inútil. Difícil e inservible tarea la de engañar a quien sabe tanto o más que tú, al que no has visto ni vas a volver a ver jamás y más aún si cuenta con la ventaja de ser muchos años mayor, que el tiempo es una baza que no todos aprovechan, pero el abuelo no era tonto, eso ya me había quedado claro.

—Me llamo Mario Sigüenza, tengo cuarenta y cinco años, y soy hijo, sin oficio ni beneficio, de un papá venido a menos. Lo intenté con el Derecho, con la abogacía como quiso endosarme antes, pero tal disciplina me pareció, más que una ciencia, una indecencia. Lo intenté con la enseñanza, pero nunca me encontré con ganas de aguantar obligadamente a energúmenos impertinentes cuya única ilusión, desde antes de empezar la clase, es oír el timbre que indica su final. Pensé durante algún tiempo en la filosofía, pero después de la Dialéctica de Hegel, de la Crítica de la Razón Práctica kantiana, del

Superhombre y la demolición de Niestzche y de la aniquilación de Wittgenstein —nada puede ser universal, no hay imperativos generales, hay que despedirse definitivamente de todo fundamento— no me veo con posibilidades de inventar nada aprovechable. Para repetir, y seguramente mal, lo que ya han dicho otros, es mejor estarse quieto. De la teología, que algún tiempo atrás también me interesó, no quiero ni acordarme. No me veo creyendo en supercherías, esperando ayuda de seres poderosísimos, anteriores a todo, y no me interesa, en absoluto, ninguna realidad de ultratumba, nada que exceda al periodo de vida terreno que a cada uno nos toca. No creo en ninguna voluntad divina que cuida amorosamente de nosotros o que nos hace la puñeta y nos castiga si no seguimos sus directrices. Si acaso existiera ese dios todopoderoso que dicen, no sé qué cojones ganaría con que yo lo adorara o qué perdería si lo dejo de adorar. No creo que los muertos hagan nada, ni que puedan hablarnos, sea cual sea el sortilegio o la engañifa para idiotas que utilicemos. No creo que exista un ángel de la guarda para cada uno, ni que extraterrestres verdes y orejones nos visiten a escondidas en sus platillos volantes, preparando para cuando les venga en gana, la invasión de la tierra que llevará a cabo una civilización mucho más avanzada que la nuestra.

Ahí estaba yo, haciendo confesión general, comunicando mis pensamientos sobre filosofía, teología y lo inútil que me hacía sentir mi mediocre existencia a un abuelo que me había encontrado en plena calle.

—Creo que estamos arrojados aquí, de manera inexplicable, en un mundo más inexplicable todavía, sujetos a un montón de contingencias, de caprichos, de azares, de violencias y de casualidades. Nos amarran montones de insatisfacciones, de traumas y de circunstancias que siempre escapan a nuestro control y hacen que la libertad, tan cacareada, sea una quimera, una ilusión para imbéciles que se sienten felices pensando que la poseen y disfrutan de ella. No creo, como ya habrá deducido, que resucitemos —aunque sea en un tiempo lejanísimo y en una resurrección colectiva previa a ningún juicio final— después de morirnos y de pasar por el crematorio o por la inhóspita tumba, aunque sea lujosa con mármoles, con estatuas piadosas y floripondios. No volvemos a la vida ni para bien ni para mal, ni para ser

eternamente felices, ni para arder en ningún sitio o sufrir con la ausencia de Dios.

Declararme ateo practicante de obra y de palabra era algo que, estaba completamente seguro, no iba a escandalizar a quien compartía charla conmigo.

—Eso de la resurrección de la carne y la vida perdurable, que se reza en el Credo, es la imbecilidad más grande que he escuchado jamás, un consuelo para tontos que se conforman y pretenden eludir la angustia que nos genera la muerte y la nada, el desaparecer para siempre, con gilipolleces que no resisten el mínimo análisis lógico y racional. No crea, amigo mío, que porque me ve trajeado y con mil duros en el bolsillo, soy más feliz que usted que no tiene ni donde caerse muerto, como es fácilmente deducible de su lastimoso aspecto.

No pude reprimir, como si hubiese sufrido un contagio instantáneo del abuelo, una evidente tendencia anarco-comunista en mi discurso lanzándome a criticar el materialismo reinante en nuestra sociedad.

Estamos todo el día acumulando cosas inútiles, cosas que no nos hacen falta y que jamás echamos de menos si desaparecen. Hace unos años me mudé de casa y, cuando repasaba algunas cosas que cargaba la empresa de mudanzas, me di cuenta de la cantidad de mierda que tenía amontonada. Era increíble el cúmulo de cachivaches, de zapatos, de ropa, de recuerdos de viajes, de fascículos colecciónables, de álbumes de fotos que nunca volví a ver desde el día del revelado, de gentes que estaban en esas fotos y a las que no reconocería aunque me amenazaran con pasar el resto de mi vida en la trena a pan y agua, de objetos absolutamente inservibles que conservaba casi como oro en paño, y que jamás había utilizado para nada desde el día en que los compré.

Detrás de cada ser humano late un avaro, aquel viejo enfermo de Moliere que basaba su felicidad enloquecida en guardar riquezas en un baúl por el mero placer de tenerlas y regodearse viéndolas. La realidad es mucho más simple. Nacemos y estamos condenados a muerte desde ese día. Nadie se lleva a la tumba nada. Lo mismo da ser enterrado con un traje a medida que envuelto en una lona, o tirado directamente a una acequia o a un vertedero.

Da igual que te pasaporten en caja de cedro con crucifijo reluciente, con funeral de primera, con cura vestido de gala, con incienso y cantando goris goris, con deudos llorando la pérdida y con esquelas mortuorias en los periódicos, que arrojado en una cuneta sin decirte ni ahí te pudras. Lo mismo da que te quemen o que te tiren por la borda de un pesquero renqueante para servir de pasto a los tiburones, que después del burro muerto, ya puedes ponerle la cebada al rabo.

Nunca he creído en esa consideración occidental que supone a la muerte como la separación del alma del cuerpo, en esa creencia en la que el ser humano es independiente de sus propiedades físicas y en la división del ser humano en cuerpo y alma, aproveché mi oportunidad de intervención para dejarle claro al abuelo mi idea sobre la vida y la muerte, como si quisiera compararme a él y ver quién era más ácrata o más corrosivo o más contra el sistema.

—La muerte lo iguala todo y termina con todo. No hay más. La angustia nos la da la conciencia, el pensar qué cojones hacemos mientras llega ese momento e inventarnos historias para pensar que tenemos alguna posibilidad después de él. Nos empeñamos en maniobras y ritos para dilatarlo, para despistarla, para ignorarla, para comportarnos como si no fuese a llegar nunca. Eso es lo importante. Eso... y la soledad. Ahí está el problema, el misterio esencial de la existencia, por más que curánganos utilitaristas se empeñen en camuflarlo. A mí me la suda, me trae al fresco que un dios omnipotente e increado, sea el motor inmóvil, el principio y el fin de todo, el diseñador o el arquitecto de la armonía cósmica. A mí me da igual cómo o por qué surgió el Universo, quién originó la explosión inicial, eso que ahora los entendidos llaman el “Big bang”, y quién, si es que hay alguien, dirige la evolución. Me importa un bledo que tengan razón en sus hipótesis los darwinistas, los lamarkistas o los ortogenetistas. Me da igual saber cómo he llegado a ser lo que soy o de qué especie inferior provengo y si algún dios desconocido ha guiado esa evolución desde ese mono primitivo hasta mí. Lo que realmente me importa es que estoy aquí y ése es un hecho irreversible. A mí me jode profundamente estar solo, caminar en soledad hacia la muerte, y morirme solo aunque esté rodeado de gente, de voces y de ruido por todas partes.

—¡Cojones con el señorito y qué disimulado se lo tenía! ¡Eso es un discurso y no los de Durruti o la Pasionaria! —dijo el viejete, enseñando, con su carcajada, una dentadura escasa y mal distribuida, que más que una caja de dientes parecía un tendedero de calcetines.

Cualquiera que lo vea andando por la calle, con esa pinta blandita, de señor honorable, de burgués repeinado y trajeado que no ha roto nunca un plato, se quedaría planchado si escuchara su arenga iconoclasta y revolucionaria. No da usted la imagen, amigo, de ser un tipo contra el sistema. Usted, con esas manos regordetas y pulidas, como de manicura y de no haber dado un palo al agua en su puñetera, perdón, en su regalada vida.

Me miró dándome un repaso de pies a cabeza con sonrisa burlona, con un descaro que en otro me hubiese molestado, pero no en él, aunque hasta a mí me resultara extraña tal y tan rápida complicidad.

—Usted, con ese pelo inundado de fijador, que intenta redistribuirse tapando una calva más que incipiente, aunque no desastrosa todavía, puede pasar por un funcionario del catastro, por un auxiliar de notarías, por un ordenanza de instituto o, si me apura, por un juez o un maestro de escuela, pero nunca por un tío, dominado por la náusea sartriana, desesperado como Kierkegaard, desesperanzado como el Unamuno de sus principios —que luego se cagó patas abajo conforme se hizo viejo y vio acercarse a la parca— y que está en contra del mundo.

—Un momento, no se precipite, que yo no estoy contra nadie —repliqué de inmediato—. Yo estoy descontento con una realidad egoísta e impuesta, con un pensamiento dominante que nos han metido irracionalmente y con calzador. Estoy descontento con mi realidad. Posiblemente sea un frustrado, pero de ellos está llena esta ciudad y el mundo entero. Lo que pasa es que usted no va preguntando a todos los que se tropieza y, además, nadie va pregonándolo, por las buenas, a todo el que se encuentra en la calle. Yo soy un burgués, es cierto. Tengo la vida resuelta, pero jamás he ganado nada por mis propios medios.

Ya me había descubierto como el inútil total que soy. A las primeras de cambio había dejado mis cartas al aire.

—Mi única perspectiva es envejecer de una manera cómoda pero vulgar. Ése, posiblemente, sea el motivo de mi intenso cabreo. Verá usted, ya le he dicho que soy hijo de un papá bien venido a menos. Nunca supe lo que era una privación, ni una exigencia. Mi vida fue una vida muelle de niño mimado, con papá constructor —y todos sabemos lo que ganan, pegando pelotazos mayormente, los especuladores inmobiliarios— que, desentendido en todos los terrenos y para compensar, hace frente a todos los caprichos del imbécil que tiene como hijo y al que convierte, inevitablemente, y cada vez más, en un gilipollas. Pero no hay mal ni bien que dure cien años. Las cosas empezaron a ir mal. Primero poco a poco, después, en picado por una gestión nefasta y por la incapacidad de mi procer de adaptarse a los tiempos que corren. Bueno, su incapacidad y la mía, que yo tampoco tuve lo que hay que tener para coger las riendas del negocio y seguir forrándome, haciéndolo funcionar en condiciones, y aquello se vino abajo.

Es sorprendente cómo, en ocasiones, puedes contar ciertas cosas a quien menos te conoce, pero yo me había embalado —de nuevo la extraña e inmediata complicidad— y contaba mis intimidades, incluso económicas, sin el menor pudor.

—Cuando me di cuenta de que, para salir adelante, no podía seguir tirando de la generosidad paterna, ya no estaba en condiciones de cambiar mis hábitos, no tenía costumbre de trabajar y, lo que es peor, no sabía hacerlo. Mi primera gran frustración fue comprobar, en mi fuero interno y sin decírselo ni al cuello de mi camisa, que era, y creo que sigo siendo, un perfecto inútil. Con una cierta planta, cada vez peor, que la edad no perdona y los michelines, la caspa, los empastes, la hipercloridria, las patas de gallo, la hipertrofia prostática y la halitosis son inevitables, pero un perfecto inútil. Decidí, heroicamente y por mí mismo, poner remedio a una situación absolutamente insostenible. Por primera vez en mi vida iba a hacer algo yo solo, sin el papá protector y omnipotente bajo cuyo paraguas había vivido desde siempre.

—No se me deprima, hombre —saltó de inmediato el abuelo socarrón—. En este país, un individuo de su condición, hijo legítimo, con un nivel medio de estudios, de familia bien aunque venida a menos que eso no hay porqué pregonarlo y puede taparse, y sin antecedentes penales, lo tiene fácil para vivir

sin trabajar demasiado y, si me apura, para vivir sin trabajar prácticamente nada. Puede usted hacerse cura. Esos trabajan media hora al día y con vino. Puede hacerse charlatán y engañar bobos. Lea las palmas de las manos, adivine el futuro escudriñando los posos del café o interpretando el halo térmico. Interprete y glose las manchas de humedad en las paredes de las casas y vaya a medias con el dueño.

Haga predicciones y análisis de futuro basándose en el aura, en las orejas de sopillo o en la geografía de los juanetes. Haga horóscopos, dedíquese al esoterismo o a la parapsicología. Diga que tiene facultades para la videncia. Garantice comunicaciones con los extraterrestres o jure por lo más sagrado que, a través suyo, puede cualquier pringado navegar por el averno y ver si su padre tiene alguna necesidad o algún trauma aunque haga años que la palmó. Y prometa, prometa cualquier memez que se le ocurra, que no sabe usted las tragaderas que tienen los que están necesitados de consuelo y de expectativas. Prometa soluciones mágicas para cualquier tipo de problema, que eso no es delito y hasta se hace usted famoso y lo persiguen pagándole, aunque huela a estafa a kilómetros.

Una última sugerencia, si no le va el ocultismo, es que se haga funcionario y luego dice que tiene un trauma, que se lo produce la mesa o la silla, o la taza del váter que hay junto al despacho, y se da de baja. Y si dice usted que su jefe le hace mobbing, ya tiene al tío yéndose de varilla, cagado de miedo, pidiéndole que se relaje y no le complique la existencia. Y si no, se busca usted un médico y le cuenta la angustia que sufre cada vez que piensa en el curro y se inventa un contubernio y se va al juzgado, y entre el certificado del galeno y poniendo cara de lástima y el testimonio de su señora sobre lo poco que folla y lo agresivo que está, se busca usted una jubilación de lujo y encima le busca la ruina al pringao de su jefe, que seguramente será también un pelota miedoso al que, le mueven el sillón, y se caga encima.

Era evidente que estaba a punto de perder la batalla dialéctica, si es que en algún momento las palabras de alguno habían competido con las del otro. Desde luego, a ácrata y a protestón, no le iba a ganar al abuelo.

—O no se haga funcionario, si no quiere, que tampoco es imprescindible. Le voy a dar una solución mejor, infinitamente mejor. Monte un sindicato que lo libere. Eso ya es la polla en verso, porque encima queda como un benefactor de la humanidad, una necesidad pública y un prohombre, y además se divierte mientras cobra y vive del cuento, haciendo como que vela por los derechos inalienables de los parias de la tierra. Llénese la boca y pronuncie de manera engolada, como haciendo eco, “los derechos adquiridos, tras años de lucha, por los trabajadores” y bla, bla, bla... Eso requiere una cierta cara y una cierta estrategia, pero yo a usted le veo maneras: Monta un sindicato, como le he dicho, o se apunta a uno que ya funcione y conspira y se hace con un grupillo de adláteros, y se libera. O sea, se dedica a él por entero.

Debió de aflorar a mi rostro un gesto de estupor, incluso debí de soltar un soplido sin ser consciente del todo.

—No se me asuste por lo de la dedicación en cuerpo y alma, que sólo son palabras. Dedicarse a él por entero significa aparecer por allí de vez en cuando, pasear, tomar café, arreglar el mundo sujetando barras y levantando cristales —tras esta frase hizo un gesto significativo como de empinar el codo—. Se dedica a montar contubernios, corrientes de opinión y grupos de apoyo a quienes vea con posibilidades de ganar algo, para luego poder pegarse a rueda y exigir la contraprestación por el apoyo dado. ¿Cómo cree que hacen las listas para las elecciones, basándose en la honradez y en la competencia? ¡No sea lelo, hombre! Se ponen sobre la mesa los apoyos, o sea los votos de otros, que también esperan ser paniaguados y que uno arrastra y, con cara de póker, sin decir ni pío, se grita interiormente: ¡Maricón el último!

La tarea ardua que llevaría a cabo como sindicalista, no es de pico y pala. No hay que talar pinos, ni hacerse minero o acarrear carretillas de grava. Es mucho más descansada: organizar, por ejemplo, jornadas de estudio y de reflexión sobre cualquier gilipollez. Puede intentar que las declaren de utilidad pública y así hasta puede recibir subvenciones. Incluso, de vez en cuando hasta se folla, que siempre cae por esos sitios más de una despistada, necesitada de calor de pecho ajeno. Si eso le pasa, usted límítese a escuchar con siete oídos a esa prójima necesitada de cariño y comprensión y a decirle que todo lo que le cuenta es sumamente interesante, que jamás vio una mujer con tanta clase,

con semejante personalidad, con tanta vida interior y tan rica en ideas. Luego dígale que, con toda seguridad, su marido no la aprecia en todo lo que vale y que está desaprovechada. Acertará siempre y de ahí a beneficiársela sólo hay un paso. ¡Qué digo un paso, no hay ni medio! No sabe usted hasta dónde se puede llegar halagando la oreja de la interlocutora.

Apreciando los consejos sabios del abuelo, recibía como el mejor de los tesoros sus lecciones en forma de dardos envenenados y cargados de razón.

—Cuide las apariencias, que siempre son fundamentales, que jamás dé la impresión de que quiere algo para usted mismo. Invéntese un soniquete, grábeselo con un punzón en el rabillo del ojo y repítalo venga o no a cuenta: “Hemos detectado tal necesidad pública y vamos a solucionarla”, aunque en la solución, a usted, le caiga un quince o un veinte por ciento de la obra. O si quiere le doy otra receta que, si no es mejor, no deja de ser muy buena: Monte cursillos de formación y pida subvenciones para hacerlos. Aunque los cursillos sean la gilipollez del siglo, le van a poner pocas pegas para desarrollar gilipolleces siempre que los deje tranquilos y no incordie. Usted puede dar cursos sobre las cuestiones más inverosímiles: la evolución de la almeja en el mediterráneo, el manejo de los interfonos en los edificios de muchos vecinos, el uso de la marcha atrás en las relaciones matrimoniales, cómo llamar guapo a su jefe sin parecer un pelota, las vecinas cotillas y su utilidad como informadores policiales contra el terrorismo islámico, los cabrones que pegan a sus mujeres y las asociadas en la defensa del calamar cantábrico. Búscate títulos que por muy imbécil que te resulte el programa siempre habrá alguien deseoso de escaquearse de su puesto de trabajo, que se apunta al curso en cuestión. Tú entretanto, no pierdas puntada. Ya sabe el refrán —vea que vuelvo al usted respetuoso—: Administrador que administra y cura que se enjuaga, algo traga. Cuando ya quiera crear escuela y pasar a la posteridad y que le dediquen incluso una calle, monte un follón bien gordo, con dos cojones, aunque sea ficticio pero que parezca mortal de necesidad, que aquí las apariencias son fundamentales. Una vez organizado el pifostio, usted, que conoce todos los intríngulis porque es el padre de la criatura, se presenta como solución a la merdé que ha organizado y tiene huevos hasta de conseguir alguna condecoración como ciudadano modelo. Esto no es ninguna novedad.

Es así desde antiguo porque la condición humana cambia menos de lo que nos creemos:

*El señor don Juan de Rodres
con caridad sin igual
hizo este gran hospital
y también hizo los pobres.*

—¿Comprende la jugada? —Me preguntó para asegurarse de que le iba siguiendo y yo asentí como única respuesta sin atreverme a interrumpirlo ni un segundo, ante intervención tan llena de sentido común y de conocimiento del ser humano.

—Uno crea la necesidad y luego la satisface. Tampoco hay que satisfacerla de raíz y por completo. Le he dicho antes que las apariencias son fundamentales ¿verdad? Pues éste es el caso. Haga como que busca soluciones, haga como que le interesan muchísimo los problemas de los necesitados, de los trabajadores, de los aprendices, de los marginados, de los enfermos, de los inmigrantes, de los encarcelados o de quien cojones sea. Haga como que se preocupa por ellos, haga como que le quitan el sueño y como que vive con el alma en un hilo pendiente de sus problemas.

Queda usted como un filántropo del copón de la baraja, y si toca las teclas adecuadas encontrará quien le ponga un despacho y una subvención, de la que él seguramente también sacará su tajada. Guarde las apariencias, aunque todos esos problemas por los que, de cara a la galería se desvive, le importen menos que una mierda pinchada en un palo. La clave es la fachada, las apariencias, lo exterior, una puesta en escena acojonante, que se dice ahora. Lo demás, que no haya nada dentro y todo sea pura filfa, carece de la mínima importancia. Grábeselo con un punzón en el rabillo del ojo, que las cosas así grabadas, como molestan un huevo, no se olvidan nunca.

El abuelo se soltaba el pelo, el poco que le quedaba y me seguía en mis tímidos desbarres del principio, de anarquista de salón. Esto se anima, pensé.

—Me ha gustado la andanada contra los adivinos, arúspices, augures, santones y profetas de pacotilla. Esos tíos pululan como hongos parásitos de más de un cretino que los mantiene. En el fondo, me joden los vividores, aunque no me quede más remedio que considerarme uno más de ellos porque yo también vivo del cuento, como verá. De todas maneras está usted un poco desfasado, con algunas matizaciones. Por ejemplo, lo de hijo legítimo o ilegítimo ya no se usa. Todas esas monsergas de los hijos habidos dentro o fuera del matrimonio, las bodas por lo civil o por lo criminal, los bastardos y los frutos de relaciones adulteras o fornicarias, pasaron a la historia por fortuna.

Era mi turno de demostrar que yo también podía resultar brillante, que aunque inútil no era tonto.

—Ahora un hijo es un hijo y, si no lo quieras reconocer, lo hayas tenido tras matrimonio eclesiástico o tras pecaminosa aventura en el puticlub más cutre, como la madre te pida la prueba de la paternidad con el ADN, y salga que es tuyo, te lo comes con patatas y lo mantienes por las buenas o por las malas. Al niño... y a la madre, mientras le haga creer al juez, con un abogado especialista en teatro, que es indigente, que no tiene medios de subsistencia o que, tras la relación contigo, ha quedado en una situación desfavorecida. Y si encima se mosquea, o dice que la incomodas en lo más mínimo, te denuncia, te embargan el poco o mucho sueldo que tengas, pagas los gastos, te dictan una orden de alejamiento y no te queda ni el consuelo de tomarte un colacao con el chiquillo.

¿Qué es lo que pasa? Pues que hay mucho hijo de puta que arregla las cosas a palos y se ha creado una situación de alarma muy justificada y ya no se puede ni discutir con la mujer porque, a poco que te descuides, te ponen la proa y la etiqueta de maltratador y pagas hasta por lo que no has hecho. Yo a mi mujer le hablo de rodillas y le pido permiso hasta para ir a mear.

—Su sentido del humor brilla por su ausencia, amigo mío, replicó rápido el abuelo. De sobra sé yo que ya no se le pregunta a nadie si es o no, hijo legítimo. Esa historia ya pasó a la historia, valga la repetición. Durante muchos siglos ha sido defendida por una Iglesia, que en teoría es una institución luchadora por la justicia. Todos los hijos que no nacían fruto de un matrimonio

con arreglo a las normas que ellos establecían, carecían de la mayoría de los derechos que sí les eran reconocidos a los engendrados en un casorio correcto canónicamente. ¿Qué culpa tendrá uno, cuando lo hacen, de la situación jurídica de los engendradores que disfrutan con el refocile?

La iglesia, no la católica que es la que nos ha tocado vivir y padecer, cualquier iglesia, es una institución que mezcla impunemente lo humano y lo que ellos se inventan como divino, lo trascendente y lo material. En ese batiburrillo radica su éxito: te aseguran la eterna bienaventuranza, mientras te limpian el bolsillo. No es ni más ni menos que una estructura de poder, sustentada en la necesidad de seguridad de cuatro, o de cuatro mil millones de incautos, que lo único que tienen es necesidad de algo a lo que agarrarse. Aunque ese algo sea una quimera, un axioma imbécil e indemostrable, una fantasía. Todas las iglesias son instituciones totalizantes: te dan de alta en la vida bautizándote cuando naces. Te despiden de la infancia con comuniones y otros saraos. Te admiten en el mundo adulto confirmándote, haciéndote monja o cura, o casándote. Te dan el pasaporte para la eternidad y te mandan a ningún sitio con la extremaunción y el funeral del entierro. Se enteran de todas tus miserias, de tus anhelos, tus miedos, tus problemas y tus frustraciones cuando te confiesan, y ya sabe usted que la información es poder. Controlan la recta administración de los polvos, la descendencia legítima, ésa de la broma anterior que usted no entendió, y la transmisión de los bienes a través del matrimonio canónico.

Enumeraba al tiempo que golpeaba una de sus manos con un dedo de la otra, en un gesto autoritario, típico del orador que quiere captar toda la atención de quien le escucha.

—Incluso ahora, que están de moda esos malos tratos a que ha aludido, durante siglos, la Iglesia los ha justificado y casi los ha bendecido como algo inherente al matrimonio y a la superioridad y el dominio del hombre sobre la mujer. A más de un cura he oído yo decirle a una mujer harta de recibir palos: “Hija mía, sufre con paciencia la cruz que Dios te ha mandado que ésa es la manera que vas a tener de santificarte y lograr el cielo”. ¡Habrase visto mayor gilipollez! Por un momento y sin que sirva de precedente estoy de acuerdo con usted: un tipo que le pegue a su mujer, merece que lo inflen a ostias en

sesiones de mañana y tarde. Y no me vale esa monserga que se inventan todos. Al menos todos los que yo he conocido: "Es que tengo muy mal genio, es que tengo un pronto muy malo y tengo mucha agresividad, que yo estoy enfermo y lo que necesito es tratamiento". ¡Y una mierda que se coma! Muy pocas veces, por no decir ninguna, he visto yo a un tipo que le pega a su mujer brearse a ostias o a puñaladas con otro tío en un patio de talego. Luego, esa agresividad general a que aluden es una mentira como la copa de un pino. Es agresividad solamente con quien es más débil, con quien no puede responder a la agresión.

Su visión del problema era la mía, sorprendente en un hombre de su edad supuestamente criado en una España machista, rural e inculta, propia otra época.

—Eche un vistazo a su alrededor, volviendo a la Iglesia como institución aprovechada y alienante, y mire a esa institución que parece caduca y resurge constantemente de lo que creemos que son sus cenizas. Eche un vistazo y verá cómo todas las viejas decrépitas y ricachonas, estériles como la higuera del Evangelio, están rodeadas de curas. Confesores, directores espirituales, administradores de hostias, untadores de óleos, bendecidores profesionales, pájaros de mal agüero que luchan para que el carcamal aguante vivo, por lo menos hasta que firme un testamento en el que deje todos sus bienes al buitre que acecha. Cuidarán, acuérdate lo que hemos dicho antes de las apariencias, de que figure siempre la expresión: "para obras de caridad, o en beneficio de los pobres". Eso es una mera fórmula. Ya sabemos todos que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Tendremos tiempo de hablar del matrimonio, me imagino. Con meriendas-cenas, como la que usted me está regalando esta tarde, yo estoy dispuesto a contarle mi vida, la vida de todas las gentes con las que me he tropezado a lo largo de mi existencia y hasta estoy dispuesto a inventarme alguna. Lo mismo que hicieron en "Las mil y una noches". Allí, según creo, porque yo no he leído esos cuentos, una princesa contaba historias para salvar su vida. Ahora, yo le cuento a usted lo que quiera, mientras estén por medio, platos de este calibre y vinos con este cuerpo, que son bálsamo de fierabrás desacostumbrado para mis venas acartonadas y mi estómago, frequentador solamente de ranchos de

perol carcelero y, por eso mismo, multitudinario. Me imagino que hoy no nos va a dar tiempo a charlar de todo lo que a mí me apetece y a usted —por lo que me dice— le interesa escuchar. Yo lo tengo todo hecho y aquí estoy a gusto, usted sí que tendrá una casa y deberá fichar. Usted tendrá gente a la que rendir cuentas, una familia que, a poco que tarde, empezará a preocuparse y a preguntarse dónde anda metido. Lo crudo para mí vendrá cuando acabemos la comida. Entonces buscaré un portal o una oficina de una caja de ahorros, o un banco en la puta calle, que esta noche no va a hacer frío, y roncaré haciendo la digestión, si es que mis tripas se acuerdan de lo que es eso.

¡Alto, quieto ahí, que le veo las intenciones, y ha estado a punto de empezar a hablar!

Golpeó la mesa antes de levantar la voz y casi gritar. La gente se giró mirándonos sin entender y yo recompuse mi postura en la silla.

—No me mande, como hacen todos los días muchas personas bien intencionadas, a dormir al albergue de transeúntes. Ese es un sitio infecto, plagado de yonquis y de colgados, de gente que debería estar en el psiquiátrico o en la cárcel. Allí tienes que dormir cuidando hasta los calzoncillos que llevas puestos, porque si te despistas, amaneces sin ellos. No me mande a las monjas bigotudas, ésas que se llaman hermanitas de los ancianos desamparados y desesperados. Posiblemente, que yo no lo niego, tienen buena voluntad y trabajan por su salvación, para presentar después sus méritos al altísimo, limpiando culos de viejos. Ésas dejan en bragas a la monja alférez. Son casi todas unas sargentonas que, como cabos furriales en mi época, en el maquis, no habrían tenido precio. No me mande a ningún sitio, que llevo más de setenta años buscándome la vida y esta noche no se me va a caer el mundo encima. Ni se le pase por la imaginación sugerirme el alojamiento en ninguna institución caritativa. A mí no me sujetan a mis años, que ya he estado mucho tiempo abrochado por unas cosas o por otras, y lo poco que me queda, lo voy a vivir levantándome y acostándome cuando y donde quiera, comiendo donde pueda y sin nadie que me lleve a golpe de campana, de silbato o de trompeta. A mí no me van a duchar esas reprimidas, por muy monjas caritativas que sean. Uno no está ya para ningún trote, y en la

bragueta que un día albergó algo interesante, hoy no hay nada que merezca la pena. Hasta no hace muchos años me meaba en la pechera al levantarme, hoy, para mi desgracia, me meo en los pies. No sé si me explico. No obstante, uno conserva su orgullo. Yo nunca me he desnudado delante de una mujer sólo para que me duche, como si fuera un bebé. La verdad, para no tirarme faroles, es que, delante de una mujer, me he desnudado bien pocas veces, que todo hay que decirlo. Y las más de ellas, por la falta de costumbre, que todo se aprende, y por la prevención y el miedo escénico, ha sido para hacer el ridículo. También hablaremos, si nos seguimos viendo y no me manda a la mierda después de la charla de hoy, de mujeres, que ése es un ganado al que hay que echar de comer aparte.

Terminó su perorata el abuelo y se quedó quieto y callado, como descansando del esfuerzo realizado, saboreando con fruición un nuevo vaso de aquel vino berciano, potente, capaz de levantar a un muerto. Un brillo pícaro, malicioso, inteligente y amargo, me hacía ver en sus ojillos hundidos, que estaba deseando que contestara a sus desbarres.

—Amigo, ¿hay algo en el mundo que a usted le parezca bien, hay algo que no quiera liquidar porque le resulte odioso? Ha repasado usted a los curas, a los sindicalistas, a los que echan las cartas, a los que viven de los extraterrestres, a las monjas, a los que adivinan el futuro, y los ha puesto a todos como un guiñapo. Ha puesto verdes a los políticos y me da la impresión de que, cuando hablemos de mujeres no van a salir muy bien paradas. ¿Hay algún ser vivo en la tierra, con capacidad para pensar y para expresarse, que a usted no le parezca nefasto? No me conteste, por favor. Acuérdese de que había empezado yo y de que mi exposición iba a ser más breve. Y esté tranquilo, tiene usted razón. Tendremos más meriendas y más comidas, y no se me suba a la parra si le digo que es usted la aventura más interesante que he tenido en estos últimos cuarenta y cinco años. Ya le he dicho mi nombre y le he adelantado lo vulgar de mi existencia. Le he contado mis tentativas con el derecho, con la enseñanza, con la filosofía y con la teología. También yo soy crítico con la realidad que me circunda, aunque no le llego a la suela con su discurso incendiario. Estoy rebotado también, fundamentalmente porque soy un frustrado y un perfecto inútil, como también le he dicho. No llega mi ánimo

corrosivo, ni con mucho, al rebote que usted tiene. Aunque, también lo hemos hablado antes, con la pinta que lleva, me imagino que la suya es una rebelión más que justificada. Sigo contándole, si me deja y no se lanza otra vez en picado contra alguien divino o humano.

Me apetecía compartir mi triste y mediocre historia con él, con un pobre abuelo tan deteriorado por fuera como valioso por dentro.

—Ante la imposibilidad metafísica, ya le dije que hubo una caída económica de por medio, una hecatombe en toda regla, de continuar siendo niño de papá con todos los gastos subvencionados, me di cuenta de que había que sobrevivir y decidí hacerlo. No escogí ninguna de las alternativas que ha expuesto, y que me parecen magníficas ocurrencias: ni cura, ni ufólogo, ni vidente, ni sindicalista. Ni político, ni funcionario vago, ni adivinador del futuro, ni muñidor de ruinas a través de los chismes más diversos. Opté por una decisión, más fácil de llevar a cabo en un principio, y más difícil de mantener después: pegué un braguetazo. Es así como lo conoce todo el mundo. Dejé de vivir a costa de mi padre para pasar a vivir a costa de mi mujer. Imaginativa la salida, ¿no le parece, amigo?

Dos ojos como platos se le abrieron al abuelo y por poco si tenemos una tragedia griega al írsele el trago de vino por el lado contrario.

Tras no pocas toses y carraspeos —yo creo también que por el intento de aguantarse la risa— dijo:

—Menos que era macarra o chulo de putas. Habría pensado de usted cualquier cosa, cuando lo vi hace un par de horas, esperando mi llegada en esa avenida por la que me arrastraba esta tarde con esta maldita bolsa, que pesa más que un mulo ahogado, que más que llevarla yo a ella, es ella quien me lleva a mí y voy tan sin resuello, que tengo que aprovechar los golpes de aire para cruzar la calle sin que me atropelle un coche.

Sí, sí, vamos a ser claros. Usted no se ha encontrado conmigo accidentalmente. Usted, cuando nos hemos cruzado y yo le he pedido ayuda, me llevaba controlando varios minutos. Descaradamente me estaba esperando. Lo que no sé es por qué.

—Un momento... un momento, a ver si esta comida, o merienda, o cena, o como quiera que se llame lo que estamos haciendo, va a terminar como el rosario de la aurora. A ver si nos va a sentar mal el vino y todo lo que lo acompaña... y va a ser maldita la hora en que nos hemos conocido.

Me puse serio y el abuelo reculaba. Se achantó, no porque yo le mereciera el más mínimo respeto, sino, seguramente, porque veía peligrar futuros banquetes.

—No ha sido mi intención molestarle ni por asomo —dijo en tono compungido.

—Ya lo sé. Está olvidado. Reconozco que lo vi venir desde el principio de la calle. Reconozco que algo me avisó. Alguna iluminación interior me dijo que usted podría ser distinto, que podría ser la persona que estoy buscando. Eso es verdad y no me importa admitirlo. Ahora bien, de ahí a admitir que usted me tome por un macarra o por un chulo de putas, media un abismo. Dice que no doy la imagen y no la doy, porque no soy eso que a usted se le ha ocurrido endosarme. Le he dicho que di un braguetazo, le he dicho que soy un perfecto inútil y que nunca he hecho nada por mí mismo. Le he dicho que vivo de mi mujer. Eso es muy diferente y no tiene nada que ver con vivir de las mujeres. Son cosas bien distintas, aunque no sé si igual de vergonzosas. ¿Entiende usted la sutil diferencia?

—Bueno, bueno, pelillos a la mar. Pasemos por alto este rifirrafe y sigamos como amigos, que maldita la gracia que me haría si esto se tuerce —dijo el abuelo en tono, más que conciliador, descaradamente pelota— con la buena pinta que, hasta ahora, tenía. Si vive usted de su mujer, y a la vista salta que vive bien, a mí me parece de puta madre. Yo soy el menos indicado para criticar a nadie por ningún comportamiento y menos por ése. Es más, lo único que siento es no haber tenido la oportunidad de hacer yo lo mismo. ¡Ojalá hubiese yo encontrado una que me hubiera llevado así, como un pincel, maqueado como un figurín, petroleado y alicatado hasta el techo! Ese tipo de vida no me genera ningún reproche, sólo envidia, que la mía bien perra y bien cochina y bien trabajosa que ha sido, plagada de necesidades y con muy pocos momentos de felicidad, de relajo y desahogo, por no decir ninguno.

—No sé, ni me importa, si voy como un pincel o no. La verdad es que no puedo quejarme —respondí—. Me avergüenza la situación, ya se lo he dicho antes. Siento bochorno en mi fuero interno muchas veces por ser un mantenido. Y siento bochorno cuando pienso que alguien lo está pensando de mí. También le he dicho antes que di un braguetazo y eso es una simbiosis en la que, cada parte, aporta algo a la otra. Un niño de papá, que era como algunos nobles destronados: mucho nombre, mucho abolengo, mucha tradición, mucha familia “de esas de toda la vida” y... nada en los bolsillos, ni en ningún otro sitio.

Mi mujer, por el contrario, era una muchacha insignificante, tímida, poquita cosa, e incluso más bien tirando a fea, aunque ése es un problema que los años igualan. Cuando se anda en torno a los cuarenta, y todavía más cuando se traspasa esa frontera, las diferencias se estrechan asombrosamente. A todas esas que van rompiendo la pana y diciendo aquí estoy yo, a esas macizas con los culos tersos y apretados, con las tetas mirando al cielo, con los periflús y las pinturas de guerra, con los pantalones intramusculares, los postizos y los tacones vertiginosos... a todas esas las querría yo ver dentro de unos años y con un par de embarazos y de partos a cuestas. Además, ¿qué importa el tipazo y la belleza, si ya lo dice la sentencia popular?

*“Te casarás y tendrás mujer y le tocarás el culo...
Y a los quince días, como que te tocas el tuyo”.*

¿Para qué queremos tanta pasión en los inicios, tanto arrebato ante una belleza, si la belleza va a ser un motivo de preocupación y se va a venir abajo en menos tiempo del que tarda en persignarse un cura loco? ¿Para qué empeñarnos en la necesidad imprescindible de la pasión ante una belleza que corta el aliento, si ésta está condenada a apagarse, por muy espectacular que sea la prójima, porque pasión y tiempo son dos realidades irreconciliables?

No esperé a sus respuestas para continuar, quise darle más que rebatir, tomé aire y proseguí, alentado por su silencio, por su paciencia inesperada, esperando su turno.

—En esto, como en tantas otras cosas el que no se consuela es porque no quiere y, casi siempre, es mejor estar casado con una que no llame mucho la atención en lugar de estarlo con un monumento ambulante de esos que hacen girar las cabezas, inevitablemente, a su paso. Ya lo dice el fandango viejo, que en el flamenco se encierra toda la sabiduría que un hombre necesita para moverse por el mundo:

*“Todo el hombre que se casa,
con una mujer bonita,
hasta que no llega a vieja,
el susto no se le quita”.*

¿Y para qué quiero yo vivir asustado pudiendo vivir tranquilo? Y, la verdad sea dicha, vivo mejor que un cura capao. Mi mujer, sin destacar en nada, inadvertida y discreta, silenciosa y modosita, sin prisa pero sin pausa, estudió la carrera de farmacia, se estableció y se montó en el dólar, como dicen ahora los progres y los pijos.

Resumiendo la situación, porque a mí lo que me interesa es que usted me cuente lo suyo, ella era una soltera con visos de seguir siéndolo, pero con posibles. Entonces le pusieron delante al inútil, o sea, a mí. Y yo no sé si surgió el amor o surgió el apaño. Ésa es la simbiosis que le he dicho: ella dejó de ser una solterona y pasó a ser una señora respetable y felizmente casada, por la Iglesia, con ceremonia de primera, que incluía velas, inciensos, cura con capa pluvial, coro de voces blancas y todas las letanías y conjuros imaginables para que la divinidad nos colmara de bendiciones y de hijos, aunque ninguno de esos dos colmos haya tenido lugar. Yo pasé a ser farmacéutico consorte y a continuar viviendo, como hasta entonces, sin dar clavo. En la boda no faltó de nada: banquete y música de Mendelssohn para iniciar el baile, seguida de

todas las horteradas imaginables, panda de amigas loros que lloran emocionadas y piden el ramo para casarse ellas también ese año, cuñado cogorza que se empeña en subastar trozos de tu corbata o de tus calzoncillos, o las ligas o las bragas de la contrayente. Ese cuñado metepatas y beodo que acaba de manera inevitable pegándose con los camareros para que le prolonguen la barra libre dos horas más, en un intento de demostrar que allí quien manda es él, que para eso es el hermano de la novia. No faltó la luna de miel en París, pagado todo por su familia, evidentemente, ni el chalet adosado en urbanización de postín plagada de imbéciles que intentan aparentar lo que no son, nuevos ricos, pobres de toda la vida venidos a más. Una urbanización típica con sus cuernos, sus putones, sus fantasmones, sus parásitos, su buena gente y hasta sus fascistas, sus voceras, sus macarras de discoteca y sus practicantes del maltrato, para que no falte de nada.

Tampoco faltó, tras la boda y la luna melosa, el subsiguiente, casi inmediato y crónico, aburrimiento. Ella me mantiene y yo le doy, no sé si se puede llamar así, el status, porque menudo status que le doy. Amor, lo que se dice amor, de ése que para los pulsos, ése del soneto: "desmayarse, atreverse, estar furioso, ávido, tierno, liberal, esquivo"… no hay. Pero tampoco en eso nos diferenciamos mucho del resto de las parejas. No sé usted las que habrá conocido, pero yo me sé de muchas más, unidas por los intereses comunes, los sueldos, los préstamos, las propiedades y las hipotecas, que por eso que han dado en llamar amor.

Suspiré para señalizar que llegaba al final del paseo por mi realidad y procedí a concluir. Él se cruzó de brazos y se rascó la barbilla, parecía un policía que escucha la confesión de un detenido acojonado y charlatán. Con gesto sereno e inalterable esperó pacientemente el desenlace.

—Y ésa es mi historia, prácticamente entera. Apasionante, ¿verdad? Omito los años de estudios en la universidad porque tampoco fueron gran cosa: un lugar donde se estudiaba poco y se investigaba menos. Un sitio plagado de juergas estúpidas y revolucionarios de salón y gabinete, que a la mínima te montaban una plataforma reivindicativa más inútil que un cantante de gregoriano en una juerga flamenca, más inoperante que una muñeca hinchable en la cama de un fakir. Niños y niñas, por lo común pijos, más

pendientes del último modelito para lucir en clase, del último coche o del último cantante de moda, que de la última publicación interesante o científicamente relevante. Un lugar, también, lleno de intrigas de café y de puñaladas. Allí he visto hombres de inteligencia brillantísima, que han tenido que marcharse de un departamento, en el que eran una autoridad por su sabiduría, porque no le bailaban el agua al cacique de turno. He visto pronunciar tres veces la misma conferencia, las tres veces sin prepararla, y quedarse, el memo parlante, tan ancho tras soltar cuatro generalidades y cuatro bobadas, y no añadir ni un milímetro a los escasos conocimientos que ya teníamos los sufridos, y algunos sorprendidos, oyentes antes de escucharlo. En ese lugar, donde la inteligencia debía tener su asiento y en el que la sabiduría, la ciencia, la imaginación y el espíritu de trabajo debían campar a sus anchas, he visto terminar la carrera y ejercer como profesora designada a dedo a alguna alumna, analfabeta funcional, cuya única habilidad con la boca no era la oratoria fecunda, preñada de conocimientos y aplicada a la docencia, sino los solos de flauta practicados con dedicación exclusiva en la persona de un cátedro, ausente por principio, o en el cuñado de una prima de su hermana con capacidad para enchufarla en puesto de tanta representación y tan pocos emolumentos.

Te tropiezas en la universidad, de vez en cuando, pero pocas veces por desgracia, con personas por las que te cambiarías sin dudarlo. Hombres y mujeres que respiran sensatez, que no hacen uso de la ostentación, ni sacan pecho, pero son auténticos pozos de conocimiento. O mejor dicho, no son pozos, porque no se encierran en sí mismos, sino que son capaces de transmitir lo que saben y son capaces de contagiar el entusiasmo por lo que enseñan. Pero esos especímenes son “rara avis”, especies que deberían ser protegidas como esos animales de las reservas naturales que se encuentran en vías de extinción, de los que quedan unas pocas parejas contadas, y que se reproducen con muchos problemas en condiciones difíciles. En la Universidad fui crápula y fui observador. Me llevé por delante lo que no está escrito, pero eso, lejos de ser un motivo de orgullo ni de jactancia, deja un poso de tristeza difícil de describir.

Es cierto que el sexo —necesario que por algo somos animales— es una de esas cosas que más vacío puede dejarle a uno cuanto más se tiene de él si no se comparte con quien merezca la pena, cuando se reduce a un mero intercambio de fluidos y jadeos que terminan en descarga física y pozo ciego interno.

—Aprendí cuánto puede el dinero y cuánto el status, la familia de origen, el ser hijo de Don Crispín de la Sopa Boba, marqués del Genil, conde de pollapelada y duque del Kilimanjaro y cómo y hasta qué punto, salvo excepciones honrosas, es verdad que “el que no tiene padrino no se bautiza”. Me di cuenta de hasta dónde puede llegar el que se arrastra lo indecible y es capaz de hacer recados, transportar maletas, urdir complots, hacer de chacha o armonizar celestinajes en el ambiente más endogámico que he visto nunca, aunque en la disciplina en la que pretende ser especialista, no haya pasado del abecedario y tenga menos luces que un candil apagado. Los otros, los que he dicho antes, los que saben y entusiasman, los que transmiten el interés y hacen despertar la pasión por una disciplina, los que arrojan luz sobre los problemas y descubren caminos de conocimientos inexplorados merecerían mil monumentos porque te abren los ojos a realidades que ni sospechabas hasta ese momento y te hacen creer en el ser humano como especie superior, pero esos especímenes se prodigan poco.

La naturaleza es parca y ruin, es engurruñida y avara, y entrega sus mejores frutos con cuentagotas. Eso es todo, amigo, al final no he llegado a nada por eso soy un frustrado. He vivido en permanente estado de insatisfacción y aún hoy vivo con una constante sensación de fracaso. Bueno, he llegado a sobrevivir, o mejor dicho, a convivir con mi desilusión, que no es poco.

La confesión de mi sensación de ruina humana completa no sorprendía al abuelo. Después de todo lo que me había atrevido a contarle, tras haberme desnudado literalmente, tenía la sensación de haber dejado de lado el concepto de dignidad.

—He llegado, como punto culminante de mi éxito, a ser boticario por vía vaginal, aunque tampoco ya frecuente casi nada esa vía. Es decir, vivo con una boticaria, duermo con una boticaria, vivo de una boticaria, soy boticario

conde y me pueden partir a trozos, que no sabría escribir la fórmula de la aspirina y en mi puñetera vida he despachado, siquiera, una inyección, un ungüento o un supositorio.

Y hasta aquí hemos llegado. He terminado de hablar, me he pasado hablando y no pienso abrir la boca hasta que usted desvele todo lo que, estoy seguro, guarda en esa cabeza. Usted ha adivinado, desde el principio que yo no soy un alma caritativa y que nadie da nada a cambio de nada. Este banquete no iba a ser una excepción.

Entre el banquete y la conversación nos habían dado las tantas. Entramos en la taberna a media tarde y se había hecho noche cerrada. Nos habíamos puesto hasta las cejas de colesterol y nuestro nivel etílico equivalía al proporcionado por la tercera botella de tinto de Cacabelos, que estaba a punto de entonar el Miserere Domine. Como se dice ahora, habíamos cogido un punto.

Con un optimismo lenguaraz y expansivo, inducido por el vino evidentemente, con las inhibiciones sueltas, le dije a mi nuevo amigo:

—Creo que por hoy ya estamos servidos. De todas formas usted no se va a librar de mí tan fácilmente. Ahora se viene a dormir a mi casa, que mañana será otro día y tendremos tiempo de destapar el tarro de sus esencias. Yo estoy seguro que usted es la persona que necesito y me tiene que contar muchas cosas que yo ahora no sería capaz de asimilar con la alegría que me ha metido para el cuerpo este vino recio, medio leonés, medio gallego.

—Pues sí que le ha sentado mal el vino —contestó el vejete—. Está usted bastante más tocado del ala de lo que imaginaba. Yo no voy a ir a su casa y no porque no me apetezca dormir en un sitio limpio, cómodo, con sábanas recién planchadas y con ese olor tan característico, imposible de olvidar, pero que yo he disfrutado tan pocas veces. No voy a ir, precisamente, porque me cae usted bien y no quiero complicarle la existencia. Si se presenta en casa a las horas que son ya, en compañía de un viejo con este torpe e irrecuperable aliño indumentario, que diría el poeta, le montan a usted la de San Quintín. No se me enfade, que después del banquete que me he pegado, a su costa evidentemente, que voy tieso como la mojama, años hacía que no comía de

esta manera, no se me enfade que no tengo la más mínima intención de ofenderlo, aunque pretenda serle sincero y decirle la verdad.

Dicen en mi tierra, aunque después de tantos bandazos como he dado en este mundo, no sé si puedo llamar tierra mía a alguna, que el que se casa por dinero es criado de por vida. Usted ha dado un braguetazo, según me ha dicho. Su mujer lo mantiene, y ya le he dicho que no me parece mal, que ojalá pudiese yo haber hecho lo mismo, y lo lleva niquelado, como salta a la vista. Eso tiene un coste. No me diga que es gratis porque no pienso creérmelo. En su casa será ella la que lleve los pantalones. No me venga con milongas, que no se las cree ni el que las inventó: todo eso de las decisiones compartidas, el actuar siempre de común acuerdo, la democracia interna y mariconadas similares. En todo grupo, y una pareja es un grupo aunque sólo sea de dos, se reparten los papeles, y hay uno que manda y otro que obedece. Hay uno que parte el bacalao y otro que va a remolque, un líder y uno que va detrás obedeciendo, que eso no es ninguna humillación y decidir es muchas veces costoso y es más fácil que a uno le digan en cada momento lo que tiene que hacer porque así se ahorra calentarse la cabeza y equivocarse tomando decisiones. El miedo a la libertad que decía Eric Fromm y repiten continuamente los pedantes.

Ya digo que no quiero ofenderlo, no nos vaya a pasar como hace un rato cuando le gasté la broma de insinuar que era chulo de putas. Sin ánimo de ofender —la lengua se le liaba un poco al abuelo, posiblemente por el vino, pero no había perdido ni un ápice de su capacidad de razonamiento—, usted no va a convencerme de que manda en su casa cuando es ella quien la mantiene. Yo no quiero causarle ni un solo problema y por eso no voy a ir allí a dormir, insisto en lo que le he dicho: lo ve su mujer aparecer con una persona de mi estampa y me huelo que somos dos los que hoy dormimos en la calle. Dejémoslo estar. Mejor no despertemos al tigre, dicho sea, otra vez, con todos los respetos. No toquemos los cojones a la boticaria que nos ha invitado.

—La verdad —contesté de inmediato—, para que vea que asumo la realidad y no procuro despistarla y engañarme a mí mismo, es que tiene usted un poco de razón. Sólo un poco. En mi casa hay un acuerdo tácito. Le hablé antes del aburrimiento inherente a toda pareja estable, ¿verdad? Pues ésa es la clave.

No sé si mi mujer me quiere, no sé si me respeta, no sé si me valora en algún sentido. Ni siquiera sé ni puedo afirmar, si no le parezco un parásito indigno. Yo cumplí casándome con ella, que era lo que ella quería hacer, aunque tampoco sé bien por qué ni qué fue lo que me empujó a hacerlo. No creo que fuera solamente la vida cómoda de mantenido aunque no deja de ser una buena razón. Nuestra relación a partir de ahí es meramente formal. “Sin chicha y sin limoná”. Guardamos las formas, somos educados y respetuosos el uno con el otro, acudimos juntos a algunos sitios y a algunos actos a los que van otras parejas, conforme me imagino por lo que las veo, en nuestra misma situación. Somos políticamente correctos, como se estila decir ahora, y yo creo que hasta nos tenemos algo de cariño. Ése que nace del roce y que se parece tanto al aburrimiento. Ella, todas las mañanas, acude a su oficina de farmacia y yo algunas veces, también doy una vuelta, pero sólo para tomar café juntos en alguno de sus recesos laborales. Poco más puedo decir. ¿Sexo? Una vez al mes o cada cuarenta días.

¿Quién inventó eso de “follas menos que un casado”? Razón tenía el creador de la frasescita. Creo que los psiquiatras definen la situación como “estado de anhedonia”, no hay graves conflictos, no hay grandes placeres, no hay grandes carencias, pero tampoco hay ningún proyecto, ninguna pasión, nada que te arranque el alma y te haga correr en su busca. Es el aburrimiento existencial, del que hablaba Camus, en el más pleno de sus sentidos. Es el Aburrimiento con mayúsculas, y que conste que me repito y no empleo un sinónimo, intencionadamente. No es que en mi casa mande mi mujer. Es que yo me limito a ser un cero a la izquierda, a vegetar sin meterme en nada ni para bien ni para mal. Ella atiende a las cuestiones de intendencia normal, a la economía y al funcionamiento básico. Mejor dicho y para ser claro: ella atiende a toda la economía y a todo el funcionamiento y sólo me pregunta o me consulta algo de higos a peras, sin importarle demasiado para decidir, que yo opine una cosa o su contraria. ¿Decide algo el chofer del Papa, en lo tocante a sus viajes? ¿Decide el conserje de un gran banco en qué invierten el dinero los jerifaltes del mismo? ¿Decide el ordenanza de un equipo de fútbol los fichajes o las alineaciones? Nada, ¿verdad? Y sin embargo están presentes en todos los sitios, van para acá y para allá y hasta salen en alguna foto de refilón, pues ése es exactamente mi caso.

Los vapores del vino, no habían conseguido dormir al abuelo y yo lo notaba cada vez más asombrado, conforme iba escuchando mi discurso. De vez en cuando sonreía socarrón e incrédulo, en silencio, hasta que se arrancó de nuevo.

—Amigo, miré usted que yo tengo tiros pegados y mire usted que tengo hechos más kilómetros que “el baúl de la Piquer”, que ése es un sedentario a mi lado. Nunca, en mi vida, me he tropezado un caso como el que aquí estoy oyendo contado por boca de su protagonista.

Hace más de veinte años, creo que fue en la cárcel de Segovia, aquella donde tuvo lugar una fuga de etarras, que dio lugar a una película con ese título, conocí yo a un moro. Se llamaba Mohamed, como todos los moros, Mohamed Chutkría. Era un precursor de los miles que vienen ahora, esos que los políticos pretenden parar con visados de entrada y con permisos de trabajo, con gilipolleces, ignorantes de la capacidad de empuje que tiene el hambre, la miseria y los deseos de mejorar de vida.

El moro aquél, con el que yo llegué a tomar una cierta amistad, era un argelino muy cabrón. Legal con los amigos, pero muy cabrón. Era sirlero. Cuando necesitaba algo para sobrevivir, sin cortarse un pelo, lo conseguía a punta de navaja. Nunca robaba nada más que lo estrictamente necesario. No robaba para acumular sino para sobrevivir. Tenía su propia ética y, además, decía que tenía la conciencia muy tranquila porque sólo cogía por las malas lo que le pertenecía y le era negado por las buenas. Este Chutkría tenía una teoría muy peculiar con respecto a las mujeres. No era un moro polígamico, ni un jeque de esos que se manejan con quince o veinte. Las mujeres, decía, son muy difíciles de entender. A veces, creemos que nos van a hundir y nos salvan. Otras veces sucede lo contrario: creemos que nos van a salvar y nos hunden. Todo depende del humor que tengan. Tenía razón el Mohamed aquél, cuya pista perdí y que, seguramente, murió por la puñalada de alguien más rápido que él a la hora de enfrentarse por algún botín raquítico o por alguna cuestión que, después de las puñaladas, la sangre y la muerte, resultaría del todo nimia.

—No me fastidie que es usted ex presidiario! Esto es bastante más de lo que podía imaginar —exclamé sin poder, ni querer, disimular mi alegría.

—Menos me podría yo haber imaginado —contestó rápido el abuelo— que tropezarse con un ex taleguero, decrepito y casi a punto para la sepultura, le iba a hacer pegar saltos de contento. Sí, soy ex presidiario y ex muchas más cosas. Conozco, como la palma de mi mano, más cárceles que pelos tengo en la cabeza y, si alguien tuviera en cuenta mis trienios, seguramente que hoy no dormiría en la puta calle, seguro que tendría una paga decente, una casa decente y posibilidades de terminar mi perra vida de mejor manera que como la he vivido. No es por nada. No es que yo tenga, a mis años, pretensiones de algo, que no sea huir de la parca que me acecha con la guadaña y me rebanará el pescuezo a poco que me descuide, el día que menos lo espere.

Sólo quiero, mientras me voy muriendo, quitarme el mal sabor de boca que me han dejado tantos años de fatigas, al final, inútiles. Si algún padre de la patria, algún procer, se detuviera a estudiar y a tener en cuenta mis trienios, no creo que hubiese ningún generalote en activo que me echara la delantera en el escalafón.

Al decir esto se golpeaba sonriente y malévolamente la pechera, como señalando una multitud de medallas inexistentes, logradas en no se sabe qué campos de batalla.

—Ya hablaremos, ya, que el filón éste de los huevos fritos, la butifarra y el lomo, la ensalada bien aliñadita y el tinto, no lo voy a dejar escapar así como así. Le interesa a usted, por la cara que ha puesto y los ojos como platos que ha abierto, la fuga de los etarras de Segovia. Eso tuvo lugar, si la memoria no me falla, allá por el mes de abril del 1976. Yo estaba, como casi siempre, en la cárcel. En aquella cárcel, para ser exactos. ¿Dónde cojones se va a producir una fuga si no es en un talego?

Es que yo tengo algunas veces cosas de Perogrullo y le doy una extraña e innecesaria solemnidad a lo que es obvio y no necesita de explicaciones farragosas.

De nuevo se mesaba los pocos cabellos y se los peinaba y despeinaba una y otra vez como lamentándose de su forma de ser a la vez que se resignaba por la imposibilidad de ningún cambio a las alturas de la vida en que se hallaba.

—Le cuento a usted la historia, aunque sea por encima. Me junté con unos para hacer un trabajo, un atraco, para hablar con propiedad y que usted me entienda. Y un gilipollas, porque no tiene otro nombre, la misma noche del golpe, con el dinero fresquito, no se le ocurrió ninguna idea más brillante que ir a una casa de putas y decir a voz en grito: “Esta noche, aquí no folla nadie más que yo, así que echa el cerrojo en el garito, que estos putones van a saber lo que es un hombre. Me las voy a empezar a tirar desde la primera hasta la última”. Decía aquello, el imbécil, agitando las trescientas mil pesetas que le habían correspondido y tirando billetes al aire como los padrinos tiraban, antiguamente, monedas en los bautizos. Incumplí, por enésima vez, una norma fundamental y lo acabé pagando, como siempre: los atracos, los golpes o lo que sea, hay que hacerlo sólo. Así no te pillan nunca. Si vas con gente, por muy legal que sea, siempre hay alguno que se va de la lengua y acabas pringando. Las juntas siempre rezuman, como dicen los mecánicos, y donde hay una junta, tarde o temprano acabará habiendo una mancha de aceite.

Ya no se estila eso de tirar monedas en los bautizos, ¿verdad? Ahora, para cristianar un niño, la gente organiza banquetes de tres pares de cojones. Ves una comilona de éas y no sabes si es un bautizo, una boda o la fiesta del patrón del pueblo. Cuando yo era pequeño, ya le hablaré de mi pueblo si nos seguimos viendo, que ya le he dicho que intentaré alargar este chollo hasta donde pueda dar de sí, en mi pueblo, cuando se celebraba un bautizo, todos los críos nos amontonábamos en la puerta de la iglesia en una algarabía increíble. Abrían los monaguillos las pesadas puertas de cuarterones chirriantes, y empezaban a salir los parientes del recién nacido. Después salían los abuelos y los padres, la madre o la madrina con el niño en brazos. Por último salía el padrino con una bolsa de perras chicas, que en total no sumarían más de tres o cuatro duros. Entonces se montaba la zapatista y todos los críos cantábamos:

*“A ri roña, a ri, ría,
como no eches dinero,
que se muera la cría”.*

O cantábamos esta otra:

*“Eche usted, padrino,
eche usted los cuartos.
No los gaste en vino,
échelos por alto.”*

El padrino, se tomaba en serio el mal fario que le deseábamos aquella pandilla de indigentes sobre la muerte del chiquillo si no soltaba el dinero, y lanzaba al aire puñados de perras chicas. Cazábamos las monedas en el aire como si nos fuese la vida en ello y, si alguna conseguía tocar el suelo, provocaba peleas terribles de niños que pugnábamos por hacernos con ella. Salíamos de aquellas trifulcas tan pobres como habíamos entrado en ellas, con dos o tres perras chicas, seis o siete chichones, y las manos y las rodillas desolladas. Magullados, pero contentos con el tesoro adquirido en la batalla. Inmediatamente el dinero pasaba a otras manos. Acudíamos en tropel a un quiosco de hojalata verde, en el que una gorda de edad indefinida, de culo descomunal y bamboleante, y de luto permanente, como si se le muriera alguien querido un día sí y otro también, nos vendía unos caramelos rojos con forma de martillo sujeto por un palo que nos acababan de llenar la cara de churretes, si es que ya no íbamos suficientemente sucios tras la guerra y los revolcones habidos en la puerta de la iglesia.

Éramos el paradigma de la pobreza: pantalones remendados, zapatos abiertos como boca de cocodrilo, desollones en manos, codos y rodillas, y tierra de los restregones contra el suelo y pegotes de caramelo por todos los sitios.

—Un momento —pregunté, cortando a un abuelo que tenía la cara iluminada por la felicidad del que rememora una época antigua y da la razón a Jorge Manrique, aquel de “cualquier tiempo pasado fue mejor”—. Un momento,

usted habla del periodo Paleolítico: ¿Qué moneda es la perra chica ésa a la que tanto alude?

—Yo debo de andar por el Paleolítico, pero usted tiene que ser extraterrestre —me contestó—. Creo recordar que anda usted por los cuarenta y tantos. Por eso, si es de este planeta y no un marciano, ha debido de usar en su infancia la perra chica de marras, que eran cinco céntimos de peseta y que estuvo en curso hasta fines de los cincuenta o de los sesenta. A la vista salta que yo he manejado poco dinero en mi vida y que el poco que me ha llegado se fue de la misma manera que vino, inmediatamente. Ahora casi me alegro. Me gusta mucho más que me den las cosas en especie, que me inviten a comer o a dormir, o me den una camisa o un pantalón.

Por si le faltaba algo a mi nula capacidad organizativa en materia económica, pretenden que aprendamos, a las puertas de la tumba, el uso de una moneda nueva... el euro ése de los cojones. A mí, que siempre me he entendido en pesetas, en reales y, fundamentalmente en duros. A buenas horas, mangas verdes. Yo he desistido de tal aprendizaje, cosa que tampoco me causa graves quebrantos, pues tengo tan pocos euros como hace un año tenía pocas pesetas. Ante semejante escasez la contabilidad es facilísima.

Se me ha ido el santo al cielo y creo que hasta me he puesto sentimental hablando de las peleas de chiquillos en los bautizos. ¿Ve usted? Ésa es la diferencia entre ser joven y ser viejo, además de la apariencia externa, las canas y las arrugas: un joven habla de proyectos, habla del futuro, de qué hará y cómo lo llevará a cabo. Un viejo sólo habla de recuerdos, batallitas una y otra vez repetidas, y a las que la parca pondrá fin, inevitablemente, más pronto que tarde. ¿De qué estábamos hablando, cuando he comenzado a irme por los cerros de Úbeda?

Sus preguntas solían ser retóricas, el paso previo a un nuevo discurso.

—¡Ah, ya recuerdo, de la fuga etarra de Segovia! Le he dicho que eso pasó en abril del año 1976. Franco llevaba sólo unos meses muerto y, aunque lo enterraron bajo una losa de tres pares de huevos, muchos anhelaban y otros muchos temían, que un par de toneladas de granito no fuesen suficientes para tenerlo quieto, bien amarradito, bajo tierra. Él mismo y sus herederos, parecía

según muchos indicios, que seguían mandando y que lo iban a continuar haciendo durante bastante tiempo. La gente no las tenía todas consigo y los dedos se nos hacían huéspedes al mínimo rumor de cuartelazo, pensando que volvíamos a comenzar otra vez la pesadilla del año 1936.

En ese año andaba todo como cogido con alfileres. La transición, esa palabra que tanto pronuncian ahora politicastros de todos los pelajes, como si cada uno reuniera, él solo, todos los méritos imprescindibles para que se hubiera producido, no había ni siquiera empezado. La ultraderecha campaba por doquier a sus anchas, sin frenos ni cortapisas e, incluso, con más de una bendición oficial. Los guerrilleros de Cristo Rey, la Alianza Apostólica Anticomunista y otros grupúsculos fascistoides, que no recuerdo, repartían palizas antológicas y algo más a todo lo que oliera a rojerío. Los que soñaban con la libertad andaban con cuidado, como pisando huevos, con tiento y con mil ojos, evitando tropezarse con el facherío para no salir irremediablemente mal parados. La historia es cíclica, se repite, como decían los griegos. Es el mito del eterno retorno.

En el 1976, los secuaces de Girón de Velasco, un fascista que nació en Herrera del Pisuerga pero al que llamaban el león de Fuengirola, de Mariano Sánchez Covisa o del belga León Degrelle, otro nazi refugiado, viviendo como un rajá en la impunidad de la Costa del Sol malagueña, apaleaban o tiroteaban, con una mínima oposición por no decir con ninguna, a rojos y a comunistas. Casi treinta años después, los hijos ideológicos y los discípulos políticos de aquellos, apalean a mendigos y a maricones, rocían con gasolina y pegan fuego a los indigentes e inflan a hostias o a patadas a todo aquel que les disguste, a cualquiera que sea distinto. Hay poco nuevo bajo el sol, por no decir que nada. Y vamos a dejarlo.

El abuelo presentaba una visión catastrofista de un periodo que a mí me sonaba del todo distinto, una época ilusionante, con políticos de altísimo nivel: Suárez, González, Carrillo... que supieron cambiar un régimen nefasto y encerrado en sí mismo, con un mínimo gasto en vidas y en destrozos, en una nación acostumbrada a los traumas, a los cambios y a los conflictos políticos del día a día.

—Ya le contaré otro día cómo, por culpa de aquel imbécil que se enseñoreaba manejando billetes en un putiferio y que lanzaba fanfarronadas sobre sus capacidades copulatorias, nos pescaron antes de que pudiésemos empezar a disfrutar del dinero tan fácilmente conseguido. El encargado, otro confite como casi siempre de la picoletada y la madera para que hagan la vista gorda con su negocio, tardó tres minutos en llamar a la Guardia Civil alertándolos del “pringao” que vacilaba con su riqueza difícil de creer. La pasma tardó tres minutos en llegar y el retrasado mental cantó, antes de que le soltaran la segunda hostia, más que el Orfeón Donostiarra en el festival de polifonía de Torrevieja, ése que está especializado en habaneras.

Venga, lo dejamos ya que nos van a dar las claras pegándole al palique y a usted le van a montar la de Dios es Cristo cuando aparezca a estas deshoras por ese nido de amor en el que consume sus días.

No tuve más remedio que soltar una carcajada sonora con la última ocurrencia del abuelo, la del “nido de amor”, pero ni mis risas lo paraban, estaba embalado con sus memorias. A pesar de querer dejarlo, de boca para afuera, no hacía intención de callar y yo estaba encantado de escucharlo.

—Ya sé —continuó—, por lo ojos como platos que se le han abierto, que está interesado en los etarras de Segovia. Le he dicho que eso fue en Abril del 1976. Prepararon la fuga, como todas las cosas que hacían, en primer lugar para pillar calle, que a nadie le hace gracia consumir sus días en el trullo y estar enchiquerado no es plato de gusto para nadie. Después, otro motivo importante de aquella fuga pero no el que más, fue el intento de dejar en ridículo al gobierno y al régimen. No he visto yo nunca, y fíjese que ya son algunos los años que llevo a cuestas, una motivación puramente política por más que se le llene a la gente la boca al proclamarlas. Siempre, junto a los motivos políticos, hay móviles personales: estos querían, por ese orden, salir del tajo y ridiculizar a un poder al que consideraban heredero directo del fascismo que había imperado durante tantos años. Ellos pensaban que, tras la muerte de Franco, iba a haber más de lo mismo, porque ya el dictador hablaba en su testamento de que lo había dejado todo “atado y bien atado”. Todos tuvimos oportunidad de ver cómo lo hacía público, en aquella televisión censurada, aquel tipo lloroso, con orejas de sopillo, Arias Navarro, al que

conocíamos como “Carnicerito de Málaga”, por la leña que repartió y la sangre que hizo en ese sitio.

¿Usted no se acuerda, la noche de la muerte, verlo soltando hipidos en la tele en blanco y negro? Daba grima escuchar a aquel matarife sollozar llamando a la oración a los españoles todos, diciéndoles que había muerto el Caudillo. Sería el caudillo suyo porque mío le aseguro que no lo era.

Ahí su expresión se tornó seria. No mostraba alegría por la muerte del dictador, pero tampoco ningún respeto por su persona. Sin duda, aquel jefe del estado, el militar, el golpista, el aniquilador de la disidencia, le había hecho pasar las de Caín al abuelo.

—Los etarras andaban todo el día en grupitos por el patio, reflexionando y analizando, decían ellos, porque eran unos tíos supercoñazos con el rollo político y social y filosófico, y estaban siempre elaborando propuestas de acción. Le preguntaron a sus jefes si querían que organizaran una “ekintza” sonada. Los abogados, fundamentalmente Bandrés que era el más significativo, que los de ahora son otros más jóvenes, que son unos mindundis y no tienen ni puta idea de nada, eran los correvidiles, los que traían y llevaban las propuestas de los presos a Francia, y las respuestas de los jefes hasta la cárcel. Dieron todas las bendiciones los de Francia para la movida y les prometieron, una vez que pusieran el pie en la calle, que los transportarían hasta más allá de la frontera. En la cárcel todo el mundo tiene un plan infalible para fugarse, o al menos eso se cree él. De la misma forma, yo creo que esas ensoñaciones son fruto de la desocupación y el aburrimiento, todo el mundo tiene en mente un atraco perfecto, ese golpe ideal que te pone piso y te retira de la circulación para los restos. El caso es que aquellos tíos era verdad que lo tenían.

Estudiaban a todos y a cada uno de los funcionarios. Sabían quién vigilaba y quién no, quién era un haragán más vago que el suelo y quién era diligente. Sabían las querencias de cada uno, como los toreros buenos saben, de inmediato y sólo con echarle el primer vistazo, por donde derrota el toro. Conocían a los boqueras como si fueran su propia madre, sabían quién era un flojo y un bulto de siete suelas que se pasaba la guardia sobando como un

león, o jugando a las cartas hasta lo que no ganaba, y quien era un currante, perro de presa que vigilaba cualquier rincón y cacheaba a la maraña hasta en el dobladillo de los gayumbos.

Dependiendo de quién tuviera guardia y quién tuviera el día libre, trabajaban o no en el butrón que los pondría de patitas en la calle. En un tigre del patio, ya he vuelto, por la nostalgia, a utilizar el lenguaje taleguero que usé durante tantos años. El tigre, en la cárcel, es el retrete y usted no tiene por qué saberlo. En un tigre, le digo, localizaron una pared hueca que, a través de algunos recovecos, conectaba con los desagües que iban a desembocar a una acequia alejada unos cientos de metros del muro exterior de aquella vetusta jaula segoviana. Hicieron un panel de mampostería, de quita y pon, que tapaba la trampilla por la que se accedía al lugar de trabajo. Era un panel de cuarenta por cuarenta, de azulejos blancos como era toda la pared. Quitaban el panel y entraba un tío, volvían a ponerlo, y todo continuaba como si tal cosa. A partir de ahí, el método era bien sencillo: cuando entraba a trabajar un turno en la confección del túnel hasta la acequia de la calle que ya le he dicho, dos o tres de ellos se acercaban con cualquier motivo a los funcionarios para distraerlos y evitar que a alguno le diera por acudir a la boca del túnel y los pillara “in fraganti” intentando comenzar o en medio de la faena.

No se crea usted que es tan fácil como se louento. Había que controlar muchas cosas, entre otras a los chivatos, que en las cárceles hay más que perros descalzos en la calle. Había que controlar los turnos de trabajo en el túnel, de tal manera que ninguno de los currantes estuviera demasiado tiempo ausente y fuese echado en falta por cualquier motivo imbécil. Había que estar al quite. Si, por ejemplo, llamaban a alguno durante la jornada de trabajo para que saliera del butrón inmediatamente y apareciera como si allí no hubiese pasado nada, con manchas de barro o con indicios de estar liado en asuntos de albañilería, había que tener una explicación y buscarse una excusa, tener preparada ropa o algo que ponerse, para que el tío apareciera medio sucio, medio limpio, como la cosa más normal. Para eso eran muy socorridos los trabajos manuales en los que los etarras eran auténticos expertos: la pintura, la marquetería, la escultura, los moldes de escayola para pintarlos luego... Para el resto de la basca del talego, también había que tener una excusa que hiciera

razonable la presencia de tantos etarras merodeando por el mismo tigre un día y otro sin mosquear ni a los chivatos ni a los boquis. Para eso era para lo que se hacían encargados del tigre, llevaban el burle, controlaban los turnos de frontón o hacían pelotas macizas, enrollando gomas, para jugar en el mismo, etc...

Eso es lo que ahora, pomposamente, se llama infraestructura o logística y, entonces, se llamaba simplemente organizarse o buscarse la vida. Cuestiones de lingüística, porque usar un lenguaje rimbombante hace que las cosas parezcan más de lo que son. Esto de la logística, la verdad sea dicha, lo resolvieron de forma ingeniosa: los etarras siempre, en contra de lo que predicen, han sido unos clasistas y unos racistas, xenófobos, creo que se dice así ahora. Miraban a los demás, a los comunes, como nos llamaban, por encima del hombro, con aires de superioridad, como perdonándote la vida. Ellos eran “presos políticos”, gente que no delinquía, no robaba ni mataba por motivaciones materiales. Ellos eran presos de conciencia y de convicción, gente idealista que luchaba por una causa. Los demás éramos presos sociales, quinquis, chorizos, inadaptados, gente de mal vivir. Un colectivo en el que cada uno tiraba para un lado, la personificación del egoísmo porque nada hay más egoísta que un preso buscándose la vida, el vivo retrato de la insolidaridad.

Ellos sacaban pecho. Ellos estaban organizados y los demás íbamos, cada cual a su aire. Ellos peleaban juntos y los demás hacíamos, cada uno, la guerra por nuestra cuenta. En consecuencia, ellos dominaban y los demás, jodiéndonos que es gerundio. Así las cosas, un buen día, el “colectivo”, no sé por qué cojones se llamaban “el colectivo” y hablaban como engolados y en plural mayestático. Pues un día “el colectivo”, o sea, los etarras, decidieron que a partir de ese momento ellos se hacían cargo del juego, el burle, que le he dicho antes. Ya sé que usted eso no lo entenderá. Y yo no sé, si con el vino que llevo encima, voy a ser capaz de explicarme.

Hizo una parada para tomar aire y para repeinarse por enésima vez su escasa y desordenada pelambre, y prosiguió. Se había olvidado de su invitación a finalizar la charla y a mí me encantaba que lo hubiera hecho.

—En la cárcel, los juegos de envite y azar son ilegales, siempre lo han sido y creo que siempre lo serán, porque en esos juegos se crean grandes nidos de problemas y se fraguan auténticas ruinas. La gente se juega lo que tiene y lo que no tiene. Se juega cosas reales: el dinero, una chaqueta, un transistor. Se juega posibilidades: el fruto del siguiente golpe y se juega hasta cosas que no son suyas. Yo he conocido historias increíbles: jugarse hasta un polvo o una mamada de la propia mujer del perdedor, después de instaurarse las visitas íntimas y los permisos. Incluso antes de establecerse ese sistema de visitas con cama, que a mí ya no me ha cogido porque yo soy más antiguo que las cortinas de saco, he visto jugarse que la susodicha te las haría una vez que pusieses el pie en la calle. Luego la parienta no tragaba, nunca mejor dicho, no entraba por el aro y ya teníamos las puñaladas repartiéndose al mínimo descuido para cobrarse el incumplimiento.

Eso, el juego quiero decir, en la cárcel es ilegal porque es motivo de más de un ajuste de cuentas y de más de un navajazo para resolver los conflictos que generan las cartas, los dados o el cara y cruz. Por cierto, ¿sabe usted cuál es el momento mejor para matar a un hombre? El momento en el que está en el retrete. Ése es el que escogen, en el talego, todos los que quieren quitar a uno de en medio sin posibilidad de respuesta. Mucha intelectualidad, mucho ser superior dotado de un alma inmortal, como dicen los curas, y el momento de mayor debilidad, cuando menos capacidad tenemos para defendernos, cuando más posibilidad tenemos de ser víctimas, es cuando estamos cagando. Fíjese qué tarea tan grosera y a la vez tan humana y tan generadora de indefensión. Ahí te quedas inerte, sin luces para reaccionar. En la cárcel ése es un momento crítico y quien tiene cuentas pendientes, quien tiene enemigos, quien sabe de alguien que quiere limpiarle el forro o hacerle un ojal en un pulmón, o segarle la aorta, busca protección de sus allegados, de gente de la que se fía, en momento tan íntimo. Allí pasa un poco, como les pasa a las mujeres, que se resisten a ir solas al aseo, aunque unas los hagan por cotillear o por asesorarse sobre los maquillajes, y otros, los talegueros, lo hagan por obligación, por motivos mucho más prosaicos y vitales, por motivos de seguridad que se dice ahora.

A la vez que se refería a esos motivos, se tentaba la ropa y hacía un significativo gesto como de degüello, reafirmando la idea de que ir al retrete era un momento peligroso en el que la vida estaba en juego si había “causas pendientes”.

—Volviendo al tema que tanto le ha interesado y para acabar —retomó el abuelo la iniciativa de la charla—. Los etarras en Segovia no planteaban ningún problema de orden, no daban follones ni armaban jaleos de reivindicaciones políticas ni nada que se pareciera. Iban a su rollo, vivían y parecía que dejaban vivir. Digo parecía, porque en la confianza está la perdición y los boquis se fiaron y les prepararon un embolado de tres pares de cojones. Cuando más confiados estaban, más de treinta tíos pillaron puerta y se formó la de San Quintín: mil recuentos, mil cacheos, mil requisas, mil interrogatorios. Y todos nos sonreímos por dentro pensando en el puro que les iba a caer a los boquis por julais y por pringaos. Ya sabes que uno se alegra de cualquier mal que le pase al enemigo. Y allí no iban a pillar hostias sólo los que estaban de guardia el día de la fuga, allí iba a pillar hasta el espíritu santo. Desde el director que iba a ir de ordenanza a la isla del Hierro, degradado por inútil y por calzones, hasta el último mono.

Nos interrogaron a todos, uno por uno, nos preguntaron y repreguntaron sobre cuestiones que iban desde el día en que nacimos hasta el minuto inmediatamente anterior a la fuga. Nos entraron por delante y por detrás, por arriba y por abajo. Un interrogatorio completo, que dónde estábamos, que con quién nos juntábamos, qué habíamos visto, qué habíamos oído, a quién, cuándo, dónde. Tuvimos que declarar hasta la última gayola que nos hicimos en el tigre y quién era el que había dado la última sacudida o en presencia de quien.

Yo sabía lo de la fuga. Lo supe desde el día que empezaron a prepararla porque yo era escribiente en la cocina, era el encargado de hacer unos pliegos de papel grandes que se llamaban hojas del racionado y en las que iba todo lo que se comía, gramo a gramo, y todo lo que se gastaba, y hasta los cartones de huevos o los sacos de patatas que se llevaba el boqueras de cocina a su casa, o a la casa del director, iba apuntado allí mezclado con el rancho que nos papeábamos los presos y como si nos lo hubiéramos comido nosotros en lugar

del boqui, el baranda, sus respectivas proles y sus señoritas focas. En aquella época me pasaba en mi garito casi el día entero para estar quitado de en medio, de la maraña, de las broncas, de las gilipolleces y los marrones, que en esos sitios cuanto menos te hagas notar, más seguro estás. El silencio y el anonimato son tus mejores aliados, que el que pregunta siempre se queda de cuadra.

En ese momento, además de para hacer un alto y respirar y tragarse saliva, el abuelo se puso de pie para escenificar un gesto. Se sacudió los pantalones como dando a entender que del interior de ellos caía algo y prosiguió.

—En ese garito en el que me acochinaba sin meterme con nadie, tenía un puesto de observación privilegiado. Yo veía bajar a los capullos aquellos, como haciéndose los tontos y jugando al despiste, pero cada vez que bajaban a aquel patio en el que había un sumidero grande porque allí se lavaban las perolas, de las perneras de los pantalones, dejaban caer montones pequeños de tierra para que se colara poco a poco por el desagüe.

El primer día me cosqué del invento. Y me dije: “Estos tíos están haciendo un túnel”. Y efectivamente, así era y por allí se fueron. ¿Iba yo a dar el cante? Ni por el forro de los cojones se me ocurría a mí hacer semejante cosa. ¿Qué ganaba yo con chivarre? Un par de pintas de vino, una nota meritoria o una redención extraordinaria y de eso tenía todo lo que quería y más por cumplir en el destino de escribiente, sacándole gratis el trabajo, al boqui que cobraba por él sin hacerlo. De modo que... ja tomar por el culo la farola de Málaga! Y si se fugan que les vaya bien, que a mí me importa un cojón de pato que pillen calle. Si llego a dar aviso de la movida, se habrían enterado fijo y me habrían buscado las cosquillas antes o después, mucho más pronto que tarde, y me habrían pegado dos tiros en el primer descampado o dos puñaladas en el primer patio de talego que hubieran querido.

Ésa es la vida: que cada uno se arregle sus propios problemas, que cada perro se lama su pijo como dice el refrán y nada de meterse en camisas de once varas, que donde no hay ganancia, la pérdida es segura. Aquellos mendas acabaron el túnel y se piraron por él veintitantes o treinta, que ya no me acuerdo. Los estaba esperando un camión en la calle que llevaba dentro del

cajón un habitáculo camuflado y los llevó hasta la frontera francesa. Allí tenían ellos sus mugalaris, creo que llaman así a los especialistas en cruzar la frontera por el monte, y pasaron a Francia un porrón. Un chaval, que ése sí que me dio pena, que no era ni etarra, sino de un movimiento anarquista y comunista catalán que se llamaba MIL, movimiento ibérico de liberación, ese fue pescado en la frontera por los picoletos y le limpiaron el forro a tiros. Se llamaba Oriol Solé Sugranyes y por aquel sí que lo sentí porque era un buen tío, un tipo enrollado y legal, silencioso y una buena persona. Este Oriol era correligionario de Salvador Puig Antich, del mismo rollo político. A ese le dieron garrote vil un par de años antes en Cataluña.

Esta fuga, para que veas que el hombre es el único animal que tropieza varias veces en la misma piedra, fue idéntica a una que hicieron unos años después los Grapos. Creo que fue en la Navidad del año 79 más o menos, en la cárcel de Zamora. Ésa ya no me pilló a mí allí. Los grapos lo hicieron exactamente igual: excavaron un túnel desde el lavadero hasta la ladera de un monte a la que daba el recinto de la cárcel. La técnica fue calcada de los etarras de Segovia, sólo que un par de años más tarde. Gobernaba ya Suárez con ese partido que montó y que acabó como el rosario de la aurora, todos peleados, todos contra todos, y unos haciéndose la cama a los otros de la manera más inmisericorde. Se fugaron unos cuantos grapos, se calzaron al director y a unos cuantos funcionarios, se calmó el follón, que después de la tempestad viene siempre la calma, y no pasó nada, porque pase lo que pase y por muy gordo que sea, nunca pasa nada. Nos acostumbramos a todo y somos capaces de aguantarlo todo. Mucho follón, mucho lío y mucha alarma... y al final dos cambios más o menos superficiales, cuatro hostias y la vida sigue igual, como dice el cantante ése meloso y que me cae tan mal como una patada en el culo.

—Me quedaría charlando lo que queda de noche, si fuera por mi gusto, pero entiendo que hay que poner un tope —le dije, interrumpiéndolo—. No dormirá usted en mi casa, no sea que el “tigre se despierte”, pero tampoco dormirá en la calle. Lo llevaré a una pensión de esas en las que se albergan moros, a cuyo trato está usted tan acostumbrado, y se sentirá como en su propia casa. A ver si tenemos suerte y encuentra al tal Chutkría, o a alguien que pueda darle razón de él. No se preocupe por la factura del hospedaje que

pago yo. Mejor dicho, paga la boticaria, que se ha convertido, de repente y sin saberlo, en benefactora, en mecenas de un pobre. Usted no se mueva de allí hasta que vaya yo a recogerlo por la mañana, que nos han quedado muchos asuntos pendientes.

—No se preocupe, no se angustie —dijo rápidamente el abuelo—. No existe posibilidad de que me fugue. Le he dicho, hasta cansarme, que un chollo así no se encuentra todos los días y, para una vez que uno tiene la suerte de cara, no la va a dejar que se vaya de rositas y tan campante como ha venido. Estaré en la pensión cuando vaya a buscarme, aprovecharé para hartarme de dormir cómodamente y sin sobresaltos porque, cuando sobra, hay que desquitarse por las muchas veces que ha faltado. De todas formas no intente disciplinarme, que la disciplina no es lo mío y de ella he tenido hasta decir basta. No es posible ponerle puertas al campo y, menos, a ciertas edades.

Nos encaminamos, como si fuésemos amigos desde antiguo, hasta un hostal remozado con pretensiones frustradas de lograr su primera estrella. Íbamos paseando como dos viejos colegas, sujetando la pesada bolsa del abuelo, cada uno de un asa.

Reservé la habitación a mi nombre. Pagué el precio de una noche por adelantado, le dejé al individuo que atendía el mostrador mi número de teléfono por si surgía alguna incidencia, y le dije que atendiera a mi amigo en cualquier cosa que necesitara. El tipo de la recepción me miraba y tomaba nota sorprendido y sin explicarse aquella buena obra, porque no corren tiempos en los que abunden los buenos samaritanos.

III

DE PUTAS, DE VÍCTIMAS Y DE EXPLOTADORES

La noche estaba siendo toledana, más que tumultuosa. Mil veces miré el reloj, que se empeñaba en ir despacio, casi parado. Mil veces me arrepentí de haber dejado al abuelo en aquella pensión, sin saber ni siquiera su nombre, sin tener ni idea de dónde podría encontrarlo en caso de que decidiese irse, sin saber de él ningún dato fiel y concreto. Sólo que era un expresidiario, un vagabundo y un viejo. Di vueltas y más vueltas, deseando que amaneciese de una vez y, en más de una y de cuatro ocasiones estuve a punto de levantarme y ponerme a hacer guardia en la puerta de la fonda para evitar que esa mina se me escabuliese de entre las manos, ¡Menuda nochecita!

Yo andaba enredado, atascado como un mulo en un barrizal, queriendo hacer algo por mí mismo. Tuve un día la idea brillantísima de escribir un libro, una novela por más señas, y no se me ocurría un solo argumento, ni una sola trama mínimamente aceptable. No se me venía a la cabeza ni el asomo de una historia que no estuviese ya trillada, repetida del derecho y del revés, plagiada, requeteplagiada y llena de vulgaridad. De pronto tuve la suerte de encontrarme con una persona que, por lo que habíamos estado hablando, era un pozo de acontecimientos, un libro de aventuras que había que poner sobre el papel, y voy —tan inútil como siempre, tan patoso en mis decisiones como siempre, tan equivocado en mis planteamientos como siempre— y lo dejo en una pensión de mala muerte, de la que no sé si se iba a largar diez minutos después de que yo me hubiese ido.

Lo dejé, no porque tuviese obligaciones ineludibles, ni porque tuviese tareas vitales o asuntos importantísimos que resolver. Lo dejé y me vine a mi casa, a ese nido de aburrimiento en el que da igual que entre o salga, que venga o que

me vaya, que esté o que no aparezca, porque soy bastante menos que un cero a la izquierda, si es que eso es matemáticamente posible. De hecho, cuando llegué a casa, no vi a nadie ni me vio nadie. Me metí en mi cama —creí que era mi cama porque no encendí la luz para no molestar y llevarme una bronca— y palpé —sólo levemente y a través de la ropa— un ente que dormía y que, según creí, era mi mujer.

Era mi mujer. Sólo ella, a la una de la madrugada, cuando se cuela alguien en su cama —bueno, me cuelo yo, que no soy alguien desconocido, que estoy casado con ella, que uno también tiene su orgullo y no puede pensar que alguien se cuela en la cama de la mujer propia sin revolvrsele el estómago por el ataque de cuernos—, pues eso, cuando me cuelo en su cama intentando no hacer ruido, y escudriño con las palmas de las manos la zona de reposo para ubicarme adecuadamente y no aplastarle un pie o cualquier otra parte del cuerpo, sólo ella emite el siguiente saludo-dictamen: “hueles a bar”.

Ésa es una de las cosas que siempre he envidiado de las mujeres. No sé si será intuición o realmente es olfato. Si es lo último, tienen poco que envidiarle a esos chuchos que salen en televisión husmeando las maletas en los aeropuertos en busca de paquetes con droga o intentando detectar personas vivas entre los escombros después de un terremoto.

Yo, que como catador de vinos o como perfumista, tendría aún menos futuro que como abogado, como profesor de filosofía o como teólogo, me asombro continuamente del olfato de mi mujer. Esa chiquita que es boticaria y me mantiene, esa mujer modosita, nada espectacular, de apariencia dulce como de no haber roto nunca un plato. Cuando me ve venir desde lejos, sus primeras frases de saludo, más o menos hierático, son casi siempre las mismas: “¿Dónde has estado? Hueles a bar o hueles a autobús urbano o a preso político o a manifestación antifranquista”.

¿Cómo se puede tener esa capacidad para discernir olores sin ser un pachón de caza ni un perro de esos que buscan trufas o personas desaparecidas mientras paseaban por el campo? Bueno, pues ésta debe tener una pituitaria de tamaño familiar. Tiene que haberle tocado toda la que a mí me falta.

Te tropiezas un día por la calle a una, una que estudió contigo, de éas que no te acuerdas ni del nombre, le das dos besos de compromiso, de esos que se dan al aire —que mira que me revientan a mí esos besos— y llegas a casa tan tranquilo y ya está el soniquete de siempre: “Hueles a colonia mala, barata y antigua, a Maderas de Oriente, que ya no se la ponen ni las abuelas supervivientes del Auxilio Social y de la Sección Femenina”. Y a continuación la pregunta fatídica: “¿Dónde has estado? ¿Con quién has estado? ¿De qué la conoces? ¿De qué habéis hablado? ¿Le has dicho que estás casado? Claro, como tú nunca te pones la alianza, que parece que te de vergüenza... ¿Ella está casada también o es separada? ¿Es guapa, es gorda, qué edad tiene? ¿Le has dado tu teléfono móvil o le has dado el de la casa?....” Y así una retahíla de preguntas, un interrogatorio exhaustivo, que yo no sé que hace esta mujer que en lugar de boticaria no se mete a trabajar en la CIA, en el CESID, en la GESTAPO o en el KGB.

Estos interrogatorios me causan efectos contradictorios: por un lado me río en mi interior porque, pobre de mí, ¿tengo yo la menor posibilidad de tener un lío, una aventura extramatrimonial? Todos tenemos tendencia a sobrevalorar nuestras posibilidades en todos los terrenos. Yo, en ese terreno, como en otros tantos, soy consciente de mi inutilidad. Mis posibilidades de tener un romance tórrido de esos que te obligan a mentir en casa, a buscar excusas para llegar tarde, a esconderte en el aseo para hablar por teléfono o a pegarle sablazos a escondidas a la cuenta corriente, es mínima por no decir que es nula. Tengo la misma capacidad para eso que para sacar la cátedra de análisis matemático en cualquier universidad. Ninguna.

Me río con su preocupación y, por otra parte, me produce una cierta sensación de ternura —rara sensación de ternura en quien posee la misma sensibilidad en el corazón que un jabalí en la pezuña—. ¿Es posible que mi mujer sienta celos si yo hablo, me encuentro en la calle o me tomo un café con otra? ¿Es posible que mi mujer me quiera? ¿Se puede querer a un espécimen de mi calaña? Por lo que se ve, se puede.

Iba a escribir sobre los nervios que me desataba la mera posibilidad de perder al abuelo aventurero y me he ido por los cerros de Úbeda, he

empezado con los olores y la capacidad olfativa de mi mujer y he terminado con divagaciones sobre la posibilidad de que me quiera.

El reloj seguía empeñado en no avanzar. No amanecía ni a tiros y me desesperaba sin remedio. Claro, si me levantaba la liaba, preparaba la batalla de San Quintín. Después de llegar a las tantas y “oliendo a bar”, salía de la cama y de la casa antes de que empezase a clarear y la teníamos parda. Ésta era capaz de llamar directamente al frenopático y reservarme habitación permanente en el pabellón donde se alberga a los locos peligrosos y a los que no tienen posibilidad de cura, a los abandonados sin remedio.

Tenía que correr el riesgo. ¿Qué significaba una bronca doméstica en comparación con la pérdida de lo que me había encontrado esa tarde?

Salí de la cama de la manera más silenciosa posible. Cuando creí que había conseguido el objetivo y estaba a punto de felicitarme por mi capacidad de sigilo en los movimientos, vi un bullo que se movía bajo el edredón y oí su voz, aún soñolienta pero rotunda: “¿Se puede saber dónde vas a estas horas?”

Me transformé, me puse tierno interesadamente, y sentado al borde de la cama, pese a que iba vestida como de buzo, con pijama de franela y patucos de lana gruesa, hice teatro como si me dirigiera a una estrella de cine. Acaricié su pelo revuelto diciéndole con voz susurrante, como si temiese despertar a alguien: “Cariño, ¿te acuerdas de la novela que siempre quise escribir? He encontrado al protagonista. Luego te lo contaré.”

No coló mi tentativa seductora. Ella nunca dice una palabra más alta que otra. Al salir de la habitación, la oí murmurar entre dientes: “éste no está como una cabra. Está como un rebaño entero.”

Un desocupado como yo, un parásito sin oficio ni beneficio, no tiene costumbre de pisar la calle a horas tan intempestivas. Siempre salgo de casa con el mundo funcionando a pleno rendimiento: las tiendas abiertas, las cafeterías y las terrazas repletas, los coches atascados, la gente caminando deprisa para arriba y para abajo por las aceras, los municipales impotentes intentando organizar el caos y los repartidores de las mercancías más diversas

intentando colocar sus furgonetas —molestando— para descargarlas en los lugares más inverosímiles.

Esa mañana me sorprendió una realidad distinta: la calle desierta, fresca y silenciosa, las avenidas vacías del tráfico infernal y algún caminante aislado que, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, iba rápido a no se sabe dónde. Vi a algún mendigo que, tal vez como el abuelo que iba a resolver mis problemas, dormía, acurrucado entre cartones en algún portal estratégico, en el que protegía con su cuerpo un desvencijado carro de la compra y un par de bolsas de supermercado donde debe guardar sus únicas y míseras propiedades. Un camión de riego estuvo a punto de regalarme, con la ropa puesta, la ducha que no me había dado por las prisas en salir. Intenté esquivarlo y estuve a punto de dar con mis huesos en el suelo, tras una ridícula pируeta, al tropezar con los utensilios de un barrendero que se esforzaba en despejar un rincón de cascotes de botellas, vasos de plástico, bolsas y otros restos de alguna juerga o de algún botellón nocturno.

Si me hubiese visto el abuelo dando trapiés, entre el intento de evitar el baño matinal y el encontronazo con el cubo y el cepillo del barrendero, seguramente habría tirado de inmediato de refrán, con su risa socarrona y desdentada: “Al que no está acostumbrado a bragas, las costuras le hacen llagas”. Iba a tener que frecuentar más a menudo la calle a esas horas para acostumbrarme a su pulso.

En la calle donde dejé a mi abuelo, la de la pensión donde esperaba que siguiese durmiendo, había un gentío y una animación distinta a la paz de las calles por las que había pasado para llegar hasta allí. Dos bares estaban abiertos y casi a rebosar. La gente conversaba en coros y flotaba en el aire un mezclote de olores: café, churros, aceite caliente... y algunos otros indescriptibles.

Cuando llegase a casa, aún no sabía a qué hora, mi mujer no iba a tener la más mínima dificultad en soltar su afirmación favorita: “Hueles a tasca barata”.

Entré en los dos bares, abriéndome paso a duras penas, y estiré el cuello intentando encontrar al abuelo en algún rincón. No lo vi. Me empezó a atacar de nuevo la angustia. No quería ni pensar que se hubiese evaporado. Intenté

racionalizar para no ponerme nervioso. No eran todavía ni las seis de la mañana, era normal que estuviese durmiendo. Lo que para mí había sido un acontecimiento crucial, para él no habría sido nada más que una oportunidad de dormir tranquilo, harto de comer y caliente.

Encontré una mesa. Pedí un café casi para disimular, con cierta prevención a tomármelo, que uno es muy mirado y con esas pintas inundando el bar, no me acababa de encontrar en mi ambiente. Me senté, respiré hondo, me relajé un poco y observé a la fauna que pululaba mi alrededor. Aquella gente del local me miraba como a un bicho raro. No iba vestido de esquiador, ni de faralaes. No llevaba aletas en los pies ni una escafandra de astronauta. No llevaba — que yo sepa — monos pintados en la cara, ni iba vestido de arzobispo de Canterbury. Iba vestido como un tipo vulgar, con un traje gris, una camisa blanca y una corbata azul. Llevaba una carpeta debajo del brazo porque pensaba hartarme de escribir cuando mi abuelo se levantase. No sé por qué me miraban ni por qué se hizo un silencio, breve pero tenso, hasta que me acomodé con el café humeante. Creo que era precisamente esa indumentaria, el traje gris, la corbata y la carpeta, lo que los mosqueaba y lo que hacía que me mirasen raro. Decididamente, ése no era mi ambiente. Estaba total y definitivamente fuera de tiesto, como una puta en un concilio, más que un macarra en un congreso eucarístico.

Me encontraba inmerso en guirigay ininteligible. Aquello era una auténtica Torre de Babel. Tras cuatro o cinco segundos mudos y espesos, se desató una algarabía intraducible, voces en los idiomas más dispares, empeñadas en sobresalir unas por encima de otras. Si no fuese por las apariencias de los que allí gesticulaban, reían y se movían de un sitio para otro, entrando y saliendo, hubiese jurado que estaba en una sesión de Naciones Unidas. Intenté descifrar algún idioma y distinguí fácilmente sonidos guturales y haches aspiradas que, unido a la apariencia de quienes los emitían, me hacían deducir que estaba rodeado mayormente de árabes. Había sudamericanos, con aspecto de indios del altiplano, que hablaban de manera melosa y suave. Había rubios europeos que no tenían nada que ver con los anteriores y cuya lengua no sonaba al oído. Ni una sola palabra de ella me resultaba familiar. Debían de ser rusos o de

alguna otra república rara de ésas cuya ubicación nadie conoce bien y que entran todas en el saco de las ex soviéticas.

Una palabra unificaba a esa mezcla de razas, de culturas y de naciones: "los papeles". He ahí la palabra mágica, que todos entendían y que, según parece, todos perseguían.

De pronto se originó un pequeño tumulto en la puerta, se arremolinó un grupo de gente en torno a un tipo mal encarado que era quien parecía llevar la voz cantante, el que ponía orden con un gesto y con una mirada retadora a todo lo que se movía a su alrededor.

—¿Qué reparten? —pregunté al camarero que me servía el segundo café y me miraba con cara de extrañeza, como si fuese un extraterrestre.

—¿Seguro que no sabe usted qué reparten? —me dijo extrañado—. Ése del careto de duro de película es el que da los números para la cola de los extranjeros. Es el capo de la mafia. Si él no quiere, ya ve que no lleva ningún uniforme oficial, usted o el que sea, no tiene hueco para entrar a la oficina.

—¿De qué oficina me habla? —le pregunté molesto por mi ignorancia supina y mi apariencia de julay.

—Ese edificio de la esquina —volvió a explicarme el camarero, fastidiado también por el inquisidor mañanero— es la oficina o la delegación, o lo que sea, de los extranjeros en esta provincia. Por ahí tienen que pasar todos los ilegales, todos los que quieren tener documentación para que la pasma no los expulse a su país si los trinca trabajando sin papeles. Por eso entre el guirigay de lenguas que aquí se monta todos los días, la palabra que más se escucha y la única que se entiende es: "los papeles". Eso es lo que buscan todos, desde los chinos hasta los senegaleses y desde los bolivianos hasta los mongoles. Ese individuo mal encarado, el que le he dicho antes que es el capo de la mafia, es un argelino que controla la cola de quienes esperan para solucionar, cada uno, su problema. Tiene a cuatro o cinco tan mafiosos como él y que van a porcentaje, que distribuyen, previo pago de su importe, los puestos en esa fila que ve usted, que empieza aquí y que da la vuelta a la esquina. Si no pagas lo que él exige, no llegas nunca a la puerta y no arreglas tus papeles ni para

poder trabajar ni para desenvolverte y tratar de buscarte la vida sin que la policía te moleste. Si pretendes imponerte, si te crees con derecho a colocarte sin soltar el impuesto revolucionario, la pasta del quinqui, él te manda un recado lo suficientemente expresivo como para que lo entiendas sin necesidad de mucha explicación. Si a pesar de eso, insistes en evadir la mordida obligada, te cogen un par de sus secuaces en un portal, te arrean una manta de palos y te dejan como si te hubiese pasado por encima una apisonadora o te hubiese atropellado el expreso de Barcelona. Eso aquí lo sabe todo el mundo y la gente se comporta sin meterse en fregados porque los palos es un lenguaje universal. Los entiende todo el mundo. Por cierto —dijo el camarero arrepentido de su lengua larga con un desconocido—, ¿usted no será madero? Porque si es usted pasma, con lo que me estoy yendo de la húmeda, la manta de palos o algo más, creo que me la voy a llevar yo.

—No tenga usted cuidado —respondí en tono tranquilizador—. ¿Tengo pinta de policía? Si tengo pinta, no obedece en absoluto a la realidad. No soy policía. Mejor dicho no soy nada. Soy un vividor en el más pleno sentido de la palabra. Vivo, pero no trabajo. Vivo de las rentas. De las rentas de mi mujer, para ser más exacto, que es la rica de la familia, la que trabaja y la que me mantiene.

Ahora el que se estaba yendo de la lengua sin motivo alguno era yo, que además de un inútil integral, era un imbécil que le contaba la vida a quien ningún interés y ninguna capacidad de influencia tenía en ella. Cambié inmediatamente de tercio en la conversación pero continué siendo amable con el camarero lenguaraz.

—Estoy aquí, a horas tan intempestivas, intentando encontrar a un abuelo que conocí ayer, con el que trabé una amistad más que interesante y que dejé durmiendo anoche en esa pensión de enfrente.

A la vez que me explicaba, iba arrepintiéndome para mis adentros una y otra y otra vez más, de ser yo el de la lengua larga y de dar tantos detalles, que ya lo dice el refrán: al que quiera saber, mentiras con él. ¿Qué le importaba al camarero quién cojones era mi mujer ni a qué me dedicaba yo, si vivía del cuento o si era un inversionista que vivía de las rentas? ¿Cuándo hostias iba yo a volver a hablar otra vez con ese fámulo o iba a necesitar sus servicios para

contarle mis cuitas? Pero ya se sabe, el hombre es el único animal que tropieza varias veces en la misma piedra, y el único que se tiene que arrepentir varias veces al día de tirar piedras contra su propio tejado.

—Ya tiene usted que haber iniciado una amistad importante —aseveró el camarero— porque no es normal que gente de su aspecto y de la condición que usted me acaba de revelar, deambule por estos sitios a estas horas. Desde luego si yo engancho una pava que me mantenga y que maneje viruta, a buenas horas ando al amanecer, buscando a un abuelo, al que dejé la noche antes en una pensión, que es lo más parecido a una patera atestada de moros en las playas de Tarifa —ya estaba sacando beneficios el camarero, aunque fuera para pitorrearse, de la información abundante y gratuita que había acabado de facilitarle—. En fin, tiene que haber gente para todo y quien está desocupado, en algo se tiene que distraer. A otros les da por chupar candados. Usted verá, amigo, si le compensa andar a las seis de la mañana buscando abuelos recién conocidos en lugar de estar en la cama con esa mujer que debe de ser un mirlo blanco, por lo que acaba de decirme.

Terminó el camarero su parrafada y siguió sirviendo mesas, dando palique a diestro y siniestro, que a este camarero le iba la marcha como saltaba a la vista, y voceando los pedidos que le eran servidos con velocidad de vértigo a través de una barra atascada de gente y de los más diversos artículos comestibles expuestos a sus estornudos, sus toses, sus humos y sus alientos. ¡Como para pedir algo de comer en aquel antro y en aquellas condiciones! De vez en cuando me miraba, entre extrañado e incrédulo, esperando, tal vez, que me llegara el sentido común y abandonara aquel bar barato, mezcla de cafetería, mercadillo, bufete de abogados, sala de contratación, punto de encuentro y casa de putas.

Me levanté varias veces y, abriéndome paso entre la gente, me asomé a la calle por si el abuelo había dejado ya los brazos de Morfeo y andaba, dando bandazos, esperándome. No había suerte. Había viejos, jóvenes, mujeres, blancos, negros y amarillos, pero ninguno era el que yo estaba buscando con ansia. La verdad es que me gusta complicarme la vida, va a tener razón el camarero. Al final todo el mundo iba a tener razón. No tenía ninguna necesidad de estar en ese sitio tan poco adecuado y a esas horas tan poco

recomendables, entre gente menos recomendable aún, pero... en fin, todo era por la literatura o, mejor dicho, por mí y mi subida desde lo más hondo por medio de ella.

A ver si de una puta vez era capaz de una actuación independiente y autónoma. A ver si, de una vez, era capaz de sacarme punta en alguna actividad distinta de la de ejercer como parásito, a la que estaba tan habituado.

Una mujer de piel aterciopelada y más que morena, sin llegar a ser mulata, con rasgos perfectos y con un bebé en brazos, intentaba sortear penosamente sillas, mesas y corrillos de gente gesticulante. Hacía equilibrios para no tirar al suelo el café que llevaba en la mano que el niño le dejaba libre. Me miraba, y en su gesto creí leer una súplica. Me levanté y le señalé una de las dos sillas que había vacías en la mesa que ocupaba. Dudó unos segundos e inmediatamente, con una mirada entre tímida y agradecida, respiró descansada mientras tomaba asiento.

No debía de tener más de veinticuatro o veinticinco años. El niño que acurrucaba en sus brazos era un bebé de pocos días. Cuando dijo: "Muy agradecida, señor", lo hizo arrastrando las eses con ese tono suave, meloso e inconfundible de colombianos, venezolanos y demás personas de esos países. Se tomó el café a sorbos pequeños, saboreándolo con delectación. Era realmente un espectáculo casi erótico verla disfrutar del calor, el sabor y el aroma contenidos en aquella taza. Se le notaba clase en sus gestos, en la manera de estar y de moverse. No era una arrabalera ni una analfabeta. No era lo que aquí conocemos como una persona sin educación, de clase vulgar o baja. Esa mujer había tenido escuela, como se dice vulgarmente.

—¿Usted también es de las personas que hacen cola en esa larga fila que hay en la acera de enfrente? —le dije, en tono amable, intentando entablar conversación, sin aparecer como un viejo verde y pegajoso que intenta pegar la hebra y ligar a deshoras.

—Sí señor —contestó con la misma suavidad y en tono sumiso, como humillándose, como quien está acostumbrado a una permanente situación de sometimiento—. Yo estoy acá, en España, para dos años ya. Tengo que

renovar mi permiso de trabajo, pero ya pagué mi ticket y no debo aguardar entre el gentío. Me avisarán tan pronto me corresponda y ocuparé el lugar que alguno ahorita reserva para mí. Para eso me he dejado la plata.

—Su tono al hablar engaña aún menos que su aspecto físico —le dije sonriente—, ¿es usted, sudamericana? Si continúa hablando un rato y dice: “chévere” “le provoca esa vaina” o “fulano de tal moja la canoa” o es “un cachón”, si utiliza un par de veces la palabra “implementar”, que es puro spanglish, no tendré la menor duda: usted es colombiana.

—No diré nunca algunas de las palabras que usted ha dicho que me resultan groseras y ofensivas, y siempre llevan problemas acarreados —replicó con rapidez y con idéntica expresión educada—, no obstante, tiene usted razón. Todos, sea cual sea nuestro origen, tenemos un tono, una musicalidad característica en nuestro lenguaje. También a nosotros nos parece peculiar su manera de expresarse. Soy de una ciudad pequeña de Colombia, en las estribaciones de los Andes, en el departamento de Boyacá, a unos ochenta kilómetros de Tunja, la capital. Es una ciudad colonial preciosa, no es tan conocida y tan famosa como Cartagena de Indias porque está en el interior y no en el Caribe, pero la arquitectura de sus casas es de la misma época y, me atrevería a decir, que de los mismos arquitectos.

—No conozco América del Sur. Mis viajes, como buen burgués convencional, instalado y aburrido, se limitan a esas excursiones aceleradas y borreguiles que organizan las agencias de viajes y en las que te meten, como a través de un embudo y atragantándote, arte y cultura europea o de cualquier otro sitio, románico, gótico o renacimiento en un revoltillo casi imposible de asimilar. Todo apelmazado, en una semana en la que acabas con los pies como colchones y la cabeza a reventar de tanta información como pretenden embutirte, y no eres capaz de digerir ni por asomo. Alguna vez se me ha ocurrido hacer un viaje a un país como el suyo. Un viaje menos convencional, una excursión exótica y libre y en la que pudiese haber alguna posibilidad para una mínima aventura. En concreto, más de una vez, he pensado en Colombia, pero siempre me he echado para atrás. No pretendo ofenderla como parece que he hecho antes con mis expresiones groseras —dije como pidiendo perdón por lo de antes y por lo que vendría— pero su país tiene aquí muy

mala prensa. Sólo se habla de él para relacionarlo con la violencia, los sicarios, los carteles de la droga y el turismo sexual de esos cerdos tocinosos que van al Caribe buscando contactos con chiquillas de quince años. Ya digo que no quiero ofenderla, pero ése es el estereotipo, aunque me imagino que la realidad será distinta o no será solamente ésa.

—Tampoco está usted demasiado equivocado, demasiado alejado de la realidad en sus apreciaciones —dijo ella en un tono aún tímido pero con algo más de confianza—. Mi país es un paraíso en lo que a naturaleza se refiere, creo que es el que mayor biodiversidad tiene de todos los países del mundo. Hay clima tropical, continental y de alta montaña, dependiendo de la parte de él en que usted se ubique. En cualquier rincón, sin el más mínimo cuidado, crecen frutos generosamente dados por una tierra fertilísima. Hay selva amazónica, sabana y altiplano, con especies animales de las que ustedes no han oído ni hablar. Si entramos en el terreno de los minerales, podemos dedicar la mañana entera a hablar de los yacimientos de oro, de petróleo o de esmeraldas. Porque... usted conoce la fama de las esmeraldas de allá, de mi país, ¿verdad?

Asentí con una leve inclinación de cabeza, sin pronunciar palabra, para no interrumpir su discurso embaucador. Me sorprendía a cada segundo que una muchacha, un rostro anónimo aunque precioso, con un chiquillo en los brazos, en una cola de ilegales procurándose papeles, pudiese mostrarse en unos minutos como un ser humano dulce, con un nombre y una situación concreta, con capacidad de transmitir información, de sentir y expresar sus sentimientos. Aparté, no obstante, mis consideraciones sobre ella para continuar atendiéndola porque seguía con sus explicaciones precisas y pausadas.

—Mi país sería un paraíso si no fuese por su organización desastrosa. Yo no soy especialista en política ni en sociología. Tengo solamente una formación media y, posiblemente, no podré hacer un análisis como el que haría, tal vez, un catedrático, un profesor experto en esas materias, pero algo conozco porque lo he vivido en primera persona y, la experiencia o la veteranía, como dicen ustedes acá, es un grado. En mi país hay una distribución de la riqueza que podría haber sido hecha por el mismísimo Satanás. Ni a propósito se

puede organizar algo peor. Precisamente por eso, creo yo, la consecuencia directa es que todos estemos enfrentados permanentemente contra todos. El uno por ciento, o todo lo más el dos, son dueños del noventa y cinco por ciento de la riqueza. Hay unos pocos, poquísimos, inmensamente ricos y hay muchos, la gran mayoría, casi la totalidad del país, que son o somos pobres como las ratas. Un pobre de solemnidad, uno que no tiene nada que perder se apunta a cualquier cosa, está dispuesto a lo que sea para sobrevivir y es campo abonado para ser reclutado por la guerrilla, por los narcotraficantes, por los paramilitares o por quien sea. Cualquiera que le ofrezca un resquicio para buscarse la vida o mejorarla, lo tendrá a sus órdenes incondicionalmente. Y una vez que se entra en ese mundo, cuando uno inicia la carrera en esa espiral, ya está devorado para siempre y sin remedio, ya es imposible salir.

Externamente yo no manifestaba ninguna emoción, sólo seguía atentamente lo que aquella mujer, atractiva mujer según me iba fijando más detenidamente en ella, me explicaba. Interiormente se me abrían unos ojos como platos ante sus argumentos y ante la manera de exponerlos. ¿Sería posible que, en tantos años, no me hubiese pasado nada digno de mención y, en menos de veinticuatro horas, tuviese dos encuentros, cada uno de ellos más interesante?

No sé quién lo dijo, pero es una verdad como un templo: “la realidad supera ampliamente a la ficción”. Si yo había dado vueltas y vueltas intentando un argumento para una novela, la culpa de no hallarlo había sido exclusivamente mía —de nuevo mi proverbial inutilidad—. No había que andar imaginando situaciones, ni inventando personajes o dramas. Lo que había que hacer era pisar la calle, desmarcarse del mundo aburrido, de los instalados, de quienes aprobaron su oposición hace veinte años, de quienes van por la tercera vivienda, el cuarto fondo de inversión, el nuevo club de tenis y la quinta amante, tan vulgar, tan estirada, tan maquillada y tan insulsa y tan mema como todas las anteriores.

Si uno tiene los ojos abiertos, no hay que inventar nada, sólo hay que poner sobre el papel lo que la vida nos ofrece.

—Perdone —le dije. Ella había guardado silencio de repente y yo, sumido en mis reflexiones, no me había dado cuenta de que se había callado—. Perdone,

que se me haya ido el santo al cielo escuchándola. Me estaba usted hablando de la posibilidad cierta de que, quien no tiene nada, se apunte a ser guerrillero o narcotraficante.

—No sé —continuó con idéntica musicalidad en su manera de expresarse— porque no lo conozco a usted, si pensará de la misma forma que yo. Si un pelao, así llaman a los niños en mi país, si un gamín o un desechable, fíjese qué nombre más expresivo, desechable, algo que se puede tirar, destrozar, pisar y hasta asesinar, sin que ocurra nada. Si un chico se levanta cada mañana y no tiene absolutamente nada. No tiene ningún horizonte, ninguna esperanza de cambiar a mejor. Si se levanta, como dicen ustedes los españoles: “con una mano atrás y otra delante”, ya me dirá usted si no es carne de cañón, si no es mercancía fácil para cualquier cosa. Ya me dirá usted si no es el posible sujeto activo o pasivo de cualquier tráfico. En mi país, la vida no tiene ningún valor, no hay nada que conservar. Para sobrevivir se mata si es necesario y, si no se tiene suerte, se muere con la misma facilidad.

Yo, va para dos años ya, como le he dicho, que estoy en España. Veo televisión y oigo radio a diario. Ustedes, con frecuencia, tildan a los políticos de corruptos porque alguno ha hecho un negocio con información privilegiada, ha favorecido a determinado pariente desde su posición dominante, o se ha hecho rico de manera inexplicable y apresurada, como leemos todos los días en los periódicos. Vayan ustedes allá. Dense una vuelta por mi país o por alguno de todos esos que llaman hispanoamericanos. ¿Por qué “la madre patria” no ejerce como tal? Ustedes nos descubrieron, nos transmitieron su religión, su lengua y su cultura. Ustedes aprovecharon y se enriquecieron con los recursos de aquella tierra. Ya sé que políticamente es complicado, pero allá la corrupción se pronuncia con mayúsculas. Las élites corruptas son quienes impiden la modernización, la democracia real, el equilibrio de las clases. Esas élites que amasan fortunas de millones de dólares en los bancos extranjeros que admiten y potencian las cuentas opacas. A esas élites auténticamente sanguinarias les importa menos que un bledo que la gente sobreviva en la miseria a duras penas. Eso es lo que mantiene las situaciones de violencia, eso es lo que hace que, diariamente, el hombre se comporte como un lobo con sus semejantes. Más del noventa por ciento de la gente de mi país, un país rico

hasta más no poder, se levanta cada mañana a matarse literalmente con su próximo para continuar viviendo.

Yo no soy ninguna experta en historia. No puedo, por eso mismo, remontarme hasta Cristóbal Colón, hasta Hernán Cortés o hasta Francisco Pizarro. Ni siquiera puedo remontarme al que nosotros consideramos nuestro héroe nacional, el padre de la patria, el libertador, que debió liberar a alguien pero no a mí, desde luego. No puedo remontarme siquiera hasta Simón Bolívar, que fue quien consiguió la independencia de Venezuela y de Colombia con respecto a España. Usted, que parece un hombre instruido y de buena posición, con tiempo de sobra para dedicarle unos días a esa tarea, déle un repaso a la historia de Iberoamérica en el último siglo y medio. Yo, si usted quiere, le dejaré luego mi teléfono y hace usted el favor de llamarle si encuentra media docena de políticos que, en los últimos ciento cincuenta años, se hayan preocupado por aumentar el bienestar de sus pueblos y no sólo por aumentar desmesuradamente sus riquezas y el bienestar propio. Aunque tenga que ahorrar un par de meses, para celebrar el hallazgo, si es que tenemos que celebrarlo, lo invitaré a comer en el restaurante que usted elija.

No tendré que ahorrar, o al menos, no para eso, que por lo menos una invitación de ese tipo, ya me la puedo permitir. Pero no deberé ahorrar porque no tendré que invitarlo. No va usted a encontrar ningún político con esos rasgos filantrópicos y altruistas. Sólo encontrará depredadores. Allí, en mi país, también aquí, pero allí de manera más descarada, las relaciones entre los hombres están determinadas por quién tiene aptitud para ejercer el dominio y quién para sufrirlo. Rige, sin ninguna otra consideración, la ley del más fuerte. Se lleva hasta sus últimas consecuencias la máxima de que sólo se puede triunfar a través de los hombres, es decir, utilizándolos. Una persona sólo es un medio, y lo es sólo en la medida en que es útil. Pretenden presentar, de los políticos estamos hablando, el mundo como un lugar en el que reina el derecho, la ley, la palabra, la honestidad, la equidad y la igualdad de oportunidades para todos. Eso es una falsedad absoluta. No existe ninguna teoría social, filosófica o política nueva. La fidelidad a algo, a una idea, a una persona, es una quimera. Los que sostienen hoy al que manda, lo sostienen precisamente porque perciben su fuerza y saben que algo podrán recibir a

cambio del apoyo, el servilismo y la adulación. Esos son los primeros que ayudarán a derribarlo si se tambalea y, cuando caiga, renegarán de él, no reconocerán ninguna relación anterior, ninguna colaboración, afirmaran no haberlo visto en su vida, como aquel santo lejano del evangelio, que yo en materia de santos no estoy muy versada, aquel santo del evangelio que cuando venían mal dadas decía que no conocía de nada al líder que estaba a punto para el matadero.

En sus discursos grandilocuentes, los políticos de todos los signos, afirman a menudo tener grandes ideas y moverse exclusivamente impulsados por ellas. Pura verborrea. La esfera de sus ideales no es mucho más amplia que la caseta de su perro, si es que usted tiene perro en casa y ese perro tiene caseta. Pese a estar provistos, hay que hacer honor a la verdad y es verdad que tienen algunas ideas, éstas sólo suelen redundar en su propio beneficio y ellos, los políticos, insisto, no dejan de ser una auténtica nulidad, salvo contadísimas y honrosas excepciones. No los juzgue usted nunca por lo que parecen. Cuidan su imagen hasta extremos insospechados y nunca parecen lo que realmente son. Jamás haga usted un juicio de ellos basándose en lo que dicen, cuidan y preparan sus discursos, tienen asesores expertos en comunicación y en marketing, y nunca dicen lo que realmente piensan. En un momento determinado, muy raro, y si los pillas desprevenidos a lo mejor hasta son sinceros, pero esos momentos no se prodigan con facilidad. Cuando ya han llenado sus cuentas corrientes y tienen asegurado su futuro, a lo mejor es posible que les entre la vena altruista y se preocupen realmente de mejorar un poco la vida de los demás, de los que se la mejoraron a ellos para siempre. Nunca la felicidad es completa. Entonces se les acabó el tiempo, los cambiaron, los cesaron, tuvieron dificultades y alguien o alguna circunstancia inconveniente y sobrevenida les impide cumplir sus buenos propósitos. Entonces, como ya te he dicho antes se enteran de quiénes eran sus amigos o si realmente tenían alguno. Suelen llevarse la sorpresa, los desconocedores de la condición humana, de que todos aquellos que parecían amigos, no eran sino tiralevitas, vulgares pelotas a la caza de un puestecillo de un sueldo o de una prebenda cualquiera.

Así es el hombre: acude como las moscas al olor del poder o de los beneficios y huye como de la peste y afirma no tener nada que ver, y jura y perjura que no conoce al elemento, tan pronto las cosas vienen mal dadas. Hace tiempo cayó en mis manos un libro de un autor francés cuyo nombre por desgracia no recuerdo y me quedaron grabadas a fuego sus palabras. No he visto nada más ajustado a la realidad.

Ahora sí que me estaba llevando una sorpresa indescriptible. No es que se me abrieran ojos como platos, estaba real y totalmente estupefacto. Esa muchacha de piel morena, de pelo negro como mis pensamientos, de aspecto dulce y de lenguaje suave y musical, se me estaba revelando como una mujer de una profundidad inusual. Ya querría yo haber visto una descripción de los políticos, de sus métodos y sus actividades, la mitad de bien hecha en mis tiempos de universidad. No estaba, en absoluto, delante de una mujer vulgar. Parecía ser alumna, en ese terreno, del abuelo que yo estaba esperando como agua de mayo, aunque mi nerviosismo y mi angustia inicial se habían disuelto con el nuevo e inesperado encuentro.

Es hiriente para un hombre situado, europeo, con carrera y con mil aditamentos y gilipolleces más, es hiriente que una chica colombiana, con un bebé en brazos, una chica que hace cola en la oficina donde renuevan sus permisos los extranjeros, y teóricamente inferior desde el punto de vista social, económico e intelectual, te dé una clase magistral a horas tan tempranas en una cafetería barata con olor a café requemado y a aceite frito varias docenas de veces.

Con un cierto complejo comencé a responder a su largo monólogo.

—Si le digo a usted que me está dejando de piedra, le digo poco. Jamás me podía haber imaginado, que en un sitio así, donde uno sólo espera encontrar indigentes, gente de la que es necesario y conveniente huir y resguardarse, me iba a encontrar una persona de sus características. Porque usted no da el tipo de inmigrante ilegal que viene en una patera atestada de gente, la arroja el mafioso a doscientos metros de la playa, gana el suelo firme a nado y con lo puesto, y se busca la vida en un país extraño, partiendo desde cero y hundida en la miseria. Usted por su porte y su indumentaria, que no son lujosos pero

son dignos y escogidos con un cierto gusto, y sobre todo por su manera de expresarse, no es una inmigrante cualquiera. Digamos que está usted aquí... por ejemplo... estudiando, terminando una carrera para, luego, volver a su país y ejercerla allí.

—Amigo mío, si me permite tratarlo así —dijo ella con una expresión sonriente que envidiaría hasta la Monalisa—, le he dicho antes que los políticos nunca son lo que parecen, ¿verdad? Pues eso es aplicable al resto de los humanos, casi siempre. Las apariencias engañan y, en mi caso, usted está completamente engañado. No tengo suficiente confianza con usted, no nos conocemos de nada, para contarle mi vida y mis intimidades con pelos y señales. No acostumbro a ir por la calle, igual que usted me imagino, descubriendo mis cuestiones más personales a la primera persona con la que tropiezo, pero le aseguro que a pesar de la impresión que usted haya podido sacar de mi discurso incendiario, entre iconoclasta, corrosivo, irreverente y anarquista, no soy ninguna niña de papá. No soy la típica niña bien y mimada que se va a estudiar al extranjero con la tarjeta de crédito a rebosar y que vuelve luego a su país, tras pasar unos años como revolucionaria de salón, a instalarse en la opulencia y a colgar un título, más o menos prestigioso, enmarcado en la pared principal de la casa, para enorgullecerse de él ante visitas memas, insustanciales, impertinentes y envidiosas.

Mi estupefacción iba en aumento minuto a minuto ante lo que se me ofrecía.

—Es cierto que no se le puede exigir ni a usted ni a nadie —dije, medio tartamudeando y de manera atribulada— y, desde luego yo no voy a hacerlo, que vaya usted confesándose con el primero que encuentra. Comprenderá mi extrañeza al ver en un antro de estas características, haciendo cola con una fauna como la que se amontona a las puertas de esas oficinas, a una chica joven, con clase, guapa, con un bebé en brazos y que me suelta, tan temprano, una lección magistral de política, de sociología y de ética. Una lección como no he oído a nadie en los años que llevo vividos. Y le aseguro que he oído muchas y a mucha gente, de esos que se las dan de sabios y de autoridades en tales materias, y no le llegan a usted ni a la altura de la alpargata. No me interprete mal, no pretendo, en absoluto, halagarla de manera gratuita, no pretendo regalarle el oído. De hecho, no pretendo nada con usted. Ni siquiera sé ahora

mismo cómo se ha iniciado nuestra conversación. Yo estoy aquí esperando a otra persona y por otros motivos que no hacen al caso. Cuando la vi entrar, pedir su café y sortear trabajosamente con el niño en los brazos, el barullo de mesas y de personas, le ofrecí asiento en un gesto de solidaridad. Me pareció usted una persona necesitada, aunque sólo fuese de un asiento donde descansar con el chiquillo y de una mesa donde dejar el café que peligraba entre el jaleo.

—No he pensado mal de usted en ningún momento —contestó de inmediato la joven—. Si lo hubiera hecho, habría aguantado de pie aunque ésta fuese la única silla que hubiera en cien kilómetros a la redonda. No piense usted mal de mí tampoco, que no soy ninguna terrorista verbal. Están abriendo las oficinas para cumplimentar los documentos que necesito y no tenemos tiempo de mayores explicaciones. Sólo soy una persona escarmentada y ya dice su refrán castellano que de los que están escarmentados nacen los avisados. A mí me ha escarmentado la experiencia y a lo mejor por eso camino en guardia permanente. Usted no tiene ninguna culpa de eso y lo siento realmente si he sido descortés.

Yo no soy una niña de papá, una mimada, maleducada y caprichosa que lo ha tenido todo en la vida y viene desde su país a hacer un Master para luego ejercerlo allá con el prestigio que da un título obtenido en una universidad extranjera. Le he dicho antes que soy de Villa de Leiva, una ciudad de una de las estribaciones de una de las tres cordilleras en que se bifurcan, se trifurcan, habría que decir, los Andes colombianos. Estudié con mil sacrificios, míos y de mi familia, profesorado básico, eso que aquí llaman ustedes magisterio. Intenté salir adelante en Bogotá, una capital grande, desequilibrada y caótica, como el país que preside. Me estrellé, sin remedio, por mil y un motivos que no vienen al caso y porque es muy difícil salir a flote en aquel mundo y partiendo de cero. Un día me ofrecieron venir a España. Me prometieron un trabajo interesante y con futuro. Me hablaron de labrarme un futuro como relaciones públicas en una gran empresa. Creí, entonces, ver el cielo abierto y mi gran oportunidad para salir del pozo e iniciar un futuro mejor. Se presentaron como hombres de negocios honorables y solventes, otra vez las apariencias engañosas.

Se presentaron casi como benefactores, gentes que me ofrecían un trabajo estupendo para una chica de mis características, de mi clase y mi cultura. No sabe usted hasta qué punto estamos todos predisuestos a creernos las cosas que nos dicen y nos halagan. Yo mantuve por un momento vivo mi espíritu crítico, puse el inconveniente de mi falta de dinero para emprender esa andadura. Me dibujaron un camino de rosas: no había ningún problema, el dinero no era problema. Ellos me ayudaban y yo les devolvería lo adelantado cuando saliese adelante, cuando triunfara, cuando se hiciera realidad el brillante porvenir que me aseguraban. Todo era una patraña. No había ni una sola verdad en toda aquella palabrería. Me dejaron el dinero, pero se lo están cobrando con creces, con intereses que dejan en pañales al mayor usurero que pueda conocer. ¿Sabe dónde acabé? ¿No se lo imagina?

No me dio tiempo ni a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, tal y como pensaba, porque la voz era imposible que me saliese del cuerpo.

—Acabé —continuó, haciendo un esfuerzo notable para poder seguir hablando, intentando tragar el nudo que se adivinaba en su garganta— como puta en los sitios más denigrantes que se pueda imaginar. He conocido España, la madre patria, de sobra, aunque sólo haya sido a través de casi todos, o de muchos de sus clubes de carretera. Los “benefactores” de mi país y los de aquí, esos señores dedicados a la hostelería, al relax y al ocio, a los negocios rentabilísimos y honestos de tiempo libre. Esos hombres altruistas y generosos que me ofrecían un porvenir como relaciones públicas y encargada de marketing en sus empresas, eran tratantes de ganado en el peor de los sentidos. Cobran por adelantado y exigen intereses desorbitados por su inversión. Yo aún no sé el estado del saldo de mi deuda. No sé si algún día lo sabré. ¿Puede usted imaginar el asco que he pasado? ¿Puede usted imaginar las actividades que solicitan los respetables clientes para conseguir su gratificación sexual? ¿Puede usted hacerse una idea de qué clase de humillaciones he tenido que soportar con una sonrisa en la cara, soportando que encima te digan: “cariño te lo estás pasando bien”? ¿Imagina usted hasta qué punto he tenido que hacer teatro para contestar que sí, mientras estaba deseando morirme? ¿Se imagina usted las veces que he deseado que alguno de esos cerdos, por no decir todos, barrigones atiborrados de alcohol, tuviese

un infarto mientras jadeaba exigiendo mayor dedicación y entusiasmo por mi parte? ¿Sabe las veces que he deseado yo misma tener ese infarto, mientras prestaba mis servicios, ahogada por las náuseas? ¿Puede uno creer en el amor y en la fraternidad universal, después de haber pasado por ahí? ¿Puede uno creer que el hombre se perfecciona con el paso del tiempo, que la historia avanza y que la humanidad es cada vez un poco mejor conforme pasan los siglos?

No podía por mucho que lo intentase. Jamás podría imaginar el asco infinito de tener a alguien entrando y saliendo de mi cuerpo cuando su sola presencia ya me produce repugnancia. A lo mejor, por lo visto y oído hasta ahora, es la única ventaja de ser un vulgar burgués, un inútil sumido en una existencia anodina y aburrida tras el braguetazo que ya he comentado.

—En menos de dos años —continuó la mujer que me iba pareciendo más guapa cuanto más hablaba— he conocido las provincias y las regiones españolas de punta a cabo. Déjeme recordar... He estado en La Mancha, en la Ribera del Duero, en Andalucía, en el Maresme catalán, en Asturias y hasta en la ría del Nervión. Mi último destino ha sido y aún lo es la Vega Baja del Segura, que ahí también hay labradores, negociantes, industriales y personalidades de cuyo comportamiento se asombraría si lo conociera. Aquí también abundan las gentes, los empresarios, los agricultores o los profesionales liberales, que gustan de celebrar con “unos polvos, unas risas y unas humillaciones a las putas”, la conclusión de cualquier negocio, la venta de la cosecha, la victoria de su equipo de fútbol, el adiós a la soltería, el divorcio y hasta el aniversario de bodas. En ningún sitio he durado, ninguna dura, más de dos meses y medio o tres como mucho. El argumento para tanta movilidad es sumamente gráfico: “los señores clientes quieren novedades, carne fresca para no aburrirse, que para follar siempre igual y con la misma, y con idéntico nulo entusiasmo, ya tienen a la propia”. ¿Usted no ha ido nunca, no va de putas? —me espetó de repente con una sonrisa cruel que manifestaba un claro desprecio por el género masculino.

—Yo... no... —contesté, sin salirme la voz de dentro, avergonzado de mis congéneres, como si yo mismo fuese el putero o el rufián mayor del reino.

—Este niño que llevo en brazos y que, ahora mismo es la única razón para continuar viviendo, es fruto de mi trabajo. No sé quién es el padre, ni falta que me hace. Sé que lo concebí, sin quererlo, al borde de una carretera nacional. La que une Valladolid con Aranda de Duero, en la provincia de Burgos. ¿Ve que soy una experta geógrafo? Sé que esos hijos de perra no me permitieron siquiera descansar de mi asquerosa actividad durante el periodo de gestación y sé que, para muchos depravados, era un motivo de excitación añadido mi estado de gravidez. ¿Cree usted que no es saber ya suficiente? No me haga mucho caso —dijo con un tono que volvía a ser tierno—, tenía necesidad de soltarle a alguien esta retahíla y usted ha pagado el pato. Espero que nos veamos algún día en mejor tesitura y espero poder comportarme entonces de manera que adquiera un mejor concepto de mí que el que ahora le queda — salió, inmediatamente después, dirigiéndose a la oficina que motivaba su presencia allí, sin esperar contestación y sin mirar para atrás siquiera.

En absoluto me había quedado un mal concepto de ella, estaba equivocada si era eso lo que había apreciado después de nuestra mínima conversación. Me daba la impresión de haberme tropezado con una gran mujer, pese a ser una puta como ella misma se había definido, una mujer mejor que tantas y tantas honorables, situadas, decentes, dignas...

IV

GENIO Y FIGURA. PRIMER CONFLICTO EN LA FONDA

La conversación con esa muchacha sudamericana me había dejado, hasta más arriba del cuello, hundido en un mar de confusiones. Hecho un auténtico lío. Estuve embebido durante más de una hora en su conversación absorbente y embaucadora, en su lenguaje musical que, hasta en las frases más terribles, se conducía con una suavidad envidiable. Se me había olvidado, incluso, el motivo de mi estancia en el bar cutre en que me encontraba. No me había acordado para nada del abuelo mientras duró la conversación. No sabía si se me habría esfumado. Pasaba más de un cuarto de hora de las nueve de la mañana. Esa mujer me había dejado una sensación a medias entre la angustia y la rabia, de náusea y de impotencia, una desazón y un nerviosismo difícilmente descriptibles.

En el bar continuaba la misma agitación que había en el momento de mi llegada. No bajaba el nivel de ruido ni medio decibelio, no bajaba la nube de humo que nos sobrevolaba a todos como una gran boina ni bajaba la ocupación. El dueño del garito sí que había tenido vista para colocar el negocio. Eran moros, negros, sudamericanos, chinos, lituanos, estonios, kosovares o rusos, pero estaba siempre repleto y el dinero de toda esa clientela vale igual que el mío.

Cuando me recompuse intenté salir diligentemente en busca del abuelo pensando que esa chica tenía una historia que, incluso, podía ser más interesante pero pasé en estampida sobre mis indecisiones cuando lo vi venir arrastrando su permanente bolsa pegada a él. Hice señas desde la puerta del bar, agitando las manos, invitándolo a acercarse. Le di a entender con mis gestos que si salía del local perderíamos las sillas y la mesa para el desayuno.

Me contestó desde lejos con un gesto sonriente que indicaba que me había entendido poniendo de manifiesto, sin complejos, su escasísima dentadura.

Tomamos asiento. Mi abuelo se pidió un desayuno completo bien surtido y, con la misma sonrisa de la llegada, se jactaba de ser un abusón y disfrutar de la buena mesa con el dinero de la mujer de su mecenas. Me entró, por un momento sólo, un cierto y leve remordimiento. Me olvidé del abuelo que tenía delante, después de la noche de angustia pasada imaginando que lo perdía y comencé, otra vez, con mis ensoñaciones.

Me sentía miserable por no haber hecho ni el más mínimo ademán de retener a la chica y ver si, de alguna manera, le podía echar un cable en esa situación difícil en que estaba metida. De nuevo me contemplé como un ente inservible y un egoísta dedicado en exclusiva a sus caprichos. Ahora tocaba la novela y luego... ya veríamos qué antojo se me vendría a la cabeza.

Me intenté justificar ante mí mismo: "Vamos a ser razonables y serios, y a no perder la cabeza. Tampoco puedo presentarme en casa —donde yo vivo ya de prestado— con una puta colombiana, que tiene un bebé, que tiene todos los encantos bien puestos y en su sitio... y pretender que mi mujer crea que sólo pretendo ejercer la solidaridad humana, la caridad cristiana. Yo, que de humano solidario tengo muy poco y de cristiano caritativo, no tengo nada. Si me presento con el viejo la tengo parda, pero si llego con la muchacha y el crío, dormimos todos al raso." Decidí —aunque me asaltaba sin posibilidad de eliminarla la idea de mi ruindad— que era una buena idea hacer caso al abuelo en aquello que me había dicho ayer: "Comportémonos con sigilo y con prudencia para no despertar al tigre".

Él vejete me sacó de mi ensimismamiento con una palmada en la espalda y una imprecación, que denotaba ya camaradería abierta y antigua.

—¡Baja, muchacho, que se te ha ido el santo al cielo y estás pensando en las musarañas!

—Tiene usted razón —respondí asumiendo mi despiste—, andaba en Babia. Se me había ido el santo al cielo, pero no inmotivadamente. Tengo razones de sobra para estar cavilando e intentando poner en orden mis ideas. Desde que

lo encontré a usted ayer, desde que tuvimos la larga charla y lo dejé en la pensión, me han ocurrido más cosas que en los últimos diez años de mi vida, por no decir que en mi vida entera. Nos tropezamos en la calle, de manera intencionada por mi parte, por una coronada que resultó ser un acierto. Comimos, bebimos, hablamos hasta que se nos hizo noche cerrada. Le expliqué mis proyectos y vi en usted un filón para esa novela o ese drama o ese bodrio en el que llevo meses pensando y que me tiene sorbido el seso como a Don Quijote los libros de caballerías. Lo dejé después en la pensión de donde viene ahora, y ahí empezó mi calvario. No he pegado un ojo en toda la noche. No sé si habré tenido eso que llaman los especialistas un ataque de ansiedad, pero estaba realmente acojonado. Si me hubiese visto un psiquiatra me habría diagnosticado una crisis de pánico. He dado más vueltas en la cama que un trompo. No han sido precisamente vueltas de esas buenas, de las de refocilarse y pegarse homenajes y darle al cuerpo la alegría que él requiere y que tan escasamente tiene, al menos el mío. No han sido revolcones llenos de contenido erótico. Han sido vueltas y más vueltas cargadas de angustia. Me imaginaba que se iba usted a pirar de la pensión y me iba a dejar, con mis proyectos literarios colgados, más que un albañil en un andamio. Me entraban sudores fríos, me revolvía para uno y otro lado deseando que amaneciera y a las cinco y media, sin poder aguantar más, me he venido a este sitio en el que estoy desde entonces y en el que me ha encontrado.

No se queda ahí la cosa, cuando estaba aquí, dudando sobre si entraba o no en la fonda a buscarme o, por lo menos a preguntar si seguía allí durmiendo, ha venido una chica colombiana con un niño en brazos, la he invitado a sentarse porque me ha dado un poco de pena verla de pie, con el niño, sin poder tomar el café que se le caía, haciendo equilibrios con el bebé y con la taza... y me ha dejado de piedra. Ya le contaré, ya...

—Verá —comenzó el abuelo de inmediato—, voy a ser yo quien le va a explicar a usted. Creo, no obstante, y mire con qué solemnidad me expreso, que ya estaría bien que dejáramos de *ustearnos* y nos empezáramos a hablar de tú. Con tanto usted para arriba y usted para abajo, esto parece un juicio de esos a los que yo he asistido tantas veces, en el banquillo siempre, como acusado, con menos derechos que el último perro del cuartel donde prestaban

sus servicios los capitanes, los comandantes y los coroneles que me condenaban.

Vamos a hablarnos de tú que, en definitiva, vamos a ser medio socios. Yo te voy a contar, mientras sigamos comiendo como lo hemos hecho desde que trabajamos conocimiento, tal y como acordamos, más de cuatro historias que son reales y que no puedes ni imaginarte. Por cierto, tú has tenido una noche movida, ¿pensando que iba a desaparecer de la escena tras haber comido y bebido como para aguantar perfectamente cuatro días de ayuno? No soy tan gilipollas. Tú para mí eres un filón y, aparte de invitarme a comer, beber y dormir, me has caído simpático. Por eso no dejé esta fonda anoche, porque motivos no me faltaron. Tú sabes que, después de los tiros que llevo pegados, estoy acostumbrado a dormir hasta en el filo de una espada. Ayer pensé: "hoy dormiré a pierna suelta. No tendré que preocuparme de que, a media noche, vengan los municipales y me echen con pocas contemplaciones de ese portal de comercio o de ese cajero automático en el que encontré refugio". Su argumento es siempre el mismo: "esto es una propiedad privada y usted no puede estar aquí porque molesta a los usuarios". Inmediatamente, eso sí, limpian su conciencia profesional, e incluso la otra, la moral o la religiosa si es que la tienen, y me ofrecen los recursos municipales. Yo, con más velocidad todavía, los rechazo porque ya sabes que no me gusta que me abrochen. He estado abrochado, en chopanos de las arquitecturas y condiciones más dispares, demasiado tiempo como para no tener una crisis de ansiedad ante la más mínima representación de una situación parecida. Yo, sobando en el albergue municipal con yonquis y colgados, con alcohólicos que no saben ni cómo se llaman y con pencos que huelen a tigre y no se lavan salvo cuando les pilla una tormenta a la intemperie. ¿Te imaginas, yo metido en un tugurio así? Siempre ha habido clases, prefiero mil veces dormir al raso.

Ayer por la noche me las prometía felices. No me intentarían robar mientras descabezaba mis sueños a trompicones, que los viejos tenemos el sueño ligero y dormimos con un ojo abierto. Sabía que anoche no vendría ninguna banda de niñatos fascistas, de esos que no tienen ni media hostia cuando van de uno en uno, y que en cuadrilla son más valientes que el Capitán Trueno, intentando limpiar la calle de mendigos, viejos, transeúntes, indigentes y demás despojos,

que ellos consideran escoria y que les resulta inapropiada para la decoración que pretenden imponer. Tú lo habrás oído y sabrás de esas bandas de camisas pardas, sádicos que no se curan ni con una jauría de psiquiatras que los atienda. Tú sabrás, al menos por los medios de comunicación, que disfrutan y se divierten, que jalean sus actuaciones y ovacionan al que pega la patada más contundente. Esos hijos de puta con carné que pretenden limpiar la calle de basura y persiguen un sueño imposible porque ellos son basura y la calle estará sucia sólo mientras ellos la pisen.

Me las prometía felices y el inicio de la noche hacía ver que todo iría en la dirección de un sueño tranquilo pero dura poco la felicidad en la casa del pobre. Había cogido el primer sueño despatarrado, placenteramente, me imagino que roncando, disfrutando a pierna suelta el roce y el olor de mis sábanas limpias. Me despertaron, de pronto, unos gritos distintos de dos mujeres que chillaban desaforadamente. Otros gritos respondieron a los primeros al fondo del pasillo, mandándoles callar. Ni puto caso. La bronca fue en aumento. Bronca “in crescendo”, como dicen los músicos.

Se llevó la mano a la oreja, simulando una trompetilla y, luego, hizo un par de gestos más como de director de orquesta. Un artista este abuelo.

—Agucé el oído, más duro de la cuenta, pues siempre he sido un poco sordo y ahora más, intentando enterarme del motivo de la gresca. Suben de tono los gritos e interviene un tío como defendiéndose, también a voces. Se escapa alguna hostia que otra y escucho algún trompazo. Han pasado de las palabras a los hechos. Se oyen más golpes, sillas, mesas, lámparas o lo que fuese que eran lanzadas por unas contra el otro y viceversa. Se monta la de dios es cristo porque todo el mundo empieza a protestar por el escándalo. De una bronca de tres, pasamos a una de ocho o nueve. Toda la pensión enredada en eso que los jueces y los leguleyos llaman “riña multitudinaria” Unos peleando entre sí y otros protestando por la pelea y por la imposibilidad de pegar ojo.

El tío de la pensión, un julay, que parece mentira que se dedique a ese negocio, no tiene mejor ocurrencia que llamar a la policía. Aparecen los maderos y, en menos de lo que tarda en persignarse un cura loco, se monta una redada en la fonda de tres pares de cojones. Allí nos tienes a todos en el

pasillo como en las películas de Berlanga: unos en pijama, la mayoría en gayumbos, los dos putones que organizaron la gresca, en combinación una, y la otra con un picardías incapaz de contener sus volúmenes desatados. Le desbordaban mallas por todas las costuras. Si se le sueltan los corchetes o le salta la goma de las bragas, allí muere alguien. Nos inunda el pasillo de tocino y el que no haya muerto del latigazo, la palma por asfixia.

Por mucho que quisiese evitarlo, imaginar la visión entre espantosa y ridícula de la mujer descrita, iba a producir estragos en mi ya demasiado menoscabada libido durante semanas, si me venía a la memoria en algún momento clave y escasísimo que prefiero no rememorar siquiera.

—El tío que motivó el follón cuando se negó a pagar el servicio de las dos gordas, de cintura para arriba llevaba una camiseta de tirantes, de esas antiguas como de albañil, y de cintura para abajo iba en bolas, en pelota picada. Ridícula pose para andar discutiendo el precio de unos polvos. Hasta dos moros que salieron con chilaba y todo, a ver qué pasaba, fueron los primeros en ir de cabeza al canguro y a poner las huellas en la comisaría. Ya me lo decían en mis tiempos de huido, y creo que ya lo he referido antes, cuando andaba echado al monte: “El que pregunta se queda de cuadra”. Si los moros se hubieran estado quietecitos en su piltra en lugar de andar oliendo lo que se cocía en los pasillos, sin duda se habrían ahorrado un buen problema.

¿Te imaginas el pifostio a las tres de la mañana? Llega la madera montando una bronca parecida a la que ya había liada o peor. Le dicen al julandrón de la fonda que abra todas las habitaciones que parecían, más que habitaciones de hostal, chabolos de talego. Echan a todo el mundo al pasillo y nos colocan de cara a la pared abiertos de piernas y con las palmas de las manos arriba y pegadas al marco de la puerta. Alguno se acojona, me imagino que por la falta de costumbre, y medio se mea en el suelo. A mí me da la risa, un madero se mosquea y me sopla media colleja. Media, la verdad sea dicha, que eso no llega ni a malos tratos ni a nada, mientras dice con voz tonante, como intentando imponer autoridad: “¿Usted, de que se ríe caballero? ¿Estamos aquí en un circo? ¡Ya me están sacando todos, y en fila india, la documentación! Usted el primero, que aquí vamos a investigar hasta a la madre que los parió a cada uno. Más de cuatro, cuando miremos los

antecedentes y las causas que le cuelgan pendientes, va a pasar una temporadita a la sombra, costeado de cama y de comida. Eso que se van a ahorrar”.

El abuelo se lo estaba pasando bomba contando que se había pegado media noche en vela y zascandileando por los pasillos de aquella pensión de mala muerte y peor nota. Se le reía el alma reviviendo una situación que a cualquiera de mis amigos, de mis conocidos burgueses instalados en su aburrimiento, a cualquiera de las amigas lorazos de mi mujer e incluso a mí mismo, nos habría encogido el estómago. Otra vez, embalado como ayer —¿de dónde sacaría esa vitalidad a sus años?—, no paraba en su monólogo.

—Se llevaron, como he dicho antes —continuó entusiasmado el relato de su juerga nocturna— a los dos moros que no tenían papeles de residencia, ni pasaporte, ni dios que lo fundó. Esos iban con lo puesto: la chilaba, unas chanclas, una bolsa de plástico de un hipermercado... y pare usted de contar. Se llevaron también a los dos putones a quienes el dueño no paraba de señalar como las causantes principales del alboroto. Cuando iban camino del canguro que las trasladaría a comisaría no paraban de echar juramentos y amenazar al pringao moroso: “Hijo de la gran puta”, le decían berreando como posesas, “te tenemos que matar cuando te veamos en la calle. ¡Cuando empezaste a meter mano en la calle cuando nos encontramos, durante el magreo, bien contento que estabas y bien que se te alzaba la potra de manos! ¿Te crees que estamos haciendo la calle por amor al arte? ¿Te crees que cualquier hijo de puta nos puede pegar un repaso de bajos por la cara y abrirse a la hora de aflojar la pasta? ¡Cuando menos te lo esperes te vas a encontrar con unas tijeras clavás en la barriga! ¡Ojalá vivas treinta años más y te crezcan los pies todos los días cinco centímetros!”

Y la otra, la del picardías, redoblaba las maldiciones de su colega: “¡Ojalá te dé un dolor que cuanto más corras, más te duela, y cuando pares, revientes!”. La pasma quiso dar por terminado el follón y se llevó al menda que seguía resistiéndose a pagarles y que era el causante de que ellas fueran las causantes del vocerío, no sé si me explico.

Yo seguía riéndome por dentro y sonriendo levemente por fuera y, en la pose en que me encontraba, demasiado rato ya para mi edad, abierto de manos y de piernas, pensaba que de un momento a otro iba a ser encalomao por el pasma más borrico, de la manera más vil y sin darmelos siquiera un poco de vaselina para suavizar el trance. Cuando andaba ensimismado en esas consideraciones amargas, me viene el madero con cara de ogro y me suelta: “¡A ver, pureta, sus papeles! que me da a mí en la nariz que se le va a congelar la risita esa de gilipollas que le asoma a la cara. Cuando descubramos que tiene pendientes un par de búsquedas y capturas y que le quedan un par de años de trullo pendientes, cuando lo metamos en el celular y le demos el pasaporte para el talego, a lo mejor se le quitan las ganas de cachondeito”.

“Señor oficial, si me permite”, paré de reírme y le dije muy seriamente lo de señor oficial, porque todos somos muy vanidosos y un madero raso, o un boqueras pelao o un militar harto de comer chuscos, aunque sean la última mierda que cagó Mahoma, sacan pecho y se hinchan como un pavo cuando les dices muy respetuosamente, como hundiéndote: “Señor oficial”.

Alternaba en su relato realidad con frases que parecían los aforismos de un filosofo, un sabio. El abuelo era un espécimen de los que ya no quedan.

—El ser humano —prosiguió su relato hilarante, recuperando aunque mínimamente la seriedad— gusta de saber que tiene poder y, si no lo tiene y manda menos que pichiculo en Londres, se siente feliz creyendo lo contrario. Y si al principio tiene que hacer esfuerzos mentales para convencerse, porque en su fuero interno sabe que es mentira, luego acaba por creerlo a pie juntillas, que el hombre tiene unas tragaderas inmensas para creerse lo que le interesa y no tienes más que repetir mucho una mentira que le gusta, para que se convierta en verdad hasta para el propio mentiroso que la ha inventado.

“Señor oficial, le dije al madero gordo que pretendía enchironarme, yo sé que usted conoce de sobra su oficio y que a la policía le gusta cumplir con su deber. No seré yo quien oponga resistencia, ni quien le estorbe en la tarea. Busque usted en mis antecedentes, que ahora eso se hace muy rápido, con los teléfonos y las informáticas modernas y no es como antes, que había que tirar de fichero y andar moviendo cajones, carpetas y cartulinas, y mugre por un

tubo. Busque usted y verá que los tengo de todos los colores. Tengo una lista que recoge todo lo que quiera imaginarse, pero todo está pagado y bien pagado. Estoy en paz con todos los jueces del país y no hay ni uno sólo al que le deba ni un día o una hora de talego. Además si usted me lleva a la comisaría, estaré encantado de comer, beber y dormir un par de días por la jeró porque a mí ya ni en la cárcel me quieren”.

La última vez que me dieron la condicional, hace ya más de diez años, me la dieron por el artículo de la edad. Y es que, cuando uno es viejo, lo tiran de todos los sitios. Hasta de la cárcel, que a ciertas edades ni allí tiene uno sitio. Si a mí ahora mismo me diera por intentar matarlo a usted o al dueño de este tugurio, o a uno de los moros que han metido ya en el canguro, o a las dos putas, ni a la cárcel iría por el magnicidio. Seguro que me achacaban una demencia senil y acababa en el psiquiátrico. Ya le digo a usted que hay edades en que a la cárcel puede uno ir a dar con sus huesos. Con el pretexto de la humanidad, que es una manera bonita de llamar a las estadísticas de muertos en el talego, te dan una patada en el culo y te mandan a morirte a la calle. Palmarla dentro es un problema y nadie quiere cargar con el muerto, porque suena muy feo para una sociedad mojigata e hipócrita admitir que tiene privado de libertad a quien le queda poco para ser llevado por Caronte, ese barquero mítico, a cruzar la laguna Estigia, camino del averno de donde nadie nunca vuelve.

El madero que parecía tener más autoridad, el menos bruto, que me había escuchado atentamente, dijo: “No estoy yo a estas horas de la noche para aguantar abuelos dándome clases de leyes ni de mariconadas que no entiendo ni me importan, que demasiada mala leche me ha puesto en el cuerpo la bronca que aquí se ha preparado por un polvo sin pagar. ¡A tomar por el culo la farola de Málaga! ¡Abuelo, a la cama y sin dar ni un ruido, que aquí no chista esta noche ni el copón!”.

Agradecido, volví a empiltrarme y me quedé como un niño de cinco años planchando la oreja, sin que nadie volviese a darme el coñazo en toda la noche, después de la limpieza étnica y social que la pasma había llevado a cabo. Como es muy raro que haya bronca dos noches seguidas en el mismo sitio, sin que la madera adopte medidas más expeditivas, por la cuenta que le

trae al maromo de la fonda ya tendrá cuidado de controlar al personal. Ahí me voy a quedar todos los días que dure nuestro idilio, o sea, mientras estés dispuesto a pagármela. ¿Para qué vamos a engañarnos con lo fácil que es hablar claro?

Me seguía impresionando la vitalidad del vejete, su capacidad para hacer interesante el relato de un jaleo trivial en una pensión de mala muerte y nulos posibles. Lo que en boca de otro habría sido una plasta insufrible, un relato tedioso e insopportable, en boca de aquel abuelo desdentado, era casi una epopeya. Aún no me había dicho la edad ni el nombre. No tenía ningún dato suyo. Sabía que era expresidiario, aventurero, liante, vividor y experto en dormir al raso. Su confianza, su descaro al decir que iba a seguir durmiendo en la fonda mientras yo estuviese dispuesto a pagársela, lejos de molestarme, me resultaban determinantes para fiarme de él. Por lo menos tenía claro que estaba ante un tipo que iba por derecho y no dando vueltas, revueltas y más vueltas, intentando despistar, como es costumbre hoy.

Hacía tiempo, por no decir que era la primera vez, que no me tropezaba con un tipo que hablara, tan directamente, tan sin tapujos y sin dobles o triples sentidos, sin medirlo todo al milímetro y como a la defensiva. Me sentía como si estuviese con un conocido o un amigo de toda la vida. Es más, me parecía que éramos iguales, almas gemelas que dicen los cursis. Los dos emitíamos juicios corrosivos contra el sistema, los dos éramos contestatarios y anarcoides. Él, un auténtico discípulo de Bakunin, explosivo, vagabundo, bohemio y superviviente a salto de mata. Yo, un descafeinado, un anarquista de biblioteca, un comunista de reclinatorio y sillón de orejas, de batín y pantuflas, establecido y funcionarizado bajo las faldas de una boticaria, medio monja y medio sargento.

Ella no me quiere con pasión y yo le respondo con la misma moneda, pero me mantiene con comodidad y sin molestar más de la cuenta. Los dos somos vividores —el abuelo y yo—, sólo que yo soy y me veo un poco más arrastrado.

—Así me gusta a mí la gente —le dije, contestando rápidamente a su sugerencia—, que vaya al grano y no se ande con rodeos inútiles. Si usted quiere, le hablaré de tú, le pagaré su pensión para que duerma tranquilo,

dentro de lo que cabe en semejantes sitios, y lo invitaré a comer hasta que se canse de mi compañía, porque yo, se lo garantizo desde ahora, no creo que me canse de la suya, siendo como es usted un pozo sin fondo de batallas, de tribulaciones y de aventuras.

—Me da a mí la impresión —siguió rápidamente el abuelo— de que somos dos almas, cuando menos complementarias, o con posibilidades de simbiosis. Yo como y, mientras limo, cuento mis correrías que son muchas, y tú pagas y tomas notas para esa novela que quieres escribir. Cada uno tiene algo que al otro le interesa y estamos dispuestos al intercambio. Todo en la vida es así, aunque haya gente que se niegue a reconocerlo y vayan de generosos y de altruistas por el mundo. Nadie da nada a cambio de nada. Todo el que da algo, lo da porque espera recibir algo a cambio, menos los políticos que esperan recibir mucho y no dan nada.

Hasta la monja de clausura más desinteresada o la misionera ésa que se va con los negros del Congo a pasar fatigas, viviendo en una choza y bebiendo agua turbia con malaria, es una egoísta que espera una recompensa. Más egoísta que yo si cabe. Yo espero sólo unas cuantas buenas comidas, regadas con vinos que no me den ardor de estómago ni resaca, y unas cuantas noches durmiendo en una cama con sábanas limpias. La monja cirujana ésa de que hablamos, la que cuida leprosos o enfermos de malaria, la que limpia culos de niños o mocos de viejos, espera más, espera una recompensa para siempre, una vida eterna contemplando no se sabe qué, que ya tiene cojones pensar en una serenidad contemplando algo con lo pesado que eso tiene que ser. Esa monja sacrificada y buena, honrada, porque seguramente es honrada, espera un regalo a cambio de su entrega aunque tal regalo sea una quimera indemostrada, un consuelo para cobardes.

A mí me parecen cobardes quienes no son capaces de aceptar de una puta vez que estamos solos en un mundo en el que no se oye la voz de ningún dios, porque ningún dios existe y mucho menos nos habla, y que se acaba, este mundo, para cada uno el día que estiramos la pata. Eso dicho así de forma tan bestia, es exactamente igual que eso otro tan enrevesado que dicen los existencialistas y que la gente no entiende: “El yo, es quien da sentido al no yo”. Yo soy una realidad y todo lo demás es no yo, o sea el resto de las cosas.

Si yo no estoy para percibir, para tocar, para sentir... es como si no hubiera nada. Y no hay nada, nada más que nosotros, que sólo somos mientras estamos vivos. Y cuando la palmamos... ¡A tomar por el culo la farola de Málaga! ¡Joder, otra vez me he puesto metafísico! ¿Dónde estábamos?

—Estábamos —corté la arrancada filosófica del abuelo— terminando de desayunar y saliendo como las balas de este sitio con olor a fritanga y a humo acumulado, a humanidad obesa y a sudor rancio de varios días sin ver una ducha, un cambio de ropa ni nada que se le parezca. Vamos. Esta mañana toca dar un paseo por la playa, charlar tranquilamente sentados en una terraza y buscar un sitio para comer al mediodía con menos colesterol y menos grasa que la merienda-cena de ayer. Tenemos ya una edad como para empezar a cuidarnos. La agitación de su noche, perdón, de tu noche, que nos vamos a tutear, ha sido motivada por causas externas. Ha sido una agitación exógena. En mis vueltas en la cama, en mi angustia y en no haber pegado un ojo en toda la noche, ha habido de todo. Creo que ha tenido mucho que ver, además del acojono por perderte la pista, el atracón que nos pegamos ayer tarde. Ya se lo decía Don Quijote a Sancho: “Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago”.

—Ese refrán —intervino rápidamente el abuelo— creo que ya me lo dijiste ayer. También me dijiste que de grandes cenas están las sepulturas llenas y a mí todo eso me importa un huevo o menos. He pasado más hambre en mi vida que un caracol patinando en un espejo. Para un día, o tres o cuatro, que puedo comer en condiciones, no me vayas a poner a régimen porque entonces rompemos la baraja y yo me guardo mis historias y tú te inventas tu libro o te buscas a la colombiana de la churrería para que te cuente sus batallas y sus historias de putas forzadas por macarras sádicos y apaleadas sin escrúpulos, o de putas de buen grado y de lujo, éas que viven como altas ejecutivas con pisos de diseño y coches de caerse de espaldas. Ésas que cobran a millón el polvo. Seguro que a ésa, no voy a hacer chistes de ella porque según me has dicho te ha dejado impresionado, le viene bien que la pongas a régimen de verduritas hervidas porque esas sudamericanas, al principio, de jóvenes, muy bien... Pero luego, en cuanto que le caen unos años encima, se vuelven

culonas, se les esparraman los tocinos y no los sujetas ni con fajas de esas antiguas con ballenas de acero.

Esas que ahora están tipazos con curvas de vértigo, se vuelven a una velocidad endiablada, tocinos como la de las bragas y el picardías de mi fonda. Irremediablemente, se caen de la cama por los dos lados. Yo no sé la edad que tengo exactamente. Los ochenta no los cumplio ya y estoy como la radiografía de un silbido. Si me pongo una camisa clara, me puedes contar las costillas a distancia y no creo que a estas alturas me importen más o menos unos kilos de grasa arrimados a los huesos. No me vengas con moderaciones tan a destiempo, que demasiada moderación he tenido que soportar a la fuerza. Come tú pescadito blanco a la plancha con agua mineral, pero no me hagas engullir a mí esa mariconada. Búscame un sitio donde hagan los chuletones en su punto, y las olletas de trigo, y los arroces alicantinos con magro y con verduras, y con tropezones del mar, que de algo me tengo que morir y más vale que me muera con el estómago lleno, sin emitir cantos lastimeros ni ruidos de miseria.

Tú, a lo mejor es eso a lo que aspiras, pero yo no pienso quedarme aquí como muestra de nada. Que me tengo que morir más pronto que tarde y prefiero morir harto antes que hecho un figurín, aunque me cueste masticar con los cuatro dientes mal distribuidos que me quedan. ¿Tú quieres una novela en condiciones, real como la vida misma y sin historias ficticias y falsas, que no se las cree ni el que asó la manteca? ¿Tú quieres escribir algo que la gente, los que lo lean, sepan que ha pasado y que la vida es así, y que se mueve por cuatro o cinco pasiones básicas, y que no hay fuerzas ocultas, ni dioses, ni ostias en conserva que empujen el mundo? ¿Es eso lo que quieres? Pues lo vas a tener a cambio de casi nada. Tú redacta y déjame a mí que largue mientras me doy unos cuantos homenajes merecidísimos. Lo mismos que he echado en falta durante tanto tiempo y que, en justicia, ya me van correspondiendo.

V

INTIMANDO CON EL METRALLA

Como si de dos amigos antiguos se tratara, con la mañana bien avanzada, varias horas después del madrugón que me había dado, comenzamos a andar por las avenidas alicantinas, pacíficas, cálidas y luminosas. Se había disipado mi angustia nocturna y —otra vez mi egoísmo proverbial— me había olvidado por completo de la joven madre colombiana que me había impactado tan profundamente hacía sólo un par de horas. Ya sólo me preocupaba el abuelo. Mejor dicho, me preocupaba yo mismo y el abuelo en tanto en cuanto me había puesto los dientes largos con sus avisos de relatos inauditos y reales, sin artificios ni invenciones, sin fantasías, como la vida misma.

—Vamos a coger mi coche, le dije animado. Lo tengo en un garaje aquí cerca y esta mañana nos vamos a pegar una excursión playera.

—De playa nada, querido —replicó de inmediato mi abuelo. Ya conoces el refrán: “De cuarenta para arriba, no te mojes la barriga”. A mí, el mar me resulta muy bonito para verlo y para respirar el yodo y la sal que emana, que dicen que son buenos para los pulmones y para tener la piel tersa, bronceada y sedosa, libre de granos, de psoriasis y de sarpullidos. Aunque lo de la piel tersa y bronceada hace décadas que lo olvidé, si es que alguna vez la he tenido así y, los granos juveniles míos forman parte de la prehistoria. Yo estoy ya a gusto con mis pellejos cuarteados por los años y mi moreno de albañil. No tengo la más mínima pretensión estética ni terapéutica. A ambas las he desechado por imposibles. Si piensas bañarte, conmigo no cuentes, que yo no sé nadar y no voy a aprender ahora. Yo me baño de tarde en tarde, en un lebrillo y con un martillo al lado, por si las moscas. Así que de playa nada, tira para la montaña que ése ha sido durante muchos años mi medio natural porque a la fuerza

ahorcan. Ya te lo contaré si es que acabamos de dar bandazos y ponemos el huevo en algún sitio de una puñetera vez.

—Tranquilo, abuelo, y perdona que te llame así porque ni tu nombre me has dicho todavía. ¿Cómo se me iba a ocurrir a mí, llevarte a la playa y proponerte un baño? También yo he pasado de los cuarenta y sigo a rajatabla el refrán. Yo me baño a diario y no como tú, de higos a peras, pero meterme en el mar, que me achicharre el sol como a esos que se tuestan embadurnados de pringue, con la arena que se pega a los pies y se cuela hasta por la última rendija..., eso no es mi fuerte ni mi afición. Yo soy de secano y de asfalto, no me gusta comer bocadillos sentado en el suelo, y donde se ponga una mesa, un mantel y un ambiente libre de sudores y de niños que tocan los cojones con la pelota y con las palas de jugar al tenis playero, que se quiten todas las meriendas campestres y todos los que se empeñan en olvidar que el hombre hace muchos siglos que circula vestido y calzado por el mundo. Yo soy, en el más pleno sentido de la palabra, un burgués asqueroso, un urbanita amante del aire acondicionado, el alquitrán y los tubos fluorescentes. Mi propuesta de ir a la playa era sólo un primer recurso para sentarnos en una buena terraza al fresco, tomar un primer aperitivo antes de la comida y empezar a tomar notas sobre todos esos prodigios de que me has hablado.

—Para el carro, muchacho —saltó rápido el vejete—. Yo no he hablado de prodigios. No me confundas a mí con ningún santo milagrero, de esos que hacían andar a los paralíticos o que eran capaces de decir misa en dos sitios a la vez y hasta de resucitar a un muerto de varios días. Yo no he hablado de milagros, de modo que no pongas esa palabra en mi boca. He hablado de realidades, de vida, de lucha por la vida, de sobrevivir en las condiciones más jodidas que puedes imaginarte y de buscármelas un día sí y otro también para respirar y seguir abriendo los ojos cada mañana. Yo he hablado de peripecias y situaciones difíciles hasta dejármelo de sobra, pero no de farfollas ni de cuentos morunos, ni de milagros más sospechosos que un gitano haciendo footing.

Por cierto, ¿tú crees en los milagros? Por lo que hemos hablado hasta ahora, me da a mí en la nariz que tú eres de los míos, y que a ti los santuarios donde se obran prodigios un día sí y otro también, las mil y una vírgenes, los mártires

y los confesores, los que tienen estigmas en las manos y copian en sus carnes la muerte de Jesús de Nazaret, no son sino invento de curas y frailes. Ellos sí que hacen milagros cada día, porque un milagro es vivir como Dios sin dar golpe y a costa de los incautos que se creen todas esas supercherías de vidas eternas y capacidades divinas de torcer el curso de la naturaleza, para dejar bien claro el poder de no se sabe quién.

—No vamos a volver sobre lo que ya hemos hablado —corté en seco—. No vamos a retomar otra vez el tema teológico, abuelo. Que yo soy de los tuyos, que de eso ya hablamos ayer cuando nos referíamos a la plaga que suponen los curas, los políticos, los embaucadores y hasta los picapleitos que tantas cosas enredan. ¿O es que no te acuerdas de que ya hemos hablado de eso? Si insistimos, todo va ser reiterarnos y hacer variaciones sobre el mismo tema. A ver si ahora va a resultar que tienes fugas de memoria y en lugar de piernas de cabrito al horno, de arroces con costra, de frituras de pescado fresquito y buenos vinos del terreno, vamos a tener que pedir puré de rabos de pasas que dicen que es bueno para la retentiva y sirve para desatascar neuronas y engrasar sus conexiones y poner al día a los desmemoriados.

En estas discusiones, charlando como si nos conociéramos de toda la vida, con una extrema y rápida complicidad, llegamos hasta la puerta del garaje, una rampa de esas criminales que parece diseñada por traumatólogos y boticarios, una cuesta con más desnivel que la subida al Mulhacén, erizada de pinchitos brillantes, pulidos a fuerza de pasar coches y que te hacen patinar como si estuvieras disputando los campeonatos del mundo de hockey sobre hielo. Agarrados de la mano, con mil cuidados y como de puntillas, conseguimos llegar a la tierra firme y nivelada del aparcamiento.

El abuelo se reía a carcajadas, a mandíbula batiente a la vez que decía:

—Si me ven mis antiguos colegas de correrías, de talego, de fatigas y de infortunios, no se creen que voy, bajando hasta un sitio oscuro y casi desierto, cogido de la mano de un tío y andando con melindres como si fuera una bailarina rusa de ballet. Seguro que piensan que no soy yo, que es otra persona que se me parece. Me cazan en esa tesitura tan incómoda, y me adjudican sin remedio la condición de bujarrón para los restos de mi vida.

Llegamos hasta el coche, un modelo lujoso, brillante y potente, full equipo como dicen ahora. Pero que tampoco es mío, sino de mi consorte, como todo lo que hay en la casa, como los muebles, como los inmuebles y los ajuaires aunque sea yo el chofer exclusivo de esta gozada, y el usufructuario permanente de todo lo demás, que ella anda todo el día en sus tareas, entre potingues y pomadas, entre antibióticos y jarabes de la tos, entre pañales, comidas de niños, perfumes y elixires de la eterna juventud.

Acomodados en su interior amplio y cómodo, el abuelo comenzó otra vez con su verbo corrosivo:

—El dinero es como la hermosura, no puede estar oculto. Si esto es de tu parienta, o sea tuyo porque tú tienes la llave y lo arrancas y lo paras cuándo y cómo quieras, entiendo perfectamente que cudes el braguetazo y que la lleves en palmitas, entre algodones. Entiendo que le hagas de ordenanza, de psicólogo, de confidente, de confesor, de cómplice, de compinche o de amante, y de lo que ella quiera. Porque una mujer que pone a tu disposición este cochazo y dinero para echarle gasolina y para llevarme a mí a comer, y que te da soga larga para andar brujuleando y dando bandazos todo el día, dedicado a buscar la inspiración para esa novela que quieras escribir, es una joya. Una mujer así no se estila, no existe. O mejor dicho, existe y la has pillado tú, de modo que cuídala como oro en paño.

¿He dicho que es una joya? Pues me he quedado corto. Es el diamante más gordo que uno se pueda imaginar y tú lo estás disfrutando, de modo que ya puedes andar al loro, porque a poco que te descuides, aunque dices que no es ninguna belleza y que es menuda y tirando a feílla y poquita cosa, a poco que te descuides, te la levantan de un zarpazo, que el mundo está lleno de buitres y camarón que se duerme se lo lleva la corriente, y si te despistas durmiéndote en los laureles y te apollardas, pierdes esta bicoca en menos que canta un gallo.

Una sensación de angustia me invadió el estómago y una desazón incómoda me andaba por las venas y me recorría los entresijos, como si me navegaran sanguijuelas por ellos. Tenía razón el abuelo. Me había descrito en pocas palabras mi situación precaria. Yo andaba seguro, instalado en la comodidad

del día a día, en el bienestar insulso del que no molesta ni es molestado, del que se levanta, desayuna, se da el bote y hace el haragán, vuelve, o no vuelve, a la hora de la comida, y vive inserto en una vida de aburrimiento que cree natural, inamovible y eterna.

Tenía razón el abuelo. A poco que la dueña de la botica se rebotara lo más mínimo podía dar con mis huesos en la calle y verme incluso en peor situación que mi nuevo amigo, sin posibles para invitar a nadie y sí con necesidad de ser invitado. Mi situación sin la farmacéutica no era otra que la total indigencia, porque a pesar de disponer de un título enmarcado del que renegaba de continuo, ni siquiera me imaginaba ejerciendo una profesión sobre la que no tenía ni la más repajolera idea, pese a la habilitación oficial de que disponía.

Respiré hondo, intentando apartar unos pensamientos tan negros como ajustados a la realidad, me rehíce del canguelo que se expandía por mis venas ante la mera figuración de verme sin mi piedra angular, y reaccioné con rapidez:

—Vamos a lo que vamos, amigo. Las amplias avenidas y el tráfico caótico de Alicante están a nuestra disposición, que esto es la jungla y donde no hay un tapón hay una zanja, y donde no hay un estorbo hay un atasco, y donde no hay una calle cortada hay un coche en doble fila o un municipal charlando con los amigos, mientras a la gente se la suda la normativa sobre circulación y se la pasa por un arco que nada tiene que ver con el del triunfo.

A pesar de todos los pesares, en menos de lo que tarda en persignarse un cura loco, vamos a estar en una terracita playera dándole jubileo a la pupila los dos, tú largando por esa boca y yo tomando notas como un descosido. No te creas que te llevo a bañarte, que ni se me ocurre, ni a mí tampoco me apetece. Vamos a respirar la sal y el yodo que decíamos antes pero a cubierto del sol ardiente y molestón y de otras inclemencias. Y si le da por soplar al incómodo levante, antes de que se nos alboroten los cuatro pelos locos con los que mal tapamos nuestras calvas, nos metemos en el bar y solucionamos el problema al instante. No hay cosa que más me joda que los papeles volándose, los pelos desmadejados como greñas de loca, la arena inundando las cañas, tener que andar con los ojos entrecerrados como los chinos y escupiendo la arenilla que

se cuela sin remedio y nos hace chirriar los dientes como si tuviésemos dentera.

Tenemos toda la mañana para escribir hasta que llegue la hora del almuerzo. Hoy vamos a comer junto al puerto pesquero y deportivo de un pueblo que hay aquí cerca. El restaurante está en un alto, y desde allí hay una vista extraordinaria. Si el día está claro, si no hay nubes ni bruma, es todo un espectáculo ver el mar desde esa atalaya. Lo mismo que desde la bahía alicantina, desde allí se ve hasta Tabarca, un islote que era refugio de piratas y que ahora, por obra y gracia del turismo de masas y de la pandilla de inútiles que gestionan estas cosas, se ha convertido en un secarral atascado de domingueros obesos que huelen a sudor, lleno de gatos, de desperdicios, de merenderos y de construcciones que no resistirían un examen del que redactó la ley de costas.

No sé si tú conoces El Campello. En la playa de ese pueblo es donde vamos a comer. En ese pequeño saliente del que te hablo, además de un cuartel de la Guardia Civil desvencijado, o mejor dicho casi ruinoso, hay una torre de vigilancia reconstruida que debieron hacer los moros, y si no los moros, alguien que necesitaba vigilar el mar y estar al loro de berberiscos, corsarios y otros saqueadores. También hay un yacimiento arqueológico que llaman de la “Illeta”. Yo no soy ningún experto en arte y menos en arqueología, pero por allí debieron andar los íberos hace unos miles de años. Esos tíos, que no debían de tener ni un pelo de tontos, sabían donde instalarse: buen clima, buenas vistas y comida asegurada con un mar pacífico, por lo general, y abundante en pescado. Dicen, los que entienden de excavaciones y esas cosas, que en ese yacimiento arqueológico que te digo, hay hasta restos de una rudimentaria industria conservera en la que con toda seguridad tuvieron su origen los famosos “salaos” que se comen en esta tierra. Luego pediremos una hueva bien curada y unas tapas de bonito para que sepas lo que es “teta de novicia” y manjar de dioses, que lo que hasta hace unos años era comida de pobres, conservas que solamente con sal y sol, hacían quienes tenían que guardar lo que pescaban sin posibilidad de conservarlo en frigoríficos, hoy se ha convertido en un artículo de lujo. Pides en cualquier sitio un platito de hueva en condiciones y te meten una estocada que te acuerdas hasta del día en que

naciste. Las clavadas por cualquier cosa están a la orden del día y, la verdad sea dicha, hay veces que merece la pena pagar porque uno come o disfruta de cosas muy exclusivas, pero otras, se te queda cara de imbécil y te entran ganas de asesinar al camarero que, seguramente, es otro pringao y no tiene culpa del abuso.

Lo mismo que el yacimiento íbero, ése que te he dicho de la “Illeta”, unos kilómetros antes, también hay una ciudad romana que llaman Lucentum. A los íberos y a los romanos, les pasaba como a ti, que escogieron Alicante para vivir e hicieron aquí un alto en su vida nómada, expansionista y guerrera, porque aquí con poco se sobrevive y, quitando unos cuantos días de frío, no vive uno con miedo de despertarse cuando menos lo espere, hecho un carámbano. ¿A ti te gusta la arqueología y las ruinas prehistóricas?

—¡Calla! —respondió el abuelo, rápido como un carterista en la cola de una taquilla de fútbol—. ¡Calla!, que pareces un charlatán de esos que contratan las excursiones colectivas y que no para de dar el coñazo con los datos, las anécdotas y las leyendas, hasta del último pedrusco por el que pasan los turistas. A mí no me gustan las ruinas, ni la prehistoria, que para prehistórico y ruinoso ya tengo bastante conmigo mismo. En su momento, no te diré que no, pero a estas alturas ya no quiero aprender nada, ni me importa lo que hayan hecho los romanos, los celtas, los íberos o los visigodos. Ahora sólo pretendo vivir utilizando los sentidos más primarios, que ya tengo en franco declive como el resto de mi anatomía. Dada la imposibilidad de disfrutar de otros lujos ni de placeres a los que mi fisiología se niega, me conformaré con una mesa bien provista y con las alegrías que los ojos nos puedan dar sin perder de vista la manduca.

A mí me gusta la juventud, la belleza, las pieles tersas, las caras guapas, los culos apretados y respingones y los buenos modos, la amabilidad y la simpatía. No voy a ser imbécil y me van a gustar las viejas, las feas, las tías con bigote y con mala leche, que abundan bastante más de lo que parece a primera vista. Me gusta justamente lo que no tengo, que arrugas, fatigas, escombros, decrepitudes y derrumbamientos me sobran para dar y vender.

—Bueno, bueno... ¡Para el carro que otra vez te has embalado, amigo! —le espeté con una sonrisa inevitable, ante su verborrea revolucionaria, que se encendía a la más mínima—. Ya me he enterado: no te gustan las ruinas y, si alguna vez te han gustado, eso pasó a la historia. Ahora sólo quieres sentarte delante de una buena mesa, que yo pagaré como te he dicho, y contarme, a cambio, todas esas cosas de las que ya me has avisado. A ver si de una puta vez puedo escribir lo que me he propuesto. De acuerdo. Y esto supuesto, dejamos de lado los yacimientos de íberos, romanos y moros, y nos dedicamos sólo a la gastronomía y a la escritura.

De todas formas yo creo que, por mera higiene mental, tendrías que intentar una actitud más positiva ante el mundo. Yo también soy corrosivo en mi visión de la realidad, pero es que tú te pasas un huevo y parte del otro. Estás contra el mundo entero, no te gusta nada, ni la arqueología ni la playa, ni los curas ni los abogados, ni los políticos ni las instituciones, ni la madre que me parió. Arremetes contra todo lo que se mueve como los morlacos embisten contra cualquiera que agite ante ellos un trapo rojo. No se puede andar así por el mundo porque se te agria el carácter y te conviertes en un cascarrabias al que nadie quiere acercarse. Hay que ser un poco más jovial y más positivo. Porque digo yo que algún político habrá que sea honrado, y que se preocupe más por el bienestar del común de la gente que por el suyo propio, y que no busque sólo forrarse. Alguno habrá que se haya metido a la gresca política porque le va la marcha y le gusta inventar proyectos y llevarlos a la práctica. Y algún cura habrá que crea en Dios y esté convencido de que existe la vida eterna y de que vamos al cielo o al infierno después de morirnos, y pierda el culo por predicar para que seamos buenos y nos salvemos siguiendo sus instrucciones.

Me niego a creer, pese a que yo también soy corrosivo y pesimista, que ya te lo he dicho, que este mundo esté lleno de farsantes, que todos sean unos egoístas de tres pares de cojones y que no exista en ningún sitio, aunque la busquemos con un candil como Diógenes, una persona generosa, altruista, desprendida y honrada, sea político, cura, abogado, profesor de universidad, mecánico o pocero.

—Joder, muchacho —replicó de inmediato mi abuelo—, lo tuyo es ser predicador. ¿Estás seguro de que no has militado nunca en la orden de los

dominicos? Porque te aseguro que conozco más gente que pelos tengo en la cabeza y he visto pocos que me metan sermones con la facilidad y la insistencia con que tú lo haces. Vamos a ver si nos aclaramos. Yo no estoy contra nada y estoy, a la vez, hasta los cojones de todo. Hay un refrán muy sabio que, como todos, está cargado de sentido común: "Cada uno habla de la feria según le va en ella". A mí en esta feria me ha ido muy mal. Siempre me ha tocado bailar con la fea, con la coja, con la gorda con barba y con la jorobada.

Imagínate que entras en un baile en el que hay de todo: niñas guapas, guapísimas, normales... En medio de ese todo, a ti, siempre que suena la música, se te cuelga para bailar una tía fea como un dolor de muelas y no puedes quitártela de encima por más que te esfuerces porque se te agarra como una lapa. ¿Cómo sales de baile en cuanto que puedes irte del sitio echando leches? Sales cabreado como un mono y jurando en arameo, maldices tu suerte y te preguntas una y otra vez, sin encontrar respuesta, porqué tienes que ser tú siempre el pringao, y siempre otros los que disfruten. Pues eso es lo que me pasa a mí. Ni más, ni menos y ahí está el origen de mi rebote, sin remedio a estas alturas. Tú también eres venenoso y mordaz, por lo poco que te conozco y te he oído, en tus análisis de la realidad. Pero tu protesta y tu rechazo son de pacotilla porque no tienes motivos serios, aunque me pretendas convencer con la milonga ésa de que has vivido entre algodones, que te ha mantenido tu padre y luego tu mujer, y que nunca has ganado nada por ti mismo. Tú eres un tío integrado, socializado que dicen ahora. Estás casado con una tía que te mantiene. Te querrá o no te querrá. Estará muy enamorada de ti o nada. Beberá los vientos y se le soltará la adrenalina solamente con verte en gayumbos, o pasará de ti como de comer mierda, pero te mantiene que es lo importante en definitiva. Y te mantiene muy bien como salta a la vista. Vas con tu cartera bien provista, llevas un señor cochazo, tienes una casa que no debe ser ninguna choza y vives sin dar un palo al agua. ¿De qué cojones te quejas? Si lo haces es por vicio, porque la vida siempre ha sido para ti de color rosa, sin un palo ni un sobresalto que merezca de verdad llamarse así. Me lo has dicho hace un rato o me lo dijiste ayer, que a mí me patinan un poco las neuronas y a veces se me va la olla. Me dijiste que vivías de tu padre y que, cuando él se vino abajo por no sé qué pufo, pegaste el braguetazo y empezaste a vivir de tu mujer. Pues, ¡de puta madre! Tuya es la

vida, chiquillo. Y ya te he dicho que a mí me habría gustado tener aunque sólo fuera la mitad de suerte. Dices que eso no es suerte, y que estás traumatizado, y que tienes baja la autoestima porque a tus propios ojos te sientes devaluado. ¡Pobrecito! Se me parte el corazón ante tanto dolor. Todo eso de la autoestima, la autorrealización, el desarrollo personal y otras monsergas similares, son mariconadas de psicólogos. Ya me gustaría a mí autorrealizarme, o mejor, haberme realizado como tú, y haber tenido cubiertas las espaldas y llenos los bolsillos, y no haber tenido que preocuparme de la supervivencia más pura y cruda, y haber podido dedicarme al cultivo del espíritu como aquellos monjes medievales que vivían a mesa puesta y a cama hecha, por los hermanos legos, y se dedicaban sólo a la filosofía y a la teología, a reflexionar sobre los misterios más complicados y sobre el sexo de los ángeles o sobre si las mujeres tenían alma.

Pero bueno, esto no debe de ser otra cosa sino la lucha por la existencia, la ley de la selección natural o el origen y la evolución de las especies de que hablaba Darwin: sobreviven los que están mejor preparados y desaparecen los que no se adaptan y se buscan mal la vida. Visto lo visto, yo me voy a extinguir en breve y no va a quedar de mí ni el más mínimo recuerdo. Me voy ligero de equipaje, más ligero incluso de lo que vine. Me voy después de mil fatigas, sin descendencia, que sería la manera de perpetuarme. Me voy a tomar por el mismísimo culo y que me den morcilla perrera, que no voy a tener ni funeral, ni lápida, ni esquela en los periódicos, ni deudos que me lloren, ni flores, ni responsos inútiles de curas que pretenden certificar el pasaporte para una eternidad dichosa. No voy a tener nada de eso ni puta falta que me hace.

Ya me he embalado otra vez, perdona —frenó en seco el abuelo su discurso incendiario y feroz—. A lo mejor me equivoco y, después de que tomes nota de las cosas que te voy a contar y las publiques, resulta que paso a la posteridad como un modelo y un prohombre, y después del burro muerto, la cebada al rabo. Y son capaces hasta de dedicarme una calle en mi pueblo en el que jamás me miraron a la cara ni me hicieron puto caso.

MÁS SOBRE EL METRALLA Y SOBRE CÓMO EMPEZÓ SUS CORRERÍAS

Tenía que opinar, no podía permanecer en silencio por miedo a interrumpir su diluvio de ideas por miedo a una sequía, después de lo que había escuchado.

—Vamos a lo que vamos, amigo, que tú con muy poco son, ya bailas. Es increíble. Jamás en mis cuarenta y tantos años, me había tropezado con un espécimen de tu calaña, y mira que he conocido gente de todos los pelajes: imbéciles, gilipollas, tontos de baba que se creen brillantes, chorizos, mangantes, bribones que dejan en pañales al más trapacero de los estafadores, psicópatas, liantes, vividores y hasta de vez en cuando a gente coherente y sensata. Nunca, y oye bien que digo nunca, me había tropezado con alguien como tú, que se arranca en la embestida como un rinoceronte loco, y arremete desde el principio y siempre con la misma intensidad contra cualquier cosa que signifique orden establecido, estructuras sociales, convencionalismos, instituciones y tinglados similares.

¿Qué pasa? ¿Es que para ti sólo hay enemigos? ¿Es que, como decía aquel santo Job de la Biblia, no va a haber un solo hombre justo entre esta maraña en la que estamos inmersos y de la que no podemos salir? Ya estoy ardiendo en deseos de que empieces a contarme, y dejes de dar vueltas y de escurrirte como una anguila, y vayas por orden cronológico desgranando un acontecimiento tras otro. A ver si es posible que, con mis cortas entendedederas, llegue yo a dilucidar qué cojones te ha pasado para que estés tan rebotado, que lo tuyo no es un rebote puntual sino una permanente y constante refractariedad a todo lo que huele a mundo civilizado.

—En fin —respondió, sonriente el abuelo—, tendré por no dicho esto último, que no es sino un insulto disfrazado de frase brillante, “refractariedad al mundo civilizado”, una manera suave de llamar me salvaje o inadaptado o espécimen con trastorno antisocial de la personalidad, tal y como se estila decir ahora, que a todo le colocan nombres rimbombantes para que todo parezca más de lo que es. Haré como que no lo he oído y empezaré por donde tú quieras, por el principio.

No sé si ya te he dicho el nombre porque, de tan acostumbrado como estoy, lo primero que hago siempre es dar mi filiación completa cuando me paran y me preguntan. Me llamo Diego Pedregosa. Ahora he comenzado otra vez a acostumbrarme a mi nombre y si oigo a alguien decir: “¡Diego!”, me paro, me doy la vuelta y pregunto qué quiere. Hasta no hace mucho, cuando oía mi nombre no me daba por aludido, siempre pensaba que estaban llamando a otro. Ésa es la consecuencia de la clandestinidad, de la vida marginal, que se acostumbra uno a la existencia furtiva y a vivir al margen del sistema, y a ser llamado por el nombre de guerra y por el apodo, y luego, cuando lo intenta, es imposible integrarse en la normalidad.

Yo nací en un pueblecito muy pequeño de la provincia de Granada, un secano, un erial inhóspito en el que lo único que reinaba y que crecía cada día era la pobreza. Ese pueblo debió de tener su origen, porque yo nunca me he podido parar a investigarlo, en algún destacamento moro o en algún puesto adelantado de vigilancia de la época de la reconquista, cuando andaban a mamporros los de la media luna y los de la cruz con la excusa de la fe, aunque lo que había debajo fuese lo mismo de siempre: el ansia de dominio, de poder y de riquezas. Los moros o los cristianos, no sé quiénes, debían de tener allí sus puestos de vigilancia porque por allí cerca está Loja que entonces era una ciudad importante donde reinaba el moro Aliatar y porque cerca también cae Alhama, un sitio donde los moros, que sabían vivir como Dios, tomaban baños termales para el reuma y a donde iban para descansar de no hacer nada o recuperarse de las batallas que libraban en un sitio y en otro, que en este mundo todo son guerras para conquistar o para defender lo conquistado. Echa un vistazo a tu alrededor y ya me dirás si tengo o no razón, que por mucho que

lo he intentado reflexionar, no comprendo de donde nos nace ese afán de tener más, de extendernos y de mandar en otros.

Se llama ese pueblo en el que nací y del que te estoy hablando, porque todavía sigue existiendo, El Salar. ¿Verdad que sólo el nombre suena a moro? Ahora es capaz de tener más de dos mil habitantes, pero hace ochenta y tantos años, no pasarían de quinientos o seiscientos, si es que llegaban. Gentes que vivían a duras penas de lo poco que la tierra daba cuando caían cuatro gotas mal contadas, que era casi nunca. Ahora hay allí escuelas, una biblioteca, servicios y hasta un centro de salud. Entonces pasaba un médico de higos a peras y un maestro ambulante enseñaba a leer por la caridad que quisiera hacérsele. Y esa caridad era muy poca porque bastante teníamos con malvivir a base de la matanza de un marrano que se alimentaba de los desperdicios que no generábamos, y de los cuatro jornales que caían de tarde en tarde. Vivir allí y en aquellas circunstancias sí que era un milagro al lado del cual, la multiplicación de los panes y los peces o el andar sobre las aguas, se antojan una broma o un truco de prestidigitador malo. ¿Por qué me fui de aquel lugar idílico y ubérrimo? ¿Por qué abandoné el Edén, saliendo por patas, como nuestro primer padre salió echando leches del paraíso? Muy fácil, porque a la fuerza ahorcan.

Se declaró la guerra. Estalló la guerra, como decían entonces algunos. Como si la guerra estallara o se declarara sola, como si eso fuese un fenómeno natural y se desencadenara por el calor, como las tormentas de verano, o por los chorros de aire polar como las nevadas en invierno. Estalló la guerra, decían, como si aquello no hubiese sido un hecho humano, propiciado, alimentado, favorecido y desencadenado por los hombres. ¡Cómo no va uno a pensar que el hombre es un lobo para el hombre! ¡Cómo va a creer uno en esa milonga, la que se inventan los ilusos, los tontos de baba, esa tontería de la fraternidad universal! ¿Quién cojones va a creer esa teoría de la historia, defendida por tantas religiones, de que los hombres evolucionan y de que hay un recorrido lineal ascendente hacia la perfección, que avanzamos mejorando cada día, hasta llegar al paraíso final con el que nos engañan? ¿No se dan cuenta de que eso es un engañoso, una invención piadosa para consolarse de la cruda realidad que no es más que una lucha a muerte por la

supervivencia? La historia no es más que una sucesión de luchas fraticidas que se han encadenado una tras otra, sin dar ni un minuto de tregua.

La expresión del abuelo se tornó sombría en este punto, casi dolorida, como si cuando hablaba de luchas fraticidas sintiera realmente la puñalada que le endosaba su propio hermano o la traición perpetrada por el familiar más íntimo.

—Repasa, si no estás convencido de ello —continuó de inmediato y casi sin respirar—, la historia de la humanidad desde que la conocemos, desde la antigüedad más remota. ¿Qué encuentras? ¿Cómo se estudia al hombre y su evolución política y social? Por medio y a través de sus guerras. Los asirios contra los babilonios, los judíos contra los egipcios y luego contra los palestinos, que los filisteos de la Biblia no son sino los palestinos de ahora, y palestino era el Goliat al que David derribó de una pedrada. Los judíos que luchan contra el expansionismo de los romanos y contra tantos como los han querido dominar y esclavizar, y echar de lo que ellos consideran la tierra prometida, que ni prometida por Dios ni hostias, que es sólo una fábula justificativa como tantas otras: esto es así porque Dios lo quiere y así lo ha revelado. Y contra eso no hay argumento que valga.

Sigamos, si no tienes aún bastante. Los romanos conquistan el mundo conocido y son destruidos por los bárbaros, esas tribus potentes que venían del norte y que ambicionaban tierra y poder, y mujeres y lujo y dinero, como todos los seres humanos, que la voluntad tiende al bien como decía Aristóteles y a todos nos gusta lo bueno. Estos, los bárbaros que aquí en España eran los godos y los visigodos, decaen y se van a la mierda y son invadidos por los moros. A los moros los echan otros, los cristianos que se recuperan unos siglos después y crecen y van a más.

¿Cómo van a más, cómo mejoran de condición? Organizándose y dominando. Y así se expanden, en nombre de Dios, y conquistan y aniquilan a los indios de América. Los indios se recuperan, tras mezclarse con los descendientes de los invasores, y mandan a hacer puñetas a la madre patria y se independizan y sueltan amarras porque quieren andar solos, que el buey solo bien se lame. Y los ingleses y los irlandeses pobres, se van a América para poder vivir. Los

americanos, que ahora mandan en el mundo y lo pueden todo, no son más que descendientes de aquellos ingleses, escoceses e irlandeses pobres que se fueron allí porque en su tierra se quitaban el hambre a guantazos. Se establecen, se cargan a los pobladores de aquel sitio, en el que había espacio para todos, liquidan a los apaches, a los sioux y a la madre que los parió. Los masacran, someten aquella tierra, el salvaje oeste de las películas y a sus habitantes, fundan ciudades y copian la organización social y política de la única que conocían, que es la suya originaria, la que tenían en la tierra de la que procedían. Tan pronto evolucionan un poco, se sacuden la tutela inglesa y se independizan porque el hombre, aunque la libertad sea un riesgo y aunque se le tenga miedo, lo único que quiere es ser libre, que nadie lo aplaste, ni lo domine ni le mande sino todo lo contrario, lo que quiere es dominar y mandar y ser él quien lleve la batuta.

Ése es el motivo de los enfrentamientos. Ése es el cuento de nunca acabar y la historia no hace más que repetirse, que no hay nada nuevo bajo el sol como bien decían los griegos. Quienes ahora son los gendarmes mundiales, quienes controlan el orden en el mundo, que ni orden ni pollas en vinagre, son los descendientes de los desarrapados de antaño que han mejorado de fortuna aplastando a otros. El orden es sólo un medio para que ellos incrementen su poder, su control del cotarro y sus riquezas. Si hay desorden en un sitio en el que no hay petróleo, o cobre, o uranio, o diamantes o lo que sea, les importa un cojón que se maten a machetazos. Fíjate lo que pasó hace unos años en Uganda y en Ruanda, en la región de los grandes lagos. Como allí no había nada más que miseria, se estuvieron apuñalando literalmente sin que nadie fuera a ver qué pasaba en un montón de tiempo, y andaban los refugiados y los desplazados vagando como almas en pena sin que ni dios les hiciera ni puto caso. Sólo van a poner orden y a imponer la ley occidental, su ley, al sitio en el que después pueden conseguir una tajada de puta madre, como es el caso de esos desiertos inhóspitos en los que hay unos depósitos de petróleo cojonudos. ¿Me he embalado otra vez? —dijo el abuelo con cara de inocencia, como de tener un sentimiento de culpa que, en su caso, no era sino teatro.

—No te preocupes, Diego —contesté excusando su enésima perorata anarquista—, ya estoy acostumbrado a tus desbarres y no me parecen mal,

además, estoy tomando nota, que ya ves que parezco una secretaria taquígrafa. Me interesa mucho tu visión del mundo, antiamericana, antipolítica, anticlerical, antiimperialista, antisistema y anti casi todo, aunque ya me la voy sabiendo de memoria. ¿Qué me decías de la guerra, de cuando estalló y te cogió en tu pueblo? ¿Qué edad tenías?

—Pues la edad no la sé muy bien porque nunca se me ocurrió ir a pedir una partida de nacimiento que yo, para casi nada de lo que he hecho en esta vida, he necesitado ningún papel oficial, todo lo he hecho por la vía de los hechos consumados y siempre que había papeles con sellos y con membretes, era para meterme un puro de tres pares de huevos. Además pedir una partida o un certificado, en mi pueblo, tampoco habría servido de mucho. Allí y en aquella época, cada uno nacía en su casa y, si la cosa iba mal, la palmaba la madre y el niño, los enterraban a los dos, les cantaban un par de responsos, lloraban un poco y aquí no ha pasado nada. Había una comadrona para toda la comarca y la mitad de las veces, cuando la llamaban para atender a una parturienta, estaba para que la atendieran a ella, de los tablones que pillaba pegándole al aguardiente. Más de un nacimiento atendió con una tajada como un piano de cola y pasaportó al cielo en un solo acto a la madre, al crío, y al espíritu santo que se le hubiera puesto delante. Y todo el mundo a callar, que allí no había reclamaciones, que mejor era aquélla, aunque estuviese más turbia que cuerda casi siempre, que no tener ninguna. Bueno, pues que no sé exactamente el año en que nací porque allí nacías y, cuando se podía, iban al ayuntamiento a apuntarte en el libro, para que se supiera que había uno más aunque tampoco importase demasiado. Iba tu padre, o tu tío o algún pariente o allegado a apuntarte, y el tío que llevaba el libro estaba, por ejemplo, en el bar jugando a las cartas. El otro lo buscaba, cosa tampoco muy complicada porque los dos únicos bares que había, dos tabernas de mala muerte, con moscas y con más mierda que la fiabrera de un gorila, estaban a menos de un tiro de piedra. Cuando daba con el secretario, que lo de secretario es un decir, el otro no podía moverse de la mesa porque la partida estaba en lo más interesante y tanto si iba perdiendo como si ganaba no podía dejar colgados a los otros por un nacimiento más o menos. Apuntaba el nombre del neonato en una hoja del librito de papel de fumar, y ése era el primer paso para perderla. Y el pobre chiquillo acababa en algún nido de mugre de aquellos bolsillos sin

fondo del gañán, o fumado como envoltura de la picadura de “Caldo de gallina”, que era el tabaco que allí y entonces se usaba.

Cuando, por algún motivo, que tampoco había muchos, se iba a aquel cuartucho que hacía de oficina municipal, a preguntar por el muchacho, que ya había dejado de ser un bebé para convertirse en un “chavea” o que estaba incluso a punto de entrar en quintas, resultaba que no existía porque nadie lo había anotado. Te apuntaban tarde y mal y te veías inscrito tres meses, o un año, o tres años más tarde. Nadie daba la carga por eso, que tampoco importaba mucho un año más o menos, en una vida monótona en la que lo mismo pasaba un día que al día siguiente, que cinco años después.

El abuelo hizo un gesto como de cansancio, como de aburrimiento con el que no intentaba sino escenificar lo que era la vida aburrida hasta la saciedad en aquel pueblecito del que me hablaba.

—Estalló la guerra, que por ahí íbamos, yo tendría entre doce y quince años. Mi familia, si la trasladamos a como está la vida ahora, sería pobre de solemnidad, vamos, como para vivir de la beneficencia. Pero en aquella época y en aquel sitio, podríamos decir que éramos clase media. Comíamos a diario sin demasiadas dificultades. Mi padre se llamaba Diego, igual que yo. Era un tío trabajador, estaba todo el día en el tajo. Yo no guardo buen recuerdo de él porque, aunque nunca lo vi ni me beneficié de él, creo que manejaba dinero. Lo manejaba él y para él, porque ya digo que jamás lo sentí en mis carnes. Eso, hoy en día, creo yo que no podría suceder, porque si un tío maneja viruta y no atiende de manera suficiente o acorde con su realidad económica a sus hijos, se planta uno ante el juez y se arregla la situación rápidamente. Entonces la vida no era así ni mucho menos. Éste, seguía al pie de la letra el refrán ése de que cuando seas padre comerás huevos. El comía solo y primero, con su buen botellón de vino, y los que vinieran detrás que empujaran. A mí me decían que eso tenía que ser así, que así era la vida y ése era el orden que había que seguir siempre. Algo había en tal comportamiento que no me gustaba.

De todas formas, bueno o malo, yo, como todos los niños, tenía a mi padre en un pedestal. Me acojonaba, me infundía auténtico pánico, me temblaba hasta el último hueso y hasta la entretela más recóndita del cuerpo, cuando lo

veía, o lo intuía siquiera, enfadado, cosa que sucedía con muchísima frecuencia. No a diario, sino varias veces cada día. Aún recuerdo, como si fuese ayer mismo, preguntarle a mi madre, angustiado, literalmente cagado por las patas abajo, como si eso fuera peor que el mismísimo Apocalipsis: “¿Está rabiando?” Porque si estaba rabiando, o sea cabreado, dando voces o rompiendo algo o pegando a alguien, allí se acababa el mundo en el pleno sentido de la expresión. No se podía jugar, ni respirar, ni hablar, ni reírse, ni comportarse o vivir con normalidad, como se tiene que comportar y vivir un niño, dentro de lo poco que cabía la normalidad en aquellas situaciones deplorables y míseras. Mi madre murió. No sé bien de qué enfermedad. Simplemente se puso mala, la vio el médico un par de veces, eso exactamente es lo que hizo, verla, porque ni un análisis de nada, ni una inspección en profundidad acerca de nada, ni un ingreso hospitalario aunque fuese por la beneficencia y para ver si se podía hacer algo. Se puso mal, y se murió. Yo creo que se murió de pena, de agobio, de abandono, de dejadez. Consumida por los malos tratos y por unas circunstancias penosas, en definitiva.

¡Cómo han cambiado las cosas por fortuna! Entonces, las mujeres, no eran más que esclavas. Ni siquiera eran el reposo del guerrero que aún pueden seguir siendo. Eran esclavas en manos de cualquier tirano de pacotilla. Ese elemento tampoco era culpable del todo o él solo. Era un tirano porque él mismo había sido abusado, maltratado, explotado, apaleado y no querido, veinte o treinta años antes. Era una cadena sin fin: yo machaco a los míos, porque a mí me han machacado antes los míos, porque he sido víctima de unas condiciones de vida míseras y, si he conseguido juntar dos duros, sólo los disfruto como el avaro de Moliere, contemplándolos, viendo cómo engorda mi baúl de monedas. No los disfruto de manera sana, gastándolos con aquellos a quienes quiero, porque no quiero a nadie. Los disfruto, si es que a eso se le puede llamar disfrutar, de forma enfermiza y oscura: los miro y me regodeo con ellos yo solo, avariciosamente, con agonía. He sido víctima de los míos y he aprendido a ser un victimario con los míos.

Ya no sabía si de verdad el abuelo era un actor excelente o vivía con intensidad y revivía lo que contaba. Sí es cierto que conseguía, en su relato,

transmitir de la manera más veraz las sensaciones que tuvo cuando se desarrollaron, tantos años atrás, los hechos que narraba.

—Ya no sé si me he hecho un lío, pero creo que está claro. El enemigo muchas veces está más cerca de lo que pensamos, el infierno son los otros y esos otros muchas veces no hay que buscarlos lejos de la propia casa, porque los otros son los míos, los que en teoría son más cercanos y están destinados a ayudarme. ¿Te ha gustado el trabalenguas?

El abuelo me asombraba continuamente. Transmitía realismo en su discurso, pero hablaba de las situaciones más dramáticas como si nos las sintiera, como si fuesen situaciones de otro y eran suyas. Era capaz de sonreír en medio de cualquier drama y de poner una distancia entre el drama y él, hasta el punto de objetivarlo, contarla como si lo hubiese visto en una película o leído en una novela, como si la situación dramática, dura, violenta o triste, no tuviese nada que ver con él y no fuera más que una historia que contaba para pasar el tiempo o para ilustrar sobre alguna de sus muchas tesis acerca de la existencia.

—Ya veo que te ha gustado, aunque no sé si lo has entendido por la cara de panoli que se te ha quedado —continuó Diego de inmediato—. Mi madre murió muy joven y yo no tuve tiempo prácticamente ni de conocerla, mucho menos de disfrutar de ella. Era una mujer guapa. Yo, al menos, la recuerdo así. Era una mujer cariñosa y dulce. No debía de tener muchas luces y era víctima de su tiempo. Le tocó en suerte el tipo que le tocó, y se limitó a sufrirlo sin pedir ayuda a nadie y sin tener cerca a nadie a quien pedírsela.

Hoy, por lo que se ve y se oye y se lee, y conste que a mí me parece muy bien, le das a una mujer un guantazo y te has caído con todo el equipo. Eso ha pasado de ser un problema privado a ser un asunto público. Y ya no vale el argumento de que es mi mujer y hago con ella lo que me da la gana y tú no te metas, que eso es un problema de la pareja y se resuelve en la cama como todas las discusiones. Hoy no vale el discurso antiguo de los curas, aquel de “ésa es la cruz que Dios te ha mandado y si tu marido es un borrachín, o un tío violento, o un psicópata, o un sádico, o simplemente un hijo de puta”, que no sé para qué hay que rebuscar términos tan técnicos cuando con este nos

enteramos todos, “súfrelo y ofréceselo a Dios en penitencia por tus pecados, y así te evitas ir al purgatorio cuando la palmes”.

Tampoco vale el razonamiento, por llamarlo de alguna forma, de aquellos comandantes de puesto: “Si tu marido te ha pegado es que algo habrás hecho y el hombre manda en su casa y, de puertas para adentro, nadie es nadie para entrar a mediar”.

Mi madre, como tantas mujeres de su época y de épocas posteriores, era una mujer nacida y criada en una cultura machista hasta los tuétanos. Su propio padre no debía de diferir mucho del marido que se buscó, que parece que hasta en eso andan las mujeres sometidas a su sino: escogen como marido a una fotocopia del que era su padre. Mi abuelo, al que no tuve el disgusto de conocer y del que sólo he sabido algo de oídas, creo que se llamaba Elías y también debía de ser un elemento y un liante de tres pares de cojones. Yo no lo conocí, como te he dicho, pero alguien me contó que a principios de siglo, del siglo veinte me refiero, no de éste que acaba de empezar, compró una fonda en Loja. Ese es un pueblo más grande, la ciudad de referencia en la comarca, muy cercano al mío.

Compró una fonda allí y en lugar de dedicarla sólo al noble negocio de la hostelería, no tuvo mejor ocurrencia para sacarle mayor rentabilidad, que poner una casa de putas. Este abuelo mío, seguramente, quiso hacer verdad el dicho que por allí se decía entonces, ya sabes que entre los pueblos cercanos siempre hay rencillas y ganas de enfadar y reírse del contrario. Cuando se quería cabrear a un lojeño se le decía: “En Loja, la que no es puta es coja”. Y el otro siempre respondía: “Eso es cierto pero desde que se fueron de allí tu madre y tu hermana, la cosa ha mejorado bastante”. Tampoco es una cosa muy extraña, que hasta en eso no hay nada nuevo bajo el sol y puedes ver que la historia se repite, me refiero a las rencillas entre pueblos y al afán de rentabilizar al máximo las inversiones como quiso hacer mi abuelo Elías. Tú pones un hotel y tienes habitaciones llenas unos días, y otros las tienes vacías. En cambio dices que es un hotel pero alquilas las habitaciones para que la gente se pegue sus polvos furtivos, y tienes clientela a diario, y nadie se va sin pagar porque se cobra por adelantado y además las habitaciones las tienes ocupadas varias veces en un mismo día porque no hay tío que aguante un día

entero dedicado al fornicio y la gente, como a esos menesteres va de tapadillo, pues ahueca el ala cuanto que acaba y no se para ni a protestar aunque algo no le haya gustado del todo.

Este tal Elías, hablo así de mi abuelo porque ni en el fondo ni en la superficie le tengo el mínimo aprecio ni me identifico con él, le debió de entregar su hija a mi padre, de ahí nací yo para mi suerte o más bien para mi desgracia. Le entregó su hija al que fue mi padre, biológico al menos, como se dice ahora, más que nada para quitarse un problema de en medio. Le importaba un cojón si aquella chiquilla iba a ser feliz o desgraciada, sólo quería dejarla colocada aunque fuera muy mal colocada. Eso era lo que hacían todos entonces, que tener una hija era un problema hasta que no la endosabas y eso, y no otra cosa, era casarla. La podías colocar mejor o peor, casarla bien o mal, con una persona o con una acémila, pero había que colocarla porque lo contrario sí que era una desgracia familiar, un estorbo en casa para vestir santos, para barragana de cura o marmota de boticario o de maestro, con perdón que esto no va contigo, que bastante agradecido le tienes que estar tú al noble arte del envenenamiento y la hechura de pócimas y emplastos farmacológicos.

Los convencionalismos y los usos sociales, las costumbres antiguas que pesan más que losas de panteón y que nos atan por todos los sitios, para que luego digan que somos libres. Eso de la libertad es una engañifa, una quimera irrealizable, una ilusión, un cuento moruno para tenernos convencidos de algo que en realidad no existe: la libertad... ¡Qué bella palabra para el preso, carcelero, tú nunca podrás tenerla! Como dice la copla... libertad...

En ese punto de su monólogo, una reflexión en voz alta, alargó voluntariamente la última sílaba, intentando eternizarla, como si quisiera darle toda la importancia que para él tenía realmente ese concepto. O era un gran actor ese abuelo, o realmente estaba emocionado hablando de libertad, como si la hubiese echado permanentemente de menos.

De inmediato cambió el gesto y el que parecía nostálgico y preso de la emoción más alta, tomó tierra bruscamente, aterrizó en la materialidad y dijo con tono otra vez juerguista.

—Yo creo que ya está bien de charla, que pareces un monje medieval pasando manuscritos en la biblioteca del cenobio y yo parezco un predicador malo, pelmazo y amenazante en cuarentena. Tu pareces un fraile copista y yo, mejor dicho, mi boca, parece una estera y mi lengua un papel de lija. De modo que ya sabes, volviendo a los refranes, “gallo que no canta, algo tiene en la garganta”. Y mi garganta está seca como el ojo de un tuerto y hasta aquí hemos llegado y no suelto ni una palabra más, hasta que me haya puesto, por lo menos, como me puse ayer tarde en aquella taberna, poco después de encontrarnos y cuando ya me estabas tirando los tejos.

Allí colgaban jamones, cañas de morcillas, chorizos y lomos, abundantes como cuelgan los zarcillos en las mantas de los joyeros. Ahora mismo, la boca que era un erial, se me está haciendo agua sólo de pensar en aquellos manjares. Vamos a limar un rato y a remediar la gazuza y ya seguiremos luego, que a mí, el hambre, me pone metafísico como a Rocinante. Como tú te preocupas por la línea y por la imagen, y le das importancia a los colesteroles, a la urea, a las transaminasas, a los triglicéridos y demás mariconadas que sólo obsesionan a la gente rica, ¿qué te parece que le demos un repaso hoy a los frutos del mar? Estamos casi con los pies en el agua, masticando la arena que nos trae el dichoso levante y mirando, como el pirata de Espronceda, a la izquierda la Illeta de El Campello y a la derecha el cabo de las Huertas. Eso bien vale que nos demos un homenaje, que tú pagarás como hemos acordado, a base de quisquillas de la bahía, unos salazones de esos que me has dicho antes, una fritura de pescado con aceite de oliva del bueno y una ensalada fresquita para desengrasar. De postre me voy a pedir turrón, que para eso estamos en Alicante, pero que me lo pongan del tierno, que ya ves que mi caja de dientes no está para muchos trotes, que tengo los dientes como los tenía la novia de Gila, como perlas. Escasísimos.

Para que veas que no soy un agonías, ya te he dicho lo que quiero comer, pero te dejo que seas tú quien escoja el vino y estírate, aunque hasta ahora no tengo queja de tu generosidad desinteresada —dijo sonriendo y haciendo hincapié en lo de “desinteresada”.

—Desde luego —respondí veloz—, que a ti no te ha hecho la boca un fraile, y si es un fraile quien la hizo, estaba sobrado de mala leche. Tú, es que te

muerdes la lengua, macho, y te envenenas. ¿Tan difícil te resulta ser amable y ser cordial, y no estar permanentemente con el aguijón en posición de ataque? Lo que no entiendo es, con la marcha que tienes, cómo puedes seguir vivo a tu edad y cómo no te han dado ya cuatro o cinco infartos.

—¿Infartos a mí? —contestó—. Eso son enfermedades de señoritos, de melindres, acomodados que no han dado en su vida un palo al agua, se han cebado como gochos y tienen las arterias más atascadas que los tigres del penal del Puerto de Santa María. A mí, ya te lo he dicho mil veces, no me puede dar un infarto porque he vivido siempre con lo puesto, he andado a salto de mata, me he tomado la vida como me ha venido y he apencado con lo que me ha tocado en cada momento. Si hay, hay, y se come. Y si no hay, no hay, y se pasa hambre, y se conforma uno pensando que ya llegarán tiempos mejores y como de algo hay que morirse y eso es más seguro que cualquier otra cosa, siempre he afrontado los problemas con un relativismo absoluto y eso es una fuente de salud y de relax. Esa es una de la claves, por no decir la fundamental, para que a uno no le pegue el corazón un latigazo cuando más tranquilo está y lo mande a la barca de Caronte, a cruzar la laguna Estigia de la que también ya hemos hablado, de un plumazo y antes de que se dé cuenta.

Un infarto le da al que no duerme pensando que la bolsa va a bajar y se va a quedar en pelotas, perdiendo todo lo que ha invertido para ganar mucho más de lo que se jugó. Un latigazo al motor le pega al que vive acojonado porque el terreno que compró, pensando hacer un par de bloques de pisos, lo van a declarar zona verde, y va a perder lo que pagó por la tierra y lo que le soltó al edil de turno como astilla por una recalificación que nunca llegó. Le da al que se pega una comilona de negocios detrás de otra, y luego se fuma tres puros y se pega cuatro lingotazos de güisqui, mientras maquina cómo llevar al huerto al lila que tiene delante. El corazón se le para al que se mete en política y le está comiendo el rabo literalmente al que piensa que es su jefe y su seguro de vida, y se entera de pronto de que ese jefe ha caído, por un navajazo por la espalda, que le ha endilgado otro del que ni sospechaban que iba aemerger como alternativa en ningún momento. Ha caído o se ha cambiado de chaqueta, o ha encontrado otro que se la chupa mejor o que le hace más el avío en cualquiera de los terrenos en los que el jefe se mueve o tiene

proyectado moverse. Cuando eso sucede, al pobre expectante, se le viene le mundo abajo, le entra la tristeza vital, la depresión, los siete males y, o se pega un tiro, o le sale una úlcera de duodeno o un cáncer de colon, o le mete el corazón un crujido y se queda tieso como la mojama cuando menos se lo espera.

Los infartos, además de por las comilonas, siglos hacía que no me pegaba una como la de ayer o como la que me voy a dar hoy, dan por la mala hostia reprimida, por las expectativas frustradas, por las metas que se niegan o que se alcanzan y se disfrutan de forma efímera, por los intereses truncados de manera abrupta, por el miedo a las pérdidas irreparables, por las ansias de poder y de riqueza truncadas... Nada de eso tengo yo. Mi mala leche, que es más que motivada, justificada de sobra, no la represso, sino que la suelto tan pronto se me viene a la cabeza o a la garganta, como ya estás teniendo ocasión de comprobar en vivo y en tus propias carnes. Mis frustraciones son cero porque no tengo expectativas, no tengo ninguna meta a la vista ni a corto, ni a medio, ni a largo plazo, y ningún interés me hace perder el sueño. Hoy por hoy sólo espero morirme cualquier día sin darme cuenta porque esa es la ley natural y, cuando eso pase, que me tiren al basurero más cercano, que también me va a importar una mierda que lo hagan.

Me pasa como a los discípulos de Epicuro, busco la felicidad, pero sé que eso es algo efímero y no pretendo basarla en la acumulación de propiedades, glorias, títulos o engordes de la cuenta corriente, sino en disfrutar, si es posible, de las cosas buenas que me llegan en cada momento, que son bien pocas, como el papeo que me pienso pegar de inmediato por hablar de una situación cercana. ¿Me explico? Las mujeres, por ejemplo, que en teoría son una de las grandes fuentes de placer. Nunca he tenido una propia y para mí solo. He sido plenamente consciente de eso, pues aunque mucha gente se cree que tiene a la suya sólo para él, la comparte sin enterarse, y luego vienen los tiros y las puñaladas, las depresiones, los llantos y el crujir de dientes. Las pocas mujeres que he tenido, si es que se puede hablar así, se han ido de la misma forma que vinieron. Ellas no me han sido fieles y yo tampoco. Ni siquiera nos lo hemos exigido, que yo sé bien que la pasión y el tiempo son realidades irreconciliables y aquélla por cuyos huesos suspirabas y que hacía

que con su sola presencia o incluso con su pensamiento, se detuviera tu respiración, basta que te haga un par de buenas pifiadas y engorde una arroba y media, para que acabes de ella hasta los cojones. Ojo, que esto no es machismo, que lo mismo vale para el hombre. El que era un Adonis, culto, educado, cariñoso y detallista, se torna de golpe en un gordo con papada, con un par de dientes deportillados, que ronca y eructa, que deja calcetines y calzoncillos por los rincones, que se va de copas con los amigotes y llega a casa con ardor de estómago, oliendo a Farias y a puta barata y pidiendo bicarbonato y aspirina para la resaca. Dígame usted a mí si alguien puede estar enamorado de un saco de basura semejante.

En definitiva, muchacho, que el amor es también una quimera y el amor eterno una gilipollez como la copa de un pino, como la felicidad, como la libertad, como la bondad y como la filantropía. Lo mismo que el amor y la benevolencia universal entre los hombres... Y ya me he hecho un lío y no sé ni por dónde me ando, ni a cuento de qué viene esta última filípica que te he soltado.

¿Estaba hablando de mujeres? ¡Ah! Sí, te estaba diciendo que no me fío de la misa ni la mitad. Bueno, ahora ya sí, que yo sólo soy objeto de la caridad de alguna gorda beata, de ésa que salen de las iglesias con las bufandas de armiño o con las estolas de zorro canadiense, y que llevan a cabo su buena obra del día para tranquilizar su conciencia, dando una limosna a un pobre. Cuando hacen eso, depende de lo que me ofrezcan, yo me dejo querer. Si me dan una moneda pequeña me pongo digno y digo: “¡Oiga, señora, me está usted ofendiendo. ¿Se cree que porque esté aquí sentado, intentando recuperar el resuello, soy un pobre que pide para sobrevivir? ¿Me toma usted por un indigente o por un vago de siete suelas?”. Y entonces la beata recula: “Oiga usted, perdone, en qué estaría yo pensando, ay Dios mío que manera de meter la pata, y qué cabeza la mía, mire usted que confundirlo con un pobre”... y otras gilipolleces por el estilo. Entonces yo me pongo digno, me estiro, saco pecho, y siempre cae una merienda en condiciones para desagraviarme de la gravísima ofensa a mi dignidad. Si, por el contrario, me cae algo en la gorra, a partir de una moneda de veinte duros, lo cual tampoco es muy frecuente, pongo cara de perro apaleado, de agradecimiento infinito y

le suelto unas cuantas letanías lastimeras, de éas que sueltan las gitanas cuando dicen la buenaventura: “El señor se lo pague y le dé una vida larga y llena de bendiciones, buena mujer, y que vea usted crecer a sus hijos y a los hijos de sus hijos con salud”, y etc., etc., etc., que ya sabes porque te lo dije ayer, si mal no recuerdo, que todos estamos prestos y bien dispuestos a escuchar aquello que nos agrada y nos regala el oído. ¿Por qué teuento yo todo esto, me cago en la mismísima leche?...

En ocasiones, mientras hablaba y hablaba, siendo un claro ejemplo de lo que más se reprocha a aquellos a los que la vejez les deja como único divertimento la posibilidad de recordar cuanto han vivido mientras se lo cuentan a otro, el abuelo saltaba de un tema a otro sin rigor, encadenaba ideas que yo procuraba retener para poder plasmarlas después sobre un papel. Las ideas eran suyas pues yo jamás las hubiese podido imaginar ni dar forma. Por ellas lo necesitaba, por mi falta de inventiva y de creatividad, por mi inutilidad natural, tan citada.

—Ya sé... ya. Teuento esto porque estábamos hablando de mujeres entre otras muchas cosas, y te he dicho que yo, a mis años, ya sólo puedo ser objeto para nada erótico, sólo objetivo de la caridad de alguna beata recalcitrante con afán de hacer su buena obra, cuando me tropieza, para ver si así se ahorra unos días de purgatorio y la llevan al cielo derecha cuando estire la pata. Las mujeres, por algo yo no entiendo a los maricones e incluso uno que conozco desde antiguo me llama homofóbico con frecuencia, siempre han sido mi debilidad. Una debilidad que nunca he podido ver colmada porque el ser indigente y el andar a salto de mata cuadra mal con disponer de una mujer de bandera, de éas que cortan la respiración y paran hasta el rumor del aire y el murmullo de las hojas de los árboles cuando pasan. Digo que han sido mi debilidad y digo bien cuando hablo en pasado, que yo hasta hace bien poco me meaba el pecho al levantarme y ahora me meo los pies, por no decir que me meo por las patas abajo. Y donde antes había un ciruelo como la pata de un perro envenenado, una herramienta como el cerrojo de un penal, hoy sólo queda una piltrafa que no da ni siquiera risa. Y lo que antes se levantaba sólo con el pensamiento, hoy no tira para arriba ni con una grúa de gran tonelaje. En consecuencia, ya he perdido, como dice el pedante ese de cara de sapo y

gafotas de culo de vaso y cuyo nombre no recuerdo, la urgencia del orgasmo. No es que la haya perdido, es que no guardo ni memoria de a qué sabe eso o cómo se come, valga el juego de palabras. Perdida la urgencia y la capacidad del orgasmo por mor de la biología, que ya sabemos lo esclava que es y lo inexorable que se comporta con todo ser vivo, me queda sólo el recurso a la buena mesa cuando me tropiezo con alguien como tú, dado que mis disponibilidades económicas también me niegan ese placer.

Ahora, a la vejez, decrepito como estoy y más acabado que las coplas de la Niña de los Peines, estoy mejor sin mujeres, más pacífico. Ya sabes que las peleas con mujeres de por medio, y por causa de ellas, son frecuentes cada día en todos los rincones del mundo. Mil y un crímenes, millones más que miles, han tenido lugar a lo largo de la historia de la humanidad por culpa de los líos de faldas. Eso es algo que a mí, ya no me va a pasar. Moriré, atropellado por un conductor borracho que no me ve cuando se salta un semáforo. Moriré, aplastado por un techo de escayola tras un terremoto. Moriré por una pulmonía, apaleado o quemado por los fascistas esos que se dedican a torturar indigentes como expresión de su incapacidad para razonar ni hacer nada productivo. O moriré de puro viejo, que algún día se tendrá que parar la máquina aunque no haya más causa que el mero agotamiento, pero ya tengo seguro que no la palmaré por culpa de las mujeres, como no sea que me pille en medio, y sin esperármelo, una refriega o una ensalada de tiros que las tenga a ellas por motivo.

Mientras lo escuchaba, con miedo a interrumpirlo y que no quisiese continuar después, me imaginaba sintiendo cuánto me describía y me costaba verme, imaginarme, en una de esas situaciones que tan asumidas él tenía y a las que yo temía: el paso del tiempo, la factura ineludible e innegociable de la edad.

—Mira tú, ayer mismo, antes de encontrarme contigo, fui testigo de una conversación que alguno de estos días acabará en las páginas de sucesos. Me senté en una terraza en esa plaza empedrada que hay aquí, en Alicante, donde están los tribunales y el ayuntamiento. El camarero me miró con desconfianza y cuando estaba pensando si me echaba o me dejaba estar allí sin pedir nada, hice como los chulos esos de las películas del oeste que ponen la pistola

encima de la mesa antes de pedirse el güisqui. Saqué un billete de diez euros, el único que tenía, y lo miré como preguntando: “¿pasa algo, tiene usted alguna duda sobre lo que debe preguntar?” Al momento, con cara de gilipollas atildado y sumiso, el mismo que estaba pensando decirme con malos modos: “¡Oiga, aquí no puede sentarse, que esto es para los clientes!” Se acercó untuoso y cordial y dijo con voz de flauta: “¿Qué va a tomar el señor?”

Estaba dando buena cuenta de un café con leche y un bollo relleno de cabello de ángel, que otro de mis defectos es ser goloso, y en esas llega una moto espectacular, una de esas brillantes, un armario de tres puertas con ruedas. Para junto a las mesas, apaga el motor y se baja una pareja bien pertrechada de cascós, gafas, guantes y chaquetas de cuero. El tío, cuando se sacó el casco y le vi el careto, tenía pinta de bestia, de macarra de gimnasio. Un menda con cuello de toro, la cara como picada de viruelas, con una camiseta, cuando se quitó la cazadora saltaba a la vista, como tres o cuatro tallas menos de las que necesitaba, y la cabeza sin una idea dentro, útil exclusivamente como soporte del casco que había dejado en la silla. La mujer era otra cosa, pero pegaban juntos como un travestí y una monja del cister. A mí, a estas alturas, me cuesta calcular la edad de la gente joven, todos me parecen chiquillos, y ellas, chiquillas. La mujer que iba con el imbécil de la moto debía de andar por los 37 ó 38 años. No sé, lo mismo tenía 35 ó 42, ya te digo que a mí me parecía una cría. ¡Qué preciosidad de criatura! Morena de larga melena rizada, ojos grandes entre verdes y azules, facciones angulosas, labios perfectos y risa contagiosa. Bueno, contagiosa hasta que comenzó a aparecer su mala leche.

¿Tú sabes lo que es un hombre invisible? Pues yo mismo. La gente, cuando está en una terraza o en un salón, o en un vagón de tren, o donde sea, al lado de un viejo como yo, actúa como si no hubiese nadie. Piensan que el que está allí, renqueante o silencioso, respirando con dificultad o simplemente guardando silencio, como está ya en las últimas, no se entera de nada. Por eso yo hablo de mi invisibilidad, una característica que muchas veces es una gran ventaja. Siempre es una gran ventaja ver y oír sin ser visto, con la gente comportándose como si estuviese sola.

El reconocer la ventaja que eso suponía, no ocultaba la crueldad a la que se veía expuesto a diario, no le avergonzaba compartir conmigo su condición de

ser humano de categoría baja, de mendigo al que no se quiere ver cuando se gira la mirada. Indagué en mi memoria intentando encontrar en mi mismo un comportamiento de ignorancia del otro como el que me describía —encontré centenares sin dificultad— mientras continuaba embelesado con sus palabras.

—Bueno a lo que vamos —volvió a centrarse en la historia de la pareja motera—, que empiezan los dos su conversación y, con las mismas y tras tres o cuatro arrumacos, empiezan a discutir. Mejor dicho, la mujer reprochaba y el cernícalo asentía y balbuceaba afirmaciones más o menos argumentadas, más bien menos porque su capacidad de discurso se adecuaba a la perfección con su aspecto cercano a “la mula del pitute”. Con libertad, como si estuvieran solos y no hubiese ni un alma más en la terraza ni en la plaza. Se fueron calentando y a los dos minutos ya se expresaban como si estuviesen en una isla desierta en medio del Pacífico. La mujer hablaba y no paraba, echaba pestes de su marido, que si era un cabrón, que si un hijo de puta, que si un psicópata, que no le hacía ningún caso, que su vida era una vejación y un sufrimiento constantes, que la utilizaba y que la maltrataba psicológicamente. Deduje de inmediato, tampoco hay que ser ningún genio, que el marido no era el maromo de la moto. Yo no me acababa de creer la cuestión de las vejaciones porque la muchacha tenía un aspecto envidiable: jaquetona pero no en plan caballo percherón ni tía desparramada, más bien tirando a junco flexible, grácil y con tipazo. No sé si me entiendes o si no hablamos en los mismos términos, ni tenemos un concepto parecido en materia de estética femenina.

Se la veía libre, dispuesta, suelta, bien vestida, bien pintada. En fin, que no tenía desperdicio la muchacha, ni pinta de perro apaleado ni de portero al que le han colocado ocho o diez goles, ni de músico o de actor al que le acaban de tirar tomates durante un concierto o una obra de teatro. No es que la pinta diga mucho, que todo el mundo se maquilla y tapa lo que puede sus vergüenzas y sus conflictos y sus traumas para no ir dándole cuartos al pregonero ni aireando las miserias y que disfruten con ellas los envidiosos. Que la niña estaba riquísima, como para mojar sopas, para decirlo con claridad.

Empiezo por el principio, que es por donde hay que comenzar si uno quiere seguir un orden y ser claro. Aterrizan en ese velador del que te hablo. Cuando se quitó el casco, aunque los trajes esos de cuero que llevan las gentes de las motos hacen bolsas y arrugas por todos los lados, y no son entallados como para marcar silueta, y hasta a las más macizas las hacen culibajas sin remedio, cuando la muchacha se quitó el casco y las gafas, cuando movió con energía la cabeza, como para airear el pelo y desperezarlo, me quedé sin respiración. Por poco me da un infarto allí mismo y rindo mi vida ante el Altísimo delante de aquella preciosidad. Ahora bien, si guapa era, más mala hostia tenía y más genio, por lo que luego pude escuchar.

Ya te lo he dicho antes. Piden una cerveza cada uno y empieza la fiesta. Ella habla mal de un tío que tenía todas las trazas de ser su marido, su pareja estable o su compañero sentimental como se dice ahora. O sea, ellos dos eran un apaño, un lío. Fijo, como que me tengo que morir. Pone verde a un panoli, del que sólo decía que era un egoísta, que era un psicópata y que la ignoraba. Desde luego, para ignorarla, ese tío, debe de ser ciego como un topo y tener el mismo tacto que una tortuga en el caparazón. Y le deja claro al maromo bruto que no estaba dispuesta a soportar a ese elemento ni un día más. Lo de soportarlo es un decir, una afirmación sólo de ella, porque habría que escuchar a la contraparte, que seguramente no sabe de la misa la mitad y desconoce que lleva una cornamenta más abundante que la del rebaño de renos de donde se nutre Papa Noel para tirar de los trineos y llevar regalos a los niños pijos del mundo entero.

El tipo que iba con ella, el que conducía la moto, era un individuo vulgar hasta dejarlo de sobra, no me cansaré de decirlo, aunque a lo mejor influye la envidia en mi percepción. Un tipejo con pinta de burro y con menos clase y menos argumentos que el talabartero de mi pueblo, que si lo sacabas de las jáquimas, las albardas, los serones y demás arreos de mulos, burros y otros animales de cuatro patas, no era capaz de hilar dos palabras seguidas. En fin, que el jumento del que se hacía acompañar aquella beldad, le daba la razón en todo, asentía a los improperios que ella soltaba acerca de su legítimo y sólo balbuceaba de higos a peras: "Así es la vida, qué le vamos a hacer". "Es lo que hay". "No hay más cáscaras" y otras justificaciones igualmente brillantes. Otras

veces, en el colmo de la capacidad de argumentación, añadía: “¿Es que yo puedo hacer algo, si estamos pillados por todos los sitios?” En fin, un trozo de carne con ojos, muchacho, la viva expresión de la inutilidad. Entonces ella, una de las veces que el cachas de gimnasio, el del cuello de toro, repetía la letanía de sobra sabida, le espetó: “Y tú eres un inútil. Porque si realmente me quisieras, harías lo posible y lo imposible por remediar esta situación”. Luego se volvió tierna y empezó a darle besos en el cuello y mordiscos en la oreja, en plan mimoso que te cagas. “Cariño, que yo lo que quiero es estar contigo, que no soporto meterme en la cama con ese cerdo y soportarlo, que es un baboso, que me da asco y sólo pensar que comparto mi vida con él me genera náuseas y me entran ganas de hacer una locura”.

No dejaba de tener su gracia escuchar al abuelo imitar las voces de los protagonistas de su historia, tuve que reprimir una carcajada en más de una ocasión para no despistarla y que saltara de ése a otro tema, cortando un episodio que me estaba intrigando y del que deseaba ver el final.

—¡Joder! Como te lo estoy contando. Era un improlijo detrás de otro. A la ternura y al meterle mano con fruición a aquel capullo, que estaba allí como desganado, como dejándose hacer, como si no fuera con él la cosa, le sucedía el rebote y la ira contra el cornudo ausente y los reproches contra el cachas al que acusaba literalmente de no tener cojones para resolver una situación que ella se empeñaba en considerar insopportable Todo eso, prácticamente, sin solución de continuidad. Yo, desde la invisibilidad de mi puesto, o sea, enterándome de todo desde un lugar privilegiado, cercano pero sin ser tenido en cuenta, empecé a hacer disquisiciones y a preguntarme sobre el entorno de aquella pareja. No sé por qué me recordaron a una película que vi hace muchos años en la que una rubia preciosa que estaba casada con un tipo mucho mayor que ella, conoce a un tío joven y planea matar al abuelo. No me hagas mucho caso porque no soy ningún genio contando películas, pero creo que era una película hecha sobre una novela negra americana cuyo autor no recuerdo y que se llamaba algo así como “La segunda vez que llama el cartero”.

Yo, en mi composición de lugar, me decía a mí mismo: “estos son un lío”. La muchacha tiene al cachas encoñado hasta los huesos y está del marido hasta

los mismísimos cojones. El marido, seguramente, será un calvorota gordo y fofo, unos de esos tipos que van siempre trajeados y con corbata, que están todo el día reunidos, en jornadas de trabajo y de contubernio, que tiene a la mujer arreglada, con su marmota, sus pringues, sus peluquerías, sus gimnasios y sus salones de belleza. Uno de esos tíos importantes que maneja viruta que te cagas, que le pone a la parienta un coche y un depósito lleno de gasolina, una tarjeta para que tire de ella lo que quiera y un vestuario con trajes y zapatos para aburrir. La tiene niquelada y abundante en recursos pecuniarios, pero en el fondo pasa más hambre que el perrillo de un afilador. No sé, es un dicho de mi pueblo, dicen que aquel perro del afilador, por comer algo caliente, se comía las chispas que saltaban de la piedra. Pasa hambre en el terreno afectivo, pasa hambre en la cama y pasa hasta hambre de conversación. Esas son terreno abonado, lo mismo ellos, para poner cuernos hasta cansarse porque el ser humano necesita compañía, sentirse colega, notar que tiene en quién apoyarse y a quien contarle sus cuitas y sus historias, que eso y no otra cosa es la sintonía y la compasión y la intimidad.

Esta tía, me imaginaba yo, es una mujer ansiosa, con ganas de marcha a todas horas, salvando las distancias si es que tienen que ser salvadas, es como el putón aquel al que llamaban María Martillo, que dicen de ella en mi pueblo que estaba en pelotas y aún quería remangarse. Esta tía es una máquina de follar, como diría Bukowsky y el calvo gordo la tiene a dieta y ella se lo quiere quitar de en medio como sea y, por mi madre, que está engatusando al cernícalo de los musculitos y lo va a terminar liando. Además de la película ésa del cartero y sus llamadas repetidas, aquella mujer me recordaba sin remedio a la Madame Bovary de Flaubert. ¿Has leído tú esa novela?

Yo sí que había leído la novela, lo que me sorprendía es que aquel abuelo la utilizase para hacer una comparación tan acertada como inesperada. Este Diego era una caja de sorpresas auténtica, capaz de la bestialidad más grande como la que terminaba de decir sobre la tal María Martillo, y de citar a los clásicos con la habilidad de un profesor de literatura.

—Ésa la leí yo en la cárcel de Burgos por primera vez. Allí, y en aquella época en todas las cárceles, estaba todo censurado hasta en lo más mínimo. La radio estaba prohibida y si había alguna, que alguna había, era de extranjis y

corriendo el riesgo de que te la pillaran, te dejarán sin ella, perdieras la pasta que te había costado conseguirla y te metieran una buena temporada en el chopano, en celdas de castigo, una especie de cárcel dentro de la cárcel.

Lo peor, no obstante, no era entrar en aquellas celdas, que ya era malo, lo peor era que si estabas castigado no podías fumar y además te cortaban la redención y perdías el destino que tuvieras.

Eso era una putada de tamaño familiar porque en los destinos era donde se podía pillar y disfrutar la poca vidilla que había en el trullo. Un destino siempre era una posibilidad de maniobra, un sitio en el que hacías y deshacías y en el que tenías algo que ofrecer o algo que intercambiar. Un destino, los había mejores y peores, te hacía ser alguien en aquel mundo miserable, triste y sombrío. No sé si me explico. Si tú eras el encargado del comedor, tenías capacidad de maniobra en el reparto de la comida y de las pintas de vino, y eso en la cárcel es poder. Si tenías el destino del “tigre”, por el hecho de tenerlos limpios y controlar la circulación en ellos y procurar evitar marrones en tu espacio, controlabas también “el burle”, los juegos de cartas o de dados o de chapas, y las apuestas consiguientes, y eso además de poder era dinero contante y sonante. Y el dinero, en la cárcel y en la calle, es capacidad de maniobra, de comprar voluntades, placeres y hasta trozos de cielo, conforme nos han enseñado los curas durante tantos años.

—Para el carro —le dije resolutivo—. No me empieces otra vez con el sermón anticlerical que de eso ya hemos tenido bastante y no hay que ponerse pesado con el mismo asunto. Sigue con el talego, que me interesa bastante más que los asuntos teológicos.

El abuelo sonrió ampliamente, una vez más, y retomó el tema, sumiso y disciplinado.

—La televisión llegó a finales de los 70 y se veía en plan rebaño, algún telediario, algún programa infantil que le costó el apodo de “Locomotoro” a un pobre subnormal que hacía de ordenanza y de chica para todo y para todo el mundo, y las películas del oeste más viejas que la camilla de la enfermería, que yo creo que era una reliquia de la guerra de Cuba por lo menos. Los periódicos entraban con varios días de retraso y entre el maestro y el cura les pegaban

unos tajos que los dejaban esquilmados y en los puros huesos. Cualquier parecido de aquel manojo de tiras de papel, recortadas mil veces y que se mantenían unidas de milagro, cualquier semejanza con un periódico decente que diese una mínima referencia de la realidad era pura coincidencia.

Tú intenta imaginarlo, aunque por tu edad no creo que te sea posible, que tienes cuarenta y pocos años y no te ha tocado vivir esos tiempos: la censura exterior ya mutilaba las noticias. Una cosa era lo que pasaba en la realidad y otra lo que te contaban que había sucedido. Todo se edulcoraba, todo se manipulaba, todo lo arreglaba el régimen a la medida de sus caprichos, de sus intereses y de lo que le pasaba por el forro de los cojones.

Agradecía y apreciaba su clase de historia mucho más de lo que él pudiese imaginar, que una cosa es la lectura y otra el privilegio de la narración de aquel que ha vivido. Los recuerdos y la sabiduría son una joya que no todos están dispuestos a compartir.

—Pues bien, a esos cortes que le pegaban los censores de la calle, había que añadir los que le metían el maestro y el cura. Ambos, como Torquemadas de pacotilla, tenían buen cuidado de que no trascendiera ninguna noticia escrita, ningún comentario o ninguna foto que pudieran hacer daño a nuestra reinserción. ¡Pero qué reinserción ni qué hostias! No sólo se trataba de recortar las fotos de tíos, que eran casi nulas porque había muy pocas, y eran más feas que Picio, y gordas y tapadas hasta el pescuezo. Pues las recortaba el hijoputa del cura con la excusa de que podíamos pecar de pensamiento y de obra, y hacernos pajas en el chabolo por las noches, si conseguíamos robar algún papel mugriento y arrugado de aquellos, y llevárnoslo hasta la piltra sin que el chivato de la biblioteca se diera cuenta. Lo mismo hacía el maestro, otro capullo fascista y analfabeto, el muy cabrón, pero de modales exquisitos, eso sí, que se empeñaba en cercenar cualquier cosa que nos pudiese recordar a la vida libre: una detención de un obrero que protestaba, un conato pequeño de huelga o de protesta, o un juicio contra un sindicalista, que aquellos sí que eran sindicalistas y luchadores. Estos de ahora, lo único que buscan es un sillón, un teléfono, un despacho con moqueta y liberarse para cobrar sin dar un palo al agua. Pues añádele a eso los recortes que pudiese llevar a cabo algún otro empleado, preocupado por nuestra formación moral y política, y

nuestro futuro como personas de orden integradas en el régimen fascistón, y tendrás clara la información de que disponíamos.

Se pasó una mano por la mejilla apartando una mosca inexistente y yo seguí su gesto con la mirada cuando se hizo el silencio durante unos segundos.

—Pues, como te estaba contando, el maestro, lo mismo que el cura, metía la mano en los periódicos y cortaba por aquí y por allí hasta que se cansaba. Lo hacía por nuestro bien, para que no nos asaltaran las malas ideas, ni los pensamientos impuros, ni se nos alborotara la imaginación con bobadas que no conducían a ninguna parte. ¡Nos ha jodido el protector! ¡Todos los cabrones que le tocan los cojones al prójimo de una o de otra manera, además de joderlo y bien jodido, se empeñan en darle la charla para convencerlo de que lo hacen en beneficio del pisoteado! ¿Tú no te has dado cuenta de que ésa es una constante a lo largo de la historia? Te apalean, te meten preso, te quitan las libertades, te comen el tarro con sermones sin cuento, te intentan convencer para que te mortifiques y te sometas a todo tipo de privaciones, y hasta te fusilan si llega el caso, y encima quieren que se te meta en la cabeza y estés profundamente convencido de que todas esas putadas son lo que necesitas para ser mejor, más humano y más feliz.

Nunca he entrado por ese aro de hacerle el juego a los que se han querido erigir en mis salvadores a la fuerza: “deme usted por el culo hasta que se canse, capullo, que usted tiene la fuerza y la guardia civil, la policía, el ejército y las pistolas, y puede hacerlo... Pero no espere que le dé las gracias ni que exprese el convencimiento más mínimo de que, mientras me jode, me está usted haciendo un favor”. ¡Joder, muchacho, otra vez se me ha ido la olla!

Levantó el tono de su voz para, inmediatamente después, volver a sosegarse.

—Si es que empiezo y no acabo y una cosa me va llevando a la otra y, al final, empiezo por Málaga y acabo siempre en Malagón, o empiezo en los cerros de Úbeda y acabo en Babia, o empiezo por las Villuercas, y termino sin darme cuenta más allá del hacho de Loja. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Estábamos hablando de la lectura en la cárcel y de la censura que allí había en aquella época oscura y de las pocas posibilidades de coger algo que de verdad fuese interesante. La radio no existía. Los periódicos entraban cortados y los libros

que había en la biblioteca eran pocos y mal seleccionados. Había, que todo hay que decirlo, dependiendo de si el director era muy fascista o no, o de si el jefe de servicios era un falangista de la División Azul o no, o si el boqueras de turno era más burro que un arado o no, había una cierta manga ancha con los políticos. A los que caían en la trena por política les tenían un cierto miramiento y entonces, a través de ellos, que se organizaban bastante bien en ese sentido, como en otros muchos, podías tener acceso a literatura o filosofía o ensayo de algún nivel.

A lo que vamos, que en la cárcel no podías soñar con pedirle al maestro *El Manifiesto Comunista*. Sólo con insinuarlo te metían sesenta días en celdas y ya te he dicho antes cómo jodía ese invento. No podías pretender encontrar allí *El Sentimiento Trágico de la Vida*, de Unamuno, que el pobre Don Miguel era considerado un peligrosísimo ateo, ni *El Árbol de la Ciencia* de Baroja, una obra maestra auténtica donde las haya. No se te podía ocurrir buscar *El Origen de las Especies*, de Darwin, ni *El Anticristo* de Niestzche, ni *El Extranjero* o *La Peste* de Camus, por darte unos cuantos ejemplos solamente a modo de ilustración somera. Pero sí encontrabas algunos clásicos, escasos pero algunos. Eso fue lo que me pasó a mí con la *Madame Bovary* de Flaubert. Y en verdad que fue un gran hallazgo y una fuente de disfrute. Y esa la encontré porque el cura, como ya te he dicho, era un analfabeto y no la conocía, que si hubiese sabido o intuido de qué trata la novela, la habría secuestrado. Tan seguro como que me llamo Diego.

El abuelo hizo una pausa, tomó aire y continuó tras un leve carraspeo.

—Pues, como te iba diciendo, que ahora he vuelto a coger el hilo, la niña, o la muchacha, o la mujer aquella que iba con el maromo bestiajo de la moto, aquellos que te he contado que olían a rollo camero y de jodienda que tiraban para atrás, me recordaba a mí a la Bovary flaubertiana.

Y tras un suspiro profundo, como entre nostálgico y resignado, como relamiéndose o enfadándose por el recuerdo de la chica de la que hablaba, prosiguió su monólogo.

—Esa mujer estaba bien servida de todo, con su casa, sus cosas, sus libertades y su vida organizada, y un marido gilipollas que no la atendía. Como

la Bovary, que estaba casada con un médico de pueblo pero estaba loca por ver mundo y conocer gentes nuevas todos los días y tener experiencias acordes con sus aspiraciones, una cabeza, dicen algunos, llena de pájaros, que no se amolda a la realidad y se empeña en hacerla distinta o en concebirse a sí misma de manera distinta a como de verdad es.

¿Eso es bueno o malo? No sabría qué decirte, porque el ser humano no puede encerrarse en una vida insulsa y gris. El ser humano tiene imaginación y tiene sueños, y se empeña en realizarlos. No obstante la vida y la realidad, te bajan los humos y te ponen en tu sitio, muchas veces de manera abrupta, a leñazos y a golpes, y cuando sueñas demasiado y te crees capaz de todo lo que imaginas, te llega una hostia que te hace poner los pies en el suelo cagando leches. La fantasía es buena, la imaginación te hace viajar sin moverte del sitio y es un arma fundamental para volar, por ejemplo, cuando estás privado de libertad, encerrado a la fuerza entre cuatro paredes miserables y grises. Pero como decía una santa española del renacimiento, creo que era Santa Teresa, la imaginación es la loca de la casa y te lleva a sacar los pies del tiesto y a volverte majareta como una piara de cabras, si no eres capaz de distinguir siempre entre la realidad real y lo que sólo existe y tiene entidad en tu jaula de grillos.

Ya verás una cosa que te voy a dar un día de estos, cuando te la merezcas, cuando te la ganes a fuerza de ágapes y convidás. Con ella, con eso que te daré, comprobarás hasta qué punto es peligroso salirse del contexto real en el que uno se encuentra y convencerse de que lo imaginado es tan de verdad como lo que tiene cuerpo y puede tocarse y disfrutarse y sufrirse. Aunque todo tiene sus pros y sus contras, y a lo mejor en lugar de peligroso, eso demuestra ser incluso necesario cuando la vida se harta de gastarte putadas y sólo tenemos el mecanismo de defensa del recurso a la ensoñación.

Mi mano apenas si podía seguir la velocidad de su exposición.

—En fin, que aquella mujer, y ya no me enrollo más...

Me costaba creer, y mucho, que no fuese a enollarse. Eso era, además, exactamente lo que yo quería que hiciera.

—Aquella mujer era una Emma Bovary del siglo XXI, que andaba a la búsqueda constante de experiencias fuertes, excitantes y nuevas, que tenía la vena erótica subida y que, como el marido la pesque en esos devaneos y en esos juegos y en esos mete y saca con el musculitos, vamos a tener noticias de ella y del maromo borrico, que mira que me cayó mal el hijo de puta, aunque seguro que es la envidia de media humanidad, en las páginas de los sucesos sangrientos. Ya verás cómo soy profeta. Y ahora sí que es verdad que me callo como si estuviera muerto y no abro más el pico hasta que no coma bien comido, que fíjate, que llegamos aquí hace, ya más de tres horas y se me ha pasado todo este rato en un suspiro y sólo con un par de cervezas. Ya sabes que, sin gasolina, no anda un coche y yo sin jalar no digo ni esta boca es mía, y mira tú que me gusta a mí pegarle a la sin hueso.

—Estate tranquilo, Diego, que hoy ya te has ganado el jornal, y la comida y la cama —respondí sacudiendo el brazo dolorido de tanto tomar notas de las peripecias y las reflexiones que me hacía mi abuelo—. Estate tranquilo tú y déjame descansar a mí que se me está quedando la mano tonta de lo poco habituada que la tengo a una marcha semejante. La experiencia, que es la madre de todas las ciencias, nos enseña que al que no está acostumbrado a bragas, las costuras le hacen llagas. Mi costumbre de escribir se extinguió hace casi tanto tiempo como los dinosaurios. No me pegaba una panzada de llenar papel a mano así desde que estudiaba en la universidad y de eso ni me acuerdo ya. Vamos a hacer un alto y vamos a comer porque tú lo has dicho bien: un coche no anda sin combustible y tú eres un diamante que me he tropezado porque el azar, al menos una vez ha decidido serme favorable. Para una vez que la suerte no me ha dado la espalda como hace casi siempre, no voy a dejarla escapar o a espantarla por abusón. Tengo que comportarme de manera exquisita para que no hagas mutis por el foro a la primera de cambio y me dejes compuesto y sin libro, que esto va a ser el éxito de mi vida como que me llamo Mario.

Vamos a darle una voz al camarero y que se deje caer por este rincón, que hoy voy a tirar la casa por la ventana, mejor dicho, la boticaria, que es la pagana de todo este invento, va a tirar la casa y los potingues de la botica por el balcón. Te vas a enterar de lo que vale un peine. Hoy no va a ir la cosa, como

ayer cuando nos encontramos, de embutidos, ni tocinos, ni magras, ni nada que tenga que ver con el cerdo. Aunque a mí, lo mismo que a ti, del marrano me gustan hasta los andares. Hoy vamos a ser un poco más finos, sin dejar por eso de ser contundentes.

Se le abrían los ojos y no disimulaba el entusiasmo que mis palabras le producían. Casi podía verlo con las glándulas desbocadas como si se tratase de unos de los perros de Pavlov.

—Para empezar vamos a pedir vino de esta tierra que a mí, que soy alicantino desde que me trajeron al mundo, me fastidia que se hable tanto de los vinos de Rioja, de los del Bierzo leonés, de los caldos de la Ribera del Duero o de los andaluces, que también están para quitar la respiración los de Jerez o los de Montilla. Todos esos son de primera, de pecado mortal, de categoría, como dicen los de Alcoy. Pero precisamente ahí, en los barrancos de esas montañas que vemos desde aquí si giramos media vuelta y evitamos los edificios que se levantan anárquicos a lo largo de la playa, en esos valles y en esas hondonadas de la comarca que se conoce como “el Comtat”, entre las ciudades de Alcoy y Cocentaina, se hacen unos vinos que no tienen nada que envidiarles a los que hemos dicho antes. Nos sólo no tienen nada que envidiarle sino que incluso los superan aunque no tengan tanto renombre. En esa zona montañosa, de altura media entre setecientos y mil metros y de lluvias también medianas, entre quinientos y seiscientos litros al año, hay un terreno ideal para cultivar buenas vides que tienen mucha menos prensa que las que hemos citado antes. Yo tengo un amigo que lleva unos años dedicado a eso, que empezó casi por afición y está levantando el tío una bodega con un par de cojones. Vamos a pedir en este sitio una botella de “Peña Cadiella”, que es uno de los que elabora mi amigo Juan Carlos, un tinto capaz de resucitar a un muerto aunque lleve varios días con la pata estirada como Lázaro el del Evangelio. Si vemos que con una botella no hay bastante, nos pedimos otra, que hoy estoy eufórico y el tute de escribir que me he pegado bien vale un buen refrigerio.

El discurso de mi abuelo había disparado el mío, no podía ocultar mi alegría ante los hechos y quería dejarle muy claro hasta qué punto estaba dispuesto a recompensar su locuacidad.

—Para ir abriendo boca, aunque ya veo que eso a ti no te hace falta, que tú la tienes bien abierta, antes de meternos con los arroces y otras exquisitezcas, vamos a probar ese manjar antiguo, esos salazones de pescado que se hacen en este sitio desde hace un par de miles de años por lo menos. Recordarás que, cuando veníamos, te dije que hay aquí cerca una ciudad romana y un yacimiento íbero en el que quedan vestigios de que allí se salaba pescado y se secaba al sol que era la única forma de conservarlo en un sitio caluroso y en el que aún no se había inventado el frigorífico. Pues eso, que se inventó ese método para hacer frente a la pura necesidad y a la hambruna y hoy, los salazones, se han convertido en comida de ricos y te pides una buena hueva de atún y, como te descuides, tienes que hipotecar la casa para pagarla.

Bueno, de todas formas y dado que he exagerado un poco en lo del precio, y que un día es un día, y que hay que celebrar nuestro encuentro y el libro que voy a sacar de ti, que me va a quitar de una puta vez y para siempre mi complejo de inútil y de mantenido, voy a pedir unos salaos que hace otro amigo mío que se llama Gonzalo, y esto sí que es “teta de novicia” o “bocatto di cardinale” que para el caso es lo mismo. En toda tu vida, Diego, no habrás probado tú otra exquisitez igual. —Aseguré sin temor a equivocarme a la vez que me relamía ante la degustación que se avecinaba, y veía relamerse también al abuelo.

Ésa es con toda seguridad una de las razones de mis muchos complejos: tengo mil amigos con los que me llevo de putísima madre y con los que me lo paso aún mejor. Todos han triunfado en su especialidad y en aquello a lo que se dedican como forma de vida. Juan Carlos con los vinos del Comtat, Gonzalo con los salazones Serrano, José Ramón con su empresa de muebles, Luis es directivo de los empresarios de calzado y Pepe es el amo de los Rebeca Sanver, unos zapatos que se pone hasta la Reina. Otro, Pepe, es un oftalmólogo capaz de ponerte un ojo de plástico y que veas con él, Roberto es un magnífico arquitecto y Juan es farmacéutico, pero no consorte como yo, sino dueño, empresario y fundador de una saga de farmacias, además de profesor de ciencias naturales y de física y química en un instituto de bachillerato. Yo, en cambio, sólo soy un gualtrapa, que pegué un braguetazo hace unos años y que vivo a costa de una boticaria, que el día menos pensado se cansa de mí, me

manda a tomar por donde amargan los pepinos y me encuentro con que tengo que pedirle una pensión compensatoria por haberme dejado tirado como una colilla y para no pasar hambre. ¿Entiendes que me agarre a tus historias como a un clavo ardiendo? ¿Entiendes que hayas sido para mí una tabla de salvación de la que me cuelgo desesperado para no morir ahogado?

Tengo la ilusión secreta de que ésta sea sólo el inicio y cuando logre escribirla, vengan luego otras dos o tres novelas rodadas que me saquen del anonimato y de la vulgaridad de parásito en que me muevo. A ver si esto de la escritura, finalmente, resulta como el comer y el rascar, que todo es empezar. Y a ver si consigo, a partir de ti, que se me suelte la imaginación y la vena creadora y dejo de ser un botarate que no vale ni para tacos de escopeta. ¡Me cago en mi madre!

—Vas bien por este camino, muy, pero que muy bien —dijo Diego con una sonrisa satisfecha, de oreja a oreja, que dejaba ver su dentadura escasa y mal distribuida—. Comprendo perfectamente tus anhelos, tu situación y tus ilusiones, pero todo eso no me parecen nada más que problemas de señoritos, gentes sin mayores preocupaciones que andáis obsesionados con la realización personal, con las apariencias, con la imagen exterior que otros tienen de vosotros, in tranquilos con el qué dirán y con otros cientos o miles de convencionalismos que os tienen pillados por los cojones y os hacen vivir permanentemente en el callejón angustioso que os acaba jodiendo la existencia.

¿Sabes qué es lo único importante? Sobrevivir, vivir el día a día, aprovechar el momento, porque al final todos terminamos en el mismo sitio y, en unos años, no queda de nosotros ni el recuerdo. Yo vivo al día y en precario. No ahora, que tengo más años que un palmar y no me queda otro remedio porque cuando quiera acordar me pega un arrechicho y me quedo en el sitio. Yo he vivido al día siempre. Posiblemente siempre forzado por las circunstancias que ya he comenzado a contarte. Nunca he podido hacer otros planes de futuro que no fuesen los de intentar sobrevivir en cada instante. La verdad es que no se puede decir de mí que haya sido un prohombre en ningún aspecto. La humanidad, por mi causa, no ha hecho ningún progreso porque mi creatividad, mi capacidad de industria y de invención, de mejorar el entorno y de hacer

algo provechoso en definitiva, creo que ha sido nula. He correspondido perfectamente, y en justa compensación, al puteo continuo al que me han sometido y a las oportunidades que me han brindado que han sido cero. He sido, por decirlo en pocas palabras, un desastre potenciado constantemente por las circunstancias que también han sido desastrosas para mí, de modo que estamos empatados. Si un día tenía comida, comía. Si otro día tocaba pasar hambre, la pasaba hasta que encontraba la manera de quitármela de en medio, pero nunca he podido planificar, ni ahorrar, ni pensar en mis propiedades ni en el futuro con ellas, o en los negocios que podía hacer vendiéndolas porque nunca he tenido nada. Siempre he sido un nómada en el más pleno sentido del término, un nómada que sólo ha tenido lo puesto y, esa ligereza de equipaje, me ha ayudado a subsistir porque siempre que había que mudarse de sitio, tardaba poco tiempo, por no decir ninguno, en cargar con todas mis pertenencias.

Por raro que pudiera parecer, no había en las palabras de Diego, ningún rencor, ningún reproche, ninguna exigencia de cuentas a nadie por una existencia que, según todos los indicios, había sido una sucesión de penalidades y de fatigas.

—Te digo que vas bien por ese camino, no porque yo quiera meterme ahora a ser tu mánager ni tu director espiritual, que no he sido capaz de dirigirme a mí mismo y no soy quien para orientar a nadie. Digo que vas bien por ese camino, en el mismo sentido egoísta en el que he hablado desde que te conocí. Yo puedo contarte mis historias, las mil y una peripecias que me han acontecido en esta vida perruna que he llevado a la fuerza. De hecho, te las estoy contando. Tú las pones por escrito y si con eso te va bien, yo me alegro, que no te voy a ir a buscar para pedirte comisión ni derechos de autor. Me conformo con meterme entre pecho y espalda todo esto que tengo aquí delante, que huele a gloria bendita y que me está animando una vejez que ya, y hasta que entré contigo ayer en la taberna aquella de los chorizos y los lomos, me estaba pareciendo demasiado penosa como para llamarse humana. Vamos a dejarnos de conversación y vamos a limar, que eso sí que es importante y no las historias y las calamidades que yo pueda contarte. Venga, ponme ya el primer golpe de ese vino del Comtat o como se llame, que vamos

a ver inmediatamente si ese amigo tuyo tiene porvenir como enólogo o como viticultor o como vinatero o como leches se diga.

Y dicho esto, guardó silencio y se dedicó a saborear cada entrante, cada pincho, cada sorbo de vino, cada prueba de arroz... Comía con fruición, entusiasmado pero sin glotonería, degustaba cada bocado como si fuese el último y el único que iba a comer, miraba al mar, a la gente, no tenía ninguna preocupación en su horizonte. Vivía intensa y extensamente el momento, aquel momento. No sé porqué me recorrió el cuerpo una extraña sensación de envidia ante aquella vida, vivida en completa libertad a pesar de haber visitado tantas veces tantas cárceles.

Con tanta conversación y tantos apuntes y tanta escritura, nos habían dado las tantas. La degustación y las exquisiteces nos llevaron más de hora y media y como habíamos empezado tarde, ya comenzaba a estar el sol caído. Sólo quedaban los últimos rezagados en la playa, esos que apuran la arena y el sol queriéndolos todos enteros para sí, como si alguien fuese a quitárselos o como si al día siguiente no fuesen a estar en el mismo sitio.

Hubo cafés luego, que Diego no quería privarse de nada y su teoría, que llevaba a la práctica a rajatabla, era que ya había pasado suficientes privaciones como para moderarse ahora que tenía oportunidad de saciar sus hambres antiguas. Hubo copas de pacharán casero, y hasta pidió un puro Montecristo, un habano como los que se fuman los capitalistas en los toros. Lo pidió y comenzó a saborearlo con cierto aire de culpabilidad, como implorando perdón por estar aprovechándose. Luego, entre las volutas del puro cubano, soltó con voz solemne, autoritaria, y sin admitir réplica.

—Ahora nos volvemos hasta tu garaje, encierras esta joya de cuatro ruedas y me dejas, que quiero darme una vuelta por Alicante. Quiero pasear despacio y ver a la gente cómo corre de un lado para otro lo mismo que si fuera a apagar un incendio. Quiero disfrutar de esa mezcla de bullicio y tranquilidad que es toda ciudad y también ésta. Quiero andar sin arrastrar la bolsa que tengo en la pensión a buen recaudo, quiero respirar el aire entre las palmeras y ver las luces de los barcos en el puerto. A mí me parece una horterada ese montaje de modernidades que han organizado allí, que alrededor de los barcos, hay

bares y tiendas, restaurantes, cines, discotecas... Me parece una horterada porque me gustaría más un sitio idílico, pacífico y silencioso, con los barcos de pesca entrando al atardecer semihundidos por el peso de las capturas, con los pescadores remendando redes, sentados en el suelo y con los pantalones remangados como en los cuadros de Sorolla, si es que es Sorolla el que pinta eso, que yo de pintura no tengo ni idea. Me gustaría un sitio con los grandes barcos de pasajeros saliendo y la gente apoyada en las barandillas, como en las películas, despidiéndose de quienes agitan sus brazos y sus pañuelos en el muelle, pensando que tal vez no verán más a aquellos que se marchan. Eso sería lo bonito, una postal clásica de un puerto de mar bullicioso y ajetreado al modo antiguo. Pero también me gusta lo hortera porque todo tiene su cosa, como dicen en mi pueblo, y no todo va a ser clasicismo, estilo y finura. ¡Viva lo hortera! que también es síntoma de vida y de creatividad, sobre todo para el que se habrá forrado construyendo ese mastodonte y alquilando o vendiendo los locales en los que ahora se negocia.

A veces me costaba trabajo saber, si este abuelo tan sarcástico, tan lleno de ironía y tan corrosivo, hablaba en broma o en serio. De pronto estaba todo formal, hablando de su paseo entre el bullicio y de respirar la libertad del aire entre las palmeras, de pronto pegaba un giro de ciento ochenta grados y saltaba con la idea de que lo hortera es vida y que los horteras son creativos a los que hay que valorar y, cuando ya pensaba que se la había ido la cabeza en esas reflexiones sobre la horterez, cambiaba otra vez radicalmente para criticar y alabar al creativo real que no es sino aquel que ha imaginado el invento y se ha forrado con el proyecto inmobiliario. Decididamente este abuelo es un genio, un atravesado con mucha mala leche, que no tiene un pelo de loco, ni de tonto.

—Te digo —continuó— que me dejes solo y así descansas de mí y viceversa. Hoy ya me he puesto las botas y tú has escrito bastante. Esta noche, a lo mejor, no ceno, una de las pocas veces en mi vida que lo voy a hacer por decisión propia y no por imposición de la fatalidad. Si me apetece, antes de empiltrarme, entraré al bar en el que nos hemos visto esta mañana y me tomaré un vaso de Cola Cao, como si fuera un bebé. No te preocupes, que si veo por allí a la colombiana ésa que tanto te ha impresionado, le diré que tú

eres un filón y que no te pierda de vista. Así, cuando termines con mi historia, te la coges a ella y, donde había un inútil, nacerá un Cervantes o un Baroja, o un Delibes o un Faulkner, o un Jorge Amado o un García Márquez.

—Menos pitorreo —dije simulando con un enfado que no era tal. El abuelo me llamaba inútil con un deje cariñoso, con un tono de complicidad y porque yo mismo me lo había llamado continuamente.

—Tienes razón, descansamos uno del otro y además yo voy a ver a mi santa esposa, que tengo los deberes conyugales más abandonados que el cardenal Marzinkus y los del Opus Dei, el voto de pobreza. Me diste ayer un buen consejo y hoy, aunque implícitamente, lo has repetido: tengo que cuidar el chollo que me ha tocado en suerte, mimarlo y hasta guardarlo en una caja fuerte. A ver si con estos proyectos literarios en los que me ocupo, salgo de la inopia y de la ineptitud, y me coloco en una posición de fuerza o, por lo menos, en una posición en la que no sea sólo un mendigo, como ahora prácticamente y aunque no lo parezca, soy. De todas formas, prométeme que si te levantas temprano, que los viejos sois de poco dormir, me esperarás en el mismo bar hasta que yo llegue. No te muevas. Júralo hasta por tus ancestros, que no quiero pasar otra noche como la de ayer porque si continúo con ese nivel de insomnio no voy a poder juntar ni dos miserables letras. Me torro antes con toda seguridad.

—Prometido, hombre —contestó jocoso—, duerme tranquilo que no pienso fugarme. Si mañana cuando llegues al bar de marras no estoy ahí y no estoy en la pensión, ya te puedes ir al depósito de cadáveres porque habré palmao. Si eso es así, le pides al tío de la fonda mi bolsa y coges un par de cosas que hay en ella y que quiero regalarte como pago por estos banquetes.

—Ni se te ocurra morirte —dije siguiéndole el rollo risueño—, por lo menos hasta que no dejemos esto cuadrado. Aunque morirte... por ahora....no creo, que aún te queda a ti cuerda para rato.

VII

MÁS PERIPECIAS DEL METRALLA EN LA FONDA

La noche volvió a ser intranquila, movida, diría yo. No estuve preocupado por Diego, al que ya creía tener controlado y a buen recaudo en esa pensión céntrica aunque desastrosa, en donde se encontraba a sus anchas. Si el abuelo desaparecía de la hospedería, no tenía ningún sitio donde buscarlo. Sólo sabía su nombre, el lugar de su nacimiento y que su vida había estado llena de caminos, de bandazos de un sitio a otro, de sobresaltos de todos los calibres, y de no parar quieto salvo en los períodos carcelarios, que eran una detención forzada en su perenne vida de nómada. De todas maneras, para ser sincero, había escogido comportarme en este asunto como los epicúreos y adoptar la misma postura que ellos ante los problemas. Los problemas no existen, según afirmaban. Ante un problema caben dos posibilidades: que tenga solución o que no la tenga. Si la tiene, se arregla y el problema desaparece. Si no la tiene, es tontería preocuparse porque por muchas vueltas que le demos, no lo podremos solucionar y seguirá existiendo. ¿Para qué calentarse la cabeza ante algo que no podemos modificar?

Éste era el caso. Del abuelo sólo conocía esos pocos datos y era tontería pretender ficharlo, domiciliarlo, coger sus números de teléfono, o todos los datos que se le cogen a un ser vulgar para tenerlo controlado. De modo que era perder el tiempo andar con preocupaciones sobre si lo encontraría al día siguiente en el sitio en que habíamos quedado, o habría desaparecido del mapa. No podía traerme al abuelo a casa salvo que quisiera tenerla parda con mi costilla —y con razón por su parte, lo reconozco— que no es ni medianamente normal desaparecer del lecho conyugal antes de que amanezca, estar todo el día perdido charlando con un viejo que ella no conoce y del que digo que me está contando su vida para escribirla, y aparecer por la

noche pretendiendo que esté —de mi costilla, de la boticaria que ya hemos citado varias veces, hablo— cariñosa, comprensiva, obsequiosa, sensual y hecha un brazo de mar conmigo.

La noche anterior, la tuvimos buena, una bronca de tres pares aunque al final no llegara la sangre al río. Ella tuvo que soportar un día malo en la farmacia, con trabajo, con follón de recetas, de representantes y laboratorios, de clientes y de empleados. Posiblemente, porque aún le dura algo el enamoramiento —aunque yo no entienda por qué, ni de qué— esperaba que yo apareciera por allí a echar una mano, o a preguntar qué tal iba todo, o simplemente a dar ánimo y a invitarla a un café, o a pasarle la mano por el lomo y darle un beso al aire y como de compromiso. Pero no pasé, ni me acordé de su existencia en todo el día, entusiasmado como estaba tomando apuntes de las peripecias de mi abuelo. Yo sé que no piensa, ni se le ocurre, que yo pueda estar teniendo una aventura de otro tipo, de carácter sexual por ejemplo, un lío de cuernos como el de la chica de la moto que vio mi abuelo. No se le pasa por la cabeza tal posibilidad porque, en el fondo, es consciente de mi inutilidad, de mi ausencia total de cualquier atractivo y de mi “ser parásito”. Esto es lo que va a cambiar radicalmente cuando vea la luz lo que ahora escribo. O, al menos, eso espero. Así me gustaría que fuera para darle en los morros a más de cuatro.

La noche anterior, la tuvimos parda, que ya lo he anunciado un par de veces y aún no he empezado a contarla. Parece que se me va también el santo al cielo. A lo peor me he contagiado del abuelo. Al final va a ser verdad que todo se pega menos la hermosura.

Llegué a casa y ella —¿he dicho el nombre de ella en algún otro sitio de este escrito?—, mi mujer, estaba recostada en un sofá, medio tapada con una manta pequeña como esas que reparten en los aviones y nadie devuelve. Estaba viendo un programa de televisión, uno de esos sin ninguna trascendencia que se dedican a sacar chismes y trapos sucios de peluquerías que se casan con negros, aspirantes a modelos que se acuestan con promotores de espectáculos o verduleras que pretenden tener una aventura con un futbolista o un torero. Puro mercantilismo, un modo de quasi prostitución, que todos esos acuestes y revolcones sólo se llevan a cabo para,

después, ir haciendo caja y rentabilizando los eventos. Se cuentan los polvos, los rollos y las cornamentas en una y en otra revista, en todos los mentideros en los que se ventilan los líos y las miserias de quienes quieren estar en candelera y vivir de ello. Así se alimenta el morbo de la plebe, que aún sigue vigente con pequeñas variaciones aquello del “pan y circo” que ya funcionaba con los romanos. Llego a casa, volviendo al tema que me ocupa. Tras un buenas noches monótono, le doy un beso en la frente rutinario y casto, ayuno del mínimo toque sensual o afán libidinoso que ya saben el refrán: te casarás y tendrás mujer y le tocarás el culo y, a los quince días, como que tocas el tuyo.

Ni a ese beso fraternal, ni al saludo anterior protocolario, obtuve respuesta. Tenía la cara larga y seria, una cara perfecta para dar un pésame.

—¿Estás enfadada, te pasa algo? —pregunté intentando usar un tono de voz entre melifluo y pelota, sumiso, como viendo venir el chaparrón e intentando inútilmente evitarlo—. No estoy enfadada y no me pasa absolutamente nada —dijo recalcando, una por una, todas las sílabas de absolutamente nada—. Al menos nada que tú no sepas desde hace mucho tiempo —continuó con la sequedad y la contundencia de un cabo de cuartel—. Me pasa que estoy cansada, no de ti, al que ya conocía, al que quería y al que, pese a todo, sigo queriendo aunque ese querer sea una llama que cada día se apaga un poco, como todo lo que no se alimenta. Me pasa que estoy harta de verte por aquí como si estuvieses de “pensión completa”. Entras, sales, comes, duermes, pones ropa a lavar en el cesto de la ropa sucia y la recoges perfectamente limpia, planchada y perfumada del armario. Estoy harta de que esta casa sea para ti una fonda cómoda y barata en donde tienes derecho a todo y no aportas nada.

Entonces me puse digno, aunque no supiera ni de qué rincón oculto podía sacar mi dignidad, ni dónde la tenía, si es que aún me quedaba algo de ese elemento desconocido.

—¿Ya estás hablando del dinero? ¿Ya estamos pasando la factura de niña rica e industriosa, trabajadora y abnegada que mantiene a un marido, tan chulo, tan pedante y prepotente como inútil?

—No estoy hablando de dinero —respondió con sequedad—, estoy hablando de otra cosa. Estoy hablando de hogar, de familia, de complicidad, de conexión afectiva, de proyecto en común y de saber que una persona está a tu lado aunque no esté, que siente contigo aunque no la tengas permanentemente encima, de una pareja con la que puedes contar... incluso estoy hablando de vida sexual, de todas esas sensaciones que hace mucho tiempo que no tengo contigo. No es dinero de lo que yo hablo, sino de algo mucho más caro que el dinero, precisamente, no puede comprar.

Por un momento sentí pena por ella, en lugar de sentir vergüenza de mí mismo o inquietud por mi futuro sin su sustento económico, que habría sido un sentimiento más coherente y más lógico. Eché mano de mis habilidades camaleónicas y me puse tierno, como si no pasara nada, como si no fueran conmigo o con mi conducta, su reprimenda y sus reclamaciones.

—Cariño —dije con voz dulce y más falsa que las figuras egipcias de Terra Mítica—, si tú sabes que te quiero, y que te voy a hacer famosa tan pronto publique lo que estoy escribiendo, que esto va a ser un pelotazo que nos va a sacar de la vulgaridad y del anonimato de una vez por todas, y toda esa panda de cacatúas que tienes como amigas se van a morir de la envidia y se van a tragar sus chismes y sus risitas, y esos comentarios de lenguas viperinas, hechos bajo capa de un aprecio y una preocupación por ti, que no sienten. “¡Cariño! —te dicen como intentando ayudarte, pretendiendo organizarte la vida cuando ya se podían organizar la suya propia— lo que tienes que hacer es ponerte en tu sitio y dejar ya de aguantar a un vago, que se pasa el día de tertulias, de paseo, dando bandazos y sin hacer nada productivo”. Se van a tragar sus consejos vulgares: “¡Que se ponga a trabajar en la farmacia y, por lo menos, te ahorraras un mancebo!”. Cuando publiquemos, y mira que hablo en plural porque sin ti no podría hacerlo, les van a echar humo las orejas de la rabia y van a tener que ir corriendo como lo que son, unas meapilas, a confesarse del nefando pecado de la envidia, si es que por un momento son capaces de reconocer lo que verdaderamente sienten.

Mientras le decía estas cosas, haciéndole a la vez algún que otro arrumaco en el oído, notaba cómo empezaba a sonreír. Estaba salvado, una vez más, me dije a mí mismo.

En el colmo de la euforia y del gasto, de la reconciliación y la paz familiar, tirando la casa por la ventana y haciendo un esfuerzo de cíclope, anoche, incluso hicimos el amor, que es como los afrancesados llaman al uso canónico del matrimonio entre cónyuges. Menos mal que los pensamientos no pueden leerse, menos mal que aún queda un cierto ámbito de privacidad y uno puede fingir si está más o menos dotado para el teatro. Cuando me esforzaba en permanecer dispuesto para entrar en ella sin venirme abajo, cuando llegaba en lo que tenía que ser, en teoría, una explosión de placer y una fusión íntima e intensa con ella, estaba pensando en otra cosa, lejos de allí aunque no sé el sitio, imaginando cómo sería la chica de la moto de que me había hablado el abuelo. Si será desastre...

Tras la bronca, los reproches, la reconciliación y el ejercicio conyugal trabajoso y rutinario, dormí como un bebé. Creo que ronqué como un cosaco, como si fuera el barítono solista de los coros del ejército ruso. La noche pasó rápida, todo lo rápida que pasa la vida cuando dormimos a pierna suelta, y a las seis de la mañana ya estaba otra vez de punta, acelerado pensando qué será de mi abuelo.

Me levanté sin hacer ruido pero es tarea imposible salir de la cama sin que ella lo note. Mi mujer no tendría precio como cancerbero o como guardián o vigilante jurado de cualquier sitio. Si ella se pone, entre el oído y el olfato, no se le pasa ni una. Es imposible burlarla.

Cuando intentaba deslizarme hasta las pantuflas —¡qué frío estaba el suelo!— reptando como los indios de las películas del oeste, aguantando la respiración y casi meándome en el suelo —¡creo que ya empieza la próstata a dar señales de vida!—, escuché su voz soñolienta y a la vez enérgica: “¿Ya empiezas? ¿Esos son tus propósitos de la enmienda? ¿Adónde vas enredando a estas horas? Es que no tienes arreglo, ni sabes lo que es la consideración, ni has conocido la vergüenza. ¡Ya estás otra vez con tus líos! ¡Egoísta, que eres un egoísta que sólo tienes ojos e interés para tus cosas, que no son sino caprichos y tonterías!”.

Antes de que siguiese con la misma retahíla de siempre, di marcha atrás en mi intento fallido de salir del tálamo. La abracé haciendo teatro, simulando

una convicción y una pasión del todo inexistente, y le susurré al oído, mezclando las frases con algún pequeño mordisco y algún beso mucho más falso que los de Judas: “Cariño, que tengo que ver al abuelo para que me siga dictando, que esto va a ser un novelón más grande que *La Regenta* y *Cien Años de Soledad* juntos, más que la *Crónica de una Muerte anunciada* y que *Los Pilares de la Tierra*, que te voy a hacer la mujer más famosa y vas a ser la envidia de todas la boticarias que en el mundo han sido. Y ya puedes ir empezando a pensar qué vestido te pones para asistir a la gala del Nobel, o del Premio Nacional de Literatura, o de los dos juntos, que ya verás cómo voy a compensarte y al final te vas a alegrar de haberte casado conmigo y hasta te vas a convencer, y se van a convencer la pandilla de cacatúas con las que te reúnes de vez en cuando, de que no soy tan inútil ni tan parásito como parezco”.

Los arrumacos surtieron efecto de inmediato. La verdad es que esta mujer se conforma con poco, y a poco que la atiendas, lo agradece de sobra y te devuelve la dedicación con creces: “Anda, que tienes más cuenta que un congreso de psico-analistas argentinos”, dijo sonriente y del todo reconciliada, incluso me intentaba retener metiéndome mano, en el más pleno sentido de la palabra, cuando reinicié mis maniobras de marcha atrás, reculando para salir de la cama.

Cuando conseguí, por fin, alcanzar el baño y antes de iniciar unas abluciones apresuradas para ir en busca del vejete, me sorprendí una vez más —en mi más puro estilo rastrero— pensando: “¡Joder! Fíjate si se ha puesto tonta, si me descuido le tengo que echar otro polvo y... cualquiera diría que está uno para hacer esos gastos”.

Decididamente soy un desastre, aunque desastre no sé si es la palabra adecuada.

Salí de casa como una exhalación y me encaminé, como la mañana anterior, hasta el mismo bar, hasta aquella Torre de Babel con humo de fritanga y olor a tostadas y a churros. Albergaba la esperanza nada secreta —aunque no tuviera a quien comentársela— de encontrar de nuevo a la chica colombiana, la prostituta a la fuerza, con un crío en brazos, que se había revelado una mujer

ilustrada y una fina analista política. La verdad es que tan pronto está uno tirado como una colilla y yermo como un desierto, como se le amontonan los asuntos y le surgen como hongos los temas estupendos para novelar.

No hubo suerte. El bar estaba, como el último día, atascado de gentes de todos los tipos, de las más variadas pintas y pelajes. La Torre de Babel al lado de este batiburrillo debía de ser un noviciado carmelita tranquilo, uniforme y silencioso. Había chinos —o lo parecían porque yo nunca he distinguido a los chinos de los japoneses ni de los coreanos— negros esmirriados como correderos keniatas de maratón, y hercúleos como boxeadores norteamericanos aspirantes al mundial de los pesos pesados. Había moros con chilaba y moros vestidos a la europea, indios de la India e indios de Sudamérica, rusos con aspecto de asiáticos y europeos rubios y cuadrados con aspecto de rusos. Aquello sí que era una confusión de lenguas y no la que tuvo lugar en el mítico relato bíblico.

Me las vi y me las deseé para pillar un sitio, tuve que driblar mesas, sillas, bolsas, tres carritos de niño con el niño dentro, dos tenderetes de gafas y uno con películas y músicas piratas. Allí no había oferta de esa mercancía ni de ninguna que no fuesen los cafés con leche, los churros y las tostadas con aceite o mantequilla. Todos los que andaban con tenderetes y bultos para la venta ambulante, no ejercían allí porque entre gitanos no cabe la buenaventura. Un cura no se pone a predicarle a otro salvo que quiera perder el tiempo, un curandero no pretende hacer a otro objeto de sus ensalmos y conjuros, y un tío que vende música o cine pirateado, no se lo ofrece a otro que lo compra al por mayor igual que él y que utiliza esa venta apócrifa como medio de vida. Allí estaban todos a lo mismo, a esperar la apertura de esa oficina siniestra en la que se decide sobre la vida y la muerte del inmigrante ilegal, en donde se juega con el futuro del ser humano, decidiendo si tiene o no derecho a papeles, si reúne los requisitos para seguir viviendo integrado en el sistema social al que aspira, o se tiene que malmorir en un rincón, después de haber estado a punto de morir en una patera, porque la Administración ha decidido que no existe.

No hubo suerte. La mujer colombiana había debido de arreglar su situación y no aparecía. A saber en qué garito habría recalado. Debí pedirle el móvil, que

ella me lo ofreció, para intentar conocer su historia e intentar ponerla sobre el papel. Remediaría así mi ayuno total de musas, que me huyen como los vampiros a los crucifijos, y el secano de mi imaginación, baldía y estéril como el vientre de mi tía, la que es monja de clausura.

En estas reflexiones andaba, cuando vi entrar, abriéndose paso entre la marabunta, al abuelo que sonreía desdentado —imposible sonreír de otra manera con aquella boca como tendedero de calcetines—. Se vino hasta mí haciendo aspavientos y como si tuviera urgencia por contarme mil cosas.

—No vuelvo a dormir en ese sitio infame —soltó antes de hacer ademán de sentarse—, si es que a lo que yo he hecho esta noche en esa fonda se le puede llamar dormir. Si hoy me duermo en el primer sillón en el que me acomode, no me culpes de nada, que he pasado la noche velando armas como D. Quijote cuando iba a ser armado caballero. ¡Me cago... en todo lo que se menea!

Soltó un grito cuando menos lo esperaba, que hizo que medio bar se volviera en silencio y mirando por si se armaba una gresca en condiciones. No llegó la sangre al río y cada uno, tras el vocinazo del abuelo, volvió a lo suyo como si nada.

—Vamos a ir por partes —concluyó Diego—, que no me quiero amontonar.

Era más que evidente su cabreo, aunque su rebote contra el mundo empezaba a parecerme una actitud completamente normal. Pero no siguió por el camino que había iniciado, recompuso su gesto y tras soltar un suspiro con el que debió de irse parte de su rabia, continuó hablando.

—Yo me creía que mi vida había sido una aventura continua. Pensaba que dormir al raso era dormir con un ojo abierto y otro cerrado, siempre pendiente de cualquier contingencia para defenderte o para salir pitando, o para evitar un leñazo o para darlo antes de que te lo dieran, o para salir por piernas hacia lo desconocido antes de que te enganchara la pasma y dieras con tus huesos en el calabozo maloliente y desconchado, oscuro y cutre de cualquier cuartelillo de tercera. En dos noches en ese sitio en el que me has acomodado, he tenido más peripecias que el Lazarillo de Tormes en toda su existencia. Lo de ayer ya lo sabes: la policía, dos tíos en comisaría, unas putas que montaron

la bronca porque un maromo quería follar de balde... En fin, para qué vamos a seguir si ya estás de sobra enterado.

Esta noche no ha sido mejor que la de ayer, no te creas. No ha venido la pasma, pero no ha sido por falta de ganas que hasta yo mismo, un marginal, un descarriado, un antisistema, he estado a punto de llamarla para ver si ponían un poco de orden y podía pegar ojo y planchar la oreja con una cierta tranquilidad. Fíjate en qué ha quedado mi anarquismo y mi lucha contra la asquerosa burguesía, en que a la primera de cambio me acomodo y quiero que vengan los maderos a garantizar mi confort y mi descanso. Así somos todos: mucha revolución y mucho altruismo y mucha generosidad, pero en cuanto que nos pisan un poco el callo, nos volvemos más agresivos que la madre que nos parió y todas las buenas intenciones son agua de borrajas y caen en el olvido.

Era habitual en él adornar un discurso teórico, propio de un profesor de sociología, con todo tipo de expresiones coloquiales, alternando reflexiones profundas sobre lo divino y lo humano con distintos improperios y palabras consideradas malsonantes por cualquier lingüista. Mi abuelo era un hombre versado en letras pero curtido en la calle y eso se notaba a la perfección en su uso casi cervantino del idioma.

—Bueno, a lo que voy —los minutos iban dándole el sosiego necesario para darme, noten cómo sigo igual de generoso, lo que había venido a buscar—. Llego anoche a la pensión bien harto de comer y bien cansado, que es el estado ideal para dormir como un tronco. ¿Tú has visto todos esos tipos que tienen insomnio, que no descansan adecuadamente y que tienen que andar con potingues y pastillas para no pasar la noche como búhos vigilantes? Pues a esos, lo que les hace falta es cansancio, currar, deslomarse cavando. Si hicieran eso en vez de estar todo el día intentando joder la marrana sin que los jodian a ellos, verías cómo dormían como angelitos.

En fin, que me voy otra vez por los cerros de Úbeda, que me meto en la cama, como te decía, y me regodeo pensando: “¿Se puede ser más feliz? He comido, me he reído, he charlado, no me duele nada y estoy en una cama cálida y limpia, con el embozo acariciándome el gaznate. Parezco un novio en

la luna de miel. Sólo me falta para que la noche sea completa, y dada mi imposibilidad física para cualquier otro menester lúbrico, tener ahora un sueño erótico y echarle un buen polvo, aunque sea en sueños y de mentira, sin tocarles un pelo, a Sofía Loren o a Brigitte Bardot, a Ava Gardner o a Silvana Mangano”.

Me sonaban todas esas actrices, pero no compartía sus apetencias cinematográficas. No del todo, y debió de notarlo en mi gesto.

—Ésas sí que eran artistas y estaban como para mojar sopas y no las de ahora, que la mitad son anoréxicas y la otra mitad son de plástico, retocadas con silicona hasta en el cielo de la boca —quiso dejar clara su lista de candidatas y las virtudes físicas de las mismas—. A estas de ahora les metes mano, y si te explota el plástico que llevan dentro preparas un estropicio del copón y, del susto, se te bajan las ganas para una temporada. Pues lo que te digo, que andaba yo en esos pensamientos tan placenteros y tan poco castos, pensando si tendría la suerte de soñar con una de éas e irme de varilla aunque fuera ful y de mentirijillas, que ya sabes que a esta edad uno, los troteos, sólo puede llevarlos a cabo con el pensamiento.

En eso se oye un portazo que suena como un mortero del cuarenta, retumba el portazo, y se oye un chillido que para sí lo habría querido Alfred Hitchcock en *Psicosis*. Después del portazo y el grito, suenan unas carreras, luego más gritos y luego una manta de hostias que parecía que había allí un obispo confirmando a un regimiento, de los sopapos que se repartían. Como yo soy un poco metomentodo, y como ni amarrado me puedo estar quieto y dejar que cada uno arregle sus líos y no se meta en follones, allí me tienes a mí, en mitad de todo el fregao.

Reconoció uno de sus múltiples defectos, que a mí y ahora, se me antojan virtudes, con una de sus habituales frases ácidas que no hubiese consentido decir a otro sin discutírsela.

—En lugar de estar refocilándose con las tetas de la Loren o el culo de la Bardot, allí me ves en gayumbos y en camiseta, como si fuera la radiografía de un silbido, intentando separar a aquella gitana convertida en basilisco, que echaba espuma por la boca, daba patadas y guantazos, y tenía al que luego

explicó que era su hijo, “abucharado” y contra la pared, soportando más castigo que un Miura en la feria de San Isidro. Con cada puñetazo y con cada patada, que aquello no era una madre calé, aquello era una máquina de matar, decía a voz en grito: “¡Tú me quieres enterrar, pero antes yo te mato! ¡Antes de que te jagas tranficómano, yo te huro que te mato! ¡Te huro que te pego una puñalá, que te se salen las tripas por la boca! ¡Que en nuestra familia vemos sío siempre gitanos, pero mu decentes y mu trabajadores!”.

Sus relatos siempre me resultaban entretenidos, pero escucharlo imitar las voces de los personajes que pasaban por su vida era realmente divertido y lo atendía con la expectación de un niño ante un cuenta cuentos, esa profesión que ahora se estila y entre los que no he visto ni a uno con la mitad de tablas que el abuelo.

—Y allí me tienes a mi, continuó, pilitriqui y escuchumizado, con menos músculos que un guisado de alambre, con las canillas transparentes como la radiografía de una aparición, intentando poner paz en el tumulto y detener a aquel molinillo, que daba hostias y patadas, con la velocidad y la precisión de un campeón de taekwondo: “¡Señora, por los clavos de Cristo!, le dije a voces, deje usted al muchacho que lo va a lisiar, y si un gitano, ya de por sí, tiene difícil la existencia en este mundo racista y plagado de prejuicios, un gitano con los huesos triturados, como pasados por una turmix o con las tripas colgando y lleno de cortes, va a tener un porvenir más negro que un vampiro mellado”.

Con mis gritos la señora se sosegó, sólo un poco y desde luego no por mi discurso que no entendió. Respiró hondo y me dijo, todavía, con un cierto resabio de agresividad: “No me se ponga usted en medio porque más le vale a la mierda del niño éste que lo mate la que lo trajo al mundo, que no que me lo maten cualquier día en una calle y no pueda ni enterrarlo. Si sigue como va, se va a ver pinchao en cualquier esquina y va a terminar con más cortes en la barriga que el trapillo de un afilador. Yo le digo siempre las cosas por su bien, que una madre siempre es una madre, y ha tenido el gachón, las asaduras de levantarme la mano. A mí, mire usted. A mí que lo he parío, que lo he vestío y le he limpiao el culo y los mocos millones de veces, que lo he crioao hasta que se ha jecho grande, y que me quito el bocado de la boca pa dárselo a él”.

Mi abuelo controlaba a la perfección la jerga de la gitana, y tal cual fueron sus palabras las reproducía para mí. Yo no había tenido contacto directo con esa cultura pero oír a Diego y oír a cualquiera de ellos con sus juramentos, sus imprecaciones y sus maldiciones era la misma cosa.

—Si un gitano le mienta a sus muertos, mire usted, es que le está diciendo la verdad: “Y yo le juro a usted por mis muertos que antes de que me lo mate otro, lo mato yo”.

Jurar por los muertos como garantía, como si pudiesen enterarse de que se mancilla su memoria o como si les pudiese pasar algo malo en el caso de incumplir lo jurado, no me parecía mucho más descabellado que jurar por cualquier dios, inexistente salvo en la mente del que pronuncia esas palabras de garantía. Los juramentos, han sido hoy sustituidos por los contratos, las firmas, las fianzas y los pleitos para obligar al cumplimiento, en tantas y tantas ocasiones como se incumple lo pactado y se dejan todos los papeles en simple papel mojado.

—Le dije a aquella mujer, que parecía una furia desatada, que se tranquilizase y que dejase de dar puñaladas a diestro y siniestro, aunque sólo fuese de boca, que las puñaladas no arreglan nada sino que lo empeoran todo. Intenté que se sosegara, despistando sus ideas, y como tú sabes que la conversación es buena, y mientras estás hablando, por lo menos, no estás tirando cuchilladas ni pateando a nadie, le pregunté para darle rollo: “¿Por qué le ha levantado el muchacho la mano? ¿Qué le ha hecho usted para que su hijo intentara agredirla?”

Con los brazos en jarras y la expresión descompuesta para ponerse en situación, el abuelo alzó los hombros y puso cara de asombro mientras hablaba intentando imitar voz y gestos de la madre gitana agresora.

—”¿Agre.... cualo?”, preguntó la mujer extrañadísima. “Pegarle”, dije, “le pregunto qué le ha hecho usted al chaval para que él quiera pegarle”. Yo le hablaba voceando, que ya sabes tú que es casi un acto reflejo levantar la voz cuando el otro no te entiende. Es automático pensar que si alguien no entiende un término, lo va comprender si se lo repites a gritos.

Era increíble la capacidad interpretativa de mi abuelo. Alternaba su voz alterada de la noche pasada, con la voz de la gitana y con la de un narrador. Me veía del todo incapaz de tomar notas y disfrutar a la vez de su historia sin perderme detalle.

—La señora comenzó a contarme, ya mucho más tranquila: “Pues mire usted, me ha levantado la mano, a mí que soy su madre, la que lo trajo al mundo y lo ha puesto como está con miles de fatigas, porque yo lo he denunciaao a los civiles. Y desde entonces me la tiene jurá y dice que yo lo que quiero es verlo en la trena pa los restos. Y eso no es verdad, que yo fui al cuartelillo para que lo llamaran y le dieran un repaso o un par de hostias bien dás y que cogiera miedo. Yo lo hice por su bien que es como hace una madre todas las cosas por los hijos. Este niño, desde siempre ha sío mu malísimo. Lleva mucho tiempo que le ha dado por subirse a tos los coches que le entran por el ojo. Los arranca sin las llaves, haciéndoles chispas con los cables, que es eso que ellos dicen de hacerle el puente. Les mete luego un viaje pa que salte el seguro del volante y se pone a echar carreras con ellos. Cuando los amos se enteran, se ponen como fieras y un día me lo van a desgraciar por eso yo se lo dije a los civiles para que hablaran con él y lo asustaran, y los tíos lo llaman, lo esposan los mu desgraciaos, lo llevan al juzgao con los grilletes y le dicen que le van a caer dos o tres años. ¿Cómo iba yo a suponerme que iban a tener esa mala leche y a ser tan atravesaos y tan malos? Que parece que esa maldá, mire usted, la da el tricornio o el verde de la chaqueta o los correajes que llevan”.

Había oído hablar de la costumbre gitana de regirse por sus propias leyes y de desconfiar del sistema judicial; el relato del abuelo ponía de manifiesto un error garrafal por parte de la gitana: acudir a la guardia civil para resolver un problema, que ni su propio hijo era capaz de perdonarle.

—Le dije a la señora, erigiéndome en pacificador de pacotilla, que maldita la costumbre mía de meterme en fregados y de intervenir donde no me llaman, que lo hecho ya no tenía remedio, y que lo que tenía que hacer es irse al juzgado y decirle a juez que tuviese consideración, que el niño estaba ya escarmentado y que no lo iba a hacer más y que hiciese el favor de aplicarle algún beneficio o algún atenuante. La gitana respondió con un lamento, con un dejé inconfundible y con cierto tono cazallero en la voz: “¡Ay, por Dios! No me

diga usted esas cosas que yo no sé lo que son, que habla usted de una manera mu rara y con unas palabras que parecen extranjero y con un guirigay y unas retahílas que no se entienden, igual que los julandrones con los que yo me gano la vida echándoles la buenaventura en la playa. Que parece usted el juez y sólo le faltan las ropas esas como las de los curas pero con encajes, más negras que el sobaco de un grillo, que yo cuando fui a buscar al niño y vi aparecer al payo, al juez, con esa cara como pa dar un pésame, me puse de rodillas como si estuviera en misa y empecé a presinarme y a rezar el padrenuestro y el gloria que son los dos únicos rezos que me sé”.

Y el tío va y me dice: señora levántese y deje de hacer el ridículo que esto no es una iglesia y no se crea que poniéndose de rodillas y haciendo escenitas va a conseguir doblegar a la justicia.

Y yo le dije: “¡qué dice usted de doblego ni de cenitas que yo no sé lo que es eso! Que el niño no ha doblao na ni yo tampoco quiero doblarlo y que aquí no ha habido cenas ni comidas de ningún tipo, que lo que ha jecho ha sio llevarse un coche pa darse un paseo y luego dejarlo, que es un defecto que le ha salió desde jase un par de años y no sabemos cómo quitárselo”.

Empezaba a dudar de la capacidad para recordar del abuelo y de hasta qué punto era real cuando me narraba o se lo estaba inventando, ¿cómo podía recordar palabra por palabra la conversación con la gitana? La verdad tampoco me importaba mucho si lo adornaba o si alguien, que no yo, tenía realmente imaginación.

—“Esté tranquila, me decía el hombre, y contra más me lo decía más canguelo me se metía por to el cuerpo. Luego dijo que éste, cuando cumpla la que le va a caer, una corracional o algo pareció, no vuelve a prepetar nunca más un delito como ese. Y decía algo de hurto y algo de uso. Y yo le dije que el niño usaba el coche pero que ya estaba usado antes de que él lo cogiera que nunca, que yo sepa, el ha cogido un coche que no fuera de segunda mano, y que nunca ha robao ninguno nuevo en ninguna tienda que todos los que coge los pilla en la calle, y que eso de hurto y de prepetar, el niño no lo ha jecho nunca, que lo que él hace es darse vueltas con coches que no son suyos pero sin querer robarlos y sin daño ni navajas ni amenazas ni nada que se parezca,

que el niño será lo que sea y tendrá sus manías y sus cosas, pero a güen corazón no le gana naide”.

Me despisté del relato intentando imaginar la situación: un juez, y una gitana suplicando por su hijo. Y un juez que en su papel, ajeno a la realidad, pretendiendo dar clases de derecho a la analfabeta ¿Podía haber algo más irreal? ¿Sería posible una situación así?

—“El tío de la ropa negra, el payo, me dijo que yo era lega y que no sabía nada y que me callara y que no tenía la palabra. Y yo le dije que qué palabra ni qué leches, que si se creía que yo era muda pa no poder hablar, y que la palabra la tengo y la puedo usar mientras sea con vergüenza y con educación, que yo soy pobre pero en mi vida he cogío na que no sea mío y el niño lo que tiene es alguna enfermedad o algo que se le ha metió en la cabeza y le ha puesto los nervios desbarataos. Y por eso, porque está malo de los nervios, es por lo que dice que él va a ser piloto de fórmula número uno y por eso, coche que ve, coche que coge. En el fondo sus intenciones son buenas y él, daño, lo que se dice daño de jaser destrozos, no quiere hacerlo, pero lo hace”.

El tío de negro, el payo de los encajes, dijo que daba el asunto por zancajado y que allí se acaba la cuestión y que nos emplazaba para mañana que también irían los peritos ¡Ay, por dios! ¿Quién serán esos y que será el zancajo ese y qué será lo de la emplaza? Lobos de la misma camá, seguro, gentuza compinchá pa buscarnos la ruina. ¡Y cualquiera no va mañana a ver al payo ese de la cara de mala leche, que te pone el tío en busca y captura y no puedes ni mear tranquilo sin que te se corte la respiración cada vez que ves a un civil o a un municipal”.

Dicho esto empezó a despedirse: “En fin, ya veremos. Y a ver si esta noche podemos dormir pa no llegar mañana con la cara descolgó como la piragua de un indio y las ojeras como bolsas de canguros, que yo quiero que el payo nos vea con güena pinta y se dé cuenta de que somos gente decente y le dé al niño la oportunidad y no me lo enchirone que allí me se va a hacer un desgraciao, que conozco yo uno de un pueblo cerca del mío que entró en la cárcel normal y luego cuando salió, primero decía que era Tarzán y se dejaba los pelos largos. Luego decía que era Yul Briner y se pelaba al cero y al final se volvió maricón y

dijo que era Sara Montiel y que quería casarse con otro tío, de blanco y en la misa mayor del pueblo y tiene a los padres avergonzaos, que no quieren ni salir a la calle del disgusto, que fueron a ver al cura pa pedirle consejo y saber qué hacer con aquella prenda. Y el cura los mandó a la mierda y les dijo que la iglesia era una cosa mu seria para andarse con esas tonterías y que los maricones lo que son es unos degeneraos y un castigo divino para los padres, y que algo habrán hecho bien gordo pa que les salga un hijo así. Fíjese usted qué desgracia que le toque a una madre eso en la familia. Aunque yo no estoy pa tenerle lástima a nadie sino pa que me la tengan a mí que demasiao tengo ya con lo mío, que no me ha salió maricón pero no hace na más que darmelos poblemas y quebraderos de cabeza”.

Supuse que la noche en el hostal ya había dado de sí cuanto cabría esperar pero me equivocaba de plano porque el abuelo seguía con su noche de jaleos y aventuras.

—En estas andaba la mujer, desgranando sus peripecias y sus desventuras con el elemento que tenía como hijo, cuando en la otra punta del pasillo empezó un vocerío parecido al que minutos antes habían tenido quienes estaban ahora pacíficos delante de mí. Maldije mi suerte otra vez, aunque eso no me sirviera para nada. ¡La verdad es que aquello es una mezcla de La casa de la Troya y El patio de Monipodio, un sitio en el que, cuando no salta el rifirafe por un lado es porque salta por otro. Un desmadre, en definitiva.

Empieza el vocerío otra vez, como te estoy contando, y ahora ya no era yo el que se interponía para detener el jaleo. Sube el dueño de la fonda, que ya sabes que tiene dos pisos, y sube con unas pintas que en lugar de poner orden dan una risa como para mearse por las patas abajo. Viene con un pijama de rayas más antiguo que los gayumbos de Matusalén, o por lo menos coetáneo de ellos. Con gafas de culo de vaso y una especie de coleta que le cae de un lado de la cabeza hasta casi los hombros. Es un tío de esos que, calvo como está, se deja crecer una cortinilla de pelos lateral, a la altura del occipital izquierdo, y luego se los coloca estratégicamente y a base de mucha laca, como si fuera un emplasto y a modo de boina, para taparse la calva entera. Un asco, vamos, y hablo yo que no soy ningún Adonis, pero esas calvas que se llevan con tanta indignidad me dan grima y no me tomo yo al lado de un tipo

de esos ni un café con leche. ¡Joder! que pega una ventolera de improviso, y te comes media permanente como si fuera una ensaimada mallorquina, y cuando te quieres dar cuenta, tienes el estómago como el recogedor de una barbería y mira que sé de lo que hablo que mi padre era barbero.

Coincidía con el criterio estético del abuelo. Una calva es inevitable, seguir manteniendo un aspecto digno careciendo de pelo es algo posible a poco bien aconsejado que esté uno, y digo esto, aunque la estética —como tantas otras cosas— no sea precisamente mi fuerte.

—Bueno, te estaba contando que llega el tipejo ese esquelético, con la ensaimada que tiene por gorro, despendolada, con las gafas como dos vasos de duralex y con el pijama, que era una reliquia de los años del hambre. Sale de la habitación del fondo una gorda no muy vieja pero con menos dientes que yo, pintarajeada como un espantajo y diciendo que la quieren matar. Y me digo a mí mismo: aquí, esta noche, va a haber más muertes que en *La Venganza de Don Mendo*. Otra madre justiciera. La vieja que iba detrás y exhibía unos alicates de corte como de capar marranos, debía de ser la madre de la gorda espantapájaros y le chillaba diciendo: “¡Mala sangre, que tienes mu mala sangre y mu mala condición! ¡Ojalá te de un dolor que contra más corras, más te duela y cuando te pares, revientes!

Un personaje nuevo, una voz diferente. Mi abuelo y su capacidad de interpretación no tenían límites.

—Dije para mis adentros que eso debía de ser el amor familiar, a la vez que me alegraba de no tener familia de esa calaña, que ya sabes tú que es mejor estar sólo que mal acompañado. Sin que le preguntara nadie, la abuela empezó a contarnos el motivo de su violenta puesta en escena, que aquel pasillo, en lugar del corredor pacífico, silencioso u oscuro de una pensión de tercera, parecía a las cuatro de la mañana una mezcla de la cueva de Alí Babá, el rastro madrileño y el patio de la sexta galería de Carabanchel. Aunque ese talego creo que ya lo han cerrado para llevárselo a las afueras que es donde los presos tienen que estar, lejos de la gente que se llama y se cree decente.

La abuela contó que esa hija le había salido bruja y que, en lugar de usar la brujería para hacerse millonaria, adivinando el porvenir, curando los males de

amores y haciendo vudú por encargo y previo pago de su importe, usaba sus capacidades brujeriles para atontar a su hermano al que le había echado mal de ojo y lo había dejado, literalmente gilipollas. Mira por donde el desvelo iba a merecer la pena y la vieja tarumba que había organizado el segundo vocerío de la noche, iba a ser una de esas que a mí tanto me gustan, que cree en brujas, en sortilegios y en poderes ocultos para manejar el mundo. De todas formas no estaba el horno para bollos, mis huesos estaban molidos y, como soy un tío responsable y al que le gusta cumplir, me estaba mosqueando por si hoy no podía rendir en mis obligaciones contigo. Esas ideas me hicieron darle una larga cambiada a la abuela y no entrar con ella en discusiones sobre la estupidez del mal de ojo y sobre la pinta de mema que tenía su hija, aquel espantajo mellado con más pintura en la cara que un apache en la batalla contra el general Custer o como se llamara. A punto estuve de decirle: "Señora, no sé si su hijo se habrá vuelto gilipollas, pero de ser así, ésta de aquí no es la culpable o mejor dicho, no son los culpables sus poderes excepcionales, que a la vista está, que esos poderes si acaso existen, son muy menguados".

Tras citarse a sí mismo para concluir su exposición tomó aire, se restregó un muslo con la mano derecha y sonrió doblando los labios.

—No me digas que no ha sido una noche distraída. De modo que hoy no respondo y no es a mí a quien tienes que culpar, que no fui yo quien decidió el sitio de mi hospedaje, aunque es bien cierto que no me voy a mover de ahí hasta que no terminemos la faena que nos llevamos entre manos, salvo que tú, que eres el pagano, o mejor dicho tu boticaria, digáis lo contrario.

No me quedó más remedio que sonreír ampliamente ante los relatos novelescos del abuelo. Verdaderamente tenía capacidad de tabulación y de lo que para otro habría sido motivo de enfado o una simple bronca barriobajera, Diego era capaz de armar un relato que te enganchaba, describiendo personajes y sus reacciones, y despertando el interés por los desenlaces. El abuelo era un novelista natural. No sabía todavía lo que habría leído, mucho, por lo que saltaba a la vista, o la formación que habría podido adquirir a salto de mata, que es como parecía haber vivido siempre, pero tenía todo lo que a

mí me falta. ¡Maldita y caprichosa naturaleza, que da a unos tanto y a otros tan poco! ¡Mierda de vida!

A lo peor va a tener razón Tolstoi que creo que era el que afirmaba que la desdicha, y no la felicidad, es la fuente del relato. El que lleva una vida tan cómoda como amuermada, tan instalada y despreocupada como vulgar, no puede pedir peras al olmo y pretender que le salgan las aventuras de debajo de las piedras cuando lo peor que puede pasarle es que se le parta una uña mientras intenta cambiarle el tiesto a una maceta o que enganche un ligero enfado cuando alguno de los niños —pijos y gilipollas como los padres— llegan tarde después de una noche de fiesta. ¡Qué actividad tan arriesgada! La jardinería doméstica, los recados y las discusiones familiares o las partidas de cartas y los cotilleos con amigos que no son tales y que son tan adocenados, tan ramplones y tan mediocres como uno mismo... De ahí sólo puede salir ramplonería y vulgaridad. Nada más. Nunca una buena historia.

VIII

EL METRALLA ENTRA EN HARINA: YA HABLAMOS DE LA GUERRA

—Bueno, amigo —le dije a Diego con expresión satisfecha—, tenemos todo el día por delante para charlar, para pasear y para comer. Hoy no vamos a ir a la playa que ya está bien de aguantar el Levante, la comida con arena y a los turistas que se meten en el bar salpicando agua salada y despidiendo flama como recién sofritos. Hoy vamos a ir a otro sitio menos convencional.

Diego me cortó en seco y preguntó.

—¿Podría elegir hoy yo el sitio? A lo mejor incluso coincidíamos en la elección, porque... ¿no se te habría ocurrido plantearme la dualidad clásica, ayer mar y hoy montaña?

—Exactamente —respondí—. Hoy, había pensado, para huir de domingueros y disfrutadores de paquetes turísticos baratos, coger un camino distinto, con curvas y cuestas, menos árido, casi boscoso aunque aquí el bosque es una rareza. Pensé coger la carretera de la montaña y acercarnos a comer a un sitio que hay cerca de Alcoy y que llaman la “Venta de Benifato”. Allí, además de un embutido que no tiene nada que envidiar a los chorizos leoneses que nos metimos entre pecho y espalda hace un par de días, podríamos degustar una olleta alicantina que es un guiso de invierno, que incluye el trigo entre sus componentes y que no quiero que nos perdamos de vista sin que lo pruebes. Yo no soy un gran gourmet, pero los guisotes de cuchara me gustan en cualquier época del año. Siempre he pensado que comer a base de ensalada y filete —aunque soy un gran verdulero— es tanto como estar siempre a base del “menú del día”.

—Es como si me hubieras leído el pensamiento —exclamó un Diego alborozado—, yo te iba a proponer montaña y te iba a plantear un sitio no muy lejos del que me dices. Vamos a coger ese cochazo con el que tu suerte te ha dotado y mientras hacemos carretera te cuento el porqué de mis ganas de cuestas empinadas y riscos inaccesibles que ya es raro que a mí me apetezca una cosa así porque yo soy más vago que la chaqueta de un guarda.

Como dos amigos antiguos, como dos cómplices inseparables de correrías, de felicidades y desdichas, como dos compinches de ilegalidades y trapacerías, nos encaminamos hacia el garaje para comenzar un día más en el que estaba a punto de cumplir mi sueño y hacer algo importante. Al menos a mí me lo parecía, que no sé si al final me quedará un churro y haremos un pan como unas hostias. Aunque fuera al dictado de mi amigo, yo ya veía mi obra puesta sobre el papel, y las presentaciones y los fotógrafos, y a los lorazos con los que se junta mi mujer, rabiando de la envidia y murmurando entre dientes con esa voz de cacatúa y moviendo esos bigotes que las adornan a casi todas: “¡Vaya! Pues no era tan inútil como todas pensábamos. Bien callado se lo tenía que era capaz de escribir”.

Dios y ayuda nos costó salir del garaje, sortear una vez más el endiablado y caótico tráfico alicantino, y alcanzar la carretera de Videncia. Pensé coger la autopista, pero Diego exigió viajar por la carretera.

Nada más pasar El Campello, antes de llegar al túnel que está a las puertas mismas de la Vila Joiosa, Diego comenzó de nuevo, a desgranar relatos y no me quedó más remedio que echarle el freno de manera abrupta y expeditiva.

—Ni se te ocurra iniciar aquí ninguna historia, amigo. No digas ni mu, no abras la boca como no sea para hablar del tiempo o del paisaje de secano que nos rodea. Las ideas son fugaces, vuelan antes de que puedas echarles el lazo y, si no las escribes, se te fugan como los etarras esos de Segovia de los que me hablaste el otro día. Todavía no se ha inventado el coche que vaya solo, mientras se toman notas. De modo que a callar, que lo que no se escribe y se encomienda a la memoria, luego, se escribe de otra manera y ya no es lo mismo, o incluso se olvida y por más que te estrujes el cerebro, no consigues coger el hilo y recuperar a esa musa ni a la de tres. No sé si me explico. Por

eso, mi mujer dice que estoy como una auténtica chota, porque muchas veces, en medio de la comida, o de una película, o incluso en medio de la noche, por no decir que en medio del uso del matrimonio, que eso es algo que sucede muy pocas veces, me levanto como las balas y apunto alguna cosa. Dicen que eso es manía o conducta común en todos los escritores, atrapar las ideas al vuelo. Se ve que yo hasta ahora no he tenido ninguna brillante, como salta a la vista y como se puede leer en mi currículum de fracasado, pero ahora estoy convencido de que ha llegado el momento dulce, la hora buena, la oportunidad de oro... y no la voy a dejar escapar.

Tras esta requisitoria, Diego se calló y no dijo ni media palabra, cosa casi imposible en él, salvo para comentar un par de veces, que la carretera, quitando las casas aisladas y las urbanizaciones que crecían como hongos a lo largo del litoral, seguía exactamente igual que hacía sesenta años, con las mismas curvas, con la misma vegetación raquíta y semidesértica, y casi con los mismos lagartos y los mismos alacranes, o con los descendientes de aquéllos, que se crían en esos secarrales inhóspitos.

La primera vez que afirmó: “esto está lo mismo que en el 38 o en el 39, que ya no me acuerdo bien en qué año pasé yo por aquí”, lo tomé como una frase dicha al tun tun, como una afirmación sin importancia y que no había que tomar al pie de la letra. Cuando repitió lo mismo por segunda vez, no pude callar y le pregunté rápidamente si había estado por allí antes, si se había movido por ese sitio en la época a la que se refería.

Una amplia sonrisa, desdentada pero amplia y sin complejos, le iluminó la cara y dejó entrever un deje de nostalgia, inevitable al rememorar un tiempo pasado —siempre cualquier tiempo pasado fue mejor— en el que, en medio de fatigas sin cuento conforme relataba, por lo menos tenía juventud, que es un bien que sólo se valora cuando su pérdida es inevitable.

—Ya te he dicho antes, no sé cuándo, uno de estos días que ya sabes tú que a los viejos nos patina la memoria y nos falla más que las escopetas de las ferias, ya te he dicho que yo soy una caja de sorpresas y que tengo más kilómetros hechos que el baúl de la Piquer, y más aventuras que el *Lazarillo* y el *Buscón* juntos. Y porqué no tengo ni tiempo ni ganas, pero si me pongo a hacer

endecasílabos o como se llamen esos versos, dejo en pelotas al *Cantar del Mío Cid*.

—Ya será menos, abuelo, que no tengo dudas acerca de tu vida aventureña y azarosa, y ya me has dado unos cuantos botones para muestra. Pero de ahí, a que te pases por el forro al *Lazarillo*, al *Buscón* y al mismísimo Cid Campeador y pretendas tener más aventuras que ellos, me parece demasiado.

No te tires pegotes que te voy a tener que decir como el cura a aquel gilipollas que fue a confesarse. “Padre”, le dice el tío, “me acuso de que me he acostado con Ava Gardner, con Sofía Loren y con Brigitte Bardot”, nota que te pongo ejemplos de tu época para que no te me pierdas. “¿Usted cree que eso es pecado?” le pregunta el imbécil con cara de compungido. Y el cura le contesta: “Eso no es pecado, eso es mentira y sepa usted que aquí viene uno a confesarse y no a tirarse faroles”. Pues eso mismo te digo yo a ti. No te tires faroles y cuéntame las cosas como fueron sin inventarte nada, que de novelarlas ya me encargo yo. A ver si al final en lugar de una novela histórica y con sentido, con una base real que es lo que a mí me gusta, vamos a hacer una de ciencia ficción que no se la cree ni el que asó la manteca, que para bobadas de *harrys póteres*, y códigos secretos imposibles y piedras poderosas y su puta madre, no estoy ni se me espera.

—Para el carro, muchacho, que te estás embalando y te la vas a pegar. Yo no te estoy vendiendo ninguna milonga, ni soy ningún farsante. Todo lo que te he contado hasta ahora es la pura verdad, y lo que te voy a contar de aquí en adelante, también. Tú, puedes apuntarlo, grabarlo en magnetofón, novelarlo, editarla o limpiarte el culo con las notas que tomes que yo mi contrato me lo tengo bien sabido: yo te cuento hasta que me canse y tú me pagas la pensión y los dos nos pegamos banquetes a costa de la boticaria. ¿Es o no es así? Ese era el trato y yo te juro por mis muertos que lo estoy cumpliendo, de modo que no me ofendas tratándome de mentiroso que yo con muy poca música ya bailo y me toca mucho los cojones que me tomen por lo que no soy.

Otra vez se había disparado el abuelo y otra vez me tenía que poner en plan sumiso porque no se puede morder la mano que da de comer. ¡Menuda mierda de metáfora! La mano que da de comer.... Yo invitaba a comer al

abuelo y él era quien realmente me alimentaba a mí, en la sequía imaginativa que me duraba el mismo tiempo que la vida que tenía. Di marcha atrás con la velocidad con que un prestidigitador hace un truco de cartas, me achanté y templé gaitas para no cabrear a mi filón literario.

—No te pongas así —le dije en tono conciliador— que hay que tener un poco más de correa. Nunca he pensado que nada de lo que me dices sea mentira. Lo de la novela de ciencia ficción es una forma de hablar, una broma, vamos, y la nuestra no va a ser eso ni mucho menos. Volvamos a dónde estábamos y no tiremos los pies por delante y discúlpeme usted si he podido ofenderle en lo más mínimo —le dije con una retranca, casi aprendida de él a marchas forzadas—. Ya me contarás, cuando lleguemos al sitio al que te llevo, cómo, cuándo, por qué y con quién anduviste por estas tierras hace tantos años, que seguramente ahí tendremos tema para tomar notas y, si hace tantos años de eso y hablamos de la época que yo imagino, es posible que ahí estén las claves, o al menos algunas de ellas, de tu existencia azarosa y nómada, de esa vida que has vivido a salto de mata e instalado en la acracia y la marginalidad. Y no te me enfades con lo de marginal que no es un insulto, que ya he visto que hoy estás sensible en exceso. No es un insulto sino una descripción de tu vida contra todos los sistemas por los que te ha tocado pasar, y ya me gustaría a mí ser la mitad de marginal que tú, y haber vivido por mí mismo, en libertad, buscándome las habichuelas, y no de permanente paniaguado, con complejo de parásito que más que complejo imaginario es una realidad como la copa de un pino.

—¡Eh! ¡Eh! No te embales ni te pongas a llorarme sobre el hombro que no soy Elena Francis, la vieja aquella que, en las radios antiguas, daba consejos a las manijas y respondía a todas las dudas, divinas o humanas, sentimentales, profesionales, médicas o sobre cualquier cosa, que éstas le plantearan. Yo no tengo vocación de cura confesor de modo que no te metas por ese camino de hacerme tu director espiritual porque eso no me mola lo más mínimo. Yo he vivido instalado permanentemente en la precariedad, como puta por rastrojo, para entendernos, humillado, hambriento, perseguido, marginal y desinstalado, y así voy a morirme porque a estas edades ya no es posible remediar nada. Pero eso no ha sido por voluntad propia ni por afán de ser

“moderno” o “revolucionario de salón”. Es que no me han quedado más cojones que ser así, que a la fuerza ahorcan y la vida que he tenido, mejor dicho, que he padecido, me ha venido impuesta, y por más que me lo he propuesto, no sé si algún dios cabrón se ha empeñado en llevarme la contraria y putearme vivo para no dejar que saliera del pozo nunca. Nunca he pisado ni disfrutado de un sitio en el que ataran a los perros con longaniza. Y vamos a dejarlo por ahora, que ya me has llamado al orden hace un rato diciendo que no puedes conducir y tomar notas a la vez y ese es el fin último de nuestra relación, que tú llenes tus hojas de apuntes y yo mi estómago y duerma tranquilo, es un decir, después de ver las nochecitas toledanas que me he pegado en ese antro, sin que me tiren a patadas a medianoche del banco de cualquier parque.

En estas conversaciones, contemplando el paisaje, bostezando a veces y hasta desperezándonos, que yo lo hice una vez y el abuelo me imitó rápidamente y lo hizo también, lo menos cuatro o cinco veces, rodeamos la Vila Joiosa y llegamos a la circunvalación de Benidorm.

Inmediatamente Diego comenzó otra vez —incapaz de reprimirse— a evocar recuerdos antiguos.

—Fíjate —decía con inevitable nostalgia—, esto, en aquella época, era un barrio pequeñísimo y casi miserable. Cuatro casas mal hechas y mal contadas. El vivir junto al mar era privativo de pescadores, carpinteros, calafateadores y remendadores de redes. Hoy, quien no tiene una casa o un apartamento en la playa no es nadie y la gente se empeña hasta las cejas, y pierde el sueño y se pega hasta con su padre si hace falta porque “hay que tener una segunda residencia” y fardar ante los vecinos y ante las compañeras de café y de peluquería con que “nosotros, todos los veranos, los pasamos en Benidorm, que es una ciudad cosmopolita que nos conecta con Europa”, dicho así, con voz medio agilipollada para que quede bien cursi. Eso de ahí arriba, que se ve como una feria, con columpios y atracciones, con estructuras de madera, como si hiera una montaña rusa o un gran andamio, en aquellos tiempos, era una arboleda de pinos y monte bajo, eso que llaman ahora bosque mediterráneo. Pues ahí lo tienes, de bosque a horterada sin que nadie sea el culpable del engendro.

—Eso —intervine con rapidez para aclarar las ideas de mi abuelo— es un gran parque de atracciones. Los gobernantes autonómicos lo auspiciaron hace unos años como un gran centro de diversión y ocio. Lo llamaron “Terra Mítica” porque en él pensaban recrear las civilizaciones antiguas, ya sabes, Grecia, Egipto, etc... Creían que sería un triunfo inapelable y que, dado el gran auge turístico de la zona, esto estaría siempre de bote en bote y sería una mina de dinero, de lujo, de puestos de trabajo y, por lo tanto, de prestigio y fama política para sus ideadores.

—Pero no ha sido así —interrumpió Diego con rapidez y contundencia—. Yo no estoy muy informado —reconoció— pero algo he leído en algún periódico aislado que ha caído en mis manos, antiguo, pasado de fecha como casi siempre me ocurre, pero periódico al fin y al cabo. Parece que les ha salido el tiro por la culata, que los gastos eran muy superiores a los que planearon en un principio, que las inversiones eran la hostia de fuertes, que los clientes no eran tantos y que las cuentas no salían, que parecía que el gran inventor, más que un gran empresario o un gran economista o un gran planificador, era el autor del cuento de la lechera. Todo eso sin contar con las mil y una noticias de costes disparados, empresas raras, por llamarlas de un modo suave, que cobraban hasta por no hacer nada, facturas más raras que un perro verde y líos mil, que yo estoy convencido de que todo esto no se va a saber ni a sentenciar nunca.

¿Te acuerdas lo que te dije hace unos días de los políticos y de tus colegas los abogados? Pues en eso estamos. Al final habrá mil recursos ante otros mil tribunales de aquí o del extranjero, que a esto también ha llegado la globalización, mil tíos y mil papeles que no aparecen, otros tantos que se van muriendo y se llevan el secreto a la tumba, cuatro que sólo iban por allí de vez en cuando, otros cuatro que estaban pero que no se enteraban de nada porque sólo iban a tomar café y a cobrar la dieta, tres pringaos que firmaban en barbecho porque no tenían ni idea, eran políticos y se encomendaban a los técnicos, cuatro contratistas que tenían empresas “in illo tempore”, pero que ahora no tienen nada, y un montón de kilos que han desaparecido como por arte de magia y por los que hay que preguntar a algún adivino, echador de cartas, lector de bolas de cristal o lo que cojones sea, para ver qué ha pasado y

dónde está el responsable último, el que firmó el talón, el que se llevó la pasta, el que se la pasó a su compinche o a su primo, el que la diluyó, la blanqueó, la despistó o la mandó al paraíso fiscal que está a dos mil kilómetros de donde cagó Mahoma, que no aparece el muy bribón por ningún sitio.

—Hombre, tampoco es para ponerse así —dije con ánimo conciliador y constructivo, aunque con poquíssima convicción en mis argumentos—, que todos sabemos lo difícil que es levantar una empresa, hacer que funcione de manera engrasada y fluida, y que empiece a dar beneficios, que eso no se consigue de un día para otro ni por arte de birlibirloque. Las quiebras, las suspensiones de pagos, los problemas financieros, de crédito o de liquidez, las dificultades de promoción y de funcionamiento son el pan nuestro de cada día y en modo alguno hay que hacerlas sinónimo de chanchullo, de robo, de expoliación, de choriceo o de cualquier otro delito. ¿Por qué te crees tú que yo no me he metido a empresario? Porque sé que es la mejor manera de que le dé a uno un infarto y de tener insomnio, ansiedad, úlcera de estómago, taquicardias, sudores fríos y cualquier otra enfermedad que se te ocurra y que esté recogida, o no, en los catálogos de los médicos.

—No —me cortó en seco y casi gritando, por la energía que puso en su negativa— si ahora va a resultar que quien tiene una empresa o pone en marcha un negocio va a ser una hermana de la caridad, un altruista preocupado por el bienestar de la humanidad y por dar empleo a los necesitados. ¡Y una mierda! Un empresario tiene una primera y casi exclusiva finalidad: ganar dinero. Y lo demás son pollas en vinagre. Y aquí no estamos hablando de una empresa con dificultades, que es posible que todas las tengan, aquí hablamos de chanchullos puros y duros.

Yo no tengo información de primera mano. Yo sólo soy un viejo fuera de tiempo y de lugar, pero ya te digo que de vez en cuando leo un periódico. En los días que llevo vagabundeando por Alicante he leído alguno y estoy hasta los mismísimos huevos de oír hablar de empresas ficticias, facturas falsas y tramas que pueden ser cualquier cosa menos puramente empresariales, entendido en el buen sentido de la palabra empresa. No puedo acusar a nadie, pero ya me gustaría a mí, antes de morirme, ver desenredada la madeja, saber la verdad, enterarme de quién se lo ha llevado crudo si es que así ha sido, y ver

a alguno dar con sus huesos en la cárcel, que yo por mucho menos, me he pegado campañas de talego cojonudas de largas, y aquí veo a tíos con más causas que El Lute, el Agudo y el Medrano juntos, y no pisán el patio de un trullo ni por casualidad, y van por ahí de ciudadanos ejemplares, sacando pecho y dando lecciones de ética y de moral. ¿Qué moral ni que cojones? Esos tíos son chorizos. Mucho más chorizos que los que compartían galería conmigo en Burgos, en Ocaña o en Segovia. Lo que pasa es que aquéllos, y yo también, éramos desgraciados que no teníamos ni donde caernos muertos y estos van pertrechados de gabinetes jurídicos, recursos de alzada, de bajada, de casación, de reposición y de su puta madre y pueden hacer lo que les venga en gana, que siempre habrá quien les busque un arreglo para que sigan disfrutando de sus tropelías.

En estas disquisiciones, en su eterna protesta contra cualquier cosa que se moviera, en su hablar corrosivo y apasionado, íbamos comiendo kilómetros, separándonos del mar y adentrándonos en la montaña. Cuando hice ademán, al llegar a La Nucia, de tomar una rotonda y enfilar el camino de la venta de Benifato —que era el sitio en el que tenía pensado que comiéramos, y tomar con tranquilidad mis apuntes del día—, Diego, hizo una pregunta que era casi una orden.

—¿Este no es el camino que lleva a Tárбena? Te lo digo porque es allí a donde quiero que me lleves, ya que tan generosamente te has brindado a hacerme de taxista. Un taxista así, un día tras otro y con disposición continua, no se encuentra por arte de magia y yo tengo que aprovecharme. Además, no sé por qué, me da en la nariz que esta visita montañera, le va a dar juego a tu novela.

No puse ni una sola objeción y, sin rechistar, di marcha atrás en mis planes y enfilé la carretera, que se estrechaba y serpenteaba, que se empinaba de manera endiablada más y más a cada kilómetro. Dejamos atrás Polop de la Marina, Callosa D'Ensarriá, Bolulla y, dando vueltas y más vueltas, por pendientes casi imposibles, dejando a los lados campos de nísperos, de naranjos, de olivos, de almendros y de cerezos, nos acercamos a Tárбena, un pueblecito inmaculado, enclavado casi como un nido de águilas, como si estuviese acunado entre las sierras de Bernia, del Ferrer y de Xortá. A Diego se

le alegraba la cara conforme nos adentrábamos en la montaña y nos acercábamos al destino que él se había empeñado en fijar ese día para nuestra comida, nuestra tertulia y mis notas. Yo ignoraba, aún, el motivo del brillo casi infantil en su mirada. No sabía qué podía haber allí para ilusionarlo de esa forma, pero iba a tardar poco en enterarme.

Unas cuantas curvas antes de llegar al pueblecito de Tárбena, Diego me hizo apartarme de la carretera y parar en una pequeña explanada que da acceso a una venta minúscula, una casa baja, un patio junto a ella y un local con tres o cuatro mesas y un mostrador sin pretensiones.

Al bajar del coche el espectáculo no tenía desperdicio. El mar al fondo y los rascacielos de Benidorm emergiendo entre la neblina, las montañas majestuosas a los lados, riscos desnudos y campos de árboles —muchos con esos toldos antiestéticos pero imprescindibles para una producción comercial— y una hilera de casas a nuestra espalda, como pintadas por una mano todopoderosa en un lugar de casi imposible acceso. Diego inició la conversación sin darme tiempo ni a preguntar el porqué de la parada a tan poca distancia de nuestro destino.

—Verás —dijo resuelto, sentándose en una silla de anea e invitándome a que hiciera lo mismo, dando a entender que la charla iba para largo—. Cuando tú no habías nacido, cuando todos esos rascacielos altísimos que vemos en el horizonte no eran más que un secano inservible y esa ciudad turística y cosmopolita, sólo era cuatro casas de pescadores, ya andaba yo por aquí. Por eso te he pedido que cambiaras tu paseo de hoy y me trajeras a donde llevo mucho tiempo queriendo venir. Más te vale pedir unas cervezas o una botella de vino y un buen embutido, que aquí lo hacen cojonudo, porque tengo tela para cortar.

Y dicho esto se arrellanó en su silla, se removió hasta encontrar la postura y comenzó, una vez más, su historia.

—Te he contado ya cómo era mi pueblo, el secano, la pobreza, la falta de expectativas y la ruina que supuso la guerra, que siempre y para todos no es sino una ruina, aunque algunos se enriquezcan con ella. Mi padre, ya te lo he contado también, era bastante cabrón, muy egoísta, preocupado de sí mismo

exclusivamente. No trataba bien a mi madre por lo poco que me acuerdo. Ella murió, como también te he contado. Él, con sus múltiples defectos y con la nula preocupación por la familia que había formado, era un tipo emprendedor. Sabía buscar un duro y sabía ganarlo. Era barbero y, en El Salar, fue el primero que trajo de Granada, gastándose los billetes precisos, un sillón de barbería moderno. Tenía el asiento y el respaldo como de rejilla, la estructura metálica y de cerámica blanca, era giratorio y, con una palanca que tenía a un lado, se podía retrepar. Cuando estaba reclinado y con el freno echado se quedaba quieto y el cliente estaba recostado y tan a gusto mientras lo afeitaban. Tú fíjate qué tontería, pero ese sillón, la novedad que comportaba, hizo que le nacieran más de tres o cuatro envidias.

Llegó el camarero con su jarra de cerveza espumosa y con dos rebanadas de hogaza con una capa generosa de sobrasada, típica de Tárбena, y se hizo el silencio. Diego paró en seco su relato para hacer la primera prueba del género.

—Ya sabes —dijo sonriendo con cara de chiquillo travieso— que mi gaznate tiene tendencia a secarse —bromeó saboreando su bebida—. No se quedó todo —continuó de inmediato— en el asunto del sillón de barbero. Hubo más. Además de pelar y afeitar, antiguamente, muchos barberos también eran medio médicos o medio cirujanos y hacían curas, sajaban granos, recomponían huesos rotos enyesando brazos y piernas y sacaban muelas. Esto último también lo hacía mi padre. Ponía inyecciones y tenía muy buena mano para sacar muelas.

¿Qué pasó? Pues que entre el sillón moderno, las curas de urgencia bien hechas y las muelas bien sacadas, se llevó, casi, a toda la clientela del pueblo. Además, esto nunca nadie me lo ha reconocido pero yo lo sé que no soy imbécil, como le entraba bien de dinero en aquel sitio lleno de miseria, le buscó un uso rentable y a instancias de una vieja trotaconventos de un pueblo de al lado del que luego hablaré, que era tratante de cualquier cosa en la que hubiera un beneficio, para que digan que es ahora cuando las mujeres se han empezado a liberar y a meterse en el mundo laboral, empezó a invertir lo mucho que ganaba y que nosotros no nos comíamos, en dejar dinero a rédito. Él le daba el dinero a la vieja y la vieja lo prestaba, yo estoy convencido que a interés usurario. La vieja, Rafaela la correora, le decían, se quedaba un

porcentaje generoso y él se llevaba otro que inmediatamente reinvertía en la misma y lucrativa actividad.

Ésa fue la clave del asunto y no que tuviera ideas de izquierdas o de derechas porque en aquel sitio miserable, ni ideas había. Llegó la guerra. Sí. Llegó la guerra y no me mires con esos ojos de avaricia porque yo no te la voy a contar. Yo no soy profesor de historia ni soy un conocedor profundo de los movimientos sociales y políticos de aquella ni de esta época. Yo soy un casi analfabeto que ha aprendido a fuerza de palos, de conocer, de hablar con unos y con otros, y en la cárcel, con tanto tiempo muerto y aburrido, he tenido la suerte de conocer a gente de la que he aprendido lo que no está en los escritos. He aprendido más de ellos que en los muchos libros que para matar el rato de manera productiva me he tragado en mis muchos años. De todas formas, de la guerra no voy a teorizar, que he visto miles de gilipolleces escritas sobre ella. Yo sé lo que fue la guerra para mí, sé hasta qué punto marcó y destrozó mi existencia, la determinó hasta hacerme ser lo que soy ahora, un viejo sin raíces, un vagabundo, un descastado, un tipo a punto casi para la sepultura cuya vida ha sido una permanente huida en soledad, un andar siempre a la defensiva, escondido, enfrentado a un sistema que me echó de sí, que me apartó y me etiquetó como subversivo cuando yo jamás subvertí ningún orden ni me sublevé contra nadie. Sólo pretendí sobrevivir y hasta para eso me han estado poniendo pegas y echándome la zancadilla permanentemente, salvo en muy contadas ocasiones —respiró soltando con el aire de sus pulmones una sombra de tristeza, pero se recompuso de inmediato.

En fin, no voy a andar ahora con el cuento de la lástima, que lo pasado, pasado está y no tiene remedio, y es tontería andar removiéndolo para no poderlo cambiar. Mi padre, ya te he contado, consiguió hacer dinero, aunque yo nunca lo disfrutara. Tenía una posición cómoda en medio de aquel sitio en el que lo único que abundaba era la pobreza. Ya sabes cómo son los pueblos, un sitio en el que los chismes y las habladurías corren sin cesar aunque sólo sea para matar el aburrimiento. Pues bien, se arma la de Dios es Cristo con el golpe de Estado del 36, se alzan los militares. En Pamplona, Mola. En Sevilla, Queipo de Llano. En Canarias, Franquito, que ya me gustaría a mí saber por

qué el borrico de Queipo le llamaba: “Paca, la culona”. Se levantan contra la República y se monta la civil, y paro ya de generalidades que ya te he dicho que no soy ningún experto en la historia de España ni en la de ningún sitio.

Puede que no un erudito pero sí contaba con la sabiduría de lo vivido, que no es poco.

—Granada, lo mismo que Sevilla, se pone inmediatamente de parte de los fascistas y yo, como era un zagal, casi un niño, y no tenía madre, me tuve que ir, no sé a quién cojones se le ocurriría la idea, a la casa de una tía mía, un poco arpía, casi una solterona, pero con cuyo marido que era taxista, me llevaba muy bien y era una magnifica persona. Esta tía, servía como criada en la casa de unos ricachones de Granada, cuyos descendientes aún son ricachones y que se llaman los Rodríguez Acosta, una saga importante allí. Recuerdo que uno era un pintor muy bueno y le regaló a esa tía mía un cuadro que no sé dónde habrá ido a parar.

Pero todo eso son recuerdos deslavazados y sin importancia. Lo importante, lo que marcó mi vida para mal, es que esta mujer, no sé si por mandato de sus “señoritos”, me metió en una organización fascistona de las que se montaron para apoyar el golpe. Aunque yo creo que ésta era anterior al golpe y promotora del mismo. De golpe y porrazo me vi vestido con camisa azul, con correajes, desfilando y cantando el “Cara al sol” y el “Yo tenía un camarada”. Aquello no era lo mío. Yo creo que debió de ser algo genético. No soportaba aquel fascisterío aunque si hubiese sido un tío inteligente me habría enganchado y habría aprovechado la coyuntura, pero debe de ser mi sino el tomar siempre las decisiones menos favorables. Puse pies en polvorosa, me volví al pueblo y ahí empezó de verdad la odisea, los libros de caballerías, las hazañas bélicas y el calvario. Ya sabes tú, y si no lo sabes yo te lo aviso, que la guerra sirvió para matar a todo el que estorbaba por un motivo u otro.

Como los carnavales en otro tiempo, una guerra siempre es una excusa perfecta para eliminar, sin levantar sospechas, al que molesta.

—Hubo venganzas por tierras, por cuernos, por novias, por herencias, por envidias y por cualquier motivo por el que los seres humanos puedan enfrentarse. Se disfrazaba la matanza como muerte al rojo, al desafecto al

régimen, al masón, al comunista o al rebelde contra el orden, que no era sino el desorden que habían implantado ellos. Se disfrazaba, pero en el fondo anidaba el odio por los motivos más dispares porque la inmensa mayoría de aquella gente ignorante hasta dejarlo de sobra, hizo la guerra donde le tocó y lo último que sabían era si defendían unos ideales u otros. ¿Alguien me quiere convencer a mí de que todos los que pelearon junto a Franco defendían conscientemente los valores capitalistas, de los terratenientes que estaban podridos de billetes, de las oligarquías, de los caciques y de las élites eclesiales?

Luchar sin saber el motivo es típico del que no idea la contienda ni la promueve, sino que se ve en ella.

—Mi padre empezó a oír el run run en el pueblo de que se la tenían jurada y de que iban a ir a por él, por rojo, porque era un poco o un mucho bocazas y en la barbería se le iba la lengua algunas veces, aún más si había un par de litros de vino de por medio, hablando mal de los de derechas.

Un buen día, de madrugada, sin decírselo ni al cuello de su camisa salió zumbando para poner tierra por medio y se pasó a la zona roja. Luego supe, siempre acaba uno por enterarse de todo, porque uno ha visto a otro y ese otro ha visto a alguien más, y uno ha dicho una cosa y aquél se la contó a éste, que huyó monte arriba, atravesando la sierra de Loja, desde El Salar hasta Alhama y desde allí, campo a través, haciendo la primera noche en un ventorro que llaman la Venta de la Gallina y que creo que aún existe, llegó hasta Torre del Mar que es un pueblo de la costa malagueña.

Le pilló justo el éxodo de Málaga, una auténtica desbandada y una carnicería, porque las criaturas iban con lo puesto, sin agua ni comida, huyendo de las tropas fascistas que estaban a punto de caer sobre la ciudad y, cuando andaban por la carretera de la costa para llegar hasta Almería, los bombardeaban desde el mar, los cañoneaban sin compasión desde los barcos. Familias enteras fueron masacradas en una matanza auténtica y sin posibilidad de defenderse, como si estuvieran jugando con ellas al tiro al blanco. A duras penas pero con la suerte de su lado, consiguió llegar a Baza, otro pueblo grande de Granada que era zona roja. Se consiguió instalar y no sólo instalar,

sino vivir de putísima madre, porque se colocó en el hospital. Como sabía hacer curas, sacar muelas y poner inyecciones, en aquella situación de precariedad, su estatus era el mismo que si fuera un neurocirujano de tres pares de huevos. Por si fuera poco, debía de vivir el tío como un rajá porque además de trabajo fijo y especializado, ya sabes que a los que curan siempre les regalan los gallos más gordos y los melones más dulces, el tío en sus ratos libres explotaba su buena planta y sus habilidades musicales.

Yo nunca lo oí, que eso no lo practicaba en familia y las juergas las dejaba para los de fuera, pero me decían que era un gran músico, aficionado, pero que tocaba el laúd y la bandurria y cualquier chisme de cuerda que le pusieran delante. Con tales ingredientes no le fue muy difícil encontrar un sitio cómodo donde dar con sus huesos y no estar sólo sino bien acompañado.

A raíz de su huida, los fascistas del pueblo, los maldicientes, los envidiosos, vieron confirmadas sus sospechas de desafección al régimen y vieron el cielo abierto. Tú sabes que, en la guerra, como en la inquisición, como en todas las situaciones en que los derechos son vulnerados con facilidad, se tiende a hacer extensivas las culpas, reales o supuestas, a todo el ámbito familiar. Se perseguía en la persona concreta y se perseguía y se pagaba en todo el ámbito cercano a ella. El acoso, el vacío, las amenazas, el permanente estado de vigilancia, hizo insoportable seguir allí. Yo duré ocho o nueve meses todavía y a principios del año 39, otra decisión equivocada porque ya estaba claro que la guerra la ganaban los facciosos, salí zumbando siguiendo el mismo camino que mi padre. No me empleé en buscarlo para no comprometerlo, que a mí nunca me ha gustado meter a la gente en líos y siempre he querido resolver solito mis problemas. Además, teníamos noticias de que estaba tan instalado como médico y practicante, y forense y dentista, y la biblia en pasta, que hasta se había buscado una novia y estaba a punto de tener un hijo. Yo no sé si esto sería cierto del todo o una habladuría más, pero ya te he dicho que siempre me ha gustado ir a mi aire y ser independiente y no tuve ni siquiera la tentación de llegar a Baza y pararme a comprobarlo.

Un breve parón en su historia para sorber un trago de cerveza me hizo levantar la mirada de mis notas ante el silencio inesperado.

—Seguí camino hacia el norte intentando llegar hasta Alicante porque sabía que esta ciudad resistía, era todavía zona republicana y desde aquí se estaba organizando la evacuación de mucha gente que llegaba huyendo desde todas partes. Tardé casi un mes en llegar, comiendo lo que podía, durmiendo donde podía, con piojos, con fiebres y pasando más fatigas que Caín, que Judas y el santo Job juntos.

Tampoco me quise parar en Orihuela. Mi hermano Pepe, unos años mayor que yo, estaba allí en una especie de colegio o de academia donde estudiaban los republicanos guardias de asalto. Tampoco quise crearle problemas ni obligaciones porque, seguramente, él tendría ya bastante con los suyos. Pasados los años, supe que cayó preso y murió en un batallón de trabajo cerca de Larache, en un sitio que llamaban Alcázarquivir, en Marruecos. Ésa era otra conducta habitual en el fascismo, se empeñaban en pervivir, en hacer grandes obras. No sé qué cojones harían en Larache ni para qué picarían piedra allí, pero fíjate tú, aquí, el Valle de los Caídos, por ejemplo, ¡qué empecinamiento, pasar a la posteridad a costa de la sangre y el sufrimiento de los derrotados!

IX

DE SU VIDA EN ALICANTE Y TÁRBENA

—En la ciudad de Alicante no me fue mal del todo, al final, incluso me fue muy bien. Alicante fue un embudo en el que convergían gentes de todos lados buscando desesperadamente una salida por la que escapar y salvarse. De inmediato me di cuenta de que todos aquellos barcos que salían para Argel, para Orán o para Marsella, no tendrían un sitio para mí. También en la República, tan democrática y tan respetuosa con el ser humano, había clases. Siempre he sido de la opinión de que un hombre, mientras tenga dos manos para trabajar y buscarse la vida, puede salir adelante y, en el campo, mi instinto de supervivencia y mi capacidad de adaptación, me hacían estar seguro. Mi suerte era ser muy joven, porque el hecho de tener entonces quince años o por ahí, hacía que a mí en mi permanente huida, se me viera como un pordiosero, un vagabundo o un mendigo huérfano, y nunca como un peligro, un rojo o un fascista fugitivo, dependiendo de la zona en que me hallara. Mi condición física y mi aspecto incluso, eran penosos. Mal comido, mal vestido, sucio... era imposible pensar en encontrar un sitio en el que buscarme la vida porque aquí y entonces todo el mundo era pobre de solemnidad, todo el mundo estaba necesitado y no había donde mendigar ni siquiera dónde robar.

Alicante era una ciudad cada día más sitiada, llena de miseria y de angustia, de gentes que venían de cualquier sitio buscando un hueco en un barco en el que huir. Ni la peor de las suertes es permanente, de pronto se abre un resquicio y ves una luz o un clavo al que agarrarte. No se me olvida que era el día de San José del año 39, nunca me han importado las efemérides ni los cumpleaños y no soy amigo de recordar fechas ni aniversarios para celebraciones, pero ésa la tengo grabada. Estaba sentado en un tranco cerca

de la casa de Socorro por ver si me caía algo y podía llenar, aunque fuera mínimamente, el estómago que llevaba muchos días ladrando de puro vacío. Se situó junto a mí un chaval, un poco mayor que yo. Si yo andaba entonces por los quince o dieciséis años, vamos a pensar que él tenía veintiuno o un par de ellos más. No sé si estaba esperando a alguien o si aquel encuentro fue parecido al que tuvimos tu y yo hace unos días. Nos miramos y creo que establecimos desde el primer instante una corriente afectiva, como dicen ahora los psicólogos, de complicidad y camaradería, como si nos conociéramos o tuviésemos algo que ver desde hacía tiempo.

Tras una sonrisa amistosa, me preguntó directamente: “¿Parece que no te van muy bien las cosas?” “A nadie le van bien las cosas en este puñetero país, que ya no sé si puede llamarse así”, respondí de inmediato. “Yo llevo huyendo más de un año y todavía me pregunto por qué lo hago. No me he metido con nadie, no he hecho daño a nadie, no he cometido ningún delito aunque no sepa bien siquiera qué es eso. No he robado, no he matado, no he levantado infundios, no he malmetido a nadie contra nadie y llevo meses andando, buscando un sitio donde poder vivir, que tampoco es tanto. Sólo pido vivir tranquilo ganándome el pan que pueda y me haga falta comer”.

“Me llamo José Moncho, se presentó mi nuevo amigo, no soy ningún potentado, no tengo muchas tierras ni dinero. Soy un labrador mediano solamente. Vivo en Tárбena donde trabajo mi tierra y la de mi familia. Allí no pasamos hambre y por ahora parece un sitio más o menos tranquilo. Si quieres te puedes venir conmigo. Si eres capaz de trabajar para ganártelo no te va a faltar un trozo de pan ni un rincón donde dormir sin pasar frío. Ya veremos cómo lo organizamos. Tú no hables, ni digas nada de política. No sé quién eres ni me importa y no pienso hacerte una historia ni una investigación personal. Eres un huérfano, tus padres han muerto en un accidente, no eran ni de derechas ni de izquierdas, ya veremos si cuando cambie esto tendremos que inventar otra versión, aunque evitando siempre significarse que nunca sabe uno cuándo va a cambiar la tortilla, y tú has aparecido allí por casualidad. Tu edad es una protección porque con quince años no ha podido uno estar metido todavía en muchos follones”.

Tomó aire y lo soltó muy lentamente. Entornó la mirada con ojos cansados de esos que han visto hasta lo que no querían ver. Se pasó la mano por la frente, apartando con la palma un flequillo inexistente, y continuó.

—Si tengo que decir la verdad, me mosqueó el ofrecimiento. Algo me decía que aquel hombre, aunque era un chaval yo lo veía como un hombre mucho más mayor que yo, era buena gente. Algo dentro de mí me impulsaba a fiarme de él. Acepté de inmediato y pocas decisiones he tomado en vida que se muestren más acertadas. Yo sabía que iba a ser capaz, si me la daban, de aprovechar la oportunidad de ganarme la vida, de crecer y vivir sin hacer daño, sin molestar a nadie ni soportar que me molestaran a mí.

No recuerdo bien qué había venido a hacer José a Alicante. Ya había terminado lo que fuese y de inmediato nos pusimos en marcha hacia Tárбena adonde llegamos al día siguiente, que entonces todo eran caminos para hacer a lomos de mulo y los setenta kilómetros por cuestas empinadísimas y por barrancos casi inaccesibles eran una aventura en toda regla, como si ahora pretendieras ir al otro lado del Mediterráneo más o menos. Precisamente en este lugar, en la Venta Figueral, en esa casa en obras que se ve ahí enfrente, al otro lado de la carretera, tuve mi primer alojamiento decente, acogedor y tranquilo en mucho tiempo. José Moncho, del que ya te hablaré, que hace falta tener mala suerte y es más normal que la tengan peor las buenas personas y en cambio los cabrones redomados salgan siempre de rositas, fue para mí mucho más que un hermano, y mejor que si lo hubiera sido se comportó conmigo. También fue como mi hermano Jesús Molines, primo de José y unos años menor que yo. Por ése te he pedido que me traigas aquí en vez de ir al sitio que tú tenías pensado. Estoy seguro de que Jesús aún vive, que era un tío fuerte como un roble, y estoy más seguro aún de que se va a alegrar de verme como yo me voy a alegrar de verlo a él.

Ver tras muchos años a quien se portó bien contigo es una satisfacción que todos disfrutamos en algún momento. La nostalgia y el agradecimiento suelen darse la mano.

—Vamos a terminar de comer algo en este sitio tan lleno de recuerdos, que ya son horas y a mí no me gusta presentarme de improviso ni meter en

compromisos a nadie. Si entramos ahora en casa de Jesús, estoy seguro de que la tira por la ventana para darnos de comer que en mi vida he visto a un hombre más generoso y más espléndido. Yo quiero llegar, a la calle San Antonio, a cincuenta metros de la Iglesia y cogerlo justo en la hora de la siesta. Así tendremos tiempo de charlar, de recordar nuestros viejos tiempos tranquilamente. Y tú, ya puedes ir preparando la libreta y relajando el brazo porque esta tarde, si Jesús vive en el mismo sitio, vas a tener oportunidad de escribir una novela entera sólo con lo que nosotros charlemos.

Dimos buena cuenta, en plan picoteo, sin pedir ningún plato consistente y de cuchara, de dos buenos platos de embutidos del terreno, incluida la sobrasada que los de Tárbena aprendieron a hacer cuando fueron repoblados por los mallorquines, después de la expulsión de los moriscos. Cuando era justo la hora del café nos encaminamos, apurando las últimas curvas, hasta la plaza de la Iglesia de Santa Bárbara. A cuarenta metros escasos, nos acercamos al número 24 de la calle San Antonio, sin llamar siquiera a la puerta, Diego empujó suavemente y dijo en voz alta:

—¿Quién vive?

—Gente decente y buena —contestó una voz masculina y afable desde el interior— ¡Adelante, hasta la cocina!

Nos dirigimos hasta esa cocina a la que nos invitaban y nos salió al encuentro un hombre fuerte, de aspecto saludable y risueño, de setenta y tantos años muy bien llevados. Cuando su mirada se encontró con la de Diego, ambos se quedaron paralizados. Cada uno dijo quedamente el nombre del otro y de inmediato, sin pronunciar una palabra, se rindieron en un abrazo fraternal, energético y prolongado. Cuarenta y muchos años llevaban sin verse y sin ningún contacto pero me dio la impresión de que no se habían separado ni un segundo. Jesús, aún emocionado nos invitó a sentarnos, y con el café y el ponche, Diego le explicó la tarea que él y yo nos llevábamos entre manos, y comenzaron a desgranarse los recuerdos.

—Cuéntale a éste —le exhortó amigablemente Diego— cómo fue y cómo aparecí yo por aquí, por Tárbena, tres o cuatro días antes de que se diera la guerra por terminada con la victoria fascista. Apenas una semana antes de que

cayeran por Alicante las tropas italianas del general Gambara y apresaran a media humanidad allí, a todos los que no habían cabido en el último barco que salió del puerto cargado de refugiados que huían, el Stanbrok. Todos ellos dieron con sus huesos en el campo de concentración de Los Almendros, en las afueras de la ciudad entonces, en la carretera de Valencia donde ahora hay una gasolinera y un comercio de esos a lo bestia. Otros fueron a parar al campo de Albatera y al final casi todos recalcaron en la cárcel de Benalúa a la que llamaban, para que sonara bien y quedara piadoso, Reformatorio de Adultos de Alicante.

Otra vez la justicia al revés: los que no habían respetado la ley, ni la voluntad del pueblo, ni los poderes democráticamente constituidos, o sea, los golpistas, querían reformar y rehabilitar a quienes habían sido fieles al estado de derecho. Así ha funcionado esto durante cuarenta y tantos años. Ése reformatorio, o la libertad saliendo del mismo, no fue el final de mucha gente de la que cayó allí. Varios centenares, aún acabada la guerra, fueron paseados después de hacerles un simulacro de juicio justo y fueron fusilados en el cementerio de Alicante, que lo que llevaron a cabo después, Franco y sus secuaces, fue una política de exterminio del contrario. No había oposición ni crítica ni disidencia de ningún tipo porque cualquiera que oliera a disidente estaba huido en el extranjero, estaba en la cárcel o estaba en el cementerio con un par de tiros bien dados. Sobre esa base se sustentaron los cuarenta años de paz y de prosperidad franquista.

Mientras Diego hacía estas reflexiones, Jesús asentía en silencio dando la razón a su amigo, como si se hubiesen puesto de acuerdo unos minutos antes. Saboreando ambos el mismo ponche, Jesús tomó el relevo.

—Yo soy siete años menor que Diego. Me acuerdo como si fuese ayer mismo del día que apareció por Tárrega. Mi primo, José Moncho, que había estado en el ejército republicano, tuvo que ir a Alicante, yo no sé para qué. Había vuelto del servicio e intentaba pasar desapercibido en el pueblo, lo mismo que tantos otros, que acabada la guerra pretendían rehacer su vida e intentaban olvidarse de las penalidades y las fatigas sufridas. José era un hombre bueno y solidario. Nunca, si podía, dejaba de echar una mano al que lo necesitaba. Se encontró con Diego, empezó a hablar con él, vio que necesitaba ayuda y se lo

trajo al pueblo sin preguntar más. Diego, no es porque esté ahora delante — quiso dejar muy claro — no nos defraudó. Vivió con nosotros como uno más de la familia y como tal arrimó el hombro y trabajó todo lo que hizo falta. Vivía abajo, en la caseta de Figueral, o aquí, donde vivíamos nosotros, vivía él. Sin distinciones. Lo mismo labraba, que cavaba olivos. Recogía aceituna, algarrobas o almendras, segaba o acarreaba agua a los aljibes con los mulos, que esto del agua potable y por tubería es una cosa de hace veinte años.

Aquí, en Tárбena, no hubo grandes desmanes en la guerra. Como en todos los sitios siempre hay algún bárbaro y en los primeros días, unos cafres, quemaron varias estatuas de santos y causaron destrozos en la iglesia. Don Vicente Perles, una gran persona y un gran maestro, dile a Diego que te hable de él, que aparte de mi tío fue el que le dio clase durante muchos años, se intentó oponer a los destrozos pero no lo consiguió, pero hemos de entender que fue un episodio de salvajismo aislado.

Fíjate cómo serían aquí las cosas, con sus enfrentamientos lógicos y sus rencillas y sus peleas, como en todos los sitios, que hasta Ángel Ripoll que era presidente del Frente Popular y de Izquierda Republicana, ayudó a salvar al cura llevándolo disfrazado a Valencia porque, claro, esto era un pueblo pequeño y tampoco podíamos garantizar que no vinieran gentes de otros sitios a organizar tragedias. Los de derechas tuvieron hasta suerte porque las tierras que se les incautaron, fueron trabajadas en una gestión como una especie de comuna y, cuando las recobraron al acabar la guerra estaban mucho mejor que antes.

A los abuelos suele reprochárseles que cuentan batallitas, que se pasan el día hablando de cosas que a nadie interesan, a nadie que sea, desde luego, un imbécil integral.

—Hubo un par de visitas a Tárбena, matones ultraderechistas para hacer paseíllos, pero los paró un tío que los tenía bien puestos, Fernando Ripoll, el alcalde, que los dejó bien avisados de que aquí no iban a organizar carnicerías. Murió gente, claro, veintitantes en el frente porque eso sí que es verdad, que todos los jóvenes en edad de estar en filas fueron al frente en la zona republicana. También murieron algunos en la cárcel porque al acabar la guerra

los ajustes de cuentas de los que ganaron, ¿no se dice eso de que la historia la escriben y la organizan los vencedores? Fueron igual en todos los sitios y nadie podía ponerse enfrente.

—Tiene más razón que un santo mi amigo, Jesús —terció Diego, sin poder contenerse—. José Moncho Perles, primo de Jesús y sobrino de mi maestro D. Vicente, el que me dio media vida al decirme en Alicante que me viniera con él, fue uno de los varios derrotados de la república que volvieron al pueblo desde el frente y uno de los que pisaron la cárcel. Aunque él no murió en ella, salió de ella tocado y murió a los pocos años. Nunca le estaré agradecido bastante —dijo Diego en un tono de voz, de recuerdo respetuoso, como nunca hasta ese momento le había oído—. Hacia mediados del mes de abril, me acuerdo perfectamente, creo que mejor que Jesús porque yo era bastante mayor que él y me daba más cuenta de las cosas, ya estaba el pueblo en manos del fascismo por completo, ya no era alcalde aquel tío con cojones, sino un hombre de paja, un pelota franquista que se llamaba Miguel y se erigió en cabeza de los ajustes de cuentas, con la ayuda inapreciable del secretario del ayuntamiento que era el que redactaba las denuncias y los memoriales contra los vecinos “enemigos” del régimen.

Jamás me acerqué a él. Él no se acercó nunca a mí. El mero hecho de verme en su presencia me daba pánico y la verdad es que, para él, yo pasé inadvertido, que fue lo mejor que pudo pasarme, desde luego. Sobre el quince de abril del 40 se presentó en el pueblo un pelotón de militares buscando gente que reclamaba el Auditor de Guerra para hacerles un consejo. No te creas que hacerles un consejo, tú que eres picapleitos pero que no has conocido esa época, era darles recomendaciones sobre lo que tenían y no tenían que hacer. El consejo era de guerra, un juicio sumarísimo, un paripé de administrar justicia de esos que hacía Franco y del que salías con una cadena perpetua o con los pies por delante. Llegaron los soldados y se llevaron a cuatro. José Moncho iba atado con un amigo suyo que se llamaba Miguel Signes. En esas circunstancias, ir al lado de alguien que conoces, siempre puede ser un consuelo. Miguel Signes era también un buen hombre. Como todos los demás, que en esto los fascistas no se paraban en barras. Si eras contrario a su régimen, ya eras un criminal y eras encarcelable o fusilable. Era

maestro, muy preocupado por las nuevas corrientes pedagógicas y muy aficionado a la historia. Y tú sabes que toda persona que ama y conoce la historia, se impregna de inmediato de un sano relativismo. Pues a éste, como a los otros, lo detuvieron por colaborar con la rebelión y aún a día de hoy —sesenta años después— me cuesta comprender de qué rebelión hablaban si no era de la que ellos protagonizaron.

Los llevaron a la cárcel de Callosa, luego a la de Villajoyosa y después a la de Denia. Finalmente, y allí se quedaron, fueron trasladados a la de Benalúa en Alicante para el juicio sumarísimo que te he dicho. De nuevo se demostró verdadero el famoso aforismo: La justicia militar es a la Justicia, lo que la música militar es a la Música. Pero como hay que tener padrinos hasta en el infierno, José no salió del todo malparado, peor salieron los otros. Que te cuente Jesús, cómo y por qué salió de la cárcel después de estar sólo seis meses.

—Ya lo ha dicho Diego casi por completo. En el pueblo había una maestra que fue una bendición. Se llamaba Doña Remedios y se casó con un hijo de aquí. Cuando llevaron preso a José

Moncho ella se lo tomó como cosa propia. No se podía creer que una buena persona como él, un hombre que jamás había hecho daño a nadie sino todo lo contrario, acabara en la cárcel como un vulgar maleante. No digo yo que los demás tuvieran que estar en la cárcel, sólo que doña Remedios intercedió por José aunque no le faltaran ganas de sacarlos a todos. Esta mujer estaba muy bien relacionada, procedía de una familia importante de Cartagena y su padre o su tío o no sé quién cercano a ella era, uno, alcalde de Cartagena y otro, jefe de arsenal militar. Esos eran auténticos pesos pesados y tomaron cartas en el asunto de José. Él fue a juicio dos veces, que nosotros sepamos, una vez a finales de junio y otra a finales de diciembre. El mismo día 28 lo pusieron en la calle. Pero él salió ya de la cárcel bastante tocado. Ya no estaba bien y empezó a empeorar. A pesar de los cuidados y de ir a los mejores médicos, murió de un cáncer de páncreas unos años después. Ya se lo dijo un médico de Valencia a la familia: pueden llevarlo donde quieran, los mejores especialistas están en Barcelona, pero se gastarán el dinero para nada. Y así fue, aquel cáncer no tuvo arreglo.

—Yo —lo interrumpió Diego— sentí su muerte como la de un hermano y aún más. Nunca, mientras esté vivo, olvidaré el gesto de José para conmigo. Sin conocerme, sin saber nada de mí o de mi pasado o de mis posibles fechorías y los peligros que pudieran conllevar, se fió, desperté su lástima, o mejor dicho, su espíritu solidario, y me cogió de su mano mucho más que si fuera familia. Me cambió la vida y me procuró, sin lugar a dudas los años más felices, más tranquilos y más fecundos de mi existencia. José, aquí pasa como en todos los pueblos pequeños, que todos son parientes más o menos cercanos de todos, era sobrino de Don Vicente Perles Moncho y éste, además de Jesús que era mi compañero de correrías, de cazar lagartijas, de buscar nidos y pájaros, de jugar por los barrancos, de subir corriendo hasta la “caseta des moros,” fue el otro gran hallazgo de mi vida.

Yo llegué aquí siendo un analfabeto total y Don Vicent, el mestre, me abrió los ojos como nadie hubiera podido hacerlo. Este hombre era el típico señor honesto y cabal, de una rectitud de carácter increíble. No ambicionaba riquezas, no amontonaba dinero ni tierras. Era un hombre generoso, progresista, libre e inteligente y no digo más porque tampoco quiero que esto sea un panegírico. Actuaba siempre según el dictado de su conciencia y, desde luego que la tenía recta y bien formada. Sufrió en este pueblo lo que no está en los escritos, que por unos y por otros fue maltratado. Mucho antes de la guerra, cuando la Dictadura de Primo de Rivera, hasta lo desterraron, por celos por envidias cochinas, a un pueblo de Zaragoza que se llama Aguaron. Nadie como él hizo bien por este pueblo y nadie fue tan aperreado por él.

—Yo ni siquiera había nacido cuando pasó eso —intervino Jesús— pero me han contado cien veces la tristeza que llenó el pueblo cuando se fue y la alegría que se llevaron casi todos, menos los envidiosos, cuando pudo volver. Siempre ha habido rencillas y rencores en este pueblo. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que después de la guerra, porque lo consideraban una persona peligrosa y de izquierdas, le quitaron la carrera de maestro y lo echaron de las escuelas que él contribuyó a crear. Peor incluso les fue a otros, que ya era pública la noticia de que si los republicanos mataron curas, los fascistas se dedicaron a enterrar el país en la ignorancia, fusilando a maestros y a

catedráticos, para que no hubiese intelectuales que pudieran llevar la contraria ni criticar al nuevo estado que ellos instalaban.

—D. Vicent, el mestre —retomó casi con urgencia el diálogo Diego, pugnando por exprimir sus recuerdos lo mismo que Jesús— pudo sobrevivir porque la gente no es tonta y sabe a quién le puede confiar la educación de sus hijos y a quién no. Él daba clases particulares en su casa y las tenía siempre llenas, porque todos los que iban aprendían y sacaban los exámenes y hasta más de una carrera de maestro se hizo aquí sólo con su enseñanza. A mí, sin ir más lejos, me conoció a los pocos días de llegar al pueblo con José, cuando éste me recogió en Alicante. El veía, porque luego me lo dijo, que yo era un chaval serio y trabajador, que era observador y no había que decirme las cosas dos veces. Un día me preguntó si sabía leer y escribir y las cuatro reglas, lo fundamental para que un hombre pueda andar por la vida sin ir pidiendo que le lean las cartas o se las escriban o le firmen un papel o le hagan poner una cruz o la huella, si va a pedir cualquier cosa oficial. Yo le conté que me podía arreglar a duras penas y que la escuela, por las circunstancias de mi vida, no había sido nunca mi fuerte ni el sitio más frecuentado porque siempre que había intentado permanecer en ella, un accidente u otro, una maldición u otra, habían echado abajo mis ansias de saber un poco más.

“Esto lo vamos a arreglar de inmediato”, me dijo D. Vicent. “Tú cada día, cuando acabes la faena del campo o termines con los animales o con la tarea que tengas, te vienes a mi casa que yo te daré lección primero y trabajo después para que no te aburras”.

Suspiró con el brillo de ojos del que recuerda algo muy grato que rumia por dentro. Se relamió con su recuerdo y tomó aire antes de continuar.

—Yo vi el cielo abierto, casi me tengo que pellizcar o darme un bocado o un corte para cerciorarme de que no soñaba. El inicio fue el encuentro con José Moncho, el siguiente paso fue encontrar aquí una familia que lo es más que la mía de origen, y el último, el mestre Don Vicent. Yo iba cada tarde a su casa y él, si no tenía algún compromiso que fuese imposible de eludir me atendía siempre como si fuese el mismísimo hijo del Papa. Con él vi que había una realidad distinta y que gente muy anterior a nosotros, había trabajado y había

escrito, dejándonos un legado inapreciable de cultura y de saber. Recuerdo que tenía encuadrada una a una, toda la colección de revistas de *La Esfera*, desde 1914 hasta 1928. Ni una sola dejé de leer, artículos científicos, hasta de Santiago Ramón y Cajal, cuentos, relatos literarios o de crítica política. Una maravilla para quien sólo sabía de campo y de montes aquí, y de secanos en mi tierra de origen. Con mi mestre tuve acceso a la *Historia Universal* de César Cantú, una joya antigua que estaba editada en Barcelona en el año 88, pero no en el que ha pasado hace nada sino en el del siglo XIX. También la *Historia Universal* de Guillermo Oncken, ésta un poco más moderna y editada por Montaner en Barcelona, que según parece es donde aquí se edita todo.

Don Vicent, que era también muy aficionado al periodismo y había sido corresponsal de un periódico llamado "Ahora", mientras se pudo editar, me dio a leer todas las obras completas de Larra, que las tenía editadas en 1866 por la Librería Europea de París. Tenía también otra colección encuadrada de la *Revista Ibérica* que iba desde el año 14 hasta el 36 editada por una imprenta de Tortosa que se llamaba "Moderna del Ebro", pero ésa me gustaba menos porque era más técnica, sobre el progreso de las ciencias y sus aplicaciones, decía. Y yo siempre he sido más de letras, de historia y de literatura. Con mi mestre, Don Vicent, conocí a los clásicos, y no sólo a los españoles, que esos hay que darlos por supuestos, sino también a Rousseau, a Tolstoi, a Moliere, Racine, a Zola y a cualquiera que se me pusiera por delante. Hasta una colección tenía el mestre, que se me quedó a medio leer por lo que después te contaré, que se llamaba "Universal de la Editorial Calpe", que estaba editada en los años 20 cuando el propietario y editor era nada menos que Vicente Blasco Ibáñez.

—¿Tú qué te creías, picapleitos? —dijo Diego dirigiéndose a mí en un tono victorioso de revancha y exhibiendo una vez más su amplia sonrisa desdentada— ¿Creías que sólo los abogados habéis leído cosas interesantes? Yo estoy convencido de que, a pesar de estar considerado el magisterio como una carrera menor, no puede haber mucha gente, yo por lo menos no la he conocido, con un saber más profundo y más extenso, más humanista en el pleno sentido de la palabra que el hombre que me desasnó. Posiblemente, con toda seguridad, esos fueron los años más fecundos de mi existencia, aunque

luego porque la curiosidad y el ser preguntón siempre me han podido, he seguido aprendiendo. Incluso en los largos años de cárcel, que parece que estaba predestinado, como mi mentor José Moncho, a ser habitante de la trena, he seguido aprendiendo cada día alguna cosa nueva, sobre todo a conocer a los hombres, que no hay nada tan intricado y tan difícil, tan lleno de recovecos y tan oscuro como el ser humano y las motivaciones que impulsan su comportamiento.

Ambos amigos, ya se había hecho casi de noche mientras desgranaban sus recuerdos, se quedaron de pronto en silencio, mirándose y haciendo un gesto casi idéntico, como un suspiro de resignación ante las fatigas pasadas, ante el tiempo irrecuperable, ante los seres queridos perdidos. Diego no quería dejar pasar la ocasión porque creo que deseaba poner fin a su compromiso conmigo, cumpliendo la palabra que me había dado. A pesar de haber oscurecido y del camino enrevesado que nos quedaba para volver a Alicante, siguió con su historia.

—Nunca debí marcharme de Tárrega. Si yo no hubiera sido un culo de mal asiento, si la naturaleza no me hubiera hecho de esta pasta tan jodida, me tendría que haber quedado aquí, haber buscado una muchacha buena y decente, que era lo que se estilaba buscar en esa época y haber intentado salir adelante, sin lujos, sin apreturas y sobre todo sin sobresaltos, pero debe de ser mi sino, andar siempre de acá para allá, a salto de mata, en precario y sin tener ni donde caerme muerto que aún soy capaz de palmarla en un rincón y que venga un municipal a multarme por arrojar desperdicios a la vía pública. Yo estaba, ya te digo y si no que lo certifique Jesús que está aquí delante y se acuerda perfectamente de todo, bien instalado. Comía todos los días y sabía ganarme lo que comía. Sabía trabajar y nunca me habría faltado un tajo en el que labrar, recolectar, sembrar, acarrear o lo que fuese y salir adelante. Eso es lo que tenía que haber hecho y eso es lo que no hice. Con el tiempo me dio por acordarme de mi tierra, sin saber bien que mi tierra era ésta y que era aquí donde había sido acogido y donde habría tenido que quedarme. Me acordaba de mi tierra y por momentos me invadía una especie de sensación rara, entre nostalgia y curiosidad, entre deseos de saber cómo habían evolucionado las cosas allí, y añoranza de un pasado que fue horrible pero que siempre se

idealiza y se ve idílico, como ya avisó ese de las coplas a la muerte de su padre, que a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor.

—Y bien que sentimos que se fuera —terció Jesús, remarcando su aseveración con tono contundente— porque era igual, igual, igual que uno de nosotros. De la familia para todo.

—No sé si me pudo la curiosidad y la añoranza o fue un mal fario o un mal de ojo que me echó algún tuerto. El caso es que a los muchos años volví y aquí se empezó a torcer de verdad y definitivamente mi historia. Mi padre, que era un espabilado y un superviviente, a alguien habré tenido que salirle, no estaba en El Salar. Tras la guerra y a pesar de haber estado en la zona roja, en el Hospital de Baza que ya te he contado, aterrizó en Granada y algún enchufe o alguna recomendación se tuvo que buscar porque ni siquiera fue a la cárcel.

Debió de ser un precursor de los cambios de chaqueta que ahora tanto se llevan, que ves a un tío en un partido y a los pocos meses o días, lo ves en otro y luego en otro distinto, y en todos, a pesar de que pregone bien alto que busca sólo el provecho de la sociedad, no busca nada más que el provecho de su puñetero hocico. Tragar como un cebón todo lo que pueda y más. En fin, que mi padre, ya te he dicho, no sé cómo cojones se las arregló, ni qué papeles de buena conducta y fidelidad al régimen se agenció, que el tío no pisó ni la cárcel. En eso, aunque no llevara su sangre se parecía a su suegro. ¿Te acuerdas del abuelo del que te hablé ayer, mi abuelo Elías, al que yo no conocí? ¿Te acuerdas que te conté que puso una casa de comidas en Loja y que luego aumentó el negocio y hasta metió putas a trabajar allí? Pues ése era el modelo creo yo.

Me contaron a mí de pequeño, que además de la fonda, se dedicaba a tratar con todo lo tratable, al trapicheo que se dice ahora, compraba, vendía, hacía de intermediario, ponía a unos en contacto con otros... un agente comercial de principios del siglo XX, vamos. Pues me contaron que hasta en esos primeros años del siglo se metió en política, en un partido de derechas que había en aquella zona y que se llamaban a sí mismos “Gonzalistas”. Eso tú, que tienes cultura y posibles, tienes que investigar quiénes eran. Pues se metió a la política y hasta daba mítines por los pueblos buscando secuaces, gentes afines

a su causa, para utilizarlos, que es lo que buscan todos los políticos. Dicen que en un mitin, cuando estaba hablando este abuelo mío, uno de las primeras filas se cagó en su madre. Ni corto ni perezoso, se bajó de la tarima, sacó una pistola vieja que llevaba en el refajo y le pegó un tiro en la boca. Date cuenta tú, qué fichaje de abuelo. ¡Bueno! Pues tampoco fue a la cárcel. No sé cómo, pero se libró y el del tiro se quedó con él pegado y con la boca jodida, me imagino.

Ya se me ha ido otra vez el santo al cielo. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, que mi padre, después de volver de la zona roja, no fue al talego. Cogió en Granada, cerca de la cuesta que sube hasta la Alhambra, en un sitio que llamaban la calle de la colcha, un traspaso de una barbería y empezó a trabajar como si con él no fuera la película. Al poco tiempo le surgió otra oportunidad y ahí encontré yo la perdición. ¿Te lo cuento ahora o lo dejamos para mañana?

—Cuéntamelo ahora —dijo yo de inmediato— ya que estamos metidos en harina. Si Jesús no tiene prisa y sigue siendo así de hospitalario con nosotros, yo aguento lo que me eches. De todas formas ya vamos a llegar tarde a Alicante y mi boticaria está acostumbrada a que no aparezca por casa en todo el día desde que te encontré, que eres un diamante en bruto al que voy a intentar sacarle todo el jugo posible. Bronca es ya seguro que tengo. Me inventaré algo para capearla o me sacaré de la faltriquera algún arrullo o alguna caricia, o algún mimo aunque sea más falso que las promesas de amor de un chulo de putas, o le contaré algún cuento para engatusarla, que ya sabéis de sobra que a las mujeres se las gana por la oreja.

—Por Jesús no hay problema en que sigamos hasta que nos den las tantas. No hay cosa que le guste más, si es que no ha cambiado mucho, que una buena tertulia, y recodar los viejos tiempos y una charla de amigos. Y ya te he dicho que nosotros, más que amigos, somos hermanos, que juntos nos hemos criado y a esta familia le debo yo media vida, por no decir que la vida entera —tras la aclaración y unos leves carrasperas para despejar su garganta continuó hablando—. Sigo con la historia y a ver si la dejamos ya cuadrada y terminada, que esto va a parecer el cuento ése de la mora de las mil y una noches, cuando andaba sacándose historietas de la manga para evitar que le cortaran el pescuezo.

Vuelve mi padre a Granada y anda capeando el temporal como puede y no pisa el talego que era lo que le correspondía, porque los franquistas metieron en la cárcel a media humanidad, hubiera o no motivos. Fíjate si no, lo que hicieron con el que me recogió, con José Moncho. ¿Le había hecho él daño a alguien? No. ¿Estaba metido en política? No. Sólo hizo la mili donde le tocó, como tantos otros y pensaba como le daba la gana, como hace todo el mundo porque el pensamiento no puede obligarse a ir en una determinada dirección. Se puede fingir, se puede falsear la realidad, pero por dentro, cada uno es libre de ir en una u otra dirección. José, si no llega a ser por Doña Remedios, se pega una campaña en Benalúa que no le da tiempo ni a morirse en su cama y la palma allí de cáncer lo mismo que Miguel Hernández la palmó tísico. Pues mi padre sobrevivió y se fue de rositas sin pagar ni un día de cárcel, después de haber huido de El Salar y de haberse pegado toda la guerra en el Hospital de Baza ejerciendo de médico prácticamente aunque no tuviera el título.

Estando en Granada, se entera de que una prima hermana suya se ha establecido en un pueblo de la vega granadina que se llama Huétor Tájar. Ése era un pueblo antiguo y bien antiguo. Una especie de campamento moro de cuando los moros andaban por allí que fue repoblado, cuando los echaron, por colonos cristianos traídos del norte. Un calco de lo que hacen ahora los judíos con los palestinos, para que te aclares. Llegan los Reyes Católicos, les pegan un palizón a los moros, les quitan las tierras, los expulsan para que no den la murga y... el muerto al hoyo y el vivo al bollo, que dice el refrán.

Este pueblo y sus tierras, que son fértiles como hay pocas, fue una concesión que hicieron esos reyes, según me han dicho a mí que tú ya sabes que no soy doctor en historia, a un tal Álvaro de Luna, un descendiente bastardo de Enrique III. No del IV, que ése era el que apodaban El Impotente, y si lo llamaban así no estaría el hombre para muchos trotes. Si no atendía a la central, no estaría como para andar poniendo sucursales, no sé si me explico. Bueno, que no quiero que se me vaya la olla y no me voy a meter en honduras históricas ni voy a remontarme al paleolítico. El caso es que ese pueblo, al menos en las épocas antiguas y como todos o muchos de los pueblos andaluces, era un pueblo de caciques, de ricachones forrados y de pobres que

andaban detrás de esos ricos mendigando un jornal o una limosna, que para el caso, eran casi lo mismo.

En el siglo XIX, según dicen, la dueña del pueblo era la Duquesa de Montijo, Eugenia, la que se casó con Napoleón III. La Duquesa de Teba y Portocarrero no tuvo hijos pero sus descendientes vendieron las tierras a quienes quisieron y se las pagaron como ellos pretendían, que les interesaban una mierda las fincas de Huétor, pero mucho el dinero que podían sacar por ellas. Después de la guerra, con Franco ya subido en el machito, los amos eran un notario cuyo nombre no recuerdo, un médico que se apellidaba Escobar y un militar que se llamaba, si mal no recuerdo Guillermo García Valdecasas. Todo esto según me contaban a mí y según yo me acuerdo, que cada vez me falla más la memoria y esto tiene que ser señal de que ya anda rondándome Mulana.

No me quedó más remedio que interrumpirlo y preguntar rápido.

—Diego, es la segunda vez que nombras al tal Mulana ése y yo no he oído hablar de él en mi vida. ¿Por qué no te explicas y nos dices ya quién leches es ese personaje?

Una carcajada, que puso una vez más al descubierto su falta de dientes, resonó fuerte antes de que empezará a contestar.

—Mulana, además de historiador tampoco soy teólogo ni experto en el Islam, es una especie de divinidad o de diablo de los moros, de algunos moros que ya sabes que las divinidades y las potencias oscuras suelen ser locales y cada uno tiene la suya a la cual rezarle y contarle sus cuitas y pedirle protección y favores. Ya te he dicho que uno de mis hermanos murió en un campo de trabajo de Alcazarquivir, en lo que llamaban el Sáhara Español, cerca de Larache. Pues en la cárcel conocí yo a un moro de allí, que debió de ser un precursor en el tráfico de griffa, de kifi y de hachís. Este moro fue el que me contagió mis creencias y mi devoción por Mulana porque le echaba al tal Mulana la culpa de todo lo que le pasaba, fuese bueno o malo. Así evitaba el dualismo y se ahorraba un personaje extraterrestre y poderoso. No tenía que optar entre Dios y el Diablo porque con uno tenía bastante para los dos y para tener alguien a quien echar la culpa de las circunstancias adversas y de las favorables.

Tras la pertinente aclaración prosiguió con el relato.

—Bueno, vamos a dejarnos de teologías y vamos a apartar a un lado el santoral que nos van a dar las del alba. El cacique aquél, el militar, que era uno de los dueños del pueblo después de la guerra, iba poco por allí por no decir nada. Tenía un personaje interpuesto, un mayordomo, un hombre de paja, un factótum, un manijero que le llevaba los asuntos de las tierras y de todo lo concerniente a sus intereses. Ese tío, está claro, era también un personaje influyente y mandaba de cojones. Imagínate tú un coronel del ejército en la España de Franco, recién acabada la guerra y en la Andalucía profunda, que se dice ahora. Pues tuvo mi padre la suerte, y eso creo que fue lo que lo libró de la cárcel en aquellos años inmediatamente posteriores a la guerra, de que su prima hermana se casara con el hombre de confianza del cacique. Por ahí se escapó, que unos nacen con estrella y otros nacemos estrellados, y unos tienen una flor instalada en el culo y a otros nos caen los clavos del cielo porque estamos destinados a ser martillos desde antes de nacer. Tuvo suerte porque no es que no le intentarán buscar las cosquillas, que lo intentaron y estuvieron bien empeñados en ello. Cuando él llegó al pueblo y se instaló, era competencia para los barberos que ya había. Él llegaba de Granada con los sillones esos que giran y se retrepan, nuevos flamantes. Y además llegaba con el rollo de las muelas y de las inyecciones.

De inmediato los otros barberos, se chivaron y se fueron al comandante de puesto a denunciarlo por comunista que era lo que se estilaba. El comandante se puso manos a la obra en busca de la medalla al valor o a la entrega o a la dedicación por la causa fascista y, si no llega a ser por el secretario del cacique, el barbero, la barbería y todos los utensilios, acaban donde acabé yo unos años después porque por mí no pudieron o no quisieron hacer nada.

—Y dicho esto —interrumpió Jesús—, vamos a tomamos un tentempié con unas cervezas porque tanta charla no puede ser buena sin echar gasolina al cuerpo, que todo necesita combustible para funcionar.

—Ya te he dicho —continuó Diego tras dar dos sorbos largos al vaso que le acababan de llenar— que a mí, cosas de la juventud y de la inexperiencia, que el buey no es de donde nace sino de donde pace, a mí, después de tantísimos

años en Tárbena, y de ser feliz aquí y de tener una familia, y de estar más tranquilo que un marrano en un charco, me empezó a rondar la idea de volver a mi tierra. Ese run run, maldita sea la hora en que le di cabida en mi cabeza y no lo deseché de plano, se empezó a convertir casi en una obsesión, en una necesidad inaplazable, misterios de la cabeza humana que no para quieta y a veces no deja de crear problemas. Sentía yo, me acuerdo perfectamente, como una especie de llamada irracional, la llamada de la sangre o del terruño o qué cojones sé de qué era. Total, que después de llevar un montón de años en Tárbena y estar adaptado y haber podido incluso establecerme y montar un hogar y una familia, humilde pero tradicional, no sé qué hado maligno me hizo volver a Granada.

Llegué a ese pueblo nuevo en el que mi padre, dos hermanas y un hermano pequeño, que mi padre además del lío que tuvo en Baza, y del que se despidió a la francesa, sin decir esta boca es mía y sin hacer frente a sus posibles responsabilidades, se había vuelto a casar otra vez, vivían felices y tranquilos como si nada hubiese pasado. Bueno lo de felices y tranquilos es un decir, que en aquella época oscura, dictatorial y militaroide, feliz y tranquila vivía poca gente, aunque a él, bajo la protección del subordinado del cacique dicho, no lo volvieron a molestar jamás. Mi padre nunca fue santo de mi devoción ni yo de la suya, y mi llegada no le sentó bien ni mucho menos. Él sabía de mi existencia, sabía que yo no me había ido de España porque aquí todo acaba sabiéndose, pero nunca se imaginó que yo fuera a aparecer por allí y a intentar, por algo seguía siendo su hijo aunque con algunos lustros más, que me echara un cable para salir adelante.

Él ya estaba más o menos instalado, más o menos montado en su negocio barbero, de inyecciones, de curas urgentes y de sacamuelas.

¿Me echó una mano? En el caso de que me la echara debió de ser al cuello porque lo mismo que se movió con su prima y su marido, para librarse de la cárcel, se podría haber movido para que me librara yo. No merece la pena hablar de los meses de fatigas pasados. No merece la pena cabrearse ni hacerse mala sangre. Tendría que ser mi sino porque de lo contrario no se explica la fatalidad. En aquella España negra, algo queda de ella todavía, las envidias, los chismorreos, las ganas de pisar una cabeza para estar unos

centímetros más alto, eran el pan nuestro de cada día. Seguía y siguió durante muchos años la caza del rojo, del disidente, del comunista, del que no era afecto al régimen. Era un sistema del todo inquisitorial. Se podía meter a un tío en la cárcel y condenarlo por una mera sospecha, porque alguien había creído oír que el otro había dicho. Se denunciaba anónimamente, y te cogían los civiles y te daban de hostias hasta que cantabas lo que ellos querían escuchar. Si para que dejaran de partírtelo la boca tenías que reconocer que tú eras el toro que había matado a Manolete, lo reconocías, te comías el marronazo, pasabas al talego y al menos allí te podías llevar todavía algún repaso pero las posibilidades eran menores que en cuartelillos, comisarías, delegaciones de falange o demás oficinas facciosas. Ésa fue mi situación exacta, ni más ni menos.

Otro trago para desengrasar, otro suspiro para amortiguar los recuerdos, una nueva sonrisa cómplice con Jesús, y Diego siguió desempolvando su memoria.

—Comenzó a correrse por el pueblo la voz de que había llegado “el Diego”, que había estado mil años huido, escondido nadie sabía dónde, que era el hijo del barbero que salió huyendo de El Salar al poco tiempo de que los nacionales, los buenos, los salvadores de la patria, liberaran la zona de las hordas rojas marxistas. La conclusión era clara: si salió huyendo y ha estado tanto tiempo fuera, incluso sabiendo que su padre se ha ido de rositas con el elemento que era, es que algo temería.

Pongamos el carro antes que los bueyes. Que ha hecho algo es seguro, lo que hay que hacer ahora es averiguarlo. Partamos de que es culpable, que encontrar de qué y describir el delito cometido no será difícil. Todo indicio era mucho más que una sospecha, era una certeza absoluta de que a ese pueblo había llegado el peor hombre de los posibles.

No se deja ver mucho por los bares —murmuraban en los corrillos— no va a misa los domingos ni se pasea luego vestido con la ropa de fiesta por el tontódromo municipal, por donde se dejan ver todas las personas de bien que no tienen donde esconderse. No ha hecho los cursillos de cristiandad, no se ha apuntado a la adoración nocturna, es un bicho raro, no está casado como Dios manda y ni siquiera se descubrió y se puso de rodillas en la última procesión

del Corpus. Creo que uno de los elementos de perdición fue mi afición al cine y a la lectura. Discutí un día, una de las pocas veces que aterricé por el casino, precisamente con un imbécil terrateniente, también consorte, fíjate lo que son las casualidades de la vida, que era comandante de complemento, analfabeto y meapilas profesional. Yo creía que era una discusión puramente teórica sobre la teoría de la evolución de las especies de Darwin y el creacionismo católico, y el muy capullo lo tomó como un ataque despiadado a los principios fundamentales del Movimiento Nacional y a los soportes cristianos del Estado. Lo que tendrá que ver que el hombre proceda del mono y haya evolucionado, para que uno sea fascista acérrimo o defensor del comunismo libertario de Bakunin.

Pocos días después, un domingo por la tarde, fui al cine. Creo recordar que la película se llamaba “La isla de Arturo” y el cura, otro cabrón reaccionario con pintas, la había calificado como gravemente peligrosa. Era una película italiana. El tal Arturo era un joven que vivía sólo en una isla. Su padre iba a verlo con cierta frecuencia y, aunque el hijo lo adoraba, el padre no le mostraba ningún cariño. Una vez fue a verlo acompañado de su segunda mujer, ya tenemos el grave pecado contra la castidad y demás monsergas que contaba y con las que amenazaba el vividor del párroco. El hijo se enamora de ella nada más verla, eso al menos da a entender la película aunque no se manifestara de manera explícita. La película acaba —tócate los huevos de la situación aberrante—, viéndose cómo ambos, el chaval y la mujer, entran en una cabaña. El cura, que antes de la guerra era vendedor ambulante de lotería y al que hicieron cura con un cursillo rápido que le aprovechó de bien poco, había montado un follón del copón con la peliculita y en la Iglesia amenazaba a todo el que fuera a verla con las penas más crudas en el infierno.

Fue uno de los debates políticos, sociales y religiosos de más calado que han visto los tiempos en aquel sitio: se discutía si había que pegarle fuego al cine con la gente dentro o no. Me arreglé un domingo por la tarde, dentro de lo posible que era bien poco, y me fui al cine y vi la película pacíficamente. Dándole la razón al cura, tengo que confesar que la artista con la que el chico entraba en la cabaña al final, estaba como para hacerle todos los favores que ella quisiera y que me habría gustado ser yo quien se metiera en la choza con

ella. Aparte de eso, de alguna inevitable erección por lo excepcional de la película, y de unas enormes ganas reprimidas de dar salida a aquel potencial, que ya ni recuerdo a qué sabe, todo tranquilo. Terminó la proyección. Cuando salí del cine se me acercaron un par de individuos con cara más que sospechosa y me pidieron que los acompañase. Yo me quedé a cuadros y pregunté que adonde. Me enseñaron una chapa y me dijeron que ya me lo explicaría todo quien me lo tenía que explicar. Una respuesta muy clarificadora, como verás. ¿Quién me lo explicaría? El que te lo tenía que explicar, la respuesta y la pregunta eran idénticas para dejar las cosas claras. No quise montar un espectáculo ni quise perpetuarme en un diálogo de besugos. Subí al coche y aterricé en la capital en unas dependencias policiales que llamaban de la plaza de los lobos. Me metieron en un cuchitril y estuve allí dos días y medio sin ninguna explicación. No me abrieron la puerta ni para decirme buenos días o para darme agua. No me pegaron, que todo hay que decirlo. Desde que me metieron en el coche, hasta dos días y medio después que me llevaron a declarar, me trajeron con educación, o mejor dicho, me trajeron como si no existiera porque nadie me dirigió ni siquiera una palabra, ni buena, ni mala. Eso debió de ser una táctica, también inquisitorial. Si nadie te da razón de cuál es tu situación, ni de por qué estás allí. Si nadie te explica nada y te tienen tres días en ascuas, dándole vueltas a la cabeza y preguntándote que hostias habrás hecho para que te hayan enquistado, a los tres días vas a prestar declaración con las defensas por los suelos y, aunque sólo sea por el hambre, el sueño, el cansancio y la angustia, vas suave como un guante y dócil como un perrito faldero.

A los tres días... vamos a pegar otro trago —dijo Diego con aire de indiferencia, como echándose a la espalda las fatigas y los miedos, seguro de que ya no iban a volver— me trasladaron de la Comisaría a la cárcel, un edificio casi bonito por fuera, con su fachada de ladrillo visto y una gran puerta de color verde rematada por un arco que pretendía ser de medio punto. Antes de llegar a la cárcel y desde el furgón policial cerrado pude ver, porque ambas están cerca, hasta la plaza de toros de Granada, que ésa sí que es una obra de arquitectura preciosa o así me lo pareció a mí desde aquella furgoneta enrejada.

Ése fue mi bautismo taleguero, que me iba a terminar de marcar para toda la vida: la entrada en la cárcel granadina en calidad de preso provisional, sin saber por qué ni de qué me acusaban, y a disposición, según me dijo el primer funcionario que me tomó las huellas, del auditor militar en no sé qué procedimiento sumarísimo por un montón de delitos de los que los más seguro era que se derivara una condena a muerte ante un pelotón de fusilamiento. Me lo tomé con calma. Las palabras del boqueras, palabras de ánimo sin ninguna duda, me parecían puro cachondeo.

¿De qué terrorismo hablaban, de qué insurrección, de qué atentados contra la seguridad interior del Estado, de qué bandidaje ni qué hostias? Alguien estaba equivocado o había bebido más vino de la cuenta al redactar aquella sarta de imbecilidades. No conocía las cárceles de nada, ni en aquella época se me había asomado la posibilidad de conocerlas. Del año 1963 estoy hablando, cuando ya Franco preparaba los fastos y las propagandas de los famosos “25 años de paz”. No las conocía de nada pero tardé poco en saber lo que eran de pe a pa. Me tomaron las huellas, me cachearon, aunque no había nada que cachear porque iba con lo puesto y sin ninguna pertenencia, y me metieron en “periodos”, creo que ya te he dicho antes que era un sitio cerrado en el que pasaban unos días para suavizarse los que ingresaban de nuevas. Tres o cuatro días llevaría allí cuando me avisaron para que saliera a juicio. No me había visto nadie, ni abogado, ni fiscal, ni la madre que los parió a todos. No sabía, formalmente aunque sí por el funcionario que me recibió, ni quién era el tribunal o el juez que me metía preso, ni de qué me acusaban, ni qué pena me pedían, ni quién era el acusador ni nada de nada. Menos mal que otro preso, que estaba en la cárcel por haber estafado a la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Granada y que fue un precursor de eso que ahora se lleva tanto de las anotaciones paralelas, las contabilidades ficticias y las cuentas fantasma, me dejó una toalla y una pastilla de jabón, y me pude lavar como los gatos antes de ir, perdón, antes de que me llevaran esposado al cuartel de artillería en el que tuvo lugar aquel simulacro de justicia. Si no me deja lavarme aquel preso, tienen que suspender el juicio y evacuar el cuartel porque yo llevaba siete u ocho días sin ver el agua ni el jabón, muchos menos la colonia o el desodorante que eso son mariconadas y en la cárcel están prohibidas, porque los presos con la colonia se hacen cuba libres.

—Vamos a dar otro trago y descansa un poco —dijo Jesús sonriente y comprensivo— que tienes que tener la gola como la estopa de seca. Cuenta las cosas sin prisa que aquí no tenemos ninguna y que este hombre amigo tuyo se quede bien enterado de todo aquello, que se sepa la verdad y que él escriba con buen conocimiento de causa.

—Llego al juicio, esto no lo he contado nunca a nadie y si no me embalo, igual me paro en seco y sigo otros cuantos años sin decirlo. Se me presentó un señor, capitán de artillería pero no abogado, y me dijo que él era quien iba a llevar mi defensa ante el Tribunal que estaba a punto de constituirse. Yo le dije que no me parecía correcto y que, sin poner en duda su competencia, prefería que fuese alguien especialista en leyes y que me conociese, alguien que hubiese hablado conmigo y preparado el caso para poder ejercer mi defensa de manera profesional, y que no me parecía que eso pudiese tener lugar cuando ante mí había un señor —con todos los respetos— que formaba parte de la misma clase de gente que iba a juzgarme, que no me había visto ni había hablado conmigo en su vida y que vivía del sueldo del régimen que me había metido en la cárcel sin haber motivo alguno para ello. Ahí, el militar de bigotillo fascistorro hizo una mueca bastante expresiva de disgusto y yo me di cuenta de inmediato de que había poco que rascar. No obstante y para terminar le dije que cuando uno se está jugando una condena de muchos años de cárcel o incluso algo peor, no se puede andar con improvisaciones y que lo mínimo exigible era disponer de un abogado que tuviese la confianza del reo.

Más me hubiese valido, como en tantas otras ocasiones, haber estado callado. “Muchas exigencias son éas para un rojo de mierda que no piensa y planea sino cómo atacar y destruir a su patria”, dijo el militarote, que, para más inri, se apellidaba Izquierdo. No sé cómo lo dejaron entrar en el ejército franquista con ese nombre. Usted —me dijo con tono autoritario— se va a limitar a estar calladito para que no entren moscas en su boca, me va a dejar hacer mi trabajo y vamos a rezar los dos para que el Tribunal sea magnánimo y para que prime en él la compasión sobre la justicia, porque si se trata de aplicar la ley pura y dura, estoy seguro de que con los cargos que le imputan, de aquí sale usted para el pelotón de fusilamiento y esta noche tenemos un

preso menos y un habitante más en el cementerio de San José, en el caso de que la Iglesia quiera darle sepultura en sagrado”.

Vistos los ánimos que me daba aquella eminencia jurídica vestida de caqui, opté por callarme y aguantar lo que se me viniera encima, consciente de que cualquier intento de argumentar en contra o de resistir, iba a ser del todo inútil. El defensor se comportó casi como si fuera el fiscal. Dieron por hecho, basándose sólo en sus imaginaciones, en chivatazos, en habladurías envenenadas o en qué sé yo cuántas fábulas gilipollas, dieron por hecho como si de una única prueba consistente e irrebatible se tratara, que yo había estado con “la gente de la sierra”, es decir, integrado y con mando en plaza en la guerrilla del maquis. Dieron por hecho que había sido correligionario de Cristina García Granda, de Nevado, de Calandrio o del Tío matapulgas, de los que no había oído hablar en mi vida, que había andado por los montes de Cuenca y de Teruel y que hasta había tenido participación en la invasión que tuvo lugar en los años cuarenta y tantos por el Pirineo leridano. Yo creo que fue una maniobra a medias entre el cura del pueblo —el analfabeto que vendía lotería y que se enchufó al régimen en la guerra— y el comandante de complemento. Estos dos me colocaron en el maquis porque sabían que un pariente lejano mío, natural de Montefrío y que tenía por nombre de guerra “Emisora” aunque su apellido era Coca, había sido buscado o detenido o directamente liquidado en las sierras que hay entre Castellón y Teruel. Lo mismo me situaban, en una exposición verborréica y farragosa imposible de sostener, colocando explosivos en Extremadura, que en la sierra cordobesa o en los montes de Asturias o de León. Precisamente esa imputación de artificiero fue la que valió el mote que llevo atado a mí desde entonces, El Metralleta, aunque no haya tocado un cartucho de dinamita en mi puta vida.

Me imputaron, y me condenaron por ello, ser autor de un delito de Rebelión militar. Yo, que en toda mi vida no había hecho nada más que huir, era un rebelde, un sublevado, un peligro para la seguridad nacional, un tipo al que había que quitar de en medio aplicándole todas las leyes sobre bandidaje y terrorismo habidas y por haber.

“¿Tiene algo que decir en su defensa el acusado antes de que dictemos sentencia?”, dijo el coronel presidente de aquella pantomima. Por un

momento pensé cantar de plano y explicarles con pelos y señales dónde había estado todos los años que me habían echado en falta. Me pasó por la cabeza hablarles de mi estancia en Tárbena, de mis trabajos en el campo, de mis clases y mis lecturas con el mestre Vicent, de la familia que encontré aquí, de las cosas que aprendí, de lo feliz que fui y de la mala suerte que tuve y que me busqué yo solito al decidir volver a Granada. Estuve a punto de decirles que yo era un topo, como muchos que habían estado escondidos en algún agujero de su casa, pero que yo había estado escondido al aire libre, que era un hombre no afecto al régimen pero que quería integrarme pacíficamente y a mi manera. Estuve a punto de echarles en cara la aniquilación sistemática que llevaban a cabo de cualquiera que no pensara como ellos, de todos los que habían o habíamos sido vencidos en la infame contienda que ellos habían organizado. Les quise decir que en la posguerra empezó mi desprecio por los políticos de todo el mundo y que ese desprecio está intacto a día de hoy.

Todos pensábamos aquí que las grandes potencias vencedoras de los nazis iban a arrasar con los fascistas de este país en un periquete e iban a instaurar la democracia que decían defender en el mundo. Nada de eso pasó, una vez más sucumbieron a sus estrategias y a sus intereses y se olvidaron del pueblo, de la gente de la calle con sus declaraciones grandilocuentes y de intenciones impecables pero tras las cuales no hubo nunca nada salvo búsqueda del propio provecho. Pensé decirle muchas cosas pero no dije nada porque sabía que iba a ser inútil y que la más mínima mención de los que me acogieron y se comprometieron conmigo, de mi familia de Tárbena, lejos de contribuir a salvarme a mí, los iba a condenar a ellos. No hubo un solo delito que no recogieran en su testimonio de sentencia como un hecho probado. Me metieron veinte años como veinte soles y me mandaron a cumplir a un sitio cálido en el que acabé adaptándome y en el que, a mi manera y con determinadas personas, también encontré un hueco, una forma de vivir y hasta de tener algunos momentos de tranquilidad y de dicha. Me mandaron a cumplir a Burgos. Lo demás creo que ya lo sabes más o menos y por encima. Cumplí, salí en condicional y volví a caer porque una vez más cometí el error de creer que integrarse, que hacer un proyecto de vida, que buscarse las habichuelas y una casa donde comerlas, y una mujer con quien dormir caliente, es fácil. Yo ya era un desarraigado antes de entrar en la cárcel y lo fui

mucho más al salir de ella. No había oportunidades para mí, no podía salir a flote y la segunda vez ya no caí por un delito político sino por uno común. Creo que ya lo sabes todo y si no lo sabes o te falta algo, continuaremos otro día que por hoy ya está bien con la paliza que nos hemos dado.

Los dos amigos, Jesús y Diego, se fundieron en un abrazo de despedida casi interminable, se prometieron no dejar pasar otros cuarenta años antes de volver a verse, se desearon todas las cosas buenas para los días que les quedaran de vida y, silenciosos y en paz, emprendimos el regreso hacia Alicante. La carretera estaba solitaria, la noche clara y las curvas tan endemoniadas como lo eran durante el día. Ambos bajamos en silencio, rumiando tantas cosas dichas mientras los árboles proyectaban su sombra a la luz de los faros, como fantasmas larguiruchos y cimbreates sobre la calzada.

Llegué a casa y tenía la sensación de un trabajo bien hecho. Esta vez iba a salir bien, no tenía ni pizca de sueño y me puse, inmediatamente, a traspasar mis notas desperdigadas, escritas de manera ilegible, al primer borrador de lo que quería que fuese un buen libro.

Si la felicidad existe, debe de ser algo muy parecido a aquel momento.

X

DESAPARICIÓN Y HERENCIA DE EL METRALLA

El abuelo era un cabronazo de tomo y lomo, y supongo que lo seguirá siendo, si es que no ha muerto. Pensaba que lo había domesticado, que había conseguido encajonarlo en el sistema y convertirlo en una persona acomodada, y me dejó con veinte palmos de narices. Me la jugó con todas las letras.

Pasé la noche sin dormir, ordenando y pasando a limpio las notas que había tomado en un día fecundo y distinto tras aguantar otra feroz bronca de la boticaria —una más para no perder la costumbre— y soportado, de nuevo, sus amenazas de dejarme en la indigencia si continuaba con mi forma de vida nómada —de rara, muy rara, la califica ella y no le faltaba parte de razón, que yo tenía conciencia de mi ser parásito aunque también sabía que eso iba a terminar muy pronto, en el mismo momento en que publicase lo que estaba escribiendo.

Cuando hacía ya bastante rato que era de día, el sueño me hizo quedar traspuesto y di unas cabezadas que me supieron a gloria. Por primera vez desde que me encontré con Diego, dormí tranquilo y sin sobresaltos, sin el miedo a perderlo que me había hecho despertar más de una vez asustado, con un nudo en la garganta, como si me fuese la vida en la presencia y las confidencias del abuelo. Pero cuando creía que estaba todo atado y bien atado, cuando pensaba que lo tenía seguro, se esfumó. La cabra tira al monte.

Bien entrada la mañana acudí al bar de los churros y el olor a fritanga, a la Torre de Babel donde se daban cita más razas y más nacionalidades que en una convención de las Naciones Unidas.

Había en ese tugurio más batiburrillo de pasaportes que en los batallones de intervención en Haití o en el Líbano, o en las guerras salvadoras que ha montado Bush en Afganistán o en Irak.

Dejé que pasara más de media hora creyendo que, tal vez, mi abuelo estaría cansado, que habíamos pasado un día de muchas emociones y muchos recuerdos, y que, posiblemente, estaría dándose un respiro, relajándose para rematar la faena como el mejor de los maestros, si es que le quedaba algo que contar tras las parrafadas casi interminables del día anterior.

Pasaban los minutos. Ni rastro de Diego. Pregunté al camarero, con el que ya guardaba la complicidad de un amigo de toda la vida, pero no supo darme razón alguna de él. Se acordaba, lo conocía a la perfección pero estaba seguro de que aquella mañana no había aparecido por el bar. Se me formó, otra vez, el mismo y conocido nudo en la garganta. Me entró de nuevo la angustia del primer día, el canguelo indescriptible, el miedo negro a perderlo. Respiré hondo y me sequé el sudor inevitable que me empapaba la frente. Intenté dominar la situación y me consolé pensando que ya tenía material suficiente, que no era tan grave si, por una vez en la vida, tenía que empezar a hacer algo solo, sin estar permanentemente apoyado en alguien.

Salí de la cafetería rápidamente y me dirigí a la pensión, intentando convencerme durante el corto camino de que Diego estaría allí soltando sus arengas, enredando o enredándose con alguien, dictando doctrina corrosiva. Me lo imaginé, y eso me tranquilizaba, relajado mientras contemplaba, una vez más, su sonrisa sin dientes. Me abrió, tras un único toque de timbre, como si estuviera acechando mi llegada detrás de la puerta, el tipo de las gafas de culo de vaso y la calva pringosa. “El viejo se ha largado, me debe usted un día de pensión y un desayuno completo”, me soltó antes de decir siquiera un buenos días de compromiso y antes de que pudiese reaccionar a lo que había sido peor que una coz en la boca del estómago, continuó: “Me ha dejado ahí un paquete para usted, creo que son cartas y papeles escritos”.

Respiré hondo para asimilar la mala noticia sin derrumbarme como un pelele, pagué religiosamente lo que me exigía el fantasma de la pensión, cogí ansioso

el paquete y salí de allí como alma que el diablo lleva para examinarlo con detalle.

Era un sobre marrón de papel amarillento, basto y en el que podía leerse: “Para D. Mario Sigüenza (Haz el favor de no atropellarte y léelo por el orden que te indico. Espero que sea un éxito aunque yo no esté para verlo). Besos letrado... ja... ja... ja...”

El abuelo era un caso. Hasta el último minuto quiso mantener la tensión, por no decir directamente, quiso tocar los cojones, para usar una expresión castiza y que todos entendemos.

Pasé por la botica, en un intento senil de reconciliación, y le dejé claro a mi santa y canónica esposa que ya se habían acabado mis excursiones interminables —es el calificativo que ella usa— porque el abuelo se había esfumado aunque me había dejado trabajo que hacer. Le participé mi conversión en ermitaño, en marido modelo y de su casa, y le hice saber que iniciaba un encierro indefinido hasta que tuviese forma definitiva el éxito editorial que estaba construyendo. Comprobé que mis intentos de pacificar y hacer fluidas las relaciones conyugales —dejémoslo en conyugales, matrimoniales y de compromiso, ya que las carnales brillaban por su escasez— tenían éxito porque me llamó desastre, cara dura, jeta y otros cuantos epítetos poco edificantes, pero lo hizo con una sonrisa cómplice que no indicaba actitud beligerante. Le di un beso protocolario, en realidad se lo di al aire y ella hizo lo mismo, y me fui rápido, intrigado, para ver de inmediato cuál era la herencia de Diego que era lo que de verdad me tenía en ascuas.

Cuando abrí el sobre vi un folio escrito a mano, otro sobre pequeño sin cerrar que contenía una carta y dos libretas, mejor dicho, dos blocs de esos de espiral, con las pastas de cartón azul. Eran antiguos, de la misma marca, Centauro, y escritos con letra distinta. El folio que había suelto decía lo que sigue:

“A mi benefactor, al sostén y alegría de mi vejez que me ha hecho recordar lo que es una barriga llena y una cama —si no tranquila porque

ese sitio ha sido un lío permanente— por lo menos limpia y al resguardo de la intemperie (No le reclames nada al rompetechos de la fonda, que a pesar de los jaleos nocturnos me lo he pasado bien en ese tugurio).

He pensado durante estos días hacerte la jugada vieja de las mil y una noches, es decir, alargar los relatos como hacia aquella princesa de los cuentos para evitar ser degollada, sólo que en mi caso sería para seguir comiendo caliente y abundante, y durmiendo en lugar seguro. He rectificado a tiempo. Ya sabes que al que no está acostumbrado a bragas, las costuras le hacen llagas. Ya sabes que soy un nómada, un anarco y un inconformista, y no voy a claudicar ahora, a la vejez, por unos achaques más o menos. He vivido siempre a salto de mata, a lo que sale y a lo que cae, y no es cuestión de renunciar a mis principios y hacerme un burgués asqueroso cuando me falta poco para ir a hacerle compañía a Mulana.

No obstante te estoy agradecido por tus intenciones y por tus atenciones. Sé que no han sido gratis, ya sé que tú también eres un interesado —¿hay alguien que no lo sea? —, pero me has caído bien. Eres un tío legal y, aunque parásito, como tú mismo reconoces continuamente, te trabajas el salir de esa situación y luchas para dejar de ser un vividor profesional. No lo tomes como un insulto que ya me voy conociendo tu sensibilidad a las críticas. También yo soy un gorrón, todos somos vividores y, en definitiva, todos nuestros esfuerzos no son más que una pasión inútil, un bregar día tras día para nada. He visto a lo largo de mi vida mucha gente que se cree imprescindible y que son mucho más inútiles que tú y que yo juntos.

Te dejo en herencia lo único que tengo. No es un acto de generosidad, es que no quiero que estos papeles acaben un día en un muladar, en cualquier cuneta o desguazados en cualquier banco de cualquier plaza, y sirvan para que algún gilipollas que no sepa leer se limpie el culo con ellos.

Son dos libretas, escritas las dos en la cárcel. Ninguna de ellas la he escrito yo pero creo que ambas te van a servir para aprender de qué va esta vida. Haz el favor de no precipitarte y léelas por el orden que te las

doy. Lee por último la carta que va en el sobre, que tú eres muy impaciente en todo lo que se refiere a tu libro. Puedes fusilarlas por entero, son originales, son inéditas y son incunables. No hay ninguna copia de ellas. Léelas por orden y cópialas por el mismo orden y sin añadidos. No metas las patas. El sobre cerrado lo lees cuando acabes las libretas y no antes. Ya sé que me he repetido, pero es que te conozco y sé que cuando se trata de tu libro, te sueles hacer la polla un lío.

Cuando pubiques el fruto de nuestras charlas y lo que te dejo en herencia, si algún día eres famoso y no la he palmado, a lo mejor vuelvo para pegarme algún banquete más a tu costa o, a lo mejor, alguien, cuando aparezcas en los telediarios o en los programas sobre literatura, se preguntará quién es ese viejo chocho, sin dientes y caótico, que se ríe sin motivo cuando sale en la pantalla un calvo de mediana edad, comentando un libro y elucubrando sobre la memoria histórica.

No te doy las gracias ni te deseo lo mejor porque esas cosas sirven para poco. De sobra sabes que te estoy agradecido y de sobra sabes que me alegraré si algún día tengo noticia de tu éxito en el terreno literario o en cualquier otro. Tampoco te doy abrazos, que esas mariconadas las dejo para otros y no está uno en edad de salir ahora del armario después de aguantar a tanto bujarra en tantos años de turismo carcelario. Hasta siempre o hasta nunca.

Tu amigo, Diego El Metralla”.

Decididamente era un elemento de cuidado el abuelo. Había conseguido emocionarme, a mí, que tengo la misma sensibilidad que un buey en la pezuña.

Puesto que me dio permiso, y lo tengo escrito, y no veo a Diego presentándose una querella por asalto a la propiedad intelectual, copio literalmente las libretas.

LIBRETA PRIMERA

BURGOS

Soy solamente un chaval, si es que puede llamarse así quien ha dado con sus huesos en la cárcel por un delito que todo el mundo califica como horrendo, un delito mítico del que por ahora no voy a hablar, tal vez más adelante...

Algún motivo —yo no me considero ningún monstruo y los que me rodean hoy tampoco me consideran así— he debido de tener para hacer lo que hice porque nada pasa gratuitamente y porque sí.

Empiezo a escribir esto como una práctica, como un deber escolar, mitad impuesto y mitad aceptado de buen grado. Tengo un maestro particular y gratuito —ya diré cómo, por qué es mi maestro y cómo ha llegado a serlo— y me dice que tengo talento natural para las letras. Llevamos tres años y medio de clases furtivas, anárquicas y paupérrimas en medios. Hoy, con motivo del premio que he ganado jugando al frontón taleguero, Diego, el Metralla, un perro viejo pero entrañable, con apariencia de duro e inmutable pero tierno y sensible en el fondo como una monja clarisa, me ha regalado una libreta, un bloc de esos de muelles y tapas de cartulina dura y me ha dicho que empiece a escribir lo que se me ocurra. Lo que se me pasó por la cabeza cuando entré aquí, lo que me pasó fuera para que me obligaran a entrar, lo que he sentido, lo que he peleado y los palos que me he ido llevando.

Dice que luego lo vamos a leer juntos y que nos va a servir. No sé para qué, pero él dice que nos va a servir, que va ser un testimonio vivo de algo importante. A mí no se me ocurre que pueda ser así porque aquí cosas importantes hay pocas por no decir ninguna, pero yo a Diego lo creo. No me ha engañado nunca y me parece que ahora tampoco lo hará. Le voy a hacer caso. Total, no pierdo nada y, además, mientras escribo, doy rienda suelta a mi libertad aherrojada en este sitio, soy libre y pasa el tiempo que es una de las mayores penas que puede imponerse a un hombre: el tiempo lento, el aburrimiento, la desidia, el que todos los minutos de todos los días, de todos

los años, sean exactamente iguales al anterior y no haya en el horizonte ni la mínima esperanza de cambio.

Dice mi maestro, Diego, el Metralla —tengo que preguntarle un día el motivo de ese apodo— que él, conmigo, es el maestro ciruela: uno que no sabía leer y puso escuela. Yo doy fe de que eso no es verdad, que yo entré aquí siendo un burro de los de rebuznar y él, entre estos cuatro muros sucios, lúgubres y desventurados, me ha abierto más ventanas a la realidad de las que nunca se me pudieron abrir estando en la calle.

Entré a formar parte de este mundillo con diecisiete años recién cumplidos, a duras penas sabía leer y escribir no hace nada. Bueno, como se dice vulgarmente, leo y escribo para apañarme —voy mejorando poco a poco después de cada clase con Diego aunque él se empeña en afirmar que mis progresos han sido vertiginosos—. Yo me entiendo y, si quiero hacer entender algo, creo que también lo consigo sin ser ningún maestro del estilo. Me han condenado por un delito que no viene al caso contar ahora y estoy ingresado, a cumplir la pena que me han impuesto, no lejos del sitio donde tuvo lugar el crimen que ocurrió en el principio de esta historia, en la cárcel de Burgos.

Los funcionarios, no sé por qué les llaman boqueras, se lo he preguntado a más de un preso viejo pero no ha sabido explicarme el mote que, a todas luces, pretende ser despectivo. Los funcionarios, el día que entré aquí, ya va para cuatro años, sonreían con cierta commiseración a mi ingreso. “¡Un niñito！”, oí decir a uno entre dientes y entre sonrisitas maliciosas. Luego he tenido ocasión de comprobar quién es ese engendro. Hay muchos estupendos, casi como padres —aunque el padre que nunca tuve y habría querido tener es Diego y ese puesto no se lo quita nadie—. Hay otros, unos pocos pero que se hacen notar porque siempre lo malo destaca más que lo bueno, a los que me resulta difícil calificar y es que a mucha gente le colocas una chapa y un galón raquílico y descascarillado, y se creen de inmediato los marqueses de pollapelada y se creen con derecho a mandar y a esclavizarte. Son los menos, ya digo, pero tocan los cojones con tanta profusión e insistencia que parecen una multitud.

En una cárcel decrepita y antigua como ésta —dicen que tiene casi o más de cien años de vida, o de muerte, según se mire— hay que buscarse la vida. Si no te buscas la vida vas dado, estás muerto aunque sea en sentido figurado o incluso en sentido literal. Al segundo día de estar aquí —va casi para cuatro años— ya me preguntaron si quería el puesto de ordenanza, que para ese trabajo hacen falta chavales jóvenes y espabilados. Buscaban, y siguen buscando a día de hoy —finales del año del señor, como dice el cura del que ya hablaré, de 1972—, me he dado cuenta desde el primer momento, una mezcla de desparpajo y rapidez de reacción, de capacidad de trabajo en semiesclavitud y de docilidad sin llegar al peloteo, que todo cansa y lo muy dulce empalaga. Aunque la mía fuese siempre una docilidad fingida e interesada, creo que me he sabido adaptar desde el primer minuto de mi encierro. No sé si será eso que llaman “inteligencia natural” o puro instinto y afán de supervivencia en un medio jodido hasta dejárselo de sobra.

El puesto de ordenanza en una prisión es un chollo siempre y, estoy convencido de que siempre lo será por las peculiaridades del sitio: unas cárceles decrepitas, casi todas de principios de siglo, construidas con el sistema panóptico radial, y que se caen a trozos, que se mantienen en pie de milagro y porque los que aquí estamos encerrados debemos ser imbéciles que cuidamos, arreglamos, pintamos, reformamos y mantenemos el lugar en el que cumplimos nuestro castigo. ¡Menuda paradoja! Es algo así como si uno le sacara punta o filo a la navaja con la que va a ser asesinado.

Éste es un sitio interesado —¿hay alguno que no lo sea?— donde todo se compra y se vende, donde hasta la cuestión más nimia tiene un precio. Aquí, tener capacidad de movimiento, de llevar y traer, de zafarse de cacheos y requisas ordinarias o extraordinarias, y de gozar de una cierta intimidad o una cierta complicidad con los funcionarios —los que parten el bacalao en el día a día—, es detentar un poder nada despreciable.

Ordenanza de centro —¡toma ya el título!— ésa es la condición que ostento en unos años y en un lugar que, según mis más entendidos congéneres y compañeros de fatigas —Diego, el Metralla, incluido— van a ser cruciales para Burgos y para toda España. Hasta para Europa y para el mundo mundial, si me apuran.

En esta cárcel esteparia y húmeda, congelador en la meseta castellana, con dependencias malolientes, y en cuyos muros rezuman cañerías y desagües apestosos, con desconchones en las paredes del tamaño de los frescos de la Capilla Sixtina, he coincidido, muchacho virgen y mártir, pueblerino hasta que me condujeron esposado hasta este antro de la capital castellana, delincuente ocasional y por agresividad —ése es el diagnóstico que ha hecho sobre mí un educador que es casi tan analfabeto como yo pero con muchas menos ganas de aprender— con un grupo que, según todos, va a ser famoso.

Yo, Demetrín, que es como me llama ya todo el mundo y vamos a dejarnos por ahora de dar más datos que estoy harto de filiaciones y fichajes, ordenanza de centro aprobado por la Junta y con derecho a redención extra, con la confianza y la maniobrabilidad que me da este puesto, me gano la vida y el bienestar carcelario más que medianamente bien. Les llevo a estos colegas importantes de los que hablo, cafés extras y a destiempo, les escondo a buen recaudo algún libro para que no caiga en las garras censoras del maestro, un facha donde los haya, pero una buena persona en el fondo, un hijo de su tiempo y de sus circunstancias, como dicen éstos que dice el filósofo Ortega, algo que aún me tienen que explicar a mí para que también yo lo sepa. El maestro, una autoridad aquí dentro, es uno de los muchos encargados de velar por la pureza de las ideas y costumbres, aunque yo no sé —por lo que lo voy conociendo en el trato diario— si él mismo tiene claras cuáles son las ideas y las costumbres puras, sanas, ortodoxas y que lo mantienen a uno a salvo, confortablemente alejado de cualquier inoportuno follón.

A cambio de ser criado, chico de los recados, de la limpieza y de cualquier cosa que se le ocurra al baranda de turno, he conocido —en la cárcel, vaya paradoja— un mundo de libertad y he tenido fácil acceso a otras cosas, a otras realidades a las que me habría sido imposible acceder en mi vida anterior, la que teóricamente era libre y en verdad un continuo y permanente suplicio, un sobresalto —ya hablaré de eso cuando tenga gana, cosa que ahora mismo no me pasa.

De la mano de estos subversivos, del Metralla y su cuadrilla que me acogen como ahijado y no sé si como mascota, como juguete y como objeto de protección, he aprendido que existió Pío Baroja y me he tragado, disfrutando

como un enano, El árbol de la ciencia. He accedido a Erasmo de Rotterdam y he sabido —de extranjís, que eso está prohibidísimo en estos sitios en los que se mueven mil Torquemadas— qué era *El elogio de la locura*. Hasta me he atrevido, después de muchas charlas de los maestros que se me multiplican como hongos, con *La Introducción al Psicoanálisis*, *La interpretación de los sueños*, algunas otras cosas de Sigmund Freud y ese librito maravilloso que es *El Extranjero* de Camus. Me he enterado de que existieron Darwin y Lamark—el tal Darwin y la defensa de sus ideas parece que tuvo algo que ver en la primera entrada de Diego, según él cuenta—, los filósofos griegos, la Ilustración Francesa y los existencialistas, y que los cuentos que contaba el cura de mi pueblo sobre el hombre de barro y la costilla de donde salió la mujer, el paraíso y la serpiente, son mitos, historietas piadosas para mantenernos entretenidos, supuestamente informados y sobre todo sometidos, que sólo hay que ver al cura que mangonea en este tugurio para darse cuenta de la superchería y la tontuna con que intenta justificar y mantener a toda costa su poltrona de privilegios y su mando en plaza, aunque la plaza no sea ningún lujo sino una cochambre como ésta.

Me he divertido, siempre a escondidas y por indicación de esta panda de anarquistas, comunistas irreverentes y peligrosos librepensadores —libres y pensadores, aunque presos—, leyendo los cuentos de Voltaire, una auténtica gozada de ironía, finura y mala leche. He abierto los ojos a la historia conociendo cómo llegó a reinar Isabel la Católica, hasta qué punto era maricón Fernando VII o incompetente su hija Isabel. Me han contado con pelos y señales cómo se desarrolló, muchos años más tarde, el cruento golpe de Estado del 36, tan mal dado y tan mal planificado que tardó tres años y varios cientos de miles de muertos para conseguir imponerse. Eso que los fascistas y los poderes reaccionarios llaman todavía Santa Cruzada contra el ateísmo y la anarquía, Guerra Santa contra los enemigos de Dios que están identificados con los enemigos de un régimen que parece que ya agoniza, por fortuna, y que es un desastre en lo civil y una vergüenza en lo militar.

Con estos “enemigos de la patria” —por eso están en la cárcel— he sabido qué es el materialismo histórico y hasta qué punto las ideas están determinadas por la economía y por el poder económico que es quien tiene

capacidad y poder para imponerlas. He conocido a Lorca y a Miguel Hernández, en cuyas *Nanas de la cebolla* me siento casi retratado. He leído *Los idus de marzo* y *El Quijote*, he devorado *Las Cartas Marruecas* de José Cadalso y *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo, todo en esta biblioteca casera, mil veces manoseada y clandestina, que por eso son peligrosos los anarcoides de que me rodeo y que me aleccionan. Hasta le he echado valor para intentar profundizar, o al menos acceder, a los filósofos griegos, que tan curiosos me resultan en su intento razonado de explicar la realidad con base en cuatro elementos: agua, fuego, tierra y aire, los cuatro más evidentes y que más a mano tenían. No sé cómo se habrán buscado la vida estos tíos ni de dónde se habrán sacado esa desvencijada *Historia de la Filosofía* en dos tomos, escrita por un alemán de nombre impronunciable: Johannes Hirschberger, se llama. Sin duda esas lecturas, esta escritura y hasta los trabajos, las carreras y los afanes como ordenanza de centro —no se olviden del cargo que es importante— han contribuido a que los años que llevo aquí pasen más rápidos y esta carga sea menos pesada.

Los peligrosos grupos de que hablo son anarquistas, comunistas y etarras detenidos tras el esfuerzo impagable de la policía secreta franquista. Funcionarios ejemplares, estos policías secretos, que mantienen las calles impolutas, limpias de vagos, maleantes y gentes de mal vivir, que velan permanentemente, día y noche sin descansar domingos ni fiestas de guardar, por la tranquilidad del régimen, por tenerlo a salvo del complot judeo-masónico y de las internacionales marxistas y anarquistas, que no pueden soportar —porque no lo conocen, porque si lo conocieran serían sus fieles seguidores—, que se empeñan en hacerle la guerra a un caudillo de la talla intelectual, política y militar del Generalísimo.

Algunos de estos han caído juntos, por andar transportando ejemplares del *Mundo Obrero*, con la intención evidente de hacer proselitismo, de distribuirlos entre los ignorantes que son los únicos que pueden ser engatusados por semejantes patrañas, para socavar los cimientos del orden establecido y abrir la España Imperial a las hordas bolcheviques. Unos cuantos comunistas, nada importantes por más que ellos se empeñen cada día en

afirmar lo contrario, cuyo lugar natural es la cárcel, que hay que mantener a la sociedad a salvo de gente tan subversiva.

La generosidad del Caudillo, su talante bondadoso y humanitario, los ha mandado a ser rehabilitados y reeducados —salta a la vista que la reeducación les hace falta— y no al paredón, que es donde deberían haber dado con sus huesos de no toparse con un líder político tan magnánimo, con ese corazón de padre más que de estadista. Estos tipos son los que me han abierto los ojos a la vida, al pensamiento, a la razón, de modo que así habré salido conforme al sabio refrán: “de tal palo, tal astilla”, o “dime con quién andas y te diré quién eres”.

Ya no está aquí el jefe de un grupo, el que tenía la autoridad moral sobre él, y no sé dónde lo han trasladado porque no creo que ande en la calle y libre. Lo conozco de oídas solamente, aunque me parece que lo conociera de cerca y de toda la vida, pues es raro el día que sus colegas no lo citan y recitan, con cualquier motivo, una par de docenas de veces. Era el mayor de todos ellos y su principal dirigente. El jefe de esta banda de facinerosos, se llamaba —y no sé si se sigue llamando o ha pasado a mejor vida— Ramón Ormazábal. Ése era el más peligroso. Cuentan de él una anécdota que se me ha quedado grabada y que puede servir para definirlo. Me habría gustado ver de cerca a ese hombre y hablar con él.

Un día, en la fiesta de la Virgen de la Merced, de continua invocación en estas casas porque ese día hay un poco de cuartellillo en todos los terrenos y se suelen levantar los castigos a quienes están sancionados. Ese día de fiesta y jolgorio general, todo el mundo en la cárcel disfrutaba de una comida especial acorde con la celebración de la patrona de los presos. Mientras todos en el comedor dosificaban la pinta de vino doble y las patatas a la riojana, mientras todos, atentamente, oían la lectura de un pasaje de Concepción Arenal, ése que dice: “Odia el delito y compadece al delincuente”, que siempre se leían durante la comida textos edificantes, por ver si la chusma íbamos acogiendo alguna idea aprovechable en nuestra cabeza lombrosiana. Mientras eso ocurría y todos comían abundantemente, relajados y festivos, ¿qué creen que hizo el muy cabrón del Ormazábal? Tuvo los santos cojones, nada más y nada menos, de ponerse de pie en el comedor, subirse a la silla y soltar con voz clara

y potente dos palabras, que eran dos insultos o dos delitos gordos en aquella situación de bonanza: “¡Amnistía, libertad!”. Este tío no olvidaba la puta política ni en los momentos de mayor felicidad. Y allí acabó, como el rosario de la aurora, la fiesta. Ni patatas a la riojana, ni pinta de vino doble, ni boniato al horno con canela, ni hostias en conserva. Todo el mundo a su chabolo, chapados como quinquis, como lo que eran, porque el tal Ormazábal había incitado al motín y había alterado el orden y el régimen interior.

Ése se acordará todavía, si aún vive, de los días que se pegó en el chopano. Todos los demás salimos advertidos —salieron que yo aún no estaba y lo sé por referencias, por relatos de abuelo cebolleta— al día siguiente y no fueron sancionados de milagro por no secundar tan clarísima alteración de la convivencia. Algún murmullo de aprobación se produjo —dicen— en el grupo de los llamados “políticos”, pero duró lo que un orgasmo en un eyaculador precoz, nada, porque nadie quería problemas y andaba todo el mundo con la mosca detrás de la oreja: que se va a morir Franco, que está muy viejo y ya le queda poco, que la presión internacional es muy fuerte

y esto tiene que saltar por algún lado... y mil argumentos más, todos de radio macuto, que es una forma de transmitir mensajes y rumores que funciona aquí, desde que esto existe, con la velocidad del rayo y la riqueza de un cuentista chino.

El promotor fracasado se pegó noventa días en celdas de castigo, uno tras otro, según me cuentan con vergüenza insoslayable por parte de sus colegas, los que se cagaron, los que lo dejaron tirado y solo en su protesta.

Allí, en las celdas de castigo, le sacaban el colchón y las mantas a las ocho de la mañana y se las daban otra vez a las diez de la noche —eran las normas que mantenían la disciplina— para que no se pudiera pasar el día tan a gusto, acostado. Si uno puede dormir sin medida, los ideólogos del sadismo piensan que eso no es castigo ni es nada. Lo peor no es eso, si aún estando en celdas, te pones borde, cada hora, te echan un par de cubos de agua en la celda para que no puedas ni sentarte en el suelo sin ponerte chorreando. Eso es mano de santo —yo no lo sé por experiencia en mi carne, que ya he dicho que tengo un puesto privilegiado aunque en permanente puteo: ordenanza de centro, y no

he sido castigado nunca hasta hoy. Bueno hubo un intento nada más aterrizar en la cárcel, como ya contaré, pero lo evitó a tiempo un Jefe buena persona—. Soy un chico modelo, por lo menos de cara a la galería o de puertas afuera —más bien adentro tratándose de un talego—. No es que no haya dado motivos para que me aprieten las clavijas, que los he dado, es que no me han pillado de marrón y, hagas lo que hagas, mientras no te enganchen... eso que se evita tu cuerpo. A lo que iba, que entre los cubos de agua, el dejarte sin tabaco y sin café del economato y alguna otra minucia, en tres o cuatro días, se queda suave como un guante hasta al más quisquilloso.

Me cuentan, mis maestros, mis formadores y mis informadores, que en ese grupo de peligrosos comunistas —secuaces del tal Ormazábal— había algunos individuos que seguramente darán que hablar y con el paso del tiempo llegarán a ser conocidos del gran público. Aquí, entre estos muros tristes y que te aplanan por más que intentes evitarlo, no eran ninguna cosa excepcional, esos rojos —dicen los boquerones— son todos lobos de la misma camada y se apoyan unos a otros “a muerte”. Cayeron y cumplieron cárcel —no tanta como se merecían, que ya ha quedado clara la generosidad del fundador y pilar de la Nueva España— y pillaron calle mientras otros seguimos aquí y aquí acabaremos pudriéndonos, Enrique Múgica Herzog, un tipo verborreico, judío —como no podía ser de otra forma— y comunista. Éste era abogado, abogadillo picapleitos, lo que seguramente sería una tapadera para sus actividades subversivas. Le patinaba la erre y, desde luego, no tenía ni la mínima talla intelectual exigible para dirigir ni liderar nada—a las historias que me cuenta el maestro oficial me remito y las uso para contrastar con las que me cuenta mi otro maestro, el particular, el apócrifo, el Metralla, Diego, que ése si merece mi credibilidad—. Este tal Múgica, dicen, era un liante y un comunista peligrosísimo, un desagradecido en definitiva, incapaz de valorar lo que el Caudillo había hecho por él —boqueras fascista, antiguo combatiente de la División Azul, dixit.

Había otros dos tipos —también me habría gustado conocerlos, que ya tampoco están aquí y algo habría aprendido de ellos—, miembros de la misma célula, que parecían insignificantes, mosquitas muertas diría yo, pero que algún peligro tendrían porque los tribunales militares y los de orden público no

condenaban así como así. Estudiaban la documentación, las pruebas, los argumentos de los defensores y la ley aplicable. Si a un tipo, aunque tuviese aspecto inofensivo, le caía una condena, es que se la merecía. Como hay Dios, que se la merecía. Estos dos de los que hablo eran: Agustín Ibarrola, un vasco que decía que era artista, aunque todo lo que pintaba eran mamarrachadas y cosas raras que hacía con cartones y con maderas pegadas con cola, o con tubos y otras cosas, que más servirían para ir a la basura. Pero en fin, él decía que era pintor y escultor y que si queríamos resumirlo en una sola palabra, era un artista. El otro era también leguleyo, otro abogado como el tal Mágica. Se llamaba Antonio Jiménez Pericás, también era pequeño, incipientemente calvo, miope e idealista. Defendía —¡qué bobada, habrase visto!— la fraternidad y la igualdad universal y un extraño sentido de justicia con los pobres y los necesitados. ¡Como si pobres y ricos no hubiera habido toda la vida de Dios, para venir ahora e intentar cambiarlo de un plumazo, en nombre de no sé sabe qué ideología igualitaria y salvadora!

A saber por dónde andarán ahora esos hombres y a saber si aún tendré yo la oportunidad de conocer en persona a quienes, por ahora, sólo conozco de oídas por los relatos de quienes fueron sus compañeros y aún siguen con sus huesos en estos sitios lóbregos.

(Creo que ya me voy embalando en la escritura y no sé si será éste el deber que me ha impuesto mi “maestro ciruela”. No sé si, conforme él me dice, me estaré enrollando con cuestiones ajenas o si tendré capacidad para retratar esta sociedad cutre y de convivencia forzada, este lugar inhóspito donde es “muy rara avis”, moneda nada común la solidaridad, el compañerismo, la preocupación por el otro y todas esas bobadas que continuamente traen a colación los idealistas, esos que parece que viven en otro mundo y que se han caído de la higuera antes de ayer).

El otro día —tiene cojones el asunto—, me encargaron limpiar un despacho —por llamarlo de alguna manera—. Una habitación destortalada, con una mesa más destortalada todavía, que ha quedado como uno más de los lugares que tengo que mantener como los chorros del oro. Vi allí un fichero en el que se amontonaban por orden alfabético bastantes cartulinas. Eran las fichas que los educadores de esta cárcel esteparia y fría, aún conservan de las personas

que he citado. Yo, que soy de natural curioso e inquisidor, no he podido evitar echarles un ojo, aun a riesgo de que me metan un puro de tres pares si me pillan y a riesgo de perder los privilegios que ahora tengo. Esas fichas —que por lo que veo algunos las han llenado de memoria, sin ver ni hablar con el tío al que estudian o intentan describir, ni dios que lo fundó— se llenan con anotaciones sobre los delitos y la personalidad de cada uno de los penados de la cárcel y sirven, entre otras cosas, como informe “técnico” de cada preso. Esto de los educadores y los informes y los técnicos —me dicen— es una cosa nueva que va a ir imponiéndose poco a poco. Ahora está en sus inicios pero hablan de leyes modernas y de aperturas y de humanitarismo y de tratamiento científico y de que la pena no es pena, en el sentido de una venganza del Estado contra el que ha metido las patas y se ha saltado las leyes a la torera, sino oportunidad para ser una persona nueva y distinta, un ser mejor y más preparado para vivir en sociedad. ¿Por qué será que todo esto me suena a sermón del cura?

Estos informes que digo tienen muchos destinos, pero uno de los principales es servir de información al Patronato de Nuestra Señora de la Merced, organismo que decide si el infeliz de que se trate, el reo, el preso, el penado, el caco Bonifacio en cuestión —mucho más si es un delincuente político, que ahí ya estamos hablando de otra cosa—, tiene derecho a redimir y acortar su pena y si tiene derecho, llegado el momento, a disfrutar el beneficio de la libertad condicional o se tiene que comer la condena a pulso. Todo esto de la rehabilitación y el científicismo, del tratamiento y la conversión en un hombre nuevo, de los beneficios y las condicionales, me parecen milongas de cochero. En el fondo, por lo que veo aquí, no son sino maquillajes de la realidad, modos de desatascar estas casas que reciben gente por un lado y por cojones la tienen que soltar por otro para no saltar en pedazos.

Entre mis tareas como ordenanza de centro —no olviden el cargo, que es muy importante— está la de tener permanentemente limpio el despacho —así llaman pomposamente a ese cuchitril decrepito y pésimamente amueblado— de los educadores, y otros muchos, que no hay un bujío, y en esta cárcel hay un montón, que no me toque a mí mantenerlo en perfecto estado de revista. Ya me gustará, si la vida me lo permite y las cosas cambian como estos rojos

agoreros y anarcos profetizan, ver cómo evolucionan los rojos de mierda, esa escoria de la sociedad, esos peligrosos delincuentes contra el régimen. A ver quién tiene razón si ellos, los comunistones, los enemigos de la patria, esos que hablan de un régimen autoritario, inhumano, miope y basado sólo en la fuerza militar —una mierda de fuerza porque pierden con todos aquellos a los que se enfrentan de igual a igual y no han cosechado más que palizas en todos los lugares a los que han acudido en los últimos siglos, menos con los suyos propios—, o tienen razón estos fieles al régimen, paniaguados del Caudillo a quien le deben hasta el aire que respiran, expertos de pacotilla cuando hacen sus informes de peritos y sus análisis de personalidades delictivas.

No piense, si alguien que no sea mi maestro ciruela lee esto algún día —he releído alguna hoja y me doy cuenta de que he escrito párrafos como si fuesen a ser leídos por terceras personas, ajenas a este mundillo—, no piense nadie, digo, cuando hablo de educadores, en ningún experto en ciencias de la conducta. Todo el mérito de estos dos controladores de la pureza ideológica, censores de cartas y pelotas del Director —un antiguo alférez provisional, antes falangista, reprimido y pastillero, pastillas para la depresión, para la angustia, para los nervios, para la acidez... y del Opus, del que hablaremos en otro momento— todo el mérito digo, para ocupar el cargo que tienen y del que viven como dios en comparación con quienes andan por la vida sin padrinos y descolocados, es haber sido miembros de la División Azul, como tantos otros que calzan este uniforme verde con botones plateados o dorados según el rango, excombatientes que lucharon junto a los nazis en la campaña de Rusia, en la que fueron derrotados, evidentemente, a las órdenes del nunca bien ponderado General Muñoz Grandes, laureado por su valor en los campos de batalla.

De esos dos torquemadas de pacotilla no quiero ni oír hablar porque son dos vagos, dos vividorcetes y dos gorrones profesionales. Hay otro que no sólo se salva, sino que es una persona encantadora, vocacional de la educación, que busca ayudar y en el que encuentras aun sin buscarlos el consejo, la mano tendida y el cable que uno necesita a veces para sobrevivir.

De todo hay en estas casas, que no todo es malo aunque abunde más que lo bueno.

La cárcel de Burgos es una mina para la historia contemporánea de este país que se llama España. Creo que nadie la ha apreciado como se merece, que yo sepa, pero es una mina. Obsoleta y húmeda, cayéndose a trozos, incómoda y destortalada, un caserón fúnebre. Tumba de muchos hombres en vida, olvidada y despreciada, pero una mina, insisto.

Mucho antes de que entrara yo por el delito infame de que ya hablaré —mucho menos infame de lo que suena si se consideran las circunstancias— cayó por aquí un señor, con todas las letras, del que no puedo reprimir el contar algo. Algo que me han contado a mí, que estos tipos patibularios que me rodean y me enseñan son un saco de aventuras, de anécdotas de refranes y de historias, y se aprende más de ellos que instalándose de por vida en cualquier biblioteca nacional por muy rico, culto y escribido que sea el país. Corrían los días 16 -17 de Julio de 1936, yo no estaba ni en el pensamiento de nadie, mucho menos en el del capullo de mi padre que dios confunda y tenga en los infiernos como se merece. ¿Van adivinando ya el delito por el que me encuentro en este pozo? El ejército era un hervidero de contubernios y conspiraciones. Todos los sitios en que no hay faena, en que no hay nada que hacer, son un hervidero de chismes, maledicencias, planes golpistas, puñaladas por la espalda y asaltos fantasmales a un poder fantasma. Aquel ejército, este ejército que ahora nos sojuzga, llevaba siglos perdiendo batallas fuera —Cuba, Filipinas, Marruecos... y paro porque me da asco seguir—. Se aprestaba, por tanto, a ganar batallas dentro, siguiendo la teoría de los débiles que es pegarle a quien puede todavía menos que él.

Sanjurjo, siempre según los herejes que me adoctrinan, que lo había intentado sin éxito unos años antes, andaba exiliado en Portugal. Franco, del que Azaña no se fiaba, porque nunca hay que fiarse de los enanos acomplejados y silenciosos, estaba casi marginado a varios miles de kilómetros, en las islas Canarias. Emilio Mola era gobernador militar de Pamplona, conspirador nato, psicópata fanático y con ciertos afanes de grandeza y delirios mesiánicos. Se creía el salvador que la patria necesitaba de manera urgente.

Todos estos generalotes —Franco, Sanjurjo, Mola— tenían una rara habilidad para la autorreferencia y de manera invariable echaban mano del profeta

Jeremías cuando decía aquello: “Desde el vientre de tu madre te llamé. Aún estabas en el seno materno y yo ya te había elegido”. Inmediatamente, como el tal Jeremías, pensaban que ese Señor de barba blanca, el del triángulo y el ojo de los catecismos antiguos que nos facilita el pater, el capellán analfabeto que nos asiste, o sea, Dios, se fijaba en ellos y los escogía expresa e individualmente para una misión extraordinaria. Ellos, y no otros, cargándose a quien se pusiera por en medio, debían salvar al país del peligro que lo acechaba. De las hordas de enemigos —bolcheviques, anarquistas, masones, judíos o republicanos— que pensaban merendárselo sin remordimiento. Ellos eran y lo siguen siendo según lo que salta a la vista aquí y ahora, la mano de Dios en la tierra. Si escarbabas un poco y con un poco de intuición —y si escarbás en los que los suceden o en quienes se suceden a sí mismos—, veías y ves rápidamente, que se creen Dios mismo y hasta superiores a él.

Mola era subordinado de un buen hombre, el capitán general de la región militar con sede aquí, en Burgos. Un buen hombre, un catalán liberal, bien pensado, profesional del ejército al modo como los describe otro general represaliado, Vicente Rojo, confiado e inocente. Se llamaba este buen hombre Domingo Batet Mestres. El día 17 de julio de 1937, cuando Melilla ya se había sublevado y el general Franco volaba en el Dragón Rapide para hacerse cargo de las tropas del norte de África, para cruzar el estrecho y repartir tiros en Andalucía, Domingo Batet llamó por teléfono a Mola: “Parece que hay ruido de sables, algunos sectores del ejército están nerviosos y es posible un levantamiento contra la República. ¿Con quién estás?”, preguntó el ingenuo Batet a su subordinado. General, respondió un Mola taimado, mentiroso y golpista: “¡estoy a sus órdenes!”. Muy pocos días después, lo detenía, lo encerraba en esta cárcel en la que yo estoy, y al poco tiempo lo fusilaba directamente y sin contemplaciones.

Todo un ejemplo de honor militar y de cumplimiento de la palabra dada. Además lo fusilaba sujeto a la acusación de rebelión militar, cuando el que se había rebelado era precisamente el otro. Exactamente la misma suerte y en esta misma cárcel corrió el general de la Guardia Civil Julio Mena, fiel también al poder legítimo y fusilado por los golpistas acusado igualmente de rebelión.

Es curioso. Lo dice inmediatamente cualquier psiquiatra o psicólogo al que le preguntemos y así me lo han enseñado estos maestros sin título que se han autonombado encargados de mi formación integral. Dicen que me cogieron hecho un borrico con todas las letras, al que faltaba sólo rebuznar, y voy a salir, por lo menos, catedrático. Según mis instructores —ya no diré más lo de maestros sin título porque no les gusta y saben más que muchos que lo tienen—, todos necesitamos sentirnos a gusto con nosotros mismos, justificar nuestra manera de actuar para dotarnos de una cierta coherencia interna. No nos paramos ante nada y mucho menos si hay que torcer la realidad, retorcerla, darle la vuelta a la tortilla o contarnos una mentira y creérnosla. Somos capaces de cualquier cosa si con eso conseguimos un cierto equilibrio, una cierta homeostasis para seguir funcionando con tranquilidad.

Como en tantos y tantos casos, con Batet y con Mena, nunca se admitió la muerte por ejecución ante un pelotón de fusilamiento, integrado por soldados casi analfabetos, que no sabían a quién mataban ni por qué. Sólo sabían que cumplían órdenes, cuyo origen último se perdía en el fárrago de los escalafones. Inventaron, los ideólogos debieron de ser, una expresión eufónica —esta palabra la he aprendido hoy mismo y la tenía que colocar por fuerza— que invariablemente se repite en todos los expedientes y yo lo sé de primera mano porque, en mi puesto de trabajo, también cargo y descargo, traigo y llevo, archivo y desarchivo, amontono, ato, guardo y desato, montoneras de papeles de esos todos los días, que es mi tarea —como un Sísifo encarcelado en el siglo XX— mudar de sitio papeles, muebles y cualquier cosa móvil, cada vez que se le ocurre una nueva ubicación al baranda de turno y volverla al sitio anterior cuando a otro baranda se le ocurre que es imprescindible cambiarla.

En algún lugar de lo que llaman hoja de filiación pintaban una cruz, que significa que el titular había muerto. En la casilla reservada a las causas del fallecimiento, se escribe invariablemente: Schok hemorrágico. En ningún sitio figura la palabra fusilado, ni ejecutado, ni nada por el estilo. Sólo consta la hemorragia que originó la muerte. Como para no tenerla y desangrarse como un borrego, y seguir como si tal cosa, después de recibir varios impactos de aquellos mosquetones de cerrojo, capaces de tumbar a un toro.

La cárcel de Burgos —como las de tantos otros sitios, la de Benalúa en Alicante o el campo de concentración de Albatera, la cárcel de Jaén o el penal de Cartagena o del Puerto de Santa María, me sé esos nombres de memoria, de las guerras que me cuentan estos colegas pasados de años y de batallas— era un lugar muy concurrido en la guerra y en la posguerra, y lo sigue siendo ahora, que las cárceles son un negocio que no quiebra, siempre hay alguien que se salta a la torera lo que sea —bueno o malo— y al que se enchirona para que los demás puedan seguir viviendo con tranquilidad.

Un servidor, por orden de Diego Pedregosa, el Metralla, mi maestro ciruela, es el protagonista de estos papeles por la sencilla razón de que soy yo quien los está escribiendo y esa es una prerrogativa o un privilegio que nadie puede quitarme. Y si alguien quiere ser protagonista de otra cosa, que sea él quien la escriba.

Pues bien, unos años antes de que yo entrara por esos portalones —que fíjense que colegas de reclusión tan ilustres he tenido— entró también aquí y salió de la misma traumática manera, otro catalán, Manuel Carrasco i Formigera, fundador de un partido político —ilegal como todos— que se llama algo así como Unió Democrática de Cataluña. Un partido —para estos militarotes que se llaman apolíticos— es siempre un foro lleno de peligros, de intrigas y de golpistas en potencia, ávidos de poder y, por eso mismo, un ente a liquidar. A él, a Carrasco, no lo ejecutaron por rebelión —no era militar— sino por auxilio a la misma. El resultado fue idéntico: shock hemorrágico. Cuando murió todas sus pertenencias cabían en una caja de zapatos: Unos calcetines, un pañuelo, una camisa... todo ello a medio usar. Dicen, mis maestros facinerosos, que mucha gente, cuando se apunta a un partido y cuando empieza a oler poder, lo primero por lo que se preocupa y que pregunta es ¿Qué hay de lo mío, a cuánto asciende mi nómina y cuánto se cobra por asistir a tal y a cuál consejo de administración? Y que eso ha sido así toda la vida y así seguirá siendo porque el ser humano cambia con dificultad y siempre muestra las mismas inclinaciones.

No lo sé, no puedo pronunciarme, no he visto ningún partido ni a sus gentes funcionando nunca. Estaré ojo avizor, si algún día esos partidos se instalan en esta tierra, y ya daré el cante si eso es realmente así y si yo estoy en

condiciones de darlo, que tampoco es algo que pueda afirmarse sin temor a errar.

Dejo la guerra, que no he podido reprimirme de contar lo que aprendo, y no es la guerra sino mi vida en este talego, lo que mi maestro me encarga que redacte como ejercicio de lengua y literatura, la asignatura que me imparte un profesor con un título tan falso como una moneda de doce pesetas —ya lo he dicho otra vez y juro que es la última—. No he podido ni he querido dejar de contar estas pocas cosas para situarme y que quede bien claro en qué lugar he recalado y dónde estoy pasando mis primeros años de eso que llaman Presidio Mayor. Ésa fue la condena impuesta en lugar de Reclusión, porque los jueces me apreciaron, en el parricidio con motivos, la atenuante de arrepentimiento espontáneo —era mentira, yo no estaba ni estoy arrepentido pero debí hacer bien el paripé— y la de haber mediado provocación.

¿Qué habría hecho cualquiera en mi lugar? ¿Cómo habría actuado cualquier ser humano normal, no un psicópata ni un trastornado ni un loco, ni un cobarde o un mierda, nacido para vivir aplastado? ¿Qué habrías hecho tú, aunque fueses un hombre incipiente y a medias, un chavalín como era yo el día del crimen, ante un energúmeno —un calificativo suave— que tiene la violencia por sistema, que pega, amenaza, rompe, destroza y mantiene permanentemente bajo la bota del terror, a tu madre, a tus hermanos, a ti y a todo lo que se mueve en ese sitio que debería llamarse hogar y ser el refugio seguro en el que vivir a resguardo del exterior hostil? ¿Qué hay que hacer cuando vives en la eterna y constante incertidumbre y en la angustia diaria, está rabiando, qué ha roto, por qué ha sido ese golpe, contra quién ha ido dirigido, qué daños ha causado, por qué esa herida, cuándo se va a curar este ojo hinchado o esa muñeca lastimada? Y paro ya de preguntas que me pone de mala hostia el mero hecho de recordar una existencia en libertad que era mucho peor que la que tengo aquí, entre rejas.

He dejado claro desde el principio que a mí, Demetrio, Demetrín como me llaman aquí desde el primer día, que menuda manía de los castellanos, la de colocar a la gente el nombre del santo del día en que nace, aunque ese nombre sea feo como un dolor. A mí me colocaron casi desde el primer día, a alguien debí de gustarle nada más entrar en esta cárcel burgalesa, como

ordenanza de centro y eso me da capacidad de movimiento, de manipulación, de contactos, de comprar y vender, de llevar y traer. O sea, me hace ser un poder fáctico por el cargo y, dice el Metralla, que por mi espabilamiento, por mi capacidad para la adaptación y mi habilidad para el negocio, que dice este abuelo sedicioso que parezco judío o fenicio o moro por mi capacidad de enredo y de buscarme la vida. Empecé siendo ordenanza de centro y acabé siendo ordenanza de todos los sitios y, en todos los sitios, imprescindible.

Una de mis tareas —y con la que mejor me lo paso que todo hay que decirlo— es llevar cafés a los presos políticos, que andan todos en galerías apartadas y con regímenes de especial control, aunque al final todo quede en aguas de borjas y la cárcel sea un queso gruyere en donde hasta las paredes oyen y los rumores y los macutazos se cuelan por todas las rendijas. Los que llevan la vitola de políticos, a pesar de la represión y a pesar del régimen, son en cierta medida, mimados, respetados y considerados en otro status. Cuando digo que me gusta llevarles cafés no lo hago porque de golpe me haya inundado el espíritu de marmota y tenga vocación de chacha. En cierto modo me hacen sentirme su cómplice y participar de su estatus, con ellos no soy un vulgar delincuente, un parricida, un analfabeto que ha entrado en el mundo del lumpen carcelario. Ellos me hacen sentirme importante, yo escondo sus libros prohibidos y los leo. Les pregunto continuamente cualquier cosa que me resulte difícil de entender o que me parezca chocante y aprendo de todos, porque de todos se puede aprender. Limpiar los despachos de los educadores, aquellos ex combatientes de la División Azul, de mirada alta, orgullosos de haberse enfrentado al ateísmo comunista y a las hordas bolcheviques, y que callaban siempre la paliza que allí recibieron, no me aporta mucho, pero andar de cafés y de charla con estos, sí.

La verdad sea dicha, es que ando en un trajín continuo para arriba y para abajo. Preparo la cocinilla donde comen los funcionarios, un sitio cutre con un olor penetrante, desagradable y eterno, mezcla de zotal, de rancho carcelario y calcetines sudados. Allí se calientan algunos, en un infiernillo con mil y una reparaciones, las fiambres míseras que traen de casa. Eso me recuerda a mi vida libre —¡menuda libertad! andar todo el día acojonado y esperando el penúltimo trompazo o la penúltima bronca—. Otros, los más, esquilman el

rancho de los presos —ya de por sí escaso— para comer ellos y rebañar algo incluso, con lo que surtir de comida a su familia. Eso nunca lo confesarán, pero yo no me pierdo una y lo veo bien clarito, que hay quienes tienen familia numerosa, traen la fiambreta vacía, comen rancho y se la llevan llena. Los puedes partir a trozos que ellos sacan pecho, dignos, y jamás, ante nadie, reconocerán que también en su casa, o comen rancho que se llevan de la cárcel o pasan igualmente hambre.

Yo lo sé por esta puñetera manía que tengo de fijarme, que dice Diego que no tendría precio como espía, y porque, además de verlos en la cocinilla, cada día me encaramo a una ventana vieja, en un departamento que, pomposamente rotulado a mano sobre una tablilla, se llama “De Ingresos”. Me siento en el alféizar, para leer o para soñar en los ratos que tengo libres, que son muy pocos. Desde ese lugar de privilegio veo un trozo de arboleda, oigo el rumor del río Arlanzón que bordea la cárcel y miro, sin ser molestado por nadie, el cielo limpio y azul intenso de Castilla. Poco antes de la hora de la comida de los presos, invariablemente, otro preso de confianza sube con un perol enorme hasta el rastrillo —la cancela que da a un patio empedrado desde el que se accede a la calle—. No ha terminado de posar el perol en el suelo, humeante y con un contenido ciertamente seleccionado, y comienza el goteo: llegan, uno tras otro, unos cuantos niños y niñas, hijos de funcionarios con ollas, con cacerolas de todas las formas y tamaños. Una vez llenas, se van con la cara de satisfacción de quien ha cumplido un deber sagrado esencial: conseguir comida para la casa. Es un pago en especie conocido por todos y ante el que todos hacen la vista gorda. El hambre siempre ha merecido mucho respeto y en este país de posguerra todos —o muchos— vamos cargados de dignidad pero con los estómagos vacíos.

Yo he aprendido mucho en los libros y en las explicaciones que me dan los políticos y los no políticos. He aprendido sobre todo —fijándome en la gente— a no generalizar, a no emitir nunca juicios generales sobre un colectivo. Tengo fijados varios modelos, siempre individuales, porque, por encima de la pertenencia a un grupo, y la cultura que conlleva, siempre está la libertad personal que te hace ser y comportarte de una determinada manera.

Los dos educadores, esos vividorcetes que ya he citado, parecen clónicos —la formación militar cuartelera los ha marcado—. Tienen muy clara la conciencia de ser héroes de guerra. El país entero está en deuda con ellos, por haber ido muy lejos de sus fronteras a hacer frente a un peligro cierto e inminente.

“En las heladas estepas rusas, en una tierra hostil, sin Dios y sin convicciones morales, supimos enarbolar nuestra sagrada bandera y dejar bien claro a la humanidad toda, que donde haya un hombre español, siempre hay una voluntad de Imperio y un firme defensor de la civilización cristiana. Siempre hay una voluntad inquebrantable de victoria”.

Sueltan esa parrafada y otras similares, sin mucha convicción por no decir ninguna, como de carrerilla, aprendidas de memoria del discurso fascista al uso, y se quedan tan tranquilos.

Nunca he sabido bien, ni creo que lo sepa nadie, de qué victoria hablan o si ésta se ha quedado en la mera voluntad o en un puro espejismo, que ya sabemos el refrán ése de “ilusiones y jorobas no hay médico que las cure”. Porque a día de hoy ya está claro que la División Azul en la que se integraron, nunca ganó nada, sólo palos y derrotas. Todo eso aunque el General Muñoz Grandes —su máximo jefe— sea tildado continuamente por ellos de invicto, con una persistencia estúpida y alejada por completo de la realidad.

Estos dos ideólogos de la grandeza imperial hispana, no son sino dos desmayados, dos pobres hombres que, siendo más vagos que el suelo, viven como es la ambición de la mayoría, de un sueldo del Estado y del trapicheo que pueden buscarse en su tiempo libre. Ser funcionario público en esta época es consecuencia y garantía de adicción al régimen por encima de cualquier duda. Si no eres adicto —certificados de penales, fe de bautismo, certificado de buena conducta del cura y del cabo de la Guardia Civil, etc...— sencillamente no entras porque el régimen se retroalimenta: Da de comer —poco, que todo hay que decirlo— a sus defensores, y sus defensores y los que viven de él, son “la masa ingente de hombres de buena voluntad y de patriotas”, que lo apoya, lo defiende y lo hace sobrevivir a duras penas. Esa es la pescadilla que se muerde la cola y que tiene muy poco de ideología y mucho de hambre. Nunca ha sido tan verdad como lo es ahora, esa frase enrevesada

de Marx que tanto me costó aprenderme y entender: “la infraestructura económica determina la superestructura ideológica”. O sea, somos franquistas porque comemos de Franco y por Franco. Y estamos convencidos de que con cualquier otro viviríamos peor que con éste.

No son estos dos, pese a su trabajo —no hacer nada, pasearse, censurar cartas, emitir informes de conducta sin conocer siquiera al informado y aunque tratando de psicología no sean capaces de distinguir entre imaginación y motivación, por poner sólo un ejemplo—. No son estos los peores de la fauna que aquí manda. Porque aquí mandan todos, menos nosotros, que obedecemos a todos. Éstos se limitan a pulular, a dar bandazos y a no ser molestados, sin meterse en profundidades en su particular estado de bienestar.

Anda por aquí un espécimen fascista especialmente repugnante, amigo de botas altas y guantes negros, un excombatiente de boquilla porque jamás peleó con nadie de frente. Cuentan que es chivato de medio pueblo y que le viene de casta porque más de un par de docenas sufrieron el paseíllo por las delaciones de sus parientes más cercanos. Para no andarnos con rodeos, hablaremos claro: no me quito de la cabeza la sospecha de que es maricón del culo. Un bujarrón destapado al que los ojos le hacen chiribitas cuando ve a un niño rubito y con los ojos azules. De éste es del primero que, nada más atravesar la puerta de la cárcel el día de mi ingreso, conociendo bien el paño, me defendió y me puso a buen recaudo mi maestro, Diego, el Metralla. Ese boqueras es un sádico destapado, un psicópata puro pese a los aires que se da de hombre digno y principal, cuando lleva su uniforme verde militar al que ha añadido, de su cosecha y apócrifamente, unos galones, unos ángulos plateados en las hombreras, cuyo significado y rango nadie conoce. Rodríguez Verdugo, conocido ya para toda la eternidad como “el diarreas”, desde que le gastaron la gran putada y le provocaron el apretón más famoso que verán los siglos en la circunstancia y en el lugar en que él menos se esperaba. El diarreas, aunque el apellido Verdugo le viene como anillo al dedo.

Le tenían ganas, al sádico, los políticos y se la prepararon bien preparada. Menos mal que no me usaron a mí para aquel atentado vergonzante. Si recién ingresado en este antro, como estaba, corría el año 68, me engancha el

diarreas en esa movida, me da por el culo sin vaselina y sin remisión durante un par de lustros por lo menos.

Lo cuento punto por punto porque esta historia, aunque pasó hace algo más de un par de años, no tiene desperdicio. Este tipo baboso —yo no sé si por su mala leche le habrá salido una úlcera o qué— tiene por norma, nada más entrar de servicio y tras firmar sus partes de recuento con toda la pompa y el boato ante el Jefe de Servicios —de paso que aprovecha para hacerle la pelota que todo hay que decirlo—, tiene por costumbre el elemento, cuando toca el corneta el fin del recuento, ir al economato de la cárcel por una botella de leche. El economato, es un sitio tan cutre como todos los demás, un almacén donde se amontonan los productos más dispares, donde todo se compra se vende y se trafica y donde puedes encontrar —si tienes para pagarla— desde un buen carajillo de coñac hasta una postura de grifa que es lo que les pirra fumar a todos los que, después de tirarse unos años en África como “lejías”, han venido a dar con sus huesos en este sitio inhóspito. Este colmado, mezcla de taberna pueblerina, patio de vecinos, corral de comedias y salón social para escogidos, tiene un mostrador interno para los presos de clase alta, y una ventanilla cutre que da al patio general por donde se atiende a la plebe. La ventanilla es una síntesis del palo de un gallinero —por la mierda y los churretes que la adornan—, del patio de monipodio cervantino, de una casa de contratación y de una casa de putas. De la reja de dicha gatera, y atado con guita de palomar, cuelga un palo con el que todos los que allí compran mueven el café, que yo como ordenanza de centro —no olviden el cargo— soy atendido por dentro, por el mostrador de los importantes y me muevo por allí sin restricciones, como Pedro por su casa.

Sería ilustrativo que algún paleontólogo estudioso intentara identificar las capas de mugre que se superponen en ese palo colgante y cafetero. Encontraría bacterias, virus, treponemas, riketsias y mierda sin más —que yo me hago un lío con ese rollo invisible de los microbios— de todos los períodos prehistóricos. Me la corto, inmediatamente, si ese paleontólogo imaginario no encuentra ahí fósiles del jurásico, de pleistoceno, del cámbrico y de cualquier época anterior a la Edad del Hierro. De todas formas, hay que ver hasta qué

punto el hombre se acostumbra a lo que le echen, mejor es tener ese palo colgando del ventanuco que echarlo en falta.

Cuento antes una cosa luego volveré al hijoputa este del apretón, que tiene que ver con el uso para el que existe el colgante azucarero. En mi tarea de ordenanza, fui hace tres días a llevarle un café con leche cargado que me había pedido el funcionario de guardia del departamento celular. Las cucharillas de plástico, exclusivas para los funcionarios y para presos de mucha categoría se habían acabado. El bacalao —que es el nombre por el que atiende el encargado del economato— me dio dos sobres de azúcar y me dijo que usara el palo de la ventanilla para moverlo, que “achantara la mui” y que para el puto boqueras de las celdas de castigo, ya iba que echaba leches.

Yo tengo por costumbre evitar cualquier enfrentamiento, amoldarme y poner buena cara. Así me llevo bien con todos y evito líos que en estos sitios cutres no traen nada más que problemas serios y, si llega el caso, que te metan un buchante por la espalda con un baldeo taleguero, y te dejen seco en cualquier rincón, sin que dé tiempo a que el practicante te ponga un esparadrapo ni el cura te rece aunque sea un gori gori corto para darte el pasaporte con Mulana.

Me dio corte moverle el café al funcionario con ese palo mugriento, porque ése es otro buen hombre. Todo el mundo le llama “Manolete” como al torero, no sé por qué, cuando su nombre verdadero es Don Francisco. Es un buen tío, que ya ha quedado claro que aquí hay de todo, como en botica, aunque los pocos malos que hay se hagan notar más que los muchos buenos. Yo creo que es un buen hombre, algo amargado y resignado a trabajar en medio de esta mierda, con un cierto síndrome de persecución, y un toque de anarquista y de medio loco, que le da un punto de ternura y de humanidad.

En fin, que no quería yo meter ese palo lleno de miasmas en el café de Manolete, y andaba buscando un bolígrafo poco usado o cualquier otro utensilio aseado al menos en apariencia, que sirviera para tal menester. Me ve el limpiabotas de la cárcel buscando —ese tipo es un gitano trámoso que anda continuamente peinándose el tupé lleno de brillantina y ofreciendo sus servicios como limpia o como intermediario en cualquier trapicheo, en cualquier compraventa o en cualquier enjuague del que pueda sacarse una

comisión—. Me ve y se saca del bolsillo trasero del pantalón un peine, con las púas atascadas de arar aquella pelabrera pringosa. Se lo frota con energía por la pernera del pantalón en un intento imposible de higiene apresurada, al tiempo que dice: “Chinorri, mueve el café con esto, que está limpio”.

Si meto el peine en el vaso, el café habría quedado movido sin ninguna duda, pero, desde luego, lo que habría enganchado el pobre Manolete no podría haber sido nada bueno. Por cojones tiene que ser un desastre para los intestinos —el rancho en esta cárcel no es malo, que todo hay que decirlo— meterles aunque sea disuelta en café con leche la mezcla de mierda y brillantina que amontona el limpia, producto de su pelabrera acaracolada.

Y hablando de intestinos y de desastres, volvemos a la gran putada que le gastaron al psicópata bujarra este del que estoy hablando. Me pongo otra vez en situación que me he ido por los cerros de Úbeda con la historia del calor limpiabotas.

Este hijoputa tiene por norma aparecer por el economato bien de mañana y pedir su botella de leche. Con su voz entre amanerada y gangosa, engolado como si fuera a emprender el negocio del siglo dice cada día que le toca servicio —para nuestra desgracia está 24 horas y libra 48— pretendiendo ser gracioso: “Torralba —ése es el Bacalao—, deme usted el biberón”. Y utiliza bien el verbo dar porque él tiene que creer que al Torralba no le cobran el género.

Nadie ha tenido noticia jamás de que pagara una de las botellas que se lleva a diario. Luego, cuando nos vende a los demás, antes del recuento de mercancías y dinero, y para que no haya desfalcos ni falte un céntimo, el Bacalao, nos clava para suplir las faltas y encima salir ganando. ¿Comprenden la jugada? Yo, el baboso bujarrón, me llevo la leche gratis, tomo café gratis y fumo o me tomo un refresco gratis y a cambio hago la vista gorda o no veo nada cuando el encargado, tan corrupto como yo, pero él preso, expolia y clava a sus compañeros de infortunios. No sé si ha quedado claro porque lo que sí está claro es que las cuentas tienen que salir y el baranda no perdona un duro. El Bacalao tiene contento al bujarra porque no le cobra, ni la leche ni

nada que se lleve, pero el Bacalao no pierde porque ya se encarga de sangrarnos por otro sitio.

La botella de leche —volvemos al putadón que le gastaron al baboso— es una de esas de plástico semi-rígido y translúcido, con un tapón de aluminio que es como una chapita fina. Pues por ahí se la metieron los políticos y no diré el nombre no sea que en un cacheo pillen la libreta y me busque una ruina. Digo se la metieron y digo bien. Pescaron al Bacalao en un descanso de su jornada en la tienda y le dieron la charla correspondiente sin dejar lugar a la duda, o sea, que no tenía más cojones que permitir la manipulación que pretendían: “Cuando llegue este capullo y pida su biberón, a temperatura natural como siempre, la coges del montón y le das ésta. No otra, ésta. ¿De acuerdo? Tú no has visto nada, a ti nadie te ha dicho nada, tú no has movido un dedo para nada. Le das ésta que es la que le ha tocado en suerte, como cada día y a temperatura ambiente”.

El Bacalao, que tampoco quería problemas, y menos por defender a un cabrón de la ralea del Rodríguez Verdugo, calló y cumplió. La botella estaba convenientemente preparada. Con una jeringuilla facilitada por el Cargoll, un estafador catalán que se hace pasar por médico en la calle y al que, lógicamente han asignado el destino de ordenanza de enfermería porque a base de presentarse como médico algo de esa ciencia se le ha pegado, le habían inyectado un bote entero de un mejunje que se llama “Evacuol” y que, por lo que hemos visto, es capaz de desatascar a un hipopótamo estreñido.

Se pegó el tal Rodríguez Verdugo dos buenos lingotazos, nada más hacerse cargo de la botella de gorra. Todos los que estábamos en el ajo —muy pocos y yo, que como ando todo el día para arriba y para abajo, no me pierdo una— nos mantuvimos expectantes a la espera de acontecimientos. No pasó nada, de momento. Sobre las diez y pico de la mañana, como todos los “mala sangre”, cavó su propia tumba. Llamó al turuta y le dijo una vez más con tono mayestático: “¡Corneta!, toque recuento extraordinario. Los penados que formen con el traje reglamentario en el patio central. Vamos a pasar revista antes de que venga el médico”.

Como buen fascista, este tipo es amante también de los engendros militaroides. Le gustan las formaciones, los desfiles de a tres en fondo, los saludos marciales y a taconazos, y todas esas parodias que le recuerdan a Franco, a Hitler, a Mussolini y a su baños ante las masas, en loor de multitudes, aunque aquí más bien hay que decir en olor de multitudes, porque la masa en este talego, entre los que me cuento, desprendemos un tufo rancio inconfundible.

Ya tenemos al mariconazo con su uniforme verde impecable, sus botones plateados y sus galones apócrifos, henchido de orgullo y de ardor patrio, haciendo de Jefe de Servicios sustituto y accidental. Ya tenemos a todo el penal firme en el patio y a la maricona ésta pasando revista, con la barbilla alta y sacando pecho. Sin tener en cuenta, para su propia gloria —casi mejor decir para su vergüenza—, que allí no había ningún regimiento de paracaidistas ni de soldados guerrilleros ni comandos de operaciones especiales, que lo que tenía enfrente, y revisaba con un aire tan marcial y engréido como si fuera el mariscal Rommel, era una recua de desgraciados, viejos, menos viejos, enfermos, menos enfermos, sucios y medio muertos de hambre. Una lástima, vamos. Lo más alejado de una formación potente capaz de ninguna gesta heroica en ningún campo de batalla, como el ejército de nuestro Caudillo que sólo ha sido capaz de pegarle a los propios.

Pues bien, está el gilipollas, en su papel revisando aquella tropa infame, y de pronto se encoge, hay una tentativa de retorsión, junta las rodillas, se lleva la mano al bajo vientre, intenta echar a correr pero no puede dar ni un paso. Se queda paralizado y tras soltar una retahíla de pedos, larga como el redoble de un tambor de granaderos, se pone blanco, hace una mueca como de empezar a llorar y se caga por las pencas ante el general jolgorio. No tuvo fuerzas ni para pedir silencio, humillado, de rodillas y rebozado en el charco de propia mierda.

Nunca he sentido un placer más hondo y más intenso. Posiblemente yo sea una mala persona, pero gocé como un cosaco al verlo impotente y cociéndose, a punto de nadar en su propia, viscosa y maloliente salsa, nunca mejor utilizado el sustantivo. Yo no me reía a carcajadas como el resto de “la población reclusa”. Yo disfrutaba para mis adentros, imaginando hasta qué

punto el psicópata estaría deseando que la tierra se lo tragara, evaporarse y desaparecer para evitar el espantoso ridículo en el que se estaba viendo.

Salió corriendo como pudo, a trancas y barrancas. Dejando un reguero pestoso, alcanzó la puerta del patio, desapareció y ahí terminó el recuento extraordinario. Yo creo que no tuvo valor ni vergüenza para ponerse delante del director y pedirle —un pelota vocacional nunca exige ni reclama a un superior, siempre suplica— que investigara el porqué de su violenta y súbita descomposición y si ésta se había debido a algún complot o atentado cobarde de los presos. No sé si relacionó la tormenta intestinal con la botella de leche. Seguro que no porque a los pocos días, el creía que olvidado el asunto, volvió a pedir y a llevarse de gañote, su biberón en el economato. No sé si relacionó con algo su violenta descomposición ni puñetera falta que me hace, el caso es que desde ese día, todos los motes que había tenido, que eran un huevo de ellos, quedaron resumidos en uno: El Diarreas.

La flojedad de punto de aquella infiusta mañana le hizo correr, intentar desesperado, alcanzar un “tigre” donde irse de varilla de manera descerrajada e irremisible. No le dio tiempo. Se lo hizo encima. En la tentativa de carrera iba contoneándose y juntando las piernas como las mujeres cuando pretenden coger velocidad y llevan falda de tubo y tacones. Por eso surgió también un apodo alternativo: “El plumas” que no tuvo el arraigo de “El diarreas”. Plumas es una redundancia porque su cualidad, no es ser maricón que esos en la cárcel y pese a todos los rollos culturales que nos acogotan, son respetados, sino ser bujarrón con preferencia hacia los jóvenes lampiños. Yo creo que casi se han acostumbrado a esa querencia y la sobrellevan, o la ignoran, o hacen como que no se enteran. Le siguen la corriente porque tampoco tienen ganas de estar enfrentados a un elemento tan dañino como este tipejo.

Tres cualidades, si es que pueden llamarse así, definen al engendro. Es incapaz de decir una verdad, a no ser que sea el beneficiario de la misma. Es cruel hasta la saciedad siempre que pueda obtener un provecho, aunque el único fruto de su残酷 y con el que se da por satisfecho, sea el placer que le produce el dolor ajeno. Es más maricón —perdón, bujarra de lampiños según sospecho, que no es lo mismo— que un palomo cojo, casado para evitar habladurías y con dos o tres hijos hechos a escote seguramente, en la más

pura acepción de Quevedo. Le viene al pelo —insisto en mi sospecha que yo no lo he pescado en tan indecorosa actitud—, una frase que un periodista, al que no conozco personalmente pero del que he oído hablar mil veces a estos facinerosos que me enseñan, me cuidan y me apadrinan, adjudicaba a un poeta homosexual frecuentador del café Gijón, el de las tertulias literarias, en la posguerra y hoy: “Es frecuente que tenga una polla en cada mano, y ninguna de la dos sea la suya”.

¿Se me nota mucho la manía, el odio que le tengo? No son gratuitos. Tengo motivos más que sobrados y los voy a contar aquí por primera y por última vez porque me da auténtico asco el mero hecho de recordar esos acontecimientos.

Ya he dejado claro que llevo en este tugurio unos cuantos años, va para seis. Que entré en el 68, siendo prácticamente un niño —con diecisiete años, de modo que vayan sacando las cuentas hoy que estamos en el setenta y pocos— por un delito horrible, un parricidio. El homicidio lo cometí en la persona de mi padre aunque habría que decir mejor en el individuo que me hizo, o en el que puso el espermatozoide para hacerme, porque ser padre es una cosa bien distinta de echar un polvo y que nazca una criatura nueve meses más tarde.

Maté a mi padre, aunque ya eso no tiene importancia, y entré en esta cárcel para pagar por lo hecho. Yo era un chiquillo de campo, sin lecturas ni escrituras —eso lo han corregido de largo estos rojos indeseables de los que me rodeo a la fuerza y para mi fortuna—.

Nunca es uno buen juez para describirse a sí mismo, pero yo creo que era, y lo sigo siendo, un chaval espabilado y despierto.

En mi primer día de cárcel, dicen que conforme al reglamento de los servicios de prisiones, que así es como se llama, me alojaron en un sitio lóbrego, cutre y húmedo —como todos los demás aunque yo ya los veo como lugares normales—. Ese sitio se llama “Periodos” aunque también se le conoce como “el tubo” porque allí van a parar los castigados.

Dicen que uno tiene que pasar ahí tres días para observación. A mí no me observó nadie, o eso creía yo. Había en ese departamento un cabo llamado

Trocamora. Era un estafador que había dado palos por media España comprando cosas que no pagaba y luego vendía a bajo precio, eso que se conoce en estas casas como el timo del nazareno y en el que Trocamora es un auténtico artista. Este tipo, en la cárcel, seguía —y creo que seguirá mientras viva esté en la cárcel o en la calle— enriqueciéndose y viviendo de puta madre a costa del prójimo y con el consentimiento de dos o tres boquis —el bujarrón entre ellos— que lo protegían y se beneficiaban de sus gestiones tan indecentes ellos como él. Además de beneficiarse de sus gestiones, el cabo era el que les hacía el trabajo, que este bujarrón y algún otro no destacan por su laboriosidad ni su espíritu de trabajo.

No habían pasado dos horas desde mi ingreso cuando recibí la primera visita “de cortesía” del tal Trocamora. Quería saber si fumaba, si necesitaba algo, si tenía algún problema... y si tenía dinero, sortija, reloj o medalla para pagar esas necesidades. Todo aquí tiene un precio, en eso no hay nada distinto a como son las cosas en la calle. Pero hay una particularidad que es de lo que se aprovecha el cabo y sus mentores. Si fumas y no puedes vivir sin el tabaco. Si te gusta tomar café o si tienes hambre y quieres un bocadillo, entra Trocamora en juego y empieza el negocio. No hay tabaco. Es imposible. No se puede conseguir o simplemente no te lo quieren dar. Ahora bien, todo cambia si, por dos paquetes de rubio americano estás dispuesto a entregar tu reloj, tu sortija, la medalla que te regaló tu madre hace años o una chaqueta de cuero de la que se ha encaprichado el mangante de turno.

No era mi caso. Era pobre como las ratas al entrar y sigo así. No fumaba, sólo bebía agua del grifo, y me conformaba y me conformo con el rancho cuartelero que me paga el gobierno. Tenía, no obstante, algo que aprecian los bujarrones en estas casas y que yo desconocía hasta esos momentos. Buenas hostias y más de cuatro fatigas me costó aprenderlo. Tenía algo que he ido perdiendo a pasos agigantados: cara de inocente, ni un pelo de barba y aspecto, aunque algo asilvestrado, angelical —me decía Diego, El Metralla.

El cabo hizo de Celestina desvergonzada para el Diarreas, para él mismo o para su puta madre, que yo ya no lo sé ni me importa para quién fuera, y empezó el acoso. No había nada para mí. No había patio, no había economato, no había revistas ajadas, manoseadas hasta la saciedad para pasar las horas

muertas en la celda. La comida me llegaba el último y era parecida a cualquier cosa menos a una comida decente. Siempre me llegaban las sobras y el cabo —bujarrón— celestina, con su pinta de vino tinto en la mano, saboreándolo a sorbos pequeños, me decía en tono casi susurrante mientras se pasaba la lengua por los labios en un gesto baboso y repugnante: “¡Con lo bien que tú podías vivir aquí sólo con que fueras un poquito amable!”

No hubo que explicarme a qué amabilidad se refería, pero yo estaba convencido de que era él quien me andaba requebrando. “No me va el mariconeo y no me van los maricones”, le respondí secamente y sin querer entrar en diálogos. “Todo puede cambiar. Tú dale tiempo al tiempo y verás hasta qué punto uno se vuelve flexible en estos sitios”, replicó con la misma sonrisa sátila, a la vez que cerraba la puerta, dejándome en ayunas porque hasta las sobras que me había reservado, en su particular tratamiento pedagógico, se las llevó.

Yo ya no sabía si “mi pretendiente” era el cabo, si era el diarreas, si era otro desconocido o si me estaba volviendo chaveta con el encierro y estaba equivocado de punta a rabo. ¿Quién pretendía que fuera amable con él? ¿Era el Diarreas, aunque por aquellas fechas no tenía ese nombre porque aún no le habían provocado el apretón? ¿Era el cabo? ¿Había por ahí algún otro bujarrón interesado en estrenar el material recién incorporado? ¿A quién cojones le había gustado el rubito parricida a quien le daba morbo un niño con aspecto de no matar una mosca, que había sido capaz de llevarse por delante a su propio padre?

Me negué en redondo. Cuando el cabo, después de mil vueltas, me dejó claro para qué era yo objeto de deseo, yo le dejé más claro todavía que nadie me echaría su aliento en el cogote. Ni el señor funcionario, ni el preso más importante de la cárcel, ni el ministro de justicia, ni el propio Franco, si es que también tenían ese defecto, que yo no lo sé ni me importa, me iban a calzar a mí en el peor de los sentidos, me iban a amorrar al pilón ni me iban a poner a cuatro patas, mirando para Gibraltar.

Ahí se me empezaron a poner las cosas feas. El acoso se endureció y, al acabar los llamados periodos, no salí al patio general porque me dejaron

castigado. Me hicieron firmar diez días de celdas por desobediencia a órdenes del funcionario. Todavía hoy, varios años después, me estoy preguntando de qué desobediencia hablaba este hijoputa diarreas ni cuál fue el motivo que lo impulsó a escribir en un parte aquella sarta de falsedades. No quedó ahí la cosa y esos diez días —que eso en la cárcel es una minucia, diez días son un paseo— se estuvieron a punto de transformar en cien o en doscientos o en la entrada en esa cosa que llaman “vida mixta”, que nadie ha sabido explicarme pero que significa estar encerrado veintidós horas al día, sin derecho ni a piar, dándote con un canto en los dientes si te dejan respirar o tener dos minutos de conversación con alguien en el patio, en cualquier rato perdido del día.

El cabronazo éste de marras, el tenorio de pacotilla, la trotaconventos desatada, dio una vuelta de tuerca y mandó a Trocamora y a otro pelota a darme una paliza para que “se me ablandaran las ideas y la resistencia”. Tengo la convicción de que fue él quien los mandó aunque las convicciones morales —dependiendo de quién las tenga, y si no que se lo pregunten al Metralla— valen poco ante un tribunal lleno de estrellas, de medallas, de galones y de tantos abalorios con los que se adornan estos especímenes fascistoides.

El pelota que inició el palizón, un medio subnormal que sigue de ordenanza en ingresos, se llama Medardo —todo un síntoma, el nombrecito— y está condenado por varios abusos sexuales con niñas —de niños y niñas se ve que va la historia—. Este tontaina recorría los barrios de su ciudad en una motillo descangayada y cuando veía a una chiquilla sola, la imitaba a subir, luego la llevaba a un descampado y empezaba con los tocamientos y las metidas de mano. No había consumación de las violaciones porque parece que tiene el muelle estropeado y la potra no se le alza de manos. Vamos, que para ponerse en situación de presenten armas y que el ciruelo le parta almendras, necesita por lo menos un milagro de la Virgen de la Merced que es la patrona de estas casas. Le pasa justo lo contrario que a mí que estoy todo el día en posición de batalla y no gano para pajas —pero el mariconeo no me va ni como sustitutivo, cosa no infrecuente en la cárcel—. Yo desde que me levanto hasta que me acuesto—dice el Metralla que eso son las hormonas y que ya se me pasará con los años— sólo con mirarme a los bajos me puedo peinar a raya, sin que me haga falta peine.

Bueno, a lo que vamos, este cabrón del Diarreas mandó al cabo y a su ayudante imbécil a que me dieran un repaso, una manta de hostias para hacerme entrar en razón y que comprendiera por la vía más expeditiva las bondades de llevarme a partir un piñón con él. No tragué a pesar de los palos y aunque me dejaron la cara como a un Cristo atado a la columna. Sólo me faltaba la corona de espinas.

La vida es siempre la misma. Me cuenta Diego —a raíz de este episodio doloroso lo conocí— que durante todo este tiempo, en este país se ha desarrollado la justicia al revés: los que se rebelaron, han condenado por rebelión a los que eran fieles al gobierno legal. Han metido en la cárcel a gente honrada, quienes debían estar presos por golpistas y por asesinos. Y han fusilado, acusando de asesinatos a los fusilados, los que de verdad mataron para hacerse con un poder que el pueblo no les había dado. Esa situación de “Justicia al revés” la he vivido en mis carnes y la estaría sufriendo todavía de no haber sido por un hombre honesto, que de todo hay en estos sitios. El Diarreas organizó una movida o una pajarraca, como se dice aquí, para llevar a cabo sus planes. Sus dos esbirros me apalearon y él le dio forma aparentemente legal al apaleamiento: se inventó el robo de un reloj y la agresión —por mi parte— hacia su ordenanza gilipollas. Se inventó la defensa legítima por parte del Medardo y se inventó mi agresión hacia él, con un baldeo taleguero, cuando pretendía reducirme e impedir que se consumara el robo y la agresión en la persona del tonto abusador de chiquillas.

¿Cómo lo veis? Una ruina en toda la regla y perfectamente orquestada. Todo estaba claro como la luz del día. Apareció el reloj robado, apareció el pincho carcelario con el que yo pretendía ensartar al Diarreas y aparecieron —jurando por todas las divinidades, por sus propios muertos y por sus familiares vivos más cercanos— el Trocamora y el Medardo, afirmando el robo, las agresiones, mi resistencia cuando el Diarreas pretendía reducirme, y el milagro de los panes y los peces que les hubieran pedido.

La suerte que tuve es que en la cárcel las paredes son de papel y todo acaba sabiéndose. Se sabe pero nadie arregla nada y nadie se implica en nada o en muy poco. Se sabe porque se oye por los pasillos pero si preguntas en serio y directamente nadie ha visto nada, ni oído nada ni sabe nada de nada. Todo el

mando va a su bola y se esurre como una anguila de los líos que no considera suyos. En este caso la cosa fue distinta, por suerte para mí siempre hay una excepción que confirma la regla. El Metralla, que era en esa época cabo del comedor y un poder en el talego, me había visto entrar el día que me trajeron de la calle —luego, un par de años más tarde, me lo contó— y desde el primer momento le dio por pensar, por mi aspecto infantil y asalvajado, por tener una condena larga por delante y ser “virgen y mártir” en asuntos de trullo, que yo sería objeto de la codicia del Diarreas o de alguien —no sé de quién— al que este capullo quería contentar, que ya digo que todo son sospechas y suposiciones y no tengo medio de verificarlas sin género de dudas. Se arriesgó, incluso, a que todos pensaran que trataba de evitar el hecho de que me cepillara el boqueras o quien quiera que fuese su adláter, para cepillarme el mismo. No es nada raro, sino todo lo contrario, en estas casas, ver a un preso viejo, con su protegido mucho más joven —un niño aquí no es un niño literalmente, sino un jovencito, entre los dieciséis y los veintitantes años— que le hace de machaca, de acompañante y de pareja sexual. Una simbiosis total, como todas las relaciones que en el mundo han sido, en la que cada uno aporta lo que tiene, poder, dinero, habilidades, inteligencia, belleza, sexo o lo que sea que es deseable para el otro, no sé si me explico o me he hecho un lío. Creo que no.

A lo que voy. El Diego este, que es más largo que un día sin pan, que sabe latín y que las caza al vuelo, me dejó claro desde el primer momento que me ayudaba porque le caía bien, que le apetecía ser mi amigo sin que pudiera aclarar bien por qué y que en nuestra relación taleguera no tendría cabida el mariconeo porque no le iba ese rollo ni como elemento alternativo ante la forzada ausencia de mujeres en la cárcel. A día de hoy, años después, sé que aquella afirmación era más verdad que el Evangelio.

Se enteró el Metralla del montaje que había preparado el Diarreas y de sus pretensiones o su intermediación vergonzantes. No descarta Diego —y yo de él me fío como de mi madre— que el Diarreas, aunque continuamente afirma que le huele a maricón que tira para atrás, sea solamente un sádico que se lo pasa bien puteando el ambiente, y que no sea calzarme sin vaselina en sentido estricto lo que buscara en aquellos primeros días de talego, sino sólo tocarme

los cojones y joderme la vida, algo que, por lo que salta a la vista, es su gran pasión para con todos los mortales. Ni corto ni perezoso, Diego, aprovechó la circunstancia de que el día de la agresión —de ellos hacia mí, aunque la escribieran, la adornaran y se la inventaran con todo lujo de detalles como al contrario— había un Jefe de Servicios, que aún sigue aquí y que es un señor con todas las letras. Ni yo mismo me explico cómo, en este mundo de fachas, alféreces provisionales, franquistas y falangistas mediocres, ha llegado este hombre a ese puesto. Se llama D. Gerardo González y es un hombre educado, recto, inflexible con los que se pasan de rosca pero accesible y buena persona. Diego le pidió por favor que no permitiera la tropelía de su subordinado y le contó, con pelos y señales, cómo habían urdido la historia para aparecer como víctimas quienes eran realmente los verdugos. Don Gerardo me vino a ver al chabolo. Vio mi cara como un mapa y vio los cardenales que me adornaban de pies a cabeza. Vio también cómo el Trocamora y el Medardo estaban inmaculados y sin un rasguño y cómo el Diarreas sólo tenía un raspón en la muñeca —que él mismo se había hecho— y la patilla del reloj arrancada porque también él se había encargado de preparar adecuadamente la prueba.

Después de hablar conmigo durante un buen rato —yo llevaba sólo unos días en la cárcel y no tenía ni idea de qué iba esta película— bajó hasta jefatura y les metió un chorreo impresionante a los tres, uno detrás de otro. Les dijo que no se creía ni media palabra de todo el invento y que iba a dejar la cosa así por el momento, dejándolos avisados de que, si insistían en esa manera de actuar, daría parte de su conducta para depurar responsabilidades administrativas e incluso penales. Lo dijo bien serio y nunca le agradeceré bastante su gesto de hombría, que en los tiempos que corren, para ponerse del lado de un preso, un condenado por parricidio, aunque parezca que tiene toda la razón, hay que tenerlos muy bien puestos.

Esto fue mano de santo y todavía hoy, varios años después, sigo mirando a este Don Gerardo con veneración por lo que hizo. Me bajaron de celdas, me asignaron un sitio en una celda normal y el Diarreas, para mi fortuna, no ha vuelto a dirigirme la palabra. No obstante, no lo pierdo de vista porque las apariencias, en el caso de los cobardes de esta calaña, suelen engañar más de la cuenta.

Éste, el fascista bujarrón, el de los galones plagiados a quién sabe qué ejército de Pancho Villa, es —no puede ser de otra manera— pelota del Director y chivato —su afición permanente— en horario completo. Está siempre dispuesto a chivarse de alguien y a buscarle un problema, ya sea por la mañana, por la tarde o por la noche, en días laborables o festivos.

No sé si habrá alguna patología psíquica así definida, chivatofilia, chivatofagia, chivatería compulsiva, chivatófono vocacional, chivato lombrosiano o nato. Los afanes de chivarse del bujarra darían, seguro, para una tesis doctoral, sobre la capacidad del hombre —lo de hombre es un decir— de arrastrarse y de vender al prójimo por menos de un plato de lentejas. Dar un soplo y meter a un prójimo en un lío, le hace irse de varilla inevitablemente, correrse de gozo en el pleno sentido de la expresión.

Llega impecable, a la hora más insospechada, camisa blanca sin una arruga, zapatos negrísimos en los que puedes mirarte como en un espejo, traje inmaculado con botones plateados recién frotados con Sidol y oliendo a Varón Dandy —la colonia es lo único varonil que tiene.

Busca al director con desesperación y con cualquier excusa, con mirada angustiada recorre las dependencias carcelarias, y, cuando lo encuentra, se envara como a punto para el orgasmo. Se alisa la chaqueta, tirando a la vez de los bordes inferiores y, con un ligero carraspeo, intenta la impostación de una voz grave, aunque lo que suelta es un sonido entre aflautado, afónico y gangoso: “A sus órdenes, D. Maximiano... con su permiso... quería un servidor comentarle... si dispone usted de un minuto...” Y emprende servil —siempre servil— el camino, con el contoneo característico de quien tiene el culo como un bebedero de patos, tras D. Maximiano, hasta el despacho semifúnebre.

El despacho del baranda en cuestión —lo conozco porque alguna vez he llevado café y he barrido y he fregado ese suelo— parece el museo de los horrores. Los muebles, de madera labrada, son lo único que merece la pena. Está presidido por un crucifijo tétrico y un cuadro de Doña Concepción Arenal. La señora, que me recuerda a la abuela de un amigo de mi infancia, tiene cara de mala hostia y peinado con acetona terminado en un rodete, bajo el cual, en

letra redondilla, puede leerse: “Odia el delito y compadece al delincuente”, una frase que aquí se repite hasta la saciedad.

Como prueba de mal gusto, aunque aquí esa expresión es cuestionable porque todo se hace con medios limitados y casi inexistentes, y se puede hablar con propiedad de un “estilo talego”, hay una vitrina carcelaria que almacena, a modo de exposición, pinchos de todos los calibres y materiales, barajas dibujadas a mano, una máscara hecha con miga de pan utilizada para disimular una fuga y algún otro artilugio tan inútil en la cárcel como fuera de ella. Hay también, para dar postín a la dependencia oficial, una foto de Franco, otra de José Antonio Primo de Rivera, un crucifijo de madera y latón y una bandera española con el escudo ese como de un águila o una gallina abierta de patas y en actitud agresiva, como a punto para arañar.

Cada vez que el acaparador del santoral, Jesús Manuel Miguel Fernando Luis de la Santísima Trinidad y de todos los Santos de la bóveda celeste, “el Diarreas” su nombre eterno y por méritos propios, entra al rebufo de D. Maximiano al tanatorio lúgubre, le nace un problema añadido a algún desgraciado de los muchos que habitan este penal castellano. Que se chiva es evidente y que el baranda hace caso a sus insidias, también. Relata planes de fuga, tráfico de alcohol, fermentación de frutas, afilado de baldeos talegueros, transistores clandestinos, libros política o moralmente peligrosos, barajas de cartas o revistas de mujeres en pelotas favorecedoras del onanismo, que todo está prohibido en este matadero. Cuenta, estoy seguro, hasta desafecciones al régimen o conductas peligrosas para el mismo —reales o inventadas— por parte de algunos funcionarios que no gozan de sus simpatías.

D. Maximiano Florete Calvillo, el director, no es una mala persona, ni un psicópata desalmado, ni alguien empeñado en hacer sufrir al prójimo. Es un hombre tímido, nervioso y apocado. Calvo, acojonado y frágil desde el punto de vista físico y creo que también psíquico. Maestro de escuela en la zona nacional, se incorporó a la Cruzada de Liberación y fue inmediatamente ascendido a alférez de complemento para luchar contra los rojos. No me lo consigo yo imaginar pegando tiros en ningún frente. En el año de la Victoria, como otros tantos, fue nombrado a dedo funcionario de carrera para trabajar por la perpetuación del régimen que acababan de instalar por la fuerza, y anda

en estos años, cercano a la jubilación. Por nada, ni por nadie, quiere la más mínima mancha en su hoja de servicios que debe brillar de puro anodina. Todas sus aspiraciones terrenas acaban en actuar siempre a entera satisfacción de sus superiores, sin criterio, sin discutir sus órdenes, siguiéndolas ciegamente sin cuestionarlas para que, al jubilarse, le impongan —si lo tienen a bien como expresión de la proverbial generosidad que adorna a estos prebostes— la medalla al mérito penal y penitenciario, que lleva añadido el tratamiento de “Eminentísimo señor”. Con esa ceremonia sueña, permitiéndose ese momento de vanidad como colofón a una carrera gris marengo.

Tuvo la desgracia —yo creo que fue una desgracia, que lo inhabilitó para los restos, que le impidió ser una persona normal, dentro de la normalidad que cabe en esta época— de caer en las garras de un cura barrigón y verborreico que le hizo inscribirse, años ha, en los famosos Cursillos de Cristiandad.

Ese cura lleva a rajatabla el viejo refrán: Cura flaco y marido barrigón, ninguno cumple con su obligación. Amante de las artes culinarias, tripón con apariencia de mesa camilla ambulante y de luto, era y sigue siendo organizador de aquellas jornadas para guerreros del cristianismo, en las que durante tres días, los hombres se pelean consigo mismos e intentan perder sus miserias para ser ganados —acaban entregados sin remisión a la yihad romano papista— por el nacional catolicismo imperante. Ahí, el día que finalizó la convivencia cantando “De colores se visten los campos en la primavera, de colores son los pajarillos que vienen de fuera...”, terminó la racionalidad y la poca autonomía que pudiera tener D. Maximiano. Un hombre —hasta entonces— con una cierta curiosidad intelectual, con un cierto sentido del humor y un cierto afán de vivir una existencia razonablemente placentera, en la medida de lo posible, que tampoco es tanto en este país —desde el año 36, por no irnos más atrás— de monjas y de beatas, oscuro y amedrentado, pobre de solemnidad y con la bota de los militarotes permanentemente atornillando sobre el pescuezo.

Fue D. Maximiano a la guerra en el bando nacional porque le tocó en él, porque era allí donde estaba. La empezó y la terminó sin un gran convencimiento de los motivos, ni de los métodos. Adquirió, casi sin darse

cuenta, un cierto cariño y una cierta adhesión a Franco, que de maestro de escuela lo transformó, por arte de birli birloque, en pieza clave de la seguridad nacional.

No tiene muy claro D. Maximiano Florete el sentimiento de la propia valía, de considerarse a sí mismo un eslabón fundamental en la historia de la nación que, a su vez, es pieza esencial para entender la evolución del género humano. Ésa es la convicción que, sin mucho éxito, le intentaron imbuir en la milicia y en la guerra, adornada y presentada, por los ideólogos de la salvación de las almas, como Cruzada contra los infieles.

Sus ideas eran sólo un revoltijo informe, hasta que cayó en las fauces del gordo con traje talar que he dicho más arriba: El padre Arcadio Eleuterio Juberías Pascual, ciclón evangélico y terror de agnósticos e incrédulos. Es un fraile capuchino fanático de los místicos, que debe estar en las últimas aunque se aguanta todavía porque no está muy trabajado, mejor dicho, no ha dado golpe en toda su vida. Bueno, de todos los místicos hispanos, de los que se dice profundo conocedor y fiel seguidor, sólo se sabe un par de estrofas de San Juan de la Cruz. Aquellas de... “A dónde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido. Salí tras ti clamando y eras ido”. Las conoce y las utiliza urbi et orbe. No hay sermón, plática, reflexión, conversación o consejo que no empiece esta acémila ensotanada con los versos dichosos. Esto le acarreó, puesto por sus propios colegas de orden desde tiempos inmemoriales, el mote de “El siglo de Oro” —variante culta— y la variante vulgar de “El clérigo ignorante”.

El clérigo ignorante, o sea el reverendo padre Juberías, tiene varias pasiones, aparte de la estrofita del místico abulense. La primera, la buena mesa —ya lo he dicho antes y no hay que repetirse— y el chocolate con churros rodeado de beatas a las que arengar en el amor de Dios. La segunda es acojonar a D. Maximiano con las penas infernales que le esperan, si no está dispuesto a dejar cualquier cosa para correr tras el amado del verso de arriba. Ayuda al baranda a escudriñar hasta en sus intenciones y pensamientos más íntimos, a ver si ése —la persecución y búsqueda del amado— es el único motivo de su existencia. Lo de ayudar es un decir, porque el Sr. Florete suda, jadea, tiembla y se ve eternamente condenado cada vez que, dirigido espiritualmente por el

ignorante fraile, constata que no siempre, no de manera permanente, no en jornada completa, por la mañana, por la tarde y por la noche, actúa en esta trena o en su vida privada —lo cual es lo mismo porque no creo que distinga entre una y otra— como instrumento del poder divino, ejecutando sus designios. La ascendencia que tiene el capuchino sobre el director carcelario raya lo patológico, por no decir que es patológica de cabo a rabo.

Florete no da un paso, sin consulta previa con Juberías. Ni a mear va sin su consentimiento, de donde se deduce que El Siglo de Oro, puede pasar a la historia perfectamente como el primer fraile capuchino que, además de confesar beatas, además de atiborrarse de churros que le dejan siempre la garganta con sabor a trapo porque no hay un día que no los coma de gorra, y de organizar cursillos de cristiandad, es director de una cárcel franquista a través de persona interpuesta, o sea, por medio de Florete Calvillo, su discípulo predilecto y aventajado, el cargo público, el hombre con mando en plaza del que él, “El Siglo de Oro”, es director espiritual, el encargado de salvar su alma y conducirla, como un nuevo arcángel, hasta las puertas del cielo. Estos son los pensamientos con los que se jala el tarro Juberías. Está íntima y profundamente convencido de ello, lo cual indica sin ningún género de dudas que no es más tonto porque no se entrena.

Tuvo suerte este pobre hombre —a Florete me refiero— de conocer a Juberías estando casado, aunque tampoco sé si fue una suerte o una desgracia, el Siglo de Oro dice, otra de sus frases lapidarias preferidas, que no se puede ser tibio. “Porque eres tibio estoy a punto de vomitarte de mi boca”, afirma continuamente citando no sé qué parte del evangelio. A él no le valían las medias tintas y presionaba antaño a Florete para que se entregara al Amado incondicionalmente y por entero —¡Qué exigencia tan equívoca!—.

Eso equivalía a meterse a capuchino, organización a la que pertenece el clérigo ignorante. Casto, pobre y obediente por el reino de Dios. Lo de casto, en el caso de Juberías, es algo creíble. Como un auténtico cencerro, hiperactivo desordenado, obsesionado con el místico del verso dichoso y con las conversiones masivas en los cursillos de cristiandad, no tiene materialmente tiempo para saltarse el voto de castidad, ni está ya para esos trotes si es que alguna vez lo estuvo. Lo de pobre es un decir, jamás se le vio

manejar un duro al clérigo ignorante porque jamás se le ha visto pagar en dinero contante nada de lo que disfruta su hocico. Tampoco se sabe que nunca se haya privado de nada, fundamentalmente en lo que a la buena mesa se refiere, que no hay día en que no aterrice por algún sitio —a las pruebas de sus redondeces físicas me remito— en el que el condumio sea de padre y muy señor mío. Las beatas y los meapilas lo ponen siempre en el disparadero de caer en el pecado de la gula, y el mantecoso fraile se deja arrastrar por el diablo, sin resistencia contra tales tentaciones. Sigue a pie juntillas el refrán: El fraile y la caballería van al pesebre sin guía.

El tercer compromiso por el reino, el de la obediencia, no lo ha visto Juberías ni en pintura. Este tío manda más que el coronel de un regimiento, el director de la cárcel, el juez y el alcalde juntos. Es abrir la boca, no sé si por aquello del nacional catolicismo y la alianza contra natura entre la Iglesia y el Estado, pero este cura la pía... y todo el mundo boca abajo. Luego rajan a su espalda, pero delante de él obedecen como monjas asustadas y se postran ante cualquier insinuación suya.

Presiona a Florete para que se entregue al amado por entero y el pobre baranda se acojona sin remedio. Tal cosa es imposible, dada la condición matrimonial canónica de Florete, que está casado y bien casado por la iglesia, porque de otra manera es imposible casarse aquí. Tendría que recurrir al repudio de su pobre consorte y a la aplicación de una excusa, que llaman el privilegio paulino —esto es una cosa muy complicada y me la ha explicado un político, que estaba aquí por el que ya es famoso Proceso de Burgos y dice el Metralla que antiguamente era cura— Ese privilegio que si es invento de curas y frailes tiene que ser para su provecho, permite dejar a la cónyuge “tirada como una colilla” si tal abandono está motivado por la entrada en religión o sea, por entrar a formar parte de su panda.

A ver si soy capaz de explicarme. Juberías dice, en sus interminables sermones, de los que no nos enteramos ni de la misa, la mitad, que el matrimonio es para la clase de tropa, para la gente vulgar, y que los escogidos son y tienen que ser, vírgenes por el reino. Eso, en el caso de Florete ya no puede ser. Llevaba casado unos años, cuando conoció a Juberías. No era virgen, pero casi. No se tiene que exceder ni un pelo en el uso del matrimonio,

que su señora, doña Brígida Presentación Furones, no es lo que se dice una mujer sensual y en permanente disposición al refocile, según todas las apariencias.

Ella, su aspecto canta, que la cara es el espejo del alma, es una mujer muy honrada y muy decente. Para mí, que folla menos que el chofer del papa y siempre con el camisón puesto, que para cuidar la castidad hasta se ducha con saya las pocas veces que lo hace. Doña Brígi o Doña Prese —que así la llama la maraña taleguera— considera el matrimonio una institución sagrada, un mal menor en este valle de lágrimas para perpetuar la especie, con el que se procuran hijos para el cielo. El matrimonio es cualquier cosa menos un lugar en el que dar satisfacción a tantas guerradas como los hombres son capaces de imaginar, que son todos unos cerdos, del primero al último y hasta el que presenta un aspecto más angelical. Ella ya ha tenido un hijo, al que intenta meter en el seminario por todos los medios, y ya ha cumplido con ese deber sacro, y cualquier escarceo posterior por las partes bajas es un exceso innecesario y una inmoralidad.

Lo del privilegio paulino, que un día se atrevió a insinuar Juberías en su presencia, ella no lo iba a consentir jamás. “Hasta ahí podríamos llegar”, dijo puesta en jarras, con su cara de estreñimiento crónico, su mirada de mala hostia, su bigote erizado y su aspecto de brigada de artillería, que cortaba la respiración de Florete. Que ella, afirmaba con la energía de un furriel, se había casado por la Iglesia para siempre jamás y ese sacramento no lo desataba nadie: “Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”, decía. Y los cacos continuábamos: “si lo ha unido el clérigo ignorante, no lo separa ni dios”.

(Ustedes dirán, perdón Diego, tú que eres el que me ha mandado el ejercicio literario en el que me hallo enfangado, dirás que cómo sé yo todo esto, que si lo he oído en algún sitio o es pura invención, o son deducciones por los caretos que veo y por las poses. Nanai de la China. Yo parezco gilipollas pero las cazo al vuelo. Como no chisto ni digo esta boca es mía, cuando llevo y traigo, cuando voy y vengo, con paquetes, con recados, con bolsas, con cafés o con las mil cosas que me hacen transportar para arriba y para abajo, como yo voy en silencio y a lo mío, la gente se debe creer que soy sordo y hablan y no paran, y yo lo guardo todo que mi memoria es como un archivador de esos de fuelle

que parecen un acordeón y que si están cerrados da la impresión de que no tienen nada, pero cuando los abres están repletos de notas, de papeles y de todo tipo de información. Aquí, maestro ciruela Diego, no hay nada de mi cosecha, de modo que cuando lo corrijas no me vengas con monsergas ni con hostias, que esto es más verdad que el Evangelio).

Juberías —sigo con esa mesa de camilla, atocinada y con faldones negros—, ante la negativa inamovible de Doña Brigi, dio marcha atrás con velocidad impropia de su volumen. Concertaron intensificar su entrega al Amado —más todavía— afiliándose a una organización, española por los cuatro costados, fundada por un español santo en vida, predilecta del papa y que crecía y crece por momentos. Una organización con un futuro claramente previsible de gloria por el reino de Dios. No hay que decir más: Maximiano y Brígida Presentación se hicieron miembros numerarios, o supernumerarios, o de pleno derecho, o como se diga, del padre Escrivá de Balaguer, con la sola e inquebrantable voluntad de ser santos a dúo, por aquello de que dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma opinión.

Cuento sólo una cosa, por si alguien —tú Diego entre ellos, que te crees que lo sabes todo y estás más equivocado que la olla del café— no está todavía al corriente, que da idea de la mala leche que gastaba el barrigón frailuno.

El capellán de la cárcel es un hombre gris que cobra y malvive —aunque en este país malvive mucha más gente y bastante peor que él— como funcionario del cuerpo de capellanes penitenciarios. Aparece por aquí de tarde en tarde e, invariablemente, todos los domingos a las diez de la mañana. Dice la misa en un altar que se monta en el Centro y asisten obligatoriamente todos los presos firmes, en silencio y formados de tres en fondo, cada uno en la galería en donde está su celda. Están exentos de asistir los políticos, que esos cumplen condena por ser comunistas y tienen permiso tácito para ser ateos y eludir los actos litúrgicos y no cantar el Cara al Sol el día de la patraña o en la Fiesta aniversario del Glorioso Alzamiento Nacional. Si algún otro no quiere ir —no crean que mucha gente se atreve a expresar tal deseo— durante la Santa Misa, lo mandan a la escuela y tiene que estar allí en silencio, como estudiando o como haciendo que estudia, pero sin decir ni mu siquiera.

Cuando el cura dice el “Ite misa est”, que la misa es en latín, aunque el concilio se ha celebrado hace ya varios años, suenan unos toques de corneta. Esa música —por llamar de alguna manera a los maullidos de gato que salen de la trompeta abollada que maneja lastimosamente el turuta— marca el inicio del desfile. Todos los presos pasan ante el altar y en dirección al patio, acompañándose todo lo marcialmente que pueden —que es muy poco— para pasar desapercibidos. El director y el jefe de servicios permanecen firmes y en primer tiempo del saludo y el cura, con las manos unidas en pose orante todo el tiempo que dura ese engendro militaroide, de apariencia más que penosa.

Finalizada la parodia dominical religioso-castrense, el cura desaparece y hasta otro rato, que si te he visto, no me acuerdo. No se mete en honduras ese funcionario encargado de las relaciones de los presos con el más allá y sus únicas visitas extras, además de las dichas los domingos y fiestas de guardar, tienen lugar en momentos extraordinarios, cuando un preso se muere, se ahorca o va a ser fusilado —trabajo ha tenido aquí en ese terreno este abuelo— para dispensar el sacramento de la extremaunción. A ese paripé los presos lo llaman el pasaporte, porque el cura defiende que garantiza la entrada en el cielo por muy criminal que haya sido el futuro cadáver en cuestión, el que está a punto de palmarla, que ese y no otro, es siempre el motivo de la visita a destiempo del cura penitenciario.

Llevamos una temporada, varios años ya diría yo por lo poco que voy conociendo de política y del ser humano que esto ha sido para mí más que hacer tres carreras en la Sorbona, llevamos tiempo, digo, que andan los ánimos un poco exaltados por la cárcel. —Dicen que esto es sólo un reflejo de lo que pasa en la calle—. Dicen los políticos y no callan ni aunque los metan en un saco —los anarquistas, los comunistas, los etarras... todos los que están por ir contra la seguridad interior del Estado—, que el franquismo está en las últimas, que los procesos sumarísimos militares están generando una gran contestación internacional y un mayor aislamiento del régimen y que hay presiones muy fuertes desde el extranjero para que se inicie de una puta vez el tránsito a la democracia. Franco empieza ya a dar señales de que no es inmortal y de que también él sufre los achaques de la edad. Los políticos se ven ya en la calle porque dicen, que hay huelgas y movilizaciones de los

trabajadores, y que la caída de la dictadura es cuestión de meses o, tal vez, de días. En fin, sus razones tendrán, o sus informaciones, porque yo, que ando todo el día como puta por rastrojo para arriba y para abajo, trayendo y llevando, no tengo tiempo de leer periódicos —censurados— ni de escuchar la radio esa taleguera que tienen el Mario y el Teo, y el Calzada y el Izco en su chabolo (la tienen escondida y se la pasan uno a otro para “dispersar riesgos”, pero yo sé que la tienen, que a mí no se me escapa ni una). Los estamentos oficiales —Florete, el Diarreas, Manolete o Don Gerardo, que ése me merece más confianza en estas lides— dicen que está todo controlado y que no pasa nada. Habrá que estar al loro a ver quién tiene razón y si estos, que andan todo el día en ascuas, no sufren de alucinaciones propiciadas por su prolongado encierro y por las hostias que les dio la pasma cuando cayeron.

D. Maximiano Florete, asesorado por Juberías —no voy a glosar más sus atributos abdominales ni su analfabetismo, que ya lo he hecho suficientemente— organizó el mes pasado una jornada de oración en la cárcel y prometió una redención extraordinaria, cuya concesión propondría al Patronato de Nuestra Señora de la Merced, que sería aplicable a todo el que participara en el evento.

(A este paso, me van a nombrar cronista oficial de este talego porque aquí tampoco me invento ni un punto ni una coma).

Nunca he visto comunistas tan piadosos, entonando el “Cantemos al amor de los amores” y el “Perdona a tu pueblo, Señor”, como si de la Internacional se tratase. La gente se curaba en salud. Pensaban: “Vamos a hacer méritos, no sea que se acabe el franquismo, sea sustituido por algo parecido y acabemos quedándonos en el trullo, con la condicional o el indulto denegado, por no tener la redención extraordinaria de la ceremonia y el pasteleo maricordiano del Juberías”.

La jornada, se prometía épica. Pónganse en situación —ponte tú, Diego, y haz memoria a ver si lo cuento bien, a ver cómo anda ese talento narrativo que me achacas—.

A las siete en punto de la mañana, el turuta trajeado. El muerto era más grande y le sobraban mangas, hombros y cintura en el traje ajado con que lo

obsequió la administración penitenciaria. En pose marcial, con la trompeta brillante y colgando de ella una especie de cortinilla en la que había bordada en oro —bueno, en oro, no, en color dorado— una custodia con una hostia refulgente, se descolgó con el “quinto levanta tira de la manta”. Fue el toque a rebato. La melodía penosa que surgía de la trompeta, era el primer acto épico festivo y figuraba en el programa del día, escrita con letra redondilla en la pizarra del centro, como “Diana floreada”.

El primer recuento se produjo cuando aún no se habían desvanecido en el aire los ecos de la cancioncilla-despertador. Tras el arreglo de las brigadas —que así se llaman los dormitorios colectivos por ese afán de contagiar de cuartelero lo carcelario—, con la cara lavada, recién y malamente peinados iniciamos los presos la bajada al patio, para ser contados de nuevo antes de pasar al desayuno. Las perolas humeantes se agradecían en la fría mañana burgalesa, aunque su contenido fuera una mezcla de café, achicoria y leche de la propia vaquería, que ejercía un efecto laxante inmediato y ocasionaba colas interminables en los tigres, como si se hubiera desatado una epidemia de cólera. Los presos, con tan pocos motivos para la risa, bromeaban sobre el brebaje y decían que “el diarreas” —el chivato profesional, amén de otras cosas, de quien tanto hemos hablado— lleva la pócima permanentemente puesta en vena. De tal circunstancia se derivaban sus gloriosos y antológicos apretones que se repitieron tres o cuatro veces más sin que mediara atentado, contubernio, ni putada por medio del famosísimo y nunca bastante agradecido, Evacuol.

No habíamos terminado los presos de coger el chusco y dar cuenta de él, untado también en mantequilla de producción propia, cuando de nuevo el corneta interrumpió la tranquilidad del magro refrigerio. Sonaron tres toques cortos y se hizo un silencio sepulcral. Esos tres disparos, pretendidas notas musicales, indicaban que D. Maximiano Florete acaba de entrar. Todo el mundo tenía que permanecer en posición de firme, inmóvil, como si hubiese sufrido un instantáneo encantamiento, hasta que él autorizara a continuar con las actividades que cada cual estuviese realizando.

“Mande descanso”, ordenó el baranda al corneta, que volvió a pitá, soltando otro desafino, en un tono distinto a los trompetazos anteriores. En ese

momento sonó el vozarrón del clérigo ignorante, que entraba dando sotanazos, y que retumbó hasta en el último rincón de la última galería, hasta en las jaulas de los castigados de la cárcel.

“¡Hijos míos!, acercaos todos a recibir la gracia divina, el amor de Dios que se os da gratis en esta mañana de misericordia”.

En la cárcel, donde todo —un cigarro, un sobre, un sello, un escrito, un consejo...— tiene un precio, si eso se iba a dar gratis esa mañana, sería lo único de balde que se había repartido en los últimos lustros, pensamos casi todos los presos, aunque ninguno lo exteriorizara. En la cárcel, si te ofrecen algo gratis, ya puedes empezar a mosquearte, pues a la corta o a la larga —más bien a la corta— intentarán cobrártelo, aunque bien pensado, tampoco en esto se diferencia mucho la cárcel de la calle.

Rápidamente se organizaron las formaciones, de cinco en fondo, para que hubiera menos distancia al altar, en cada galería. El Siglo de Oro se vestía con los capisallos ayudado por “el diarreas”, que en esas ocasiones —no podía ser de otra forma por su condición de pelota visceral e intrínseco— deja cualquier cosa en cualquier sitio, para colaborar en la suntuosidad del acto. Allí lo teníamos, con sus mejores galas, con sus guantes blancos inmaculados, con sus litros de brillantina y su mirada de psicópata desalmado imposible de disimular. El capellán titular no aparece en estas ocasiones porque sus misas son como telegramas, sin boato y sin grandilocuencia. El titular dice misa con desgana, como por obligación, como si no se lo creyera. El titular es capellán de prisiones porque no puede ser otra cosa.

Estas ocasiones señaladas, estas efemérides son “territorio Juberías”. El Siglo de Oro aporta la grandiosidad que requieren los grandes momentos y éste era uno de ellos. Mientras se vestía con parsimonia —un ropaje encima de otro, a capas, como las cebollas— paseaba su mirada sobre la plebe formada en las galerías, un ejército de derrotados con cara de subir al patíbulo de manera inminente. El diarreas se aceleraba, “nerviosito” le alisaba el alba y le colocaba bien la estola sobre el cogote adiposo, disfrutando el momento, consciente de ser un elemento clave que aportaba solemnidad, a punto para el éxtasis. A la izquierda el jefe de servicios, un hombre digno sin tener que hacer ningún

esfuerzo, con la gorra de plato en el antebrazo, escoltaba a Florete, que inútilmente intentaba una pose marcial, sacando pecho.

A la derecha del altar —esto ya es para nota, para completar la cutre estampa costumbrista— un armonium desvencijado, restaurado por algún supuesto manitas con nula idea de solfeo y peor oído, rivalizaba en desafinos con la trompeta de la diana floreada.

Para las grandes ocasiones —y ésta era una de ellas, porque se trataba de una jornada de oración para implorar al Altísimo por la vida, la salud, las intenciones y los proyectos del invicto Caudillo— el clérigo ignorante se hace acompañar de una beata que se encarga de los cantos litúrgicos en un intento imposible de dar solemnidad a las ceremonias que se inventa Juberías. La beata cantora, es una cincuentona achaparrada que, pese a ser la única mujer que pisa la cárcel, no despierta ni un pensamiento impuro entre los reclusos. Estoy hablando de una especie de albóndiga con tetas. Dicen los políticos, los más sabiondos y observadores, que lleva peluca y que el postizo capilar, además de ser barato, le está pequeño. A la presión de la peluca sobre su cabeza, achacan los aullidos lastimeros, que siempre son, o por lo menos lo parecen, una expresión de dolor, aunque la albóndiga esté cantando el “Vayamos jubilosos”. Los ilustrados la llaman el paralelogramo y atribuyen el mote a que es igual de ancha que de alta, medida única, un metro por uno. Tiene la buena señora, si no está pedaleando en el armonium, afanándose en sacarle alguna melodía inteligible, la costumbre de entrecruzar las manos, en actitud piadosa, a la altura del pecho. Cruza todos los dedos y deja extendidos los dos índices apuntando al cielo. Desde tiempos inmemoriales, desde el primer día que entró aquí y adoptó esa pose la conocemos como “El antiaéreo” por la posturita.

Bueno, pues el antiaéreo, tras mucho pedaleo en los fuelles del píñfano, tras no pocos sudores imposibles de entender en ese congelador que es el centro, donde todas las corrientes ventosas convergen, y tras algún jadeo intercalado, lejano de cualquier evocación erótica, consiguió cantar —es un decir— “Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del señor”. La secundaba Florete con un tono nasal impropio de un baranda taleguero, Juberías con su voz de barítono barrigón y el diarreas, con su entusiasmo de pelota que intenta hacer

méritos a toda costa, pretendía un dúo por alto, merecedor de un inmediato fusilamiento sin posibilidad de confesión ni de última voluntad siquiera.

Comienza la ceremonia, Santa Eucaristía solemne por la recuperación y los proyectos de futuro del Caudillo. Se pasa sobre el *Confíteor* y sobre el *Kirie Eleyson* como las balas, porque al clérigo ignorante lo que realmente le importaba era el sermón, el chorreo verbal para convertir a tanta carne de horca como allí se amontonaba.

Florete hizo un gesto al Jefe de Servicios. No mandaba sentarse, porque no había dónde hacerlo. Ordenaba que se relajara la población reclusa, que abandonara la posición de firmes, tiesos como palos de escoba, y centrara su energía en oír la plática que se avecinaba inevitable y pelma, como tormenta en calurosa tarde de final de verano —ésta es la nota poética, para desdramatizar y quitar hierro a un espectáculo que, menos lírico o sublime, podría tener cualquier calificativo, desde cutre hasta bochornoso o surrealista—.

El Siglo de Oro levantó su brazo derecho como para saludar al estilo fascista, paseó su mirada de superioridad flagrante por el forzado auditorio... y soltó lo que todos nos sabíamos de memoria:

“¿Adonde te escondiste, amado
y me dejaste con gemido?
Salí tras ti, clamando
y eras ido”.

Tras la primera andanada con cargo al místico —conocida de sobra por todos— nos comenzó a acusar a grito pelado: “¡Vosotros, ladrones y asesinos! ¡Vosotros, quinquis y violadores! ¡Vosotros, que no sabéis lo que es el respeto al próximo y que desconocéis las más elementales normas de comportamiento en sociedad! ¡Vosotros que os habéis enfrentado al Caudillo, vuestro benefactor, y que no habéis sabido apreciar sus desvelos por salvaros! ¡Vosotros, que abusáis del débil y sois escoria irrecuperable...!”

A más de uno la sarta de acusaciones nos recordó el día de nuestro propio juicio. El clérigo ignorante parecía el fiscal, imputando a todos y a cada uno: Tú has matado. Tú has robado. Tú has violado. Eres un peligro para el mundo y un cáncer que debe ser extirpado sin compasión.

Los presos, los fieles de aquella arenga para gentes sin redención posible, soportábamos el chaparrón sin inmutarnos, con una expresión entre estupefacta, cabreada con disimulo, indiferente y bobalicona.

El Siglo de Oro, envalentonado porque nadie rechistaba, siguió lanzando improperios: “¡Vosotros, que no habéis conocido el amor, ni la verdad, ni la solidaridad! ¡Que vivís en el fango del pecado y la mentira! ¡Que sois hijos de la violencia y el odio.... Vosotros sois los más afortunados de los mortales”.

Menos mal que la cosa terminaba bien, aunque nadie entendiera de qué fortuna hablaba aquel cerdo vestido de máscara, y el cura, al final, nos hablaba de algo feliz y dichoso. Con el cariz que estaba tomando el sermón, y con el chaparrón que nos estaba cayendo, todos pensamos que al terminar la misa nos iban a meter cuatro o cinco años más de condena a cada uno.

Dicen los entendidos, que el predicador que a los cinco minutos no ha conmovido los corazones, mueve los culos, porque todo el mundo empieza a rebullirse en su asiento, cansado de aguantar la paliza. Aquí no había posibilidad de menearse, aquí se aguantaba hasta el final sin pestañear, o le caía a uno un puro como un castillo.

Después de insultarnos —escoria, asesinos, violadores y todo lo demás—, lanzado, creyéndose capaz de convertir a toda aquella morralla en algo aprovechable, Juberías nos intentó convencer de nuestra buena suerte: Sois afortunados porque el Amado —otra vez la dichosa y sempiterna poesía— se ha fijado en vosotros. Os ha elegido como objeto de su amor... Y el barrigón se pegó otra media hora explicando la bondades de estar preso, de tener a tantas personas que se ocupaban, que se desvelan a diario por nosotros y a un Caudillo, el Generalísimo de los ejércitos, siempre en vela, para que la España Imperial no perdiera o perdiése jamás el rumbo, un rumbo claro y firme que toda aquella manada de facinerosos intratable —los fieles que asistíamos a la misa de Juberías— se había empeñado en torcer con tanta desviación y tanta

voluntad depravada como en aquel antro se acumulaba y era incluso imposible de imaginar.

Ni el mismo Juberías, pienso yo, se creía lo que estaba diciendo. La gente no pestañeaba, aguantaba impasible el tormentazo como si no fuera con ellos, pero yo adivinaba el pensamiento único que recorría las mentes de aquellos códigos penales ambulantes, recopilación de todos los delitos imaginables: “Sigue soltando improperios cabronazo. No tenemos nada que hacer, más que escucharte, siempre que después tomes buena nota y Florete nos apunte la redención extra esa que nos has dicho. Puedes llamarnos perros judíos, escoria inservible o lo que te salga de los cojones si es que los tienes, que nos la trae floja y pendulona. Estamos todos aquí con cara de interés por tu sermón, con cara de no haber roto nunca un plato. Después, al final de este engendro, acudiremos, poniendo jeta de imbécil a hacer como que te damos un beso en la mano fofa y regordeta, esa mano de maricona que no se ha jalao un rosco en su puta vida. Te recordaremos entonces, si nos dejas, que tenemos a los críos hambrientos y en pelotas, que los van a echar de casa por no pagar el alquiler y que a la mujer —ya no se sabe si es mía o de otro— no le dan nada fiado en la tienda. Te recordaremos que podías hacer el favor y tirarte el rollo y acelerarnos un indulto o la condicional, tú, barrigón asqueroso, que tanta mano tienes con el gobernador y con el presidente de la audiencia y con el general de la región militar y con el alcalde y con el arzobispo y con su puta madre. A nadie le van a poner los cuernos esta mañana, ni se le va a escapar el tren, ni va a perder un negocio, ni se le va a joder un buen golpe por estar haciendo el paripé aguantándote. Tiene mérito soportar tu teatro y soportar al bujarrón que te hace de monaguillo. Se salva el pobre Florete que es una víctima tuya igual que nosotros y ahí lo tienes, acojonado, intentando remediar los aullidos de esa enana, saco de grasa como tú, que te acompaña. Ahí lo tienes, con todo su golpe de director de cárcel, estirando el pescuezo a los sones del antiaéreo, diciendo *Kriste eleyson, kirie eleyson*, como si le fuese la vida en ello. Ahí lo tienes, dominado por ti, intentando agradar y hacer la pelota a un dios que tú le has presentado, que le tiene el cuello enyugado y que no lo deja ni respirar. Un dios que no sabemos si existe y que, si existe, no se preocupa para nada de nosotros, carne de cañón, inservible para cualquier actividad provechosa...”

Juberías no se imaginaba esos pensamientos. Había que estar allí y ser uno de ellos para adivinar lo que corría por aquellas cabezas, lo que se escondía tras aquellas miradas torvas, tras aquellos rostros endurecidos por una vida que para todos ellos —yo incluido, que me tragué misa y sermón en primera fila y atento a mis tareas de ordenanza por si había que hacer algún recado urgente durante la ceremonia— había sido cualquier cosa menos un camino dulce, mullido y fácil.

Terminó el sermón, cesó el torrente verbal y faltón del Siglo de Oro y se hizo el silencio. Juberías paseaba su mirada con aires de superioridad por aquella pandilla de desgraciados y todos le hurtábamos la vista, intentábamos apartarnos de sus ojos escrutadores que sembraban el acojono, porque daba la impresión —lo juro por mi madre— de que adivinaba lo que estabas pensando. El clérigo ignorante es un experto actor, tiene más teatro que la compañía dramática nacional. Dosifica perfectamente los tonos, los silencios, los gritos y los susurros. El muy cabrón dominaba perfectamente a un auditorio de natural asilvestrado, refractario al tratamiento, como nos llaman los educadores fascistones pero inofensivos, aquellos ex combatientes derrotados de la División Azul.

Tras ese mutismo tenso y expectante —todos esperábamos, como en las jugadas de ajedrez cuando te dan jaque mate, el siguiente golpe de efecto de Juberías— el fraile realizó un nuevo aspaviento teatral. Elevó los brazos e hizo como si nos los pasara a todos y cada uno por la cabeza, a la vez que voceaba: “Todos habéis recibido la gracia de la palabra divina. Os ha llegado por medio de este humilde siervo del señor. A todos vosotros, sin el más mínimo merecimiento —ya estamos otra vez ofendiendo y tocando los cojones— os ha llegado la buena nueva de parte del Amado que os llama —la misma historia otra vez, ¡que tío tan plasta!—. Dejad que cale en vuestros corazones podridos, rumiadla en vuestro cerebro enfermo y rencoroso —la verdad es que el hijo de puta este tiene un repertorio de insultos del todo inagotable— y que ella os limpie, que os purifique, que os empape como lluvia fina y os haga nacer como hombres nuevos. Que, fruto de ella, nazcan buenas obras y buenos sentimientos donde ahora sólo hay depravación y miseria —ahí tenía razón la mesa camilla parlante: miseria es lo único que allí había desde la

mañana hasta la noche. Miseria en el comer y en el vestir, miseria en los gestos y en los comportamientos. Muy pocos ratos, muy pocas actividades se libraban allí del ser miserable.

¿Por qué cuento yo todo esto? Creo recordar —porque escribo a salto de mata, y hago mis deberes entre carrera y carrera, a trompicones, por las noches cuando el boqueras me chapa y antes de caer rendido por el sueño— que pretendía demostrar hasta qué punto este hipopótamo con sayales tiene mala hostia, a pesar de estar todo el día con el Amado y con el Amor en la boca.

El día de la ceremonia franquista, ya lo he dicho antes, nos levantamos pronto y desayunamos esa leche con achicoria que es más un laxante que un desayuno. Juberías apareció antes de la misa y se paseó por los comedores. Ya he dicho yo que este cabrón se fija y se entera de todo lo que se mueve. Pues bien, termina el sermón que ya he contado, canta el antiaéreo otra copla intragable que habla de algo así como que “somos brotes de olivo alrededor de no sé qué mesa y que será muy feliz el que sigue la ruta —¿qué ruta?— y teme al señor”, se pone el Juberías un buen copón de vino y suelta todos los latines precisos para consagrarlo. Rezamos el padrenuestro a voz en grito para que nos vea Florete y nos de la redención extraordinaria que han prometido. Canta otra vez el antiaéreo el Cordero de Dios que, por lo que desafina y el tono lastimero de sus aullidos, más que un *Cordero de Dios* —de cualquier dios— parece una cabra diabólica.

Avisa el Siglo de Oro para que se acerquen a comulgar sólo los que “estén en gracia” —recalcando bien esto último—. Van ocho: Florete, el primero, el Diarreas inmediatamente detrás cubriendole la retaguardia, dos mariquitas de la cuarta, el estafador de enfermería, Locomotora —un subnormal que comparte conmigo el trabajo de ordenanza de centro, aunque él está para la briega y yo para los trabajos más cualificados—, un viejo de la tercera que está en las últimas y un auxiliar del bacalao en el economato, que roba en todo lo que vende y al que llaman Medina Alcántara. No es santo de mi devoción, porque está mal robar y peor aún hacerlo con los compañeros de encierro, pero el Juberías se pasó con él en la misa dichosa. Cuando iba a tomar la comunión, Juberías se quedó mirándolo fijamente, le negó la hostia —la de

comer— y le ordenó que se apartara a un lado y se esperara quieto. Terminó sus rollos, su limpieza de vasos plateados y sus rezos ininteligibles en latín. Antes de finalizar la misa y de que rompiéramos filas, volvió a levantar su voz de trueno y a acojonar a la muchedumbre de parias expectantes: “¡Aquí tenéis al paradigma de la maldad! Este hombre, que no merece llamarse así, se empecina en el pecado, se niega a la gracia divina. No quiere ser salvado por Jesús. A este hombre yo lo he visto esta mañana atiborrándose de café con leche y pan con mantequilla, casi he podido ver en sus ojos el brillo del pecado de la gula —¡la madre que lo parió, pensé yo, mira que hablar de gula en estas casas...!—. Ha desayunado opíparamente y se ha aprovechado de la generosidad que para con él se tiene en esta institución. Hace dos minutos, en el colmo de la impiedad, se ha acercado a recibir el cuerpo de Cristo y ha intentado pecar de forma sacrílega. ¡Se ha acercado al sagrado banquete sin guardar el ayuno eucarístico! Señor Director de este Centro Penitenciario —dijo con voz cargada de ceremonial, a la vez que abría los brazos de manera solemne y paseaba una vez más la miraba por el auditorio consiguiendo acojonarnos—, cumpla con su obligación como Autoridad pública, como representante de un Estado católico, como buen cristiano y hasta como hombre honesto”.

Acaba la exhortación, la orden se podría decir, del Siglo de Oro, se hizo un silencio sepulcral. Ni respirar se oía en el centro. Seiscientos tíos de todos los pelajes y se podía oír —si con el frío reinante la hubiese— el vuelo de una mosca. Todos nos quedamos paralizados por la expectación, esperando algún movimiento de alguien. Florete le hizo una señal al Diarreas y éste corrió raudo a su vera. Fueron unos segundos, pero por el brillo de su mirada, todos supimos que el colega del bacalao estaba jodido y bien jodido. Setenta días en celdas le cayeron por saltarse el dichoso ayuno eucarístico y todavía Juberías y Florete, nos aleccionaron sobre hasta qué punto el correctivo le iba a venir bien para reflexionar sobre su mala vida y hacer propósito de la enmienda, que en la soledad y el aislamiento, la gracia santificante penetra mejor el alma humana según las teorías de ese saco de pringue vestido de negro, o de verde o de rojo, según el tiempo litúrgico y la ceremonia en la que se halle enfangado.

Ni cuando el Zorro y el Mañent pegaron la estafa con el tabaco del economato, les cayó un puro tan mayúsculo como el que le metió Juberías al machaca del bacalao por el dichoso ayuno ecuménico o eucarístico o como cojones se llame.

Lo del palo con el tabaco también fue un asunto de los de salir en los periódicos. El funcionario que llevaba los temas del suministro y la compra y los recuentos de mercancías, es un hombre bueno también —que ya he dicho que aquí hay de todo y las buenas personas tampoco son escasas—. Se llamaba Patemiano y digo que se llamaba porque hace mucho que no lo veo y creo que hasta se ha muerto. Seguramente del disgusto que le dieron los dos cabrones esos. Este hombre suministraba a esa tienda de la que ya he hablado las cosas que se venden en ella. Cada dos o tres días cuentan lo que hay, reponen lo que falta y recogen el dinero de lo que se ha vendido. Tiene que cuadrar todo al milímetro y si falta un céntimo hay que ponerlo para que las cuentas salgan.

Un día, el pobre de Don Patemiano, un alma de Dios, ve una cosa rara en las estanterías del tabaco y se le ocurre mirar despacio. Por poco le da un infarto allí mismo. Había un montón de cartones de Winston, puestos en fila, perfectamente ordenados como para vender, pero vacíos. Era todo pura fachada. Dentro no había ni un mísero cigarrillo, como era de esperar estando entre chorizos, mangantes, estafadores y gente de mal vivir. Este buen hombre empezó a darle la bronca a los dos —al Zorro y al Mañent, un guiri que engañaba hasta a su propia madre que se le pusiera delante— pero no quiso hacerles un parte para no buscarles una ruina, para que no fueran a celdas de castigo ni se quedaran sin redención. Los otros, como buenos liantes, empezaron a dorarle la píldora: que mire usted, don Pater, que es que hemos tenido que fiarle a alguna gente, que nos van a pagar tan pronto les mande el dinero su familia, que la semana que viene está esto repuesto, que tenga usted confianza que nosotros respondemos como los hombres.... En fin, el cuento de la lástima en toda la regla, pero el pobre de Don Pater, la bondad personificada, se lo tragó porque los hombres buenos tienen tendencia a encontrar siempre un resquicio por el que echar un capote y justificar las tropelías y las chorizadas de los hijos de puta. Pasa una semana, pasan dos y

pasan tres, y el agujero no sólo no se tapa, sino que se va haciendo más gordo. Al final se desata la traca y el fin de fiesta es apoteósico. Más de un mes pasó en este talego que no se habló de otra cosa. Cuando se destapó el pastel, faltaban más de veinte mil duros, bastantes más, en las cuentas del economato y fue el pobre Don Pater —siempre cargan con el muerto los más buenos— el que se llevó un garrotazo por parte de la Inspección que debe ser algo así como un juzgado interno para poner orden y enderezar lo que creen que anda torcido en estas casas tan peculiares. Don Pater se llevó el garrotazo más sonado y los dos autores del desfalco, creo que se escaparon con doce o catorce días de celdas y el traslado a otro penal.

(Ese Diego, hasta aquí he llegado por ahora y no tengo muchas ganas de seguir porque tampoco le veo yo la utilidad a esta tarea que me has impuesto en tu calidad de maestro ciruela. Corrige lo escrito y no me vengas con historias de talento natural para la narración y otras monsergas. Mira bien, que algún fallo tendré y si esto no me sirve para aprender, que para eso te empeñas en que tengo que utilizar toda mi estancia en la cárcel, lo dejo y me dedico a otra historia, al trapicheo, a la rutina del tabaco en el patio o a los préstamos, por ejemplo, que siempre serán quehaceres más rentables).

Chaval —esta letra sí es de Diego aunque se nota la pérdida de prestancia si la comparamos con la que hace ahora porque el pulso no es el mismo, ni la edad— te tengo que corregir como maestro que soy tuyo y porque, aunque no me aceptes como tal y sigas mis instrucciones al pie de la letra, seguiré siéndolo.

¿Qué hablas de dedicarte a la rutina y al trapicheo? ¿Quieres entrar aquí por una desgracia y salir hecho un mangante para toda la vida? Tienes que hacer que cualquier oportunidad, incluso la más mala que puedas imaginar, se vuelva en tu provecho. Tienes que sacar beneficio de los años a la sombra, que van a ser pocos, hazme caso y salir de aquí —caso insólito será si lo conseguimos— mejor de lo que entraste, más leído, más culto, con una carrera incluso y con alguna posibilidad para el porvenir. Hazlo por mí que algún día me lo agradecerás. Deja de hacer el chorra y el vago. Muévete en tu condición de machaca pero sólo lo imprescindible. Obedece y haz los encargos sólo en la medida mínima para conservar el puesto de privilegio. Lee y escribe que ahí

está el futuro y tú, al revés de lo que nos pasa a los demás habitantes de este agujero, tienes un futuro por delante. (Hay un garabato ilegible en lo que se entiende que es la rúbrica y el visto bueno del profesor).

Me ha convencido este Metralla. Su sermón escrito ha podido más que las prédicas de Juberías. Seguiré escribiendo aunque ahora mismo no vea clara la utilidad. Al final, si esta libreta cae en manos de alguien, nos buscaremos un lío gordo el Diego y yo. No hará falta que nadie se chive porque todo está escrito y bien escrito con pelos y señales. Yo no tengo imaginación para inventarme nada. No tengo alma de cuentista. Sólo pongo aquí lo que veo.

He estado parado algún tiempo, más por perrería y por vagancia —algo muy contagioso en estos lugares— que por menesteres urgentes, que aquí no hay ningún asunto que no pueda esperar seis meses o dos años. Estamos en el verano de 1975 cuando retomo mi crónica carcelaria por orden de mi maestro ciruela —el que no sabía leer y puso escuela, ya saben— que se ha puesto fiero y hasta me ha amenazado con retirarme la protección y el saludo si continuo haciendo el haragán. Pongo la fecha para que se sitúen los que accedan a esta obra —ja, ja, ja,— cuando hayan pasado los años.

No hace calor porque en esta ciudad mesetaria los días de calor al cabo del año se pueden contar con los dedos de una mano, no sé quién dice eso de que aquí sólo hay dos estaciones: la de invierno y la del tren. El clima es agradable, pero sólo el meteorológico, porque la situación en la cárcel se puede cortar con un cuchillo. Se masca la tragedia, como dicen en las películas o en las obras de teatro malas.

Hay un tufo raro, hay mala hostia en el ambiente, hay tensión. Yo ahora, como tengo más kilómetros, y a la fuerza me he tenido que despabiliar, me doy mucha más cuenta de las cosas que cuando llevaba aquí poco tiempo. La gente compara la situación que vivimos ahora con la que se vivió —también con los políticos, con los presos etarras— cuando el proceso famoso que llevaba el nombre de la ciudad, el juicio de Burgos.

Entonces —creo recordar que era por diciembre del año 70 porque hacía un frío negro, de los que hielan hasta las ideas—, cuando corrían por aquí el Mario, el Teo, el Orejas, los dos curas, Larena, el Gorostidi, el Txutxo

Abrisqueta, Izco, Arana, Zumalde el hermano del Cabra, y unos cuantos más. Yo, entonces, no estaba tan al loro como estoy ahora porque la experiencia es un grado y aquí se le alargan a uno las antenas a la fuerza. Estos fueron los acusados de matar a un jefe de la policía, en la escalera de su propia casa se cuenta que le picaron el billete, aunque ellos están en negativa. Se llamaba Melitón y, según ellos, era un torturador de tres pares de cojones.

Ese fue el proceso sumarísimo —también el del metralla, mi maestro Diego, fue sumarísimo, pero el mío no, el mío fue sumario normal y corriente, sin prisas ni otros superlativos—. Ese fue el consejo de guerra número 31 del año 69 y lo siguió la justicia militar, con perdón de la primera palabra. Esa era una de las quejas de las que continuamente hablaban los que he dicho más arriba y lo hacían delante de mí, muchas veces, por dos razones: la primera porque se fiaban hasta cierto punto y a segunda porque pensaban que nunca me enteraba de sus conversaciones. Se quejaban de la Justicia Militar y decían que habían echado recursos a la Audiencia de San Sebastián —donde supuestamente, que ellos lo negaban, se cargaron al tal Melitón—. Los jueces de ese sitio y hasta los de Madrid, los del Supremo, rechazaron sus argumentos y dejaron el caso en manos de los militares. Les dijeron que es legal que los militares juzgaren esos delitos tan graves de los que estaban acusados porque era el ejército el garante de la unidad de la patria y que sus delitos de rebelión, contra la organización del Estado, de sedición, de bandidaje y de terrorismo —esto ya se lo he oído a Diego porque las acusaciones suyas eran idénticas— atenían contra un Estado cuya defensa ejercen los militares, que a ellos les corresponde ejercer la salvaguarda en todo momento, y mucho más en circunstancias tan críticas como las de ahora, del cuerpo social, de la seguridad y del orden establecido. No sé a qué circunstancias críticas se refieren como no sean las que ellos mismos han provocado. El caso es que por eso son ellos quienes juzgan esos crímenes y no hay vuelta de hoja ni más que hablar sobre el asunto.

No fue sólo la bronca de si eran los militares o los jueces civiles quienes debían juzgar. Hubo otro follón gordo sobre si el juicio tenía que ser a puerta cerrada o en público. A los jerifaltes del régimen les interesaba que fuese cerrado, porque así evitaban que hubiera periodistas —les temían a los

extranjeros porque los de aquí están sometidos a censura y, si ponen algo que no guste, les secuestran el periódico y el que lo ha escrito acaba en el talego, y eso, con los de fuera, no lo pueden hacer.

Utilizaron —los militares, que es de los que estamos hablando— un argumento muy sibilino para defender que el juicio fuera a puerta cerrada pero estos tíos, que son más listos que los ratones colorados, se lo echaron abajo inmediatamente. Afirmaban que sería vergonzoso para la Iglesia Católica y que vulneraría el concordato, o sea el compinchamiento que tienen los curas reaccionarios con los franquistas, el celebrar en público un juicio en el que hay sacerdotes sentados en el banquillo, que eso sería un escándalo para los fieles.

Los curas, el Echave y Calzada, no se cortaron un pelo, echaron una instancia al Tribunal Militar y le dijeron que habían sido juzgados otros curas a puerta cerrada y que pensaban que el sumarísimo suyo, el 31/69 se quería hacer igual. Dijeron que lo querían abierto y que eso no sólo no les parecía perjudicial para nadie sino todo lo contrario y que la publicidad que decían pretender evitar, se haría de todas las maneras y que de los feligreses ya se preocupaban ellos y que no le echaran la culpa a la Iglesia, que Jesús dijo que había venido a salvar a los pobres y a los oprimidos y esta Iglesia sólo está compinchada con los poderosos.

No sé cómo, pero consiguieron que el Papa y sus machacas vaticanas —en todos los sitios hay machacas y ordenanzas, no sólo en el talego— consintieran y hasta intercedieran para que la vista fuese abierta, aunque el poco público que pudo acceder fue bien controlado y bien seleccionado, fichado hasta las cejas y cacheado antes de entrar a la sala mirándoles hasta el forro de los gayumbos. Además había poco público. Muchos eran “público falso” —dicen el Mario y el Teo— porque aunque parecían gentes de la calle, eran policías de paisano que estaban allí controlando, haciéndose pasar por ciudadanos jurídicamente inquietos e interesados por los intríngulis de la criminalidad.

Los sentados en el banquillo y los abogados que los defendían, estaban empeñados en putear el ambiente al máximo para obligar a la discusión y dejar en evidencia “las contradicciones del régimen fascista”. Estos son abogados que defienden a sus pupilos y no los de oficio que nos tocaron a

Diego o a mí, que no nos conocían ni de vista antes del día del juicio. Estos abogados han venido un día tras otro y se han pegado horas y horas en el locutorio preparando la defensa y preparando más cosas, que le he oído yo a un funcionario decir, que desde una trampilla que hay en el techo del locutorio, los espiaban mientras hablaban y han visto a uno al que llaman Juan Mari traerle planos de la cárcel y de una bóveda que dicen que hay debajo de ella, para preparar una fuga antes de sentarse en el banquillo. Algo les habrá fallado, pero la fuga no ha tenido lugar. Igual hasta se han dado cuenta de que los tenían pillados de marrón y se han echado para atrás.

Todos los días del juicio, a los abogados y a sus clientes, les surgían mil pegas: que si recusaban al instructor —un capitán llamado Troncoso— porque había hecho unas declaraciones previas a una agencia de noticias, que si cuestionaban su imparcialidad y su serenidad de juicio, que si todo el Tribunal estaba contaminado por el poder ejecutivo —esto aún no entiendo bien qué significa, pero es lo que decían entre risas y con potente cachondeo— y que si la abuela fuma y juega a las cartas y bebe aguardiente de meter paja.

En el colmo de los colmos —y aquí ya se descojonaban literalmente— contaban cómo un letrado, para buscarle las vueltas al tribunal y sacar de sus casillas a los militares metidos a jueces, y una letrada que se llama Gurutze que está como para mojar sopas según ellos, como el juicio se celebraba no sólo por los vestidos de caqui sino en la sede del Gobierno Militar de Burgos, empezaron con el cuento de pedir que a los inculpados les quitaran las esposas y que eso era una incomodidad y una indignidad y así no se podía estar atento a las evoluciones del juicio. El presidente le preguntó al jefe de la policía si respondía de la seguridad del juicio en el caso de soltar las esposas de aquellos elementos subversivos y el policía —lógicamente— dijo que no. Si llega a decir que si, lo fulminan allí mismo. El resultado, sabido antes de reclamar, fue que no los soltaron. Eso fue motivo de doscientas interrupciones porque mientras el juez instructor leía el relato de hechos —que en esos ámbitos jurídico militares se conoce como apuntamiento—, los acusados no hacían nada más que quejarse del daño que las esposas les causaban.

La última interrupción, que hizo que aquello acabara casi como el rosario de la aurora y que el presidente, un coronel de caballería que se llama Ordovás,

tirara los pies por delante y amenazara con seguir el juicio sin los acusados — un farol en toda regla porque no era capaz y el mundo entero se le habría echado encima—, la última judiada que le gastaron porque luego fueron los militares quienes se la gastaron a ellos, fue quejarse de que el fiscal, que llevaba en la chaqueta una chapa con un camello y la media luna como señal de haber prestado servicio en el desierto, estaba en la más flagrante ilegalidad porque no estaba cumpliendo el Código de Justicia Militar. Cuando el presidente le preguntó al abogado el porqué de tal infracción, el otro se descolgó diciendo que según el artículo no sé cuántos del Código debía de llevar el sable puesto y que no lo llevaba y que ellos querían allí a un fiscal vestido de gala con sable y todo. Si el fiscal hubiera sido “el Diarreas”, con lo que le gustan las solemnidades, se pone el sable, las plumas y hasta se da una mano de maquillaje, el muy maricón.

Yo veía en esto —ya digo que en aquella época no estaba tan al loro de todas las cosas como ahora, pero era la impresión que me daban sus comentarios— hasta cierto cachondeo y no me entraba en la cabeza cómo se podían hacer bromas cuando el fiscal pedía un montón de penas de muerte y algunos de los sentados en el banquillo podían acabar con las pechugas con más agujeros que un colador. Ahora, unos años después, no creo que fueran ganas de broma, sino una estrategia en toda la regla porque lo que ellos querían era que los militares no despacharan sus condenas en un abrir y cerrar de ojos. Querían un juicio largo, con muchas protestas en la calle y mucho jaleo en los medios políticos y de comunicación internacionales, que de eso se encargaban de tenerlos informados los abogados y bien que lo consiguieron, que a pesar de la censura, los tíos estaban al loro de todo. Para acabar de arreglar la propaganda internacional y para no perderse ni un minuto de “la fiesta” que había liada, los oí discutir incluso sobre cómo los etarras de la calle, sus colegas secuestraron a un diplomático alemán que se llamaba Eugenio Beihl, afirmando que estaban seguros de su rápida liberación sin que le hicieran ningún daño porque no les interesaba echarse encima a ningún país con el que no iba la historia.

La cosa no era como para reírse del tribunal togado militar, pese a las muchas carcajadas que yo escuché, refiriéndose a él, cuando andaban todos juntos.

Los condenaron a muerte, pedían un montón de penas máximas y no las concedieron todas. De aquel juicio salieron unas cuantas penas de muerte pero no ejecutaron a los condenados. Una vez más contaron la historia de la magnanimitad del Caudillo, de su generosidad y su bondad para con los descarriados a los que quería integrar en la nueva sociedad y les conmutaron las penas de muerte —que fueron unas cuantas— por treinta años de cárcel. Después del juicio, de la sentencia y de la permuta —no sé qué será peor, si que te peguen seis tiros o que te metan treinta tacos en un túnel de este calibre—, apagados los ruidos y el follón, las manifestaciones en la calle —decían que surgían como hongos por todos los lados—, apagadas las protestas internacionales, el Estado de Excepción y las protestas diplomáticas, la vida siguió su curso, el régimen continuó languideciendo pero vivo, como hoy, y todos los del proceso famoso fueron mandados cada uno a un talego donde Cristo perdió el mechero, para dispersar y apagar el efecto publicitario.

Entonces se tenía la clara conciencia de que, aunque los condenaran a muerte, esa condena no se iba a ejecutar. Hoy todo es mucho más oscuro. Dicen que el régimen está más degradado, que Franco se muere sin remedio, que todo régimen en sus últimos coletazos es especialmente cruel y mucho más cuanto más débil, y que la muerte de Carrero —volado literalmente en Madrid con una bomba bajo la calle— hace imprescindible dar un escarmiento a la banda para demostrar que no se van a dejar avasallar.

Hoy el ambiente es más tenso. Se acuerdan de que les dieron garrote vil hace unos meses, en marzo del año pasado, a un anarquista catalán al que llaman Puig Antich y a un trastornado polaco al que llaman Heinz Chez. Afirman que esos dos garrotes fueron un primer aviso de dureza que va a continuar ahora. Parece que la magnanimitad y la grandeza de espíritu de la que se beneficiaron el Mario, el Teo y los demás, cuatro años y pico después, no tiene visos de hacer acto de presencia. Aquí y ahora los nervios están a flor de piel y la cantinela es la misma de los últimos años: juicio sumarísimo por lo militar, manifestaciones y cargas de la policía en la calle —dicen ellos que en toda España, pero yo no acabo de creérmelo—, acusaciones de asesinato en la persona de un policía y dos tíos en el banquillo que están en negativa, que no saben nada del asunto y que ellos no han sido.

El resultado de esa mezcla es claro: varias peticiones de pena de muerte planean sobre sus cabezas y no suena ni por asomo que tales penas vayan a ser commutadas después de impuestas. La situación de la calle, según se oye aquí y yo ahora me entero mucho más que hace unos años, es la misma que entonces aunque posiblemente un poco más revuelta. Esta gente responde a las revueltas y a las protestas de los estudiantes, de los obreros y de los partidos políticos que funcionan desde la clandestinidad, aplicando lo que saben: el Estado de Excepción que es una situación en la que los pocos derechos que la gente tiene reconocidos, las pocas libertades, quedan en suspenso y te pueden meter un puro sin preguntarte siquiera.

Los encartados ahora son otros dos etarras que están aquí, en el penal de Burgos, y que se llaman Ángel Otaegui y José Antonio Garmendia. Están acusados de haber matado a un cabo primero de la brigadilla de información de la Guardia Civil que se apellidaba Posadas. Ellos lo niegan, están en negativa de ese delito como la mayoría de la gente del suyo, que yo debo ser una excepción al asumir que me llevé por delante al que me hizo, porque se lo llevaba mereciendo mucho tiempo antes de encontrarse con la horma de su zapato.

Digo que el ambiente está jodido porque la comidilla es que hasta su propios abogados, que no son de oficio, que los estudian y los requeteestudian y los ven dos veces todos los días y se saben los sumarios de memoria, dicen que esto huele a cadáver que apesta, salvo que la presión popular e internacional enderece el resultado. Dicen que en el País Vasco hay carteles y pintadas por todos los sitios a favor de Garmendia y Otaegui. Los socialistas, los del P. C., la organización revolucionaria de trabajadores, el movimiento comunista, las dos etas —la V y la VI asamblea— y hasta los carlistas, de donde eran todos los requetés que ayudaron a Franco a ganar la guerra que ellos mismos habían formado, todos esos firman las protestas. Parece que el follón va en serio y también parece que un régimen en las últimas, va a morir matando.

Dicen que el escarmiento va a ser general y que hay dudas sobre qué consejos de guerra hacer, porque tienen muchos en cartera, y sobre hasta qué punto tienen que ser ejemplarizantes. Esto es un hervidero de rumores, de bulos, de radios macutos y de gente que sabe de buena tinta todo lo que se

está cociendo en las esferas de un poder que ve cómo se le escapa el mismo de entre las manos porque la historia no detiene su dinámica ni por un Franco ni por veinte.

Se oye —a base de las visitas de abogados, de las radios clandestinas y de lo poco que se saca en claro en las comunicaciones porque ya hemos dejado bien claro que los periódicos son poco de fiar por la censura y aquí esa censura se incrementa con los recortes del maestro y demás guardianes de la ortodoxia— que van a organizar un macro juicio a la subversión y al terrorismo aunque lo hagan con pequeños juicios particulares. Hablan de uno en Barcelona en el que hay acusado un jefe etarra que, para más inri, es de Badajoz, que a ver qué cojones tiene que defender en el País Vasco un extremeño. Y hablan de otro juicio militar en Madrid en el que hay acusados varios obreros que están metidos en un partido ilegal y muy guerrero que se llama frente revolucionario antifascista y patriótico, fundado al parecer en Francia por un tipo que fue ministro o alto cargo en la República y que se apellida Del Vayo. En fin, yo voy a procurar enterarme de lo de aquí y escribirlo como me manda Diego, que bastante tengo ya con eso como para andar preocupado con lo que pasa fuera.

Estamos en el mes de agosto del año 1975 —dice Diego que es importante poner las fechas porque luego el tiempo pasa y, aunque creas que te vas a acordar de todo, es fácil que se te vaya el santo al cielo y te hagas un lío y no te acuerdes de nada.

Los nervios están a flor de piel en este talego, en el penal y en preventivos, que son los dos departamentos casi independientes en que se divide aunque el estilo de vida sea en ambos prácticamente igual. Todo son rumores sobre el juicio a Otaegui y a Garmendia, todos tienen noticias de fuentes buenísimas que hablan de cómo las penas ya están puestas y el celebrar una vista con todas las solemnidades y todos los requisitos no es sino un paripé, un lavado de cara.

Dicen que este es un juicio político y no un juicio por un hecho delictivo normal (el mío por ejemplo, aunque yo no sé si es muy normal que un padre se porte como el mío se portaba con toda mi familia, ni sé si es muy normal que yo tuviera que echar los pies por alto y acabar la historia como la acabé).

Dicen, en fin, que no es un juicio por delitos comunes sino que lo que se pone en el candelero y se hace objeto de crítica es la dictadura, la legitimidad del dictador para mandar y la legitimidad de los etarras para oponerse y para intentar cambiar estructuras usando la fuerza.

Harina de otro costal —yo aún no estoy muy puesto en Historia aunque es un tema que me interesa y en el que tendré que imponerme si de aprovechar el tiempo muerto se trata— es la milonga continua que se traen los etarras entre manos sobre la invasión españolista y la especial opresión que sufren de manos del franquismo. Yo eso no me lo termino de creer porque aquí, oprimidos por el franquismo estamos todos, Diego no es etarra ni es vasco y es tan preso político o más que ellos, y como Diego hay dos mil más. O sea, que no me vale que ellos digan ser los únicos ni los más oprimidos. Ya veremos, cuando Franco se vaya con Mulana para disfrutar de la eternidad a su lado, que todo parece indicar que no le falta mucho, si esto coge otro rumbo —a los que no hemos conocido otra cosa nos parece mentira que pueda haber un régimen distinto, siquiera mínimamente democrático—, ya veremos entonces, hasta qué punto los etarras defienden la democracia y la libertad o sólo son defensores de las ideas que tienen en su cabeza que, todo hay que decirlo, a los vascos, a cabezones, no hay mucha gente que les gane. Dice Diego que le parecen en la cabezonería a unos marranillos que había en Almegíjar —este debe ser un pueblo de su tierra— que eran solamente dos y, por cojones, uno quería dormir en el medio. Tiene buenos golpes este maestro ciruela mío.

Volvamos a los etarras que ya se me ha ido otra vez el santo al cielo y me largo a los cerros de Úbeda con una facilidad que a mí mismo me espanta y que debe ser un contagio más de mi maestro. Hay nervios, hay malas caras, miradas huidizas, prisas y pocas ganas de hablar sobre todo cuando se tocan ciertos temas.

Garmendia y Otaegui son dos vascorros guipuzcoanos típicos. Fuertes, un poco achaparrados, dicen quienes los tratan más que son noblotes y con la cabeza muy dura, trabajadores del campo, del metal, de la pesca y de donde se tercie, y con formación elemental porque provienen de familias humildes —esto no es una novedad. No conozco en los años que llevo aquí que hayan entrado muchos potentados—. Ambos dicen arrastrar una historia de opresión

política y afirman haber recibido alguna que otra manta de hostias de los guardias civiles. Yo, ya lo he dicho, no es que dude de esto último porque mi vida y mi pueblo no eran Euskadi. Yo lo que digo es que la opresión política no la han sufrido ellos exclusivamente y lo que sigo diciendo es lo que ya he comentado antes y no me voy a repetir.

Andan estos dos casi todo el día, además de en su celda, yendo y viniendo al locutorio de abogados porque parece que el juicio es inminente. Los abogados los animan, les explican el apoyo que tienen en la calle, las manifestaciones hasta en el extranjero, las pancartas, las pintadas, las huelgas... y el Estado de Excepción con que ha respondido el régimen para intentar con desesperación controlar lo incontrolable.

Se ha fijado ya la fecha del Consejo de Guerra, que es como los militares llaman a los juicios y es lo que no entendemos el común de los mortales. ¿Por qué Consejo de Guerra? ¿Hay alguna guerra ahora mismo? ¿De quién contra quién? ¿No han hecho hace unos años un montón de propaganda con los veinticinco años de paz famosos, para qué vienen ahora con la guerra a cuestas?

Va a ser en los últimos días de agosto. Lo van a hacer, a su pesar, con las puertas abiertas porque actuar en secreto y de manera casi clandestina, no es presentable a estas alturas y en estos asuntos. De ahí se deduce que algún periodista extranjero y no sometido a censura podrá contar —y al final acabaremos enterándonos— todo lo que allí pase y así empezaran seguramente a poner pegas a las resoluciones que ellos presentan como impecables y que luego resulta que no lo son tanto, que ya he oído yo por aquí quejas y relatos de condenas incluso a muerte, sin dejar a los defensores presentar pruebas que consideraban fundamentales. Es muy fuerte que te metan tres o cuatro tiros y no dejen antes a tu abogado agotar todos los recursos que crea precisos para defenderte.

Yo, por si las moscas, y cumpliendo con los deberes que me impone mi profesor particular, contaré lo que pesque en un sitio y en otro, que seguro que no es poco y aunque todo lo que cuente haya que pasarlo después por el tamiz de quien escribe encerrado, que yo, desde que pisé este sitio, no he

puesto un pie en la calle como no haya sido esposado, escoltado y para asistir al juicio donde me metieron la condena que ya ha quedado dicha.

Este juicio, al contrario que el famoso del año 70 que ya he contado, no lo van a hacer en la Capitanía General. Dicen que eso es un sitio muy céntrico, que coge en plena carretera de Irún y puede ser un festival la gente, parando los coches y haciéndose fotos turísticas, delante de la fachada del cuartelón donde se ventila limpiarle el forro a dos personas. Lo van a hacer en un cuartel que hay en la carretera de Logroño en un sitio que se llama Castrillo del Val porque tampoco quieren que Burgos se haga famosa no por la catedral sino por los juicios políticos del franquismo. De todas formas en Burgos o en Castrillo, a puerta abierta o cerrada, nadie se cree que no vayan a poner todas las dificultades del mundo para que la presencia allí sea de gente controlada y escogida. O sea, se hará a puerta abierta, pero no abierta del todo, sino entornada. Yo estoy seguro de que allí también habrá eso que llaman estos expertos “público falso”, o sea, gente que parece que está allí sin hacer nada para ver la película, pero que son policías controlando.

Se dice en estos mentideros carcelarios —no hay que olvidar que aquí están los principales interesados que son los que pueden acabar reposando sus restos en el “barrio de los callados”— que este juicio y algún otro más que está por hacerse en las mismas fechas, van a ser un ajuste de cuentas general y que en ellos se va a condenar el atentado de la calle del Correo, cuando reventaron la cafetería Rolando que está junto a la Dirección General de Seguridad. Se va a condenar también la muerte de Carrero que llevó a cabo el comando Txikia y de la que tanto se ha alegrado la izquierda de este país porque dicen que con la muerte del Almirante, el franquismo ha entrado en barrena, y se va a juzgar y a meter caña hasta por el caso Añoveros y por la quema de la iglesia que en noviembre del 73 —unos días antes de que mataran a Carrero— hicieron los curas de la cárcel de Zamora, que hasta tuvo que ir el obispo auxiliar Setién allí, a ver si los convencía, y el cura de aquel talego le dijo que en su vida había visto colegas como aquellos y que estaba convencido de que eran unos curas que no creían ni en Dios. Eso es un misterio y no el de ser virgen estando embarazada, o ser tres en uno, o ser infalible cada vez que uno larga sobre el

dogma. Eso es un misterio, ser cura, vivir del rollo de la religión y de la muerte y de la vida eterna, y ser ateo. Con un par de cojones, sí señor.

Lo de Añoveros —por si alguien lee esto alguna vez y no está puesto en antecedentes— ha sido un asunto de traca con el que también se han reído estos de buena gana. El obispo, en febrero del año pasado, publicó un sermón en el que hablaba otra vez de la opresión de los vascos —¡qué manía tienen estos de pensar que son ellos los únicos oprimidos, que le pregunten a Diego, si no ha sido oprimido por el franquismo, él que es andaluz!—. El régimen se ha cabreado con la predica y lo ha metido en arresto domiciliario por falta de huevos para meterlo en la cárcel, que ya me gustaría a mí estar arrestado en mi casa, sin mi padre que era el que incordiaba y con toda la otra familia viviendo como un pachá. Lo han intentado expulsar del país pero tampoco han podido porque el obispo, y hasta el Papa Pablo VI que se lleva a matarse con Franco, tenían preparada la excomunión si los capitostes se atrevían a subir al cura al avión para pasaportarlo a Roma. Es cojonudo esto, piensan en represalias políticas y se las tragan y se las envainan cuando los amenazan con la excomunión y las consiguientes penas del infierno. En el fondo son unos caguetas estos militares metidos a políticos.

Elucubraciones políticas sobre motivaciones y fines aparte, ha llegado la hora de la verdad y todo el misterio va a quedar pronto desvelado. Hoy, día 28 de agosto han salido para el cuartel de Castrillo a las siete y media de la mañana. A mí me han despertado a las seis porque a esa hora ya había bastantes funcionarios por aquí reforzando el servicio y había que estar llevando cafés y coca colas —y hasta algún quinto de cerveza a esas horas—. Han salido de sus celdas y los han cacheado a conciencia, que no querían ninguna sorpresa en el acto del juicio y delante de los militares.

Ya lo ha dicho el Jefe de Servicios: “Vamos a ver si van a sacar estos allí algún pincho o algún manifiesto, o alguna bandera vasca y la cagamos”. Todo el mundo está bastante nervioso, ya lo he dicho. Menos yo que voy y vengo —cuando hay que correr mucho se encarga Locomotoro— y hago como si conmigo no fuera la cosa.

Ellos, aparentemente van tranquilos. Yo creo que será también fachada porque quieren ir de valientes y de luchadores vascos impasibles, pero la procesión tiene que ir por dentro. Garmendia va como más atontado. No es que tome nada, que yo no lo sé, ni que haya conseguido beberse unas pintas de vino de extranjis o tener bajo la cama un cubo de fruta fermentada —que eso aquí se intenta pero está perseguido de cojones—, sino que le dieron un tiro en la cabeza cuando cayó hace justo ahora un año y estuvo unos cuantos días en coma. Lo operó un médico de San Sebastián del que dicen que es una eminencia en cosas de la cabeza y al que llaman doctor Arrazola, pero no se ha quedado bien del todo.

Tienen dos abogados, uno para cada uno, y uno de ellos ya es viejo conocido de esta casa. Es ese al que llaman Juan Mari que también estuvo en el juicio de los de Melitón, aquellos a los que condenaron a muerte, pero al final, los dejaron sin fusilar. No sé porqué se huelean que en éste no van a tener tanta suerte. Ellos niegan y reniegan haber matado a nadie. Garmendia dice que no estaba en Azpeitia cuando murió el cabo Posadas, que cuando lo detuvieron estuvo mucho tiempo incomunicado y que puso las huellas en las declaraciones policiales sin saber siquiera que lo estaban huellando de lo ido que estaba después del tiro, del coma y de la operación. Otaegui se queja igual porque afirma que es incapaz de matar a nadie y que sólo pasaba información a la organización a la que sí reconoce pertenecer.

Yo creo que ahí ha metido la pata hasta el corvejón, porque si dices que eres etarra y que das información, aunque sean otros los que peguen los tiros, tú te comes el muerto lo mismo, que esta gente de leyes sabe un huevo y te acaban liando con eso de los autores, los coautores y los cómplices. Esto no lo sé por mí, que yo maté solo y sin que nadie me ayudara en nada, sino por lo que oigo todos los días, aunque el Derecho no se encuentre entre mis temas de conversación ni de lectura preferidos. Lo sé porque los presos, todos los presos sean comunes o políticos, chorizos vulgares, violadores o asesinos, al final acaban todos siendo casi abogados y se saben los artículos de las leyes y los recovecos y las trastiendas de las mismas, bastante mejor que algunos que son profesionales del negocio.

En fin, al Otaegui y al otro, los han levantado a las seis. Me han hecho bajar a la cocina para subirles un desayuno apresurado. Hemos subido un perol de café con leche y dos barras de pan recién hechas y Otaegui hasta ha tenido humor para decirme: “chaval, mira si le pondrías un chorro de coñac al café, que hoy estoy de celebración y yo, en las fiestas, suelo tomar carajillos”.

Los han cacheado a conciencia porque ya he dicho que el Jefe de Servicios advirtió que no quería que saltaran con una ikurriña en el juicio, que esa bandera es ilegal y si la sacan delante de los militares puede montarse un pifostio del copón. Les han tomado las huellas, ha firmado el funcionario la orden y los han encalomado en el canguro para que los grises los transporten hasta el cuartel del juicio.

Aquí estábamos todos en ascuas, más los políticos, que los otros pasan de todo lo que no sea una pinta de vino, una partida de burle en el tigre, o los rumores de que se muere Franco o el Papa y van a dar un indulto general que nos va a poner a todos en la calle. Estábamos en ascuas esperando que volvieran y contarán la película y cómo les había ido y si había conseguido el tal Juan Mari y el otro que evitaran a la de la guadaña, la túnica negra y la calavera fúnebre.

Parece que no ha habido suerte. Estos tíos tienen la cabeza dura. Siempre usan el mismo registro. Otra vez han empezado en el juicio, con el rollo de que les quiten las esposas, que las tienen muy apretadas y que les hacen daño. Y el Tribunal otra vez igual, que si el teniente de la policía dice que no, que son peligrosos y que la seguridad no se garantiza si los sueltan. Total que se han quedado atados pero con las manos delante, no detrás. El fiscal ha leído las declaraciones de los dos ante la policía y ha dicho que está todo claro y que no hace falta más, que allí ya reconocieron los hechos. Los abogados repitieron lo mismo, que las declaraciones no valían, que las hicieron a hostia limpia, que Otaegui no ha disparado a nadie, que sólo era un informador y que Garmendia no puede estar en un juicio porque se ha quedado mentalmente en fuera de juego desde que le pegaron el tiro en la cabeza cuando lo cogieron preso.

Han insistido —pero por el resultado no los ha creído ni el ordenanza del tribunal, el que lleva los vasos de agua cuando se los piden—, en que ninguno

de los dos participó en la muerte del cabo Posadas. El abogado insiste, y hasta lo llaman al orden por la persistencia, en que Garmendia no declaró, que firmó poniendo la huella y que no estaba ni capacitado para ponerla, que se la imprimieron llevándole el dedo. En fin que el fiscal dice una cosa y el defensor justo la contraria. Como dice Diego cuando se empeña en explicarme filosofía —que yo no sé aún para qué servirá eso de filosofar— esto es dialéctica hegeliana en vivo y en directo. Uno dice algo y el otro justo lo contrario. Ya verán como en la síntesis, alguien sale bien jodido.

El fiscal ha pedido la pena de muerte para los dos y el tribunal la ha aplicado. Sólo falta que Franco firme el enterado —dicen que ya no está para firmar nada pero alguien le sujetará la mano como al Garmendia, según dice, le sujetaron el dedo— y estos son fiambres salvo que un milagro lo remedie.

Esta cárcel es un hervidero. Los abogados vienen todos los días para hablar con ellos y animarlos con recursos, presiones internacionales y peticiones de clemencia desde todos los ámbitos incluidos el Papa y el susum corda. Dicen que hasta el obispo Setién les ha dicho que la mujer de Franco, la Carmen Collares le dicen, es muy devota de una virgen que hay por Galicia que se llama la Virgen del Chamorro —en mi vida he oído yo hablar de esa virgen. De la del Pilar, de la Paloma, de los Dolores, de los Remedios o de las Angustias... pero nunca del Chamorro—. Pues les han dicho que hasta los obispos van a intentar meter por medio a esa virgen y hablar con la Franca para que, por la devoción que le tiene, le diga al marido que tenga compasión de los fusilables. Y en esas estamos a mediados de mes, con el alma en un hilo y a la espera de la proverbial clemencia del Caudillo.

Ni la Virgen del Chamorro, ni el Papa que le ha escrito una carta personal, ni los gritos en la calle, ni el llamamiento de muchos gobiernos, han servido para nada. Franco ha dado la venia —o como se llame ese permiso impecinable— y van a fusilar a un montón de gente aquí y en más sitios. Ya procuraré enterarme de quiénes y dónde.

Estoy hecho un hacha. He procurado enterarme y ya lo sé. Como consecuencia de los juicios que se han celebrado estos días, van a ejecutar a cinco: un etarra —el de Badajoz— en Barcelona, tres comunistas del FRAP en

Madrid y uno en Burgos. Al final se ha salvado Garmendia porque dicen que no se puede fusilar a alguien que está mal de la cabeza y éste se quedó muy jodido con el tiro que le dieron cuando cayó preso. Ya es paradójico: para que te fusilen, tienes que estar sano.

Otaegui se ha quejado, aunque no lo ha hecho en público. “Fíjate, ha dicho, yo era informador, el otro es el que pegó los tiros y es a mí a quien matan. ¡Hay que joderse!”.

El Director está que no le llega la camisa al cuerpo. Aunque uno trabaje en estos sitios y eso te llegue a hacer una costra o una coraza, me imagino que no es plato de gusto, saber que a tal día y a tal hora, en el sitio en el que tú mandas, le van a limpiar el forro a uno, aunque sea con todas las bendiciones legales.

Este año, ni en la Virgen de la Merced que fue antes de ayer, ha habido mucha gana de fiesta. Está todo el mundo —los jefes de aquí, digo, porque el psicópata del plumas seguro que está disfrutando y ya anda haciéndole la pelota al baranda para ver la ejecución— pendiente del teléfono por si en el último minuto llega la respuesta positiva a las peticiones de clemencia.

Hoy me han dicho que no me duerma, que esta noche tendré trabajo. Ya saben que soy el chico para todo, el ordenanza de centro, el que lleva y trae, el que barre, hace cafés, limpia los vasos, hace camas y cualquier otra cosa que se ofrezca a los señores funcionarios —excluyendo al diarreas, que ese ya sabemos lo que quiere hacerme y no me dejo que me haga.

Dice Diego —hoy ha estado brujuleando y echando un vistazo a la libreta, en su calidad de profesor y único autorizado para corregirla— que esto es una crónica periodística de primer orden y que el diario de sesiones que he llevado va a servir para que alguien, algún día, sepa lo que se ha cocido aquí y que no se imaginaba cómo podía ser yo tan rata y meter las narices y enterarme de todos los rollos.

La gente de la cárcel, toda la gente de la cárcel, lleva la tarde entera dando vueltas por el patio en silencio, el paseo taleguero que llaman: vas lanzado hasta una punta del patio, das la vuelta rápido y vas hasta la otra punta, como

si tuvieras prisa por algo... y así hasta el infinito. Están o estamos todos como las moscas en verano que dan vueltas y más vueltas, pegajosas, espesas y no te las quitas de encima de ninguna manera. La cena ha sido breve y callada. Cada uno, después se ha subido a su chabolo o a su brigada sin decir ni pío, parecía que la cárcel estuviera vacía, con una sensación flotando en el aire entre respeto, rabia, impotencia y miedo. Esta noche, el Otaegui, la va a pasar en capilla, o sea, velando o rezando o haciendo lo que quiera porque ésta va a ser su última noche vivo. El gobierno ha firmado el enterado y no hay Dios que lo salve como no sea un milagro u otro hecho extraordinario.

Lo han sacado de la celda y lo han instalado en los despachos de fuera. Puede pasar la noche con su familia y puede hasta pedir algún deseo extra, en plan última voluntad, porque hay cierta manga ancha para que uno no se vaya del todo con mal sabor de boca.

En las habitaciones donde han instalado la “capilla” sólo estaban el director, el capellán, un educador que es una bellísima persona, el subdirector y el condenado, Otaegui. Pidió que se avisara a un funcionario joven, un poco mayor que yo, de 24 o 25 años, con el que ha hecho cierta amistad en las horas de paseo en el patio. Este funcionario se llama Don Carlos y es un buen tío. Se puede hablar con él, te ayuda si puede y jamás lo he visto tratar a nadie con la punta del pie ni con un mal modo. Cuando entró el funcionario —sobre las diez de la noche— Otaegui, yo creo que nervioso y para romper un poco el cenizo y el mal fario que todos tenían, que estaban apagados y cabizbajos, le suelta: “Don Carlos alegre esa cara que parece que viene de entierro”. Tuvo humor incluso para pedir que le llevaran una botella de vino y se bebió un par de vasos. Los demás sólo bebían cafés y manzanillas y tilas, que no sé cuántos kilos habremos gastado esta noche.

El cura, a lo suyo, ha intentado durante un buen rato que se confesara, pero él ha insistido en que no tenía nada de qué arrepentirse. El cura se ha ido poniendo cada vez más nervioso pero el otro no ha dado el brazo a torcer y sin confesarse se ha puesto delante del pelotón. Pasada la media noche ha llegado la madre. Se han abrazado y han hablado un rato en un lenguaje ininteligible. Pese a estar prohibidas las comunicaciones en euskera, nadie les ha dicho nada. Luego le ha dicho, para que lo oyéramos todos: “Hijo, demuéstrales

cómo muere un vasco” y se han despedido con un abrazo breve. Un poco fría me ha parecido a mí esa madre.

Su abogado, que tenía derecho a estar presente —el que llaman Juan Mari— no ha venido porque dicen que está malo. Todos los que estábamos allí nos sentíamos mal y hemos aguantado. ¿No te jode? Todos los que había allí, hasta yo mismo que sólo soy un mandado y que conmigo no va la película para nada, hemos sentido un nudo en la garganta. Todos los que había allí, los funcionarios que yo conozco y otros que no, parecían apesadumbrados y tristes. Se ve que el hecho de trabajar para el régimen no incide en los sentimientos más profundos y si uno no está conforme con la pena de muerte, no lo está, que esas cosas son difíciles de disimular.

De madrugada, Don Carlos le dijo a Otaegui, yo creo que también por bromear un poco: “No bebas más vino, no sea que la pilles”. Y el otro paró en seco y hasta le dio las gracias porque no se le había ocurrido y no quería dar la impresión de que necesitaba emborracharse para ponerse delante de los fusiles sin mearse por las patas abajo. Un poco después se echó en el sofá para dormir un poco y se hizo allí un silencio casi sepulcral. Yo seguía llevando tías y manzanillas —ya menos cafés—. Todo el mundo fumaba, encendían un cigarro detrás de otro para matar los nervios y flotaba la sensación rarísima de todos mirando con respeto y con pena al hombre que dormía y que en poquísimo tiempo iba a ser ajusticiado, o sea ¿se iba a ejercitar con él la justicia? ¿qué justicia?

A las siete y media los despachos y el patio se han llenado de policías. Don Carlos y Otaegui estaban en silencio sentados uno junto a otro en el tresillo. Han esposado al etarra y él le ha pedido a don Carlos el último cigarrillo. Ahí no ha podido disimular porque, esposado con las manos a la espalda, el cigarro temblaba en su boca. Se ha cabreado por lo que ha pensado que era un signo de debilidad y lo ha escupido pisándolo inmediatamente. La policía lo ha sacado cogido de los brazos pero él ha ido andando con aparente tranquilidad y sin resistencia de ningún tipo. Ha pedido que no le venden los ojos y se ha despedido, diciéndole adiós, sólo del funcionario que ha estado con él toda la noche.

Yo me quedado hecho polvo y me he sentado en una de las sillas que había arremolinada y en desorden. A los pocos minutos han sonado varios disparos sincronizados. Serían las ocho y veinte de la mañana. Se me han puesto todos los pelos de punta, la carne de gallina y un nudo en el estómago con ganas de vomitar y me he quedado en blanco sin darme cuenta ni del paso del tiempo, como embobado.

Se ha ido poco a poco apagando el jaleo y el trasiego de gente. Nadie se ha ocupado de mí, ni de decirme que pasara a mi celda, ni de que volviera a mis tareas de ordenanza, ni de nada. Al cabo de un rato, cuando ya la vida comenzaba a tomar su curso normal, que en la cárcel hasta las cosas más gordas se olvidan y se superan rápido, se ha presentado el Jefe de Servicios y como si no hubiese pasado nada me ha dicho: "Demetrín, ven pronto que hay un trabajo especial y urgente". Con un cubo de cal y un escobón, acompañado del gilipollas de Locomotora que llevaba la escalera y repetía sin parar una canción que se llama "Mi perrito lucero", he estado blanqueando la tapia de la granja que estaba llena de salpicones de sangre y de agujeros. No es menester que diga de quién es la sangre ni quién la ha agujereado.

SEGUNDA LIBRETA

A lo peor lo que estoy escribiendo no lo lees nunca. No sé bien si quiero que lo leas. Lo escribo como evasión o como catarsis, para librarme de lo que me quema por dentro. Escribo, incluso, para aclarar las ideas, que siempre cuando relees lo escrito, parece como que tomas una cierta distancia y eso, dicen, es saludable.

Las vacaciones son tiempo para relajarse y hacer aquellas cosas para las que no hemos tenido tiempo durante el resto del año, enredados como estamos en esta sociedad de mierda que nos agobia, nos estresa y nos tiene entre expectantes, esperanzados y acojonados. Otros piensan que las vacaciones son el tiempo ideal para que afloren los problemas. Durante el año, la rutina y la prisa impiden mirarnos de frente con calma e incluso no nos dejan mirar en nuestro interior: Aquellos exámenes de conciencia que nos imponían de pequeños en el colegio y que, cada día más laicos, necesitamos ahora para recapitular, replantearnos las cosas y tomar decisiones.

Se ha acabado el verano, cojo vacaciones a contrapié del resto del mundo, cuando no hay agobios de calor, ni familias numerosas con chanclas, suegras, neveras portátiles, camisetas de baratillo y sillas plegables de tijera. Voy a poner tierra de por medio, a ver si sirve de algo. No sé si soy un desgraciado o un privilegiado. Me pongo de viaje como un capitalista: coche amplio, potente y cómodo. Cartera y tarjeta de crédito repletas y libertad para ir adonde me apetezca y hacer lo que me plazca.

Dispersa afectos, me han dicho. Ponte las botas en todos los terrenos y lo verás todo de distinta manera. Un clavo saca otro clavo. La mancha de una mora, con otra verde se quita. Todos esos refranes ya me los sabía. Aquí y ahora me sirven de poco.

Poner tierra de por medio puede ser un remedio o la peor enfermedad. Ya sé que no te gusta el flamenco —porque lo has probado poco—, pero encierra en sus letras todo lo que hay que saber sobre el ser humano, sobre sus anhelos y

sus miedos, sus pasiones, sus alegrías y sus tristezas. Fíjate lo que cantaba uno que no te nombro para que no me llames antiguo:

“Que alejándome te olvidaba, yo creía inocentemente y tuve el inconveniente, que contra más me alejaba, más te tenía presente, porque contigo soñaba”.

Lo dice claro el fandango, ¿no?

No he puesto casi nada en el maletero. Un poco de ropa, unos libros y nada más. No estoy de humor para cargar con mucha indumentaria que, además, no pienso ponerme. Si tú vinieras, seguro que parecíamos refugiados, inundados de bolsas, maletas y paquetes, con todas las posibilidades cubiertas: para el frío, para la lluvia, para la nieve —te recuerdo que aún es verano—, por si había que ir de fiesta o por si teníamos que hacer puenting o rafting. En fin, todo lo que llevas cuando vas de viaje, que para una semana, parecería que nos mudábamos a vivir a Corea del Norte.

Lo que antes me incomodaba —cabeza cuadrada, como he sido— hoy lo echo de menos: tu desorden, tus carreras y tus prisas de última hora, tus olvidos y el meter a presión los últimos chismes en la última bolsa.

Éste es un viaje silencioso, sin sobresaltos ni sorpresas, sin escapadas ni rutas inesperadas. Voy a un sitio, a ese sitio. Y llego a la hora justa como si fuese el tren de alta velocidad de esos que funcionan en el Japón de los que siempre llegan tarde. No me permito ni un par de minutos de retraso. Es un viaje aburrido y cargado de monotonía.

Tú no estás. Ésa es la clave del hastío. No importa el paisaje, ni los monumentos. Sin ti, me da igual que el arte sea árabe o renacentista, que sea arte barroco o rupestre. No importan las comodidades de los hoteles, las camas grandes, los baños inmaculados con agua caliente a chorro y fuerte sobre la espalda —como a ti te gusta— ni los masajes que me ofrecen que no me interesan porque no eres tú quien me los da, ni las comidas típicas de los lugares en los que voy a recalcar, porque tú no estás para compartirlas. No importan los paseos al fresco de la tarde, entre chopos, castaños y moreras, por carreteras sinuosas en semipenumbra, por caminos inimaginables para un hombre de asfalto, estrechos, empinados, silenciosos y a la vez cargados de

sonidos que no hemos oído casi nunca: un grillo, una rana, un verderón o una chicharra. Casi nadie sabe ya cómo suenan, porque sólo oyen coches, sirenas, martillos neumáticos y música estridente.

¿Para qué quiero oír la música de la naturaleza si no la comparto contigo? El viaje podría haber sido de ensueño y algo, no sé dónde, en algún sitio, me dice que acabará mal.

Amanece en Alicante. Cerca del mar. Lo que podría ser un espectáculo natural digno de ser contemplado y disfrutado, aparece ante mis ojos como algo anodino. Lo veo como algo vulgar y sobre lo que no merece la pena ni detenerse. La mañana es fresca y brumosa. No necesito siquiera desperezarme porque no he dormido, toda la noche he mantenido los ojos abiertos como platos. No sé si es una hormona, ni cuál, la que influye en ese estado, pero mis niveles deben de estar rebosando. Estoy reventado, pero me niego a seguir en la cama. Necesito levantarme y hacer algo. Irme donde sea, andar. Eso debe de ser la angustia. Nunca me había pasado. La conocía de oídas, por los libros. Ahora se ha presentado ante mí y se me ha metido dentro inoportunamente y sin pedir permiso. Estoy inquieto, con una sensación de desasosiego que me destroza.

En ayunas, sin beber ni agua, vestido con lo primero que tengo a mano, subo al coche con gestos automáticos, me pongo en marcha y enfilo la carretera hacia ningún sitio. La radio suelta retahílas de noticias y las repite cada diez minutos, habla de luchas políticas —en el extranjero que aquí no se puede—, de políticos que se cambian de un partido a otro, y de ése a otro distinto para continuar cobrando por su inutilidad, por el mero hecho de hacer bulto en un sitio. Cuentan, y no paran, estafas llevadas a cabo por delincuentes de cuello blanco —de esos impecablemente trajeados, que inspiran confianza porque te ofrecen el oro y el moro y te la meten doblada cuando más tranquilo estás—.

Hablan de una artista antigua, una de esas viejas que anda buscando novio como expresión de su demencia senil, a la que han atracado en su propia casa. Hablan de colaboradores etarras que han caído en manos de la guardia civil y dicen que es una banda de delincuentes a punto de ser desarticulada por las impecables y sacrificadas fuerzas del orden.

Hoy, todas esas cosas, que hasta hace unos días me interesaban tanto, la evolución del régimen que según dicen es cada día más aperturista y más democrático, la mejora de la economía, el reconocimiento internacional de España y las posibilidades de inversión extranjera en ella, me importan un rábano. Como si estalla el mundo.

La carretera está despejada. Es temprano y hay poco tráfico. El día se va aclarando, pero no mis pensamientos, que siguen negros, mis sentimientos pisoteados y mi futuro inexistente, sin ninguna perspectiva.

Hago kilómetros sin darme cuenta y pasan veloces las casas del campo de Elche, los viveros de palmeras y los embalses de riego. Veo las salidas de la carretera, sin verlas y sólo me da un vuelco el corazón cuando paso por la que lleva hasta tu casa.

¡Qué distinto este viaje de los muchos que hice para vernos a escondidas, furtivamente, en un parque de pueblo, que a mí me parecía el Retiro madrileño, la Casa de Campo y el parque natural de la Sierra de Cazorla y la Font Roja juntos! Veo el mar, ese mar gris ante el que nos besamos por vez primera y ante el que te desabroché la blusa una mañana plomiza y desagradable que a mí me pareció radiante y cálida.

¡Cómo han cambiado las cosas! ¿Por qué han cambiado? Todavía no lo sé.

El ser humano —yo soy uno de ellos— necesita tener estructurada su realidad, saber por qué pasan las cosas y por qué le pasan a él. Si llego a saber qué ha pasado, qué me ha pasado, si puedo analizarlo, a lo mejor logro salir de ésta.

El estómago se me queja del hambre. He hecho más de doscientos kilómetros sin darme cuenta. Si tuviera que detallar los sitios por los que he pasado, sería imposible. No tengo ni idea. Estoy —tampoco sé por qué aquí y no en otra parte— abandonando un paisaje casi desértico —ideal reflejo de mi ánimo— de montes suaves y pelados, un pedregal árido sobre el que se alarga una carretera que deben haber inaugurado hace poco. Al fin veo un cartel que me da la bienvenida a Andalucía. Vuelvo a mis orígenes. Creo que son los elefantes los que vuelven a morir a un sitio fijo y, aunque nunca hayan estado antes, el

instinto los conduce hasta un lugar, que deben sentir como acogedor para su angustia. Como los toros se refugian en las tablas cuando sienten el mundo en su contra, un montón de desconocidos gritando y aplaudiendo su dolor, y la muerte rondándoles.

No me sirve de nada haber entrado en mi tierra. Tú sigues presente y sigo dando vueltas y vueltas, intentando encontrar el motivo por el que te he perdido.

Aparentemente todo estaba bien, dentro de una relación problemática, clandestina, no convencional y que debía encauzarse de forma política y socialmente correcta —casi nada, lo que acabo de decir—. Aparte de eso, todo estaba bien. Nos queríamos, nos buscábamos, nos deseábamos. En medio de mil y una ocupaciones, entre mil y un compromisos, con mil y un problemas y tres mil dificultades, siempre encontrábamos el lugar y el sitio para una mirada, para una caricia, para una llamada, para un beso. Incluso para más que un beso.

He saboreado milímetro a milímetro tu piel, dulce y amarga. Me he enredado con tu lengua. Me he perdido en el color claro y brillante de tus ojos. He mordido tus labios. Me he deshecho en tus entrañas y he visto de cerca el cielo. Lo he tocado, lo he tenido en mis manos y he estado en él contigo. He sentido estallar el universo, y deshacerse al ritmo de tu respiración acelerada junto a mi oído.

De pronto... la nada. La única explicación ha sido: “No puede ser, no puedo tener una relación ahora, estoy hecha un lío, tengo que aclararme”.

Después el silencio y la indiferencia, casi diría que el desprecio y el aborrecimiento.

No se trata de reprocharte nada. No va a haber ningún reproche, porque en este terreno no puede haber ninguna exigencia, todo es voluntario, gratuito. Si entran en liza las obligaciones, la hemos fastidiado por completo.

No se trata de reprocharte, sino de reprocharme. ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué he tenido acceso a ti y no he sabido conservarte?

Una vez me dijiste: “Me preocupa que no puedas adaptarte a mi situación, a mi familia”. No he tenido la oportunidad de hacerlo. Algo, sin embargo, dentro de mí, me dice que siempre seré tu familia, que aunque no te vuelva a ver jamás, tendremos una familia común. Y vivirá a tu lado y crecerá contigo y, cada día, me verás como algo tuyo.

Otro día me dijiste: “Ahora, estamos muy bien. Me preocupa cómo podamos estar dentro de diez años”. Nadie sabe cómo va a estar dentro de diez años. Si la gente —todo el mundo, cuando se refiere a “la gente”, cree que está hablando de otros y nosotros también somos gente— pensara en cómo va a ser la realidad dentro de diez años, nadie se embarcaría en ningún proyecto, porque nadie —salvo los charlatanes que embaucan a cuatro incautos—, tiene una bola de cristal para ver por anticipado el futuro. “¿Qué pasará dentro de diez años?”, decías, y no hemos tenido la oportunidad de vivir ni uno. No nos hemos dado la posibilidad. No me la has dado y no sabemos si habría sido una maravilla o un desastre.

El verano, tus vacaciones, con tu vida más o menos hecha, con lo que ya tenías establecido y aceptado por tu entorno, ha sido una prueba de fuego —yo te avisaba, acuérdate—, de la que he salido achicharrado. Supuso un corte en nuestra ansia diaria de vernos, de estar juntos, de contarnos todas y cada una de las cosas que nos pasaban cada día, de huir, aislarnos del entorno, escondernos y explorarnos —de nuevo la furtividad— en una playa alejada y semidesierta o en una arboleda raquítica que a mí, a tu lado, se me antojaba los jardines de Versalles.

Dice el tango “que veinte años no es nada” y tengo que quitarle la razón al saber popular, como antes con el flamenco se la daba.

Veinte años es un mundo, veinte años son un abismo insalvable. Veinte años son la peor maldición, cuando se constituyen en muralla inexpugnable que te impide acceder a quien quieras sobre todas las cosas.

He vivido una situación de locura y llegué a pensar, contra toda lógica, que triunfaríamos sobre una circunstancia que me empeñaba en ver como nimia. En mi postura de enamorado —alejado, por eso, de la realidad y colgado exclusivamente de ti— no me daba, o no quería, darme cuenta de que

pertenecemos a generaciones distintas y, más pronto que tarde, eso se termina pagando.

Yo pretendía, en algunos aspectos, porque tú siempre me has parecido un ser excepcional, capaz de darme clases a mí, ser tu maestro. Y te hablaba de libros, de música —yo no sé quién es Elton John y jamás he escuchado un disco de los Rolling, y tú no has oído jamás a Víctor Jara o Quilapayún—, de situaciones vividas que a mí me parecían tan normales. Tú me escuchabas, como si te hablara de la prehistoria, de la edad del hierro, del hombre de Cromagnon o, como mucho, de los Reyes Católicos.

La nuestra fue —me cuesta trabajo hablar en pasado porque aún estoy en la postura psicótica, enloquecida, de negar la realidad flagrante y pienso que voy a verte y vamos a estar juntos de nuevo como si nada hubiese pasado—, fue una relación asimétrica en la que yo era el débil —los famosos y tantas veces nombrados veinte años— y, por ello, el perdedor. Puede sonar machista, pero una mujer, y tú lo eres con todas las letras y en el más pleno sentido de la palabra, no se enamora nunca de un débil. Una mujer se puede enamorar de un chulo, hasta de un macarra o de quien le gasta grandes putadas, pero no de uno que se arrastra y le suplica. A ése le puede tener lástima, puede ser su amiga, su paño de lágrimas, pero la pasión, el desmayarse, atreverse, estar furiosa... eso lo reserva para el otro, para el fuerte, para el macho que arrasa.

Ése sería un buen tema de discusión, machismo-feminismo o el componente masoquista de la personalidad femenina... y masculina también, porque en el fondo somos iguales y despreciamos lo fácil y lo que ya está sobradamente conseguido, ¿verdad?

Sigo en la carretera, tragando kilómetros sin una finalidad clara. No tengo que ir a ningún sitio y no tengo ningún sitio adonde ir. Me sigue reclamando el estómago el desayuno que le niego. El día se torna caluroso a medida que el sol se va elevando. Voy hablando solo, como si fueses sentada en el asiento de al lado. Y te voy hablando a ti, que no viajas conmigo.

El hablar solo es un síntoma de locura para la gente de la calle. Si hablas solo no guardas las formas. Para ser normal hay que coincidir con la mayoría —aquí

no hay un destinatario del discurso— y los seres normales, la mayoría, cuando hablan en voz alta, se dirigen a alguien.

Cuando era estudiante, en un colegio mayor —tú no habías nacido aún, otra vez los malditos veinte años— había un individuo en aquel sitio, de un pueblo de Ciudad Real, que se quedó en primero de carrera. Le llamábamos el estudiante eterno. Tenía unos cuarenta y tantos años —mi edad ahora— y yo lo veía como un señor mayor. Usaba gafas de montura dorada, era delgado y calvo, con aspecto de intelectual. La tenía tomada con la filosofía y con la teología. Se había quedado en la primera lección del primer curso y solo hablaba de Aristóteles. Era una especie de Quijote. Podías hablarle de cualquier tema y razonaba correctamente, parecía coherente y equilibrado. Pero siempre, con el motivo más intrascendente, derivaba al tema filosófico y desbaraba como el esquizofrénico paranoico que era.

Hablabía sin parar de muchos libros que tenía escritos. Prometía que un día los sacaría de su habitación para que los viera. Nunca me enseñó ninguno.

Avisaba de una revolución auténtica en la filosofía universal, cuando viesen la luz, publicados. La clave de la revolución era el descubrimiento de un gravísimo error en la metafísica de Aristóteles en el que también había caído su discípulo y propagador Santo Tomás de Aquino. Tras muchos rodeos, avisaba de su descubrimiento: la realidad no se puede explicar, las cosas no se entienden como compuestas de materia prima —lo común a todas— y forma sustancial —lo específico de cada una—. Se había quedado en la primera lección, cuando el profesor —lo apodábamos el mosca y te duchaba si le caías cerca cada vez que pronunciaba silbando la s de Aristóteles— explicaba que si cogíamos un papel y lo quemábamos, surgía una disyuntiva: o admitíamos que se destruía el papel y se creaba la ceniza, o debíamos admitir que hay algo que es común a la ceniza y al papel. Ése algo es la materia prima y lo que hace que el papel sea papel y no otra cosa, es la forma sustancial.

Pues bien, Lull Von Dervall —se había cambiado el nombre, porque para ser filósofo de prestigio había que ser alemán y con nombre y apellido español, nadie creería que era el genio que realmente era— decía que esos argumentos de Aristóteles y Santo Tomás eran una bobada y que a la misma conclusión

podría llegar una telefonista. También la tenía tomada con las telefonistas a las que calificaba como seres simples, incapaces de pensar y que solo se limitan a repetir lo que leen en la guía.

Él afirmaba que lo que explica la realidad múltiple no es la materia prima y la forma sustancial, sino la substancia —lo común—, la esencia —lo específico— y la existencia que es la actualización de las anteriores.

Fíjate el problemón que le tenía sorbido el seso a Von Dervall, como a Don Quijote los libros de caballerías y las luchas para que todos reconocieran a Dulcinea como la mujer sin par que era.

No sé si te estoy cansando. Lo mismo te estoy dando una paliza que no te mereces ni estás dispuesta a soportar. ¿No protestas? Pues entonces seguiré.

Con ese delirio pasaba “las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio”. Algunas veces lo veía especialmente excitado y entusiasmado. “¿Qué te pasa Lull? Te veo con una actividad intelectual desaforada. ¿Qué has descubierto hoy?”, le preguntaba. Von Dervall, adquiría un tono solemne, aún más solemne que el habitual y decía: “Esta noche he querido ser honesto y he admitido que puedo estar equivocado. He intentado partir de cero en mis reflexiones. Con buena voluntad, he examinado a Aristóteles y a Santo Tomás. Con todo el dolor del corazón, ¡los he tenido que suspender! ¡No saben nada!”. Y sonreía inocentemente, regodeándose de su proeza.

La revolución mundial que se avecinaba —era inminente y a partir de ella no podría haber ni el más mínimo avance en nada porque ya estaría todo dicho—, iba a ser impulsada por la nueva filosofía creada por él. Se trataba prácticamente de la segunda venida del Mesías de que habla el Nuevo Testamento. Si hurgabas un poco, si lograba ser depositario de su confianza, había posibilidades de que te hiciera partícipe del gran secreto: él era el que estaba esperando el mundo. La segunda venida del Mesías ya se había producido y yo, afortunado ignorante, lo tenía ante mis ojos. Sólo faltaba la publicación de esas obras para que se diera a conocer el evento y cambiara el curso de la historia, porque el Espíritu Santo prometido, ya estaba aquí.

Aquel pobre loco —a veces otros y yo mismo lo utilizábamos, con mala leche, para reírnos un rato oyendo sus trascendentales descubrimientos—, no tenía otro tema de conversación. Su vida estaba totalmente ocupada con su filosofía, con el cuidado que debía tener para que nadie le robara sus hallazgos hasta que fuese el momento de darlos a la luz. Su razón de vivir —absolutamente fuera de la realidad— era ésa y vivía por y para ella exclusivamente. No le podías ofrecer nada, ni una película, ni un libro, ni un concierto: “Imposible, imposible”, respondía invariablemente, “¡con lo que tengo que estudiar! ¡Me faltan horas en el día para escribir todo lo que tengo pendiente!”. Y nunca escribió nada. Ya creo que jamás pasó de las dos o tres líneas.

¿Por qué teuento esto? ¡Qué paliza me estás dando con un loco al que no conozco, con unos razonamientos más antiguos que la guerra civil y que no sé para qué sirven!, pensarás. Conste que te he avisado, que pregunté si te sentías molesta o te aburría con mis historias y no dijiste nada.

No importan los razonamientos alocados del que se creía el Espíritu Santo hecho hombre, ni importan las filosofías simples de primer día y de primer curso. Es con su situación vital con la que me siento identificado y por eso viene a mi memoria.

Tú eres mi Aristóteles y yo, Lull Von Dervall. Ocupas mi tiempo entero. Ocupas mi pensamiento entero. No me resulta posible emprender ningún tipo de actividad —la más nimia— sin que aparezcas tú en todos los rincones, a cada instante, en todos y en cada uno de los momentos. ¿Es eso un delirio?, pues estoy delirando de la mañana a la noche.

Me sorprendo teniéndote en cuenta para todo: esto te gustaría, esto no. Esto te parecería bien, esto no. Esto te sentaría de maravilla... y te hablo... y me dirijo a ti —enajenado, alejado de la realidad, porque tú no estás y yo lo sé, pero no quiero admitirlo— como si fuésemos, una de tantas tardes, a perdemos por los sitios que tú y yo sabemos y que nunca contaré a nadie, por esos lugares recónditos en los que necesitaba pellizarme para darme cuenta de que no soñaba. Me parecía, y todavía me lo parece, imposible que un ser vulgar, anodino como yo, en el que no hay nada que merezca destacarse,

tuviera la posibilidad de estar contigo, contemplarte como el espectáculo más espléndido que la naturaleza puede ofrecer a un ser humano, acariciar tu suavidad y entrar en ti como en el refugio más acogedor que un hombre pueda imaginarse.

¿Qué importa morir ya? ¿Puede ofrecerme la vida algo más grande, más interesante, más placentero, más sublime? ¿Es posible algo mejor tras haber estado contigo? ¿Puede haber un castigo peor que no tenerte?

Estoy como el Swann de Proust —ése de “En busca del tiempo perdido”, ya sabes— estaba con su Odette: Anhelo verte porque me arrastras contigo hasta perspectivas desconocidas para mí. No me resulta inteligible la existencia sin ti. Te necesito, no ahora o dentro de un rato, me haces falta cada momento. Mi vida estaba plagada de cosas sin importancia y ya estaba hecho a que sería así hasta el final de mi existencia, pero apareciste tú, fuente de felicidad y de amargura. Y ahora no hay remedio, ya es imposible no sentir la necesidad insensata y dolorosa de estar a tu lado. Siempre y yo solo, contigo.

Tengo que ir con cuidado, vida mía, o no voy a llegar a ningún lado. En dos despistes, mi diálogo contigo parece las ensoñaciones del paseante solitario de Rousseau, he estado a punto de tragarme dos coches de moros —los que más circulan por esta carretera en estas fechas— que van con la casa entera a cuestas: frigoríficos, neumáticos, bicicletas y hasta algún niño durmiendo en la baca. Van dando bandazos derrengados, tras varios miles de kilómetros, descansando y comiendo lo justo.

A propósito de emigrantes: Anda el personal revuelto con los problemas de la inmigración y con la avalancha de africanos, sudamericanos y asiáticos que se viene encima de Europa. ¿Qué se creían? Ésa ha sido una constante a lo largo de la historia de la humanidad. Desde siempre la gente se ha ido de donde vivía en condiciones difíciles hasta lugares en los que pensaba que iba a vivir mejor. Contra eso no valen leyes, ni vallas, ni fronteras. Lo que está pasando no es más que el principio. Cuando se muera Franco, algo para lo que falta muy poco por ley natural, esto tiene que cambiar, y va a cambiar a mejor y entraremos en el occidente normal y opulento y nos equipararemos a los

países de nuestro entorno. Ellos reciben inmigrantes y nosotros los recibiremos a paladas.

Veo un cartel indicador que señala una salida a la izquierda. Indica la dirección hacia Orce, un pueblecito pequeño del norte de Granada. Nadie conocía la existencia de estas cuatro casas y un par de cientos de habitantes hasta hace unos años.

Orce ha saltado a la fama mundial porque aparecen ahí trozos de cráneos de homínidos con varios cientos de miles de años. El hombre de Orce, rivaliza en antigüedad con los que andan buscando en la sima de los huesos de Burgos y era, igual que ellos y lo mismo que los moros con los que he estado a punto de darme el guantazo, un emigrante.

Dicen que la evolución humana, la especialización en las tareas, la capacidad de manipular objetos y transformarlos, el reparto del trabajo, la socialización, el paso del animal al ser humano, empezó en África. Dicen que hubo distintos grupos de evolución y que en la península ibérica, lugar de cruce de emigrantes por su situación estratégica, se produjo un acelerón en esa evolución al encontrarse y mezclarse Neandertales y Cromagnones, poniendo cada uno en la mezcla, el bagaje y la riqueza que portaban.

No me hagas mucho caso, que no soy ningún especialista en paleontología. Bueno, en realidad no soy especialista en nada. Una cosa es segura: el hombre de Orce, correteando por estos pedregales hace cientos de miles de años, estaría ocupado sólo en sobrevivir. Matar o recolectar para comer y defenderse de otros bichos que pudiesen matarlo, lo cual no es poco.

¿Ves como soy como Von Dervall, el loco de Aristóteles?

Ya has salido tú. ¿Tendría el hombre de Orce capacidad de enamorarse? ¿Sufriría cuando la mujer de Orce lo dejara para irse con otro? ¿Reaccionaría, hombre primitivo como era, a mordiscos y a pedradas cuando no consiguiera que la mujer querida, dejara a cualquiera para irse con él? ¿Tendrían las mujeres de Orce compromisos sociales y deberían dar explicaciones a sus padres sobre edad, condición y otras características del hombre con el que se

relacionaban? ¿Solucionarían esas cuestiones a palos, con la quijada de un burro o el colmillo de un mamut?

Algún día te explicaré la teoría del matrimonio canónico —el civil en occidente es una copia del eclesiástico— como mecanismo de control económico, en lo que ha tenido una grandísima influencia la Iglesia. Ya sé que piensas que soy un anticlerical declarado pero el matrimonio no tiene nada de sacramento y mucho de mecanismo para garantizar la correcta transmisión de los bienes. Correcta y auténtica, como modo de estar seguro de que los bienes que uno ha acumulado en su vida pasan a alguien de su misma sangre, que las pruebas genéticas son de ayer por la mañana y los hombres y las mujeres siempre hemos cojeado del mismo pie.

Algún día... te explicaré... ¿podré explicarte, decirte, oírte... algún día?

Se ha consumado el distanciamiento. Lejos están las llamadas continuas, sonrientes y alegres. Lejos quedan los encuentros a la más mínima oportunidad, las bajadas precipitadas por el ascensor, los besos rápidos en el descansillo de tu trabajo ante los ojos sorprendidos de alguna abuela despistada. Lejos quedan las cervezas furtivas a mediodía en una mesa pegajosa de un bar de tercera con la adrenalina añadida de mirar a cada instante quién merodeaba por los alrededores.

Hace unos días, todas esas circunstancias eran una dificultad mínima, hoy son un obstáculo insalvable. Lo que hace unos días era una oportunidad, hoy —todavía no sé por qué— es una montaña inaccesible. Cualquier minuto libre, era libre para buscarme. Hoy, cualquier otra persona —he quedado con... tengo que ver a...— es buena para sustituirme. Me da miedo llamarte y notar tu voz helada, impersonal, la misma que hace nada era cálida y tierna, cómplice y acogedora.

Dices que eres la primera que se encuentra incómoda: “No es que esté mal contigo. Estoy mal conmigo y, en consecuencia, estoy mal con cualquiera. No tengo ánimo para bailarle a nadie la danza de los siete velos”.

¿Qué crees que buscaba yo en ti, una persona con serrín en la cabeza que estuviese en una permanente carcajada? ¿Una imbécil con un cuerpazo de

sacrilegio? Tú, de mema con la cabeza hueca no tienes nada. Es más, pocas cabezas he visto tan bien amuebladas. Yo te he querido y te quiero como eres, un ser humano con altos y bajos, con risas y con problemas. Tú me has contado siempre tus problemas, tus ocurrencias, tus pensamientos, tu pasado salvaje y aquellas cosas que hoy ves como barbaridades. ¿Me has visto escandalizado? ¿Te he defraudado? ¿Por qué me hurtas ahora lo que me diste cuando no lo esperaba? ¿Por qué, de repente, has dejado de soñar conmigo cosas inconfesables?

No hay nada que quiera menos en el mundo que constituir un problema para ti, en lugar de ser el motivo de tu felicidad y la causa de tu alegría. Ser tu plasta o tu tortura, en lugar de ser tu bálsamo, no es una idea agradable. No quiero ser tu acosador, sino tu compinche, tu confidente, tu amigo, tu amante, tu colega de causa —como dicen esos que tú y yo conocemos bien.

Desde el primer día que te vi, perdón, no desde el primer momento, que tardé por lo menos diez o doce minutos en darme cuenta, me pareciste un ser único, especial, lo mejor que me podía pasar. Yo no vi en ti sólo una mujer físicamente apetecible —también vi eso, pero no sólo eso—, no vi en ti una mujer simpática y alegre, capaz de iluminar el universo con una sonrisa —también vi eso, pero no sólo eso—. Vi en ti la persona con la que soñé siempre, por la que daría la vida si hiciera falta, con tal de estar siempre a su lado. Quise, contigo, rebelarme contra la biología, doblegar las leyes de la naturaleza, sujetar y amordazar al tiempo. Quise pegar coces contra un aguijón.

Desde el primer día te tuve miedo y te huí. Sabía que frente a ti no tendría nada que hacer y que en una relación contigo siempre llevaría las de perder, siempre llevaría la peor parte. Sí, sí, la peor parte a pesar de que tú pienses que soy yo el único capaz de dominarte a ti, que has dominado siempre.

¿Qué viste tú en mí, un hombre del montón, donde los haya? ¿Qué receta has usado —tú también te decías enamorada— para pasar en un segundo del amor a la indiferencia y, casi, al odio y al aborrecimiento?

¿Cómo es posible que necesitaras verme, hablarme, estar junto a mí y de la noche a la mañana, mi voz, mis noticias y mi presencia, te resultaran

insufribles? ¿Cómo se pasa en un instante de la pasión a la frialdad, de la ternura a la indiferencia, del amor al hielo?

Dame, por favor, la fórmula, si la tienes.

Vuelve mi estómago a quejarse. Llevo en carretera, de manera automática, sin conciencia de las operaciones necesarias para conducir, casi tres horas. No he tomado ni agua. Mis tripas descomulgadas se parecen a las de los huéspedes del Domine Cabra. No me detengo y no sé por qué. Sigo devorando solamente kilómetros.

La zona norte de Granada es una tierra pobre, árida y poco poblada. He atravesado una vega mínimamente fértil, en un valle conocido como la hoya de Baza.

¡Cómo me gustaría que vinieras conmigo! Pararíamos en la ciudad y te contaría andanzas de los íberos, los que fundaron la primitiva Bastí, los extraordinarios escultores capaces de tallar la dama de Baza —pariente cercana, casi hermana— de la de Elche y de la que también se han apropiado los centralistas caciques madrileños, lo mismo que de la ilicitana. Te contaría historias de la reconquista, porque desde Murcia hasta Baza, desde Baeza y Jaén, y desde la axarquía malagueña, pusieron cerco los reyes castellanos al reino Mazarí granadino y sustituyeron la civilización árabe, lujosa, culta, humanista e ilustrada por una vida oscura y atrasada.

Pararíamos en Guadix —la romana Acci— y veríamos las cuevas. Aquí, en el siglo XX, todavía hay gente que vive de la misma manera que lo hacían los trogloditas hace veintitantes siglos, en cuevas excavadas en la ladera de un monte. La fachada está encalada y hay un dintel y una puerta, pero eso es todo lo que se ve de la casa, porque toda ella está bajo tierra y solamente si miras unos metros hacia arriba, ves en algún lugar del cerro, que han excavado, la chimenea.

Pararíamos, sólo unos kilómetros más adelante, en otro poblado primitivo lleno de cuevas y de cerámica. Se llama Purullena. Lo estoy viendo ahora mismo deslizarse rápidamente a la derecha de la carretera. Veo multitud de agujeros en la ladera de un monte terroso, parecen madrigueras, pero son

casas. Como las que te he dicho antes. Hay cientos de puestos de cerámica granadina con ánforas, cuencos, maceteros, lámparas y mil y un objetos de estilo árabe o andalusí, con la granada entreabierta como símbolo permanente.

Quiero comprarte un espejo y quiero elegirlo contigo. Hay infinidad de modelos, de colores, con distintos dibujos y arabescos, que adornan la cerámica y la madera que lo enmarcan. Quiero comprarte varios espejos y llenar la casa. Ya sé que tú te quejas. Un día me decías que tenías un grano, otro día una cana, otro una arruga en no sé qué parte de la cara o una pata de gallo. Y yo sonreía feliz y divertido porque jamás vi un solo defecto en tus labios, en tus ojos o en tu sonrisa.

Quiero llenar nuestra casa de espejos para verte por todos los sitios, cuando vayas y cuando vengas, peinada y despeinada, vestida y desnuda, en pijama y en vaqueros, con minifalda y con traje de fiesta, como lo más grande y lo más hermoso, la mujer a la que nunca pude ni siquiera imaginar que tendría cerca. Y te he tenido cerca y he estado contigo y dentro de ti...

¿Te has dado cuenta ya de que estoy como el tal Lull Von Dervall? Vida mía, mi pequeña. La dama de Baza, la catedral renacentista de Guadix de Diego de Siloé, las cuevas y la cerámica de Purullena, cualquier cosa, tenga o no relación, me arrastra irremisiblemente hasta ti. No me resisto y me dejo arrastrar encantado.

Veo una pareja de la Guardia Civil y los saludo sonriente, me devuelven el saludo y deben de pensar que estoy como una cabra. No lo saben ellos muy bien. Voy cantando —cantándote— una canción que no sé de quién es, y mientras, sigue luciendo y calentando el sol: “Hay algunos que dicen, que todos los caminos conducen a Roma. Y es verdad, porque el mío, me lleva cada noche al hueco que te nombra. ¡Ay! Amor mío, qué terriblemente absurdo es estar vivo, sin el aire de tu cuerpo, sin tu latido...”

Estoy bastante peor que Von Dervall, porque no habrá casa, ni habrá espejos... y tu latido... no me bastará con recordarlo.

Mil veces doy vueltas y vueltas a la misma pregunta, porque necesito encontrar una respuesta mínimamente lógica y coherente, que me ayude a entender la realidad miserable y odiosa que estoy viviendo. ¿Sólo han sido los malditos veinte años? ¿Es ésa la única barrera —que no es poco— que nos impide estar juntos?

Me cuesta trabajo creerlo. Cuando empezamos a vernos con asiduidad, cuando empezamos a estar juntos, ya existía esa dificultad —yo nunca me he quitado años y no te engañé ni en ése ni en otro terreno— y ya la calibrámos. En un ejercicio de sentido común, dábamos a la relación un máximo de diez años. Hasta que se iniciara el lógico acelerón en mi decadencia, que hay que ser realista. Los diez años podían haber quedado en cuatro. O en tres. Han quedado en cuatro meses y no nos hemos dado ni la oportunidad de intentarlo en serio. Tengo una duda: ¿Te has agobiado por algo distinto? como decías: “Yo si me agobio y me voy, no quiero que luego te quejes de que, por mí, rompiste....”

Me resisto a creer que ha sido una frivolidad porque no te considero una mujer frívola. Me niego a admitir que haya sido un capricho, porque tienes la posibilidad —lo sabes perfectamente y lo compruebas a diario— de acceder a quien quieras y, para capricho, podrías haber escogido a un potentado económico o a un joven de gimnasio, de los de mandíbula cuadrada. Esos a los que puedes contarle los abdominales desde lejos, sin heridas de batallas antiguas, sin la amargura que añaden las enseñanzas de la edad y sin cinturón de bacon adornando su anatomía, como es el caso que nos ocupa.

Para mí no has sido un caprichito con el que distraer la crisis del demonio meridiano, la que tiene lugar entre los cuarenta y los cincuenta. No has sido una búsqueda desesperada de permanecer en una juventud que se escapa. Yo no te busqué, porque yo no buscaba nada. Te encontré e incluso intenté huir pero me fue imposible. Para mí no has sido un bombón disfrutado a medias, ni una aventura, un amor de verano que se aprovecha exprimiéndolo mientras dura y, si te vi, no me acuerdo. Tú le has dado sentido a mi vida y se lo has quitado al irte.

Hace unos días me mandaste un recado: “No me resulta posible llamarte — eran tus vacaciones con otro— pero estás siempre presente”, me decías, y a mí, el alma mordida y aperreada, se me esponjaba.

¿Ya no estoy presente siempre? ¿Nunca estoy presente? Ésa es la clave de mi desesperación y me destrozo intentando averiguar cómo se pasa de estar presente siempre, a sentir la indiferencia que me manifiestas, como si estuvieses ante un desconocido... peor que si estuvieses ante un desconocido.

He hablado contigo por última vez hace cinco días. Lejos quedaba tu risa sonora y contagiosa, lejos tus confidencias y tu familiaridad, el hacer de la historia más nimia un motivo para comunicarnos, lejos, la complicidad que nos hizo íntimos.

¿Te he defraudado? ¿Se me ha ocurrido, siquiera por un instante, echarte en cara cualquier historia, por trivial que fuese, que compartiste conmigo? ¿Qué he hecho para desatar tu distanciamiento y tu frialdad? He hecho lo único que he podido y no ha sido otra cosa que quererte. No sé quién lo dijo, pero me viene como anillo al dedo: “No podemos hacer nada por la mujer que amamos, sólo seguir amándola”.

Hemos hecho el amor —esa expresión afrancesada y cursi, como dice Paco Rabal—, pero no encuentro ninguna mejor para definir mis encuentros contigo. No me repugnan ni me escandalizan, como a niña de colegio de monjas, las expresiones como “follar” o “echar un polvo”, aceptadas y usadas hoy hasta la saciedad pero no es eso lo que yo he hecho contigo. No ha sido algo meramente carnal, no han sido sólo unos ratos de placer o un desahogo. Eso no es malo, incluso es muy bueno, pero no es eso lo que yo he hecho contigo. Mis caricias, mis besos, el estar dentro de ti y deshacerme ha estado siempre transido de amor.

Me duele reconocerlo. Me fastidia enormemente aceptar mi sensibilidad — yo que iba de duro de película, al que le resbalan las emociones—. No creas que es un plato de gusto reconocerme caído.

Hemos hecho el amor, con pasión y con hambre, en los lugares más insospechados. He vuelto después a ellos, como el que visita un lugar sagrado.

En ellos pretendía rememorar tu olor y el tacto de tus manos o de tu boca haciendo diabluras. Me sorprendí pidiendo a la arena de la playa que me trajese tu imagen, a las dunas que dibujaran tu risa y a los árboles que me hablaran de ti. Loco perdido, como Von Dervall.

Ha quedado atrás Guadix, las cuevas trogloditas y la cerámica. Estoy atravesando la última sierra que me separa de Granada. El Puerto de la Mora, una carretera infernal llena de curvas y de repechos en la que puedes eternizarte sólo con que te toque delante un camión o un coche decrepito.

Al iniciar el descenso veo, a la derecha, un cartel indicador que ejerce sobre mí un magnetismo extraño y me obliga a desviarme: Víznar.

Es mediodía. El sol ya pega fuerte y el cielo es azul, como sólo es azul en Andalucía. Por estos caminos, por esta sierra que ahora desprende paz, por estos pinares, dio García Lorca su último paseo: "Entre Víznar y Alfacar mataron a un ruiseñor, porque quería cantar". No sé de quién es esa copilla, no me acuses de plagio.

Te dije que no llevo casi equipaje. Entre los pocos libros, "Vida de Federico García Lorca" es uno de ellos. Me gustaría haberlo leído contigo. A lo mejor te habría ayudado a entenderme, por aquello de la manera de ser y el senequismo andaluz, no creas que me quiero comparar con el poeta, aún no estoy tan loco. Lorca era casi paisano mío, de un pueblo de la Vega. Ya era un autor de éxito y reconocido en todo el mundo cuando las cosas empezaron a ponerse feas en España en 1936. Estaba en Madrid y se vino a morir —a que lo mataran— a Granada, otro que tal.

Los fascistas "le tenían ganas", lo tachaban de maricón, de enemigo de la Iglesia —otra vez los curas— y de intelectual peligroso, porque siempre es peligrosa la inteligencia. Después del golpe de Estado, que fracasó y por eso tuvo lugar la guerra civil, en Granada, como en tantos otros lugares comenzaron los paseíllos, las venganzas personales y rastreras disfrazadas de enemistades y de contiendas políticas. La historia siempre se ha repetido. A primeros de agosto, en plena efervescencia de los odios, se presentaron en su casa de la Huerta de San Vicente unos falangistas a practicar registros. Buscaban emisoras clandestinas, papeles clandestinos... Mal presagio... el que

mandaba a esos escuadrones era el capitán Rojas, el responsable de la matanza de Casas Viejas.

Lorca había escrito “La casa de Bernarda Alba”, una obra subversiva que criticaba a los caciques y terratenientes de Asquerosa —un pueblo real que después cambió su nombre, todavía existe y se llama Valderrubio—. La obra sentó mal a quienes en ella se veían retratados. Ése fue el principal motivo de su muerte o uno de los más importantes.

Lorca, que no era ningún jabato, estaba asustado por los acontecimientos y fue a esconderse, cerca de la plaza de la Trinidad, a casa del poeta Luis Rosales —también falangista, pero buena persona— en donde pensaba que estaría protegido.

De allí fue sacado, aterrorizado y a rastras, por un fascista salmantino, pero que ejercía en Granada, de apellido Alonso y al que apodaban “el obrero amaestrado”, una especie de sindicalista utilitario y trepa que tanto abundaban. Los Rosales no pudieron hacer nada por él, aunque lo intentaron. Duró poco Lorca en el gobierno civil y en la comisaría. Queipo de Llano, otra bestia con uniforme, autorizó al gobernador Valdés a que le diera “mucho café” al poeta, que era la manera de mandar pegarle un par de tiros.

El diecisiete de agosto lo trajeron hasta el sitio en el que yo me encuentro ahora, entre Víznar y Alfacar, al amanecer lo fusilaron, esposado a un maestro de Pulianas llamado Dióscoro y a dos banderilleros apresados en el Albaicín, cerca de un manantial que ya los árabes conocían como la Fuente de las lágrimas. Iba entre los asesinos el capitán Nestares, al que tuve la suerte de ver morir en el hospital militar de Granada hace ya muchos años, cuando yo era un chaval y tú aún no habías nacido. Mi padre fue quien me contó la hazaña del viejecito que expiraba con aire pacífico.

Hoy quiero llorar, como lloran los niños del último banco, imagino que pensaría Lorca, aterrado, antes de morir como un perro en un barranco. Hoy yo, querría llorar, igual, como los niños del último banco, porque soy un pulso herido... mi pequeña.

Estoy bordeando Granada y no sé por qué no me detengo. Aquí están mis raíces, mi familia, mi adolescencia en el Instituto Padre Suárez, en el que pensaba llegar a ser “un hombre de provecho”. ¡Menudo hombre y menudo provecho! Desde la carretera que rodea Granada, veo al fondo la Alhambra y la sierra detrás, conservando aún algunos neveros pese al calor del verano. Veo las casas blancas del Albaicín a la izquierda, la plaza de San Nicolás, cuyas puestas de sol son un espectáculo sin igual en el mundo. Veo, como madrigueras, las cuevas del Sacromonte, las torres de la Cartuja y las dejo atrás sin decir adiós. Mi familia no sabe que ando por aquí. Ya se enterarán.

Desaparece Granada en el retrovisor y comienzo a subir un pequeño puerto en la carretera que lleva a la Costa y a la Alpujarra: El Suspiro del Moro. Aquí atribuye la leyenda a Boabdil, el llanto como mujer por lo que no defendió como hombre. ¿Es cosa de mujeres llorar? ¿Es cosa de hombres defender, peleando, lo que se desea? Ya estoy otra vez con el síndrome de tu ausencia, colocándote en el centro de cualquier pensamiento.

La última vez que hablamos, te pregunté: “¿Has empezado ya otra relación?”. “Estoy más tranquila”, respondiste. Yo no te hablaba de tranquilidad, sino de felicidad que no son palabras sinónimas. También tú preguntaste: “¿Has recompuesto la tuya?”. ¡Qué voy a recomponer! ¿Cómo puedo estar con nadie si tú estás siempre en medio? ¿A quién voy a besar pensando en ti? Como ejercicio masoquista, intenta hacer el amor —expresión afrancesada y cursi...— pensando en alguien distinto al que está contigo. A mí me resulta, más que incómodo, imposible.

Si te odiara, sería más fácil, pero no quiero ni puedo hacerlo. Por ti moriría y mataría, estoy condenado a quererte hasta el fin del tiempo.

Hay un cruce. Sale a la izquierda una carretera que lleva a Lanjarón, el pueblo del agua al pie de la Alpujarra. Sigo por ella, como podría haber seguido por cualquier otra. El trazado se empina y se hace sinuoso. Dejo Órgiva a la derecha y atravieso Lanjarón. Grupos de jubilados caminan despacio con la cesta y la botella hacia las fuentes medicinales en las que creen que mana el elixir de la eterna juventud. Se retuerce una y otra vez la carretera, enlazando curvas de manera interminable. Estoy en la espalda de la Sierra Nevada, la cara

que da al mar. Veo arriba unos pueblos blancos, colgados de unos riscos imposibles, como pintados por un impresionista: Capileira, Pampaneira, Bubión. Los nombres evocan su origen de cristianos viejos traídos desde Castilla, León y Galicia para repoblar una zona plagada de moriscos. Siempre el hombre ha usado la misma estrategia, la del Caballo de Troya, imbricar en una sociedad concreta gente distinta para diluirla o para modificarla en profundidad y desde la raíz.

Por estos barrancos, desde Almería y Baza hasta la Sierra Bermeja malagueña, se libró la Guerra de las Alpujarras contra los moriscos liderados por Aben Humeya. La rebelión fue contra las directrices de Cisneros y Deza, obispos que incumpliendo pactos, los obligaron a renunciar a sus costumbres, su cultura, su lengua y su forma de vestir en aras de la pureza de la fe católica. Corrió sangre y se hicieron barbaridades por aquí en nombre de la religión, mezclada como siempre con la economía. Tuvo que venir el hermano bastardo —i qué palabra!— de Felipe II, Juan de Austria a terminar con los revoltosos.

Por estos sitios anduvo Gerald Brenan, Don Gerardo lo llamaban, que cambió la fría y húmeda Inglaterra por la luminosidad cálida. Aquí escribió *El Laberinto Español*, un libro que a día de hoy, en este régimen nefasto, continúa prohibido. Aquí se inventó en el siglo XIX el tráfico de influencias. Por aquí andaba el gran cacique de la zona, que aún recuerdan los lugareños. Era diputado o alto cargo de lo que fuera en la corte madrileña, se llamaba Natalio Rivas y se hizo famosa, fuera de estas fronteras, la petición que sus paisanos le hacían a gritos: “¡Natalio, colócanos!”. Buscar una colocación era, antes y ahora, la ambición de cualquiera. A ser posible, al abrigo de la sopa boba del Estado que, aunque sea escasa, estaba y está en cierta medida garantizada. De aquí es el episodio famoso —no sé si lo cuentan como real y es sólo un chiste— de que el alcalde, como los paisanos eran bastante brutos y él, como todos los políticos, quería tenerlos contentos aunque fuera engañados y quedar como el gran benefactor, les preguntaba a gritos desde el balcón del ayuntamiento: “¡Bárbaros de Pitres! ¿Qué queréis, puerto de mar o dos cosechas al año?” Todos a grandes voces y al unísono respondían: “¡Queremos dos cosechas al año!” —de donde se deduce que la gente se inclina por el beneficio económico inmediato y el doble de cosecha en un año parece que da

más bienestar que tener un puerto de mar—. El alcalde replicaba de inmediato: “Pues a partir de ahora, aquí, en Pitres, los años van a tener veinticuatro meses”. Y todo el mundo lo jaleaba, se reía y se congratulaba de tener un alcalde con tanta iniciativa y tan preocupado por el bienestar del pueblo.

¿Por qué te cuento todo esto? ¿Es un intento desesperado de hacerte reír? Mal puedo yo hacer reír a nadie como no sea con una risa trágica y lastimera, la que puede inspirar un ser hundido.

ÚLTIMA MISIVA DE EL METRALLA

Hola amigo. Por última vez, al menos por ahora. ¿Te han gustado las libretas que te dejé en herencia? ¿Has seguido mis instrucciones y no te has atrotinado? ¿Has leído todo el material de mi herencia siguiendo el orden que te dije? ¿Se te ha quitado ya la mala leche y el cangui que te entró —ya ves que te voy conociendo— cuando viste que me había despedido a la francesa?

La verdad es que te hago tantas preguntas para despedirme, que voy a tener que volver para que me pagues —tú no, tu boticaria— otra semana de pensión y otros cuantos banquetes, y me des cumplida contestación a todas ellas.

La primera libreta no necesita ninguna explicación porque se explica sola. Es cierto, tanto al menos como el Evangelio, todo lo que pone el chavalín. Todo menos el nombre, que yo, cuando ejercía de maestro con él y le mandé el trabajo, le dejé bien claro que el nombre tenía que ser ficticio. Es una gilipollez porque lo tenían identificado perfectamente si lo pillaban, y lo pueden identificar ahora si alguien con mano se lo propone, que todos los que estamos fichados, lo estamos para los restos y las fichas no se rompen nunca. Pero allí y entonces, el usar un nombre simulado, valió como primitivo mecanismo de defensa. Ya sabes tú que en las cárceles, lo mismo que en la calle, tiene uno que estar en guardia, que esto a pesar de tantas leyes y tanta organización social y tanto supuesto control de Estado, no deja de ser una jungla en la que sobrevive el más fuerte, y no me quiero meter otra vez con la evolución de las especies ni con el darwinismo, no sea que aparezca por alguna rendija otra vez el terrateniente de mi pueblo y me busque de nuevo la ruina.

Demetrín, vamos a dejarlo con el nombre supuesto, era un chiquillo cuando entró. Ya sabes el delito aunque lo hizo, más que un delito, fue una

obligación. Era listo como el hambre. Nunca me he tropezado yo a una persona con los ojos más abiertos ni con más capacidad y disposición para aprender. Yo di el primer paso, y entre todos lo cogimos por banda —a los políticos de aquella época y en aquella cárcel me refiero— y nos propusimos que no fuera carne de cañón ni de talego, que para el caso es lo mismo.

Aquellos presos eran otra cosa distinta de la basura que se ve hoy. Los políticos, hasta los etarras, también eran otra cosa. Aquellos etarras eran tíos con una ideología, serios, luchadores y consecuentes. Incluso avisaron más de una vez: “No os confundáis —decía uno al que llamaban Echave y cuyo nombre no recuerdo—, nosotros no somos antifranquistas”, que por eso se les reconocía y se les tenía casi en un pedestal desde que liquidaron al que garantizaba la supervivencia del régimen, a Carrero en la “Operación Ogro”. “Nosotros no somos antifranquistas, somos antiespañoles”. Con aquellos tíos se podía hablar y se podían aprender cosas. Estos etarras de ahora son más cacos que los cacos. La ideología y el modelo de sociedad nueva brillan por su ausencia y a mí me da la impresión de que son tan desarraigados y están tan fuera de órbita como yo, lo que pasa es que yo no pego tiros ni mato a nadie y ellos sí, pero en el fondo y en las formas, los dos, los etarras de ahora y yo, somos gente marginal. Cada uno a su estilo pero ambos fuera del mundo, de sus circunstancias y de la manera de moverse que hay que tener hoy en día.

Para mí, el Demetrín que es de quien estaba hablándote, fue —y lo sigue siendo porque todavía vive, y vive muy bien y es una persona de relevancia y de prestigio— el hijo que nunca tuve, un gran amor en mi vida. Él se comporta así conmigo, como el que quiere, si acudo o lo llamo cualquier día y a cualquier hora. Yo le hice leer y le hice escribir. Y lo digo con orgullo de la obra bien hecha que ha dado sus frutos. Fui, probablemente, el que despertó la curiosidad y la ambición de saber que ya tenía él dentro.

¿Te acuerdas? En la libreta, en uno de sus relatos, dice que no le gustan los temas del Derecho. Pues se hizo abogado —uno de esos que tú y yo, y tú eres otro de ellos, hemos puesto como siete mil guiñapos todos estos días— y anda dando clases y conferencias sobre esos asuntos, y todo el mundo lo considera una lumbre, y vive como un rey a cuenta de ese rollo de la jurisprudencia y de la investigación jurídica.

Estoy seguro de que en esa libreta tú también has aprendido muchas cosas porque cuando Franco estaba dando las últimas boqueadas, y los últimos y crueles estacazos, tú eras solamente un crío y no te enterarías ni de la misa la mitad.

Parece que la libreta se corta de manera inmotivada y abrupta. Lo de abrupta es cierto, lo de inmotivada no. Fueron las circunstancias que siempre nos marcan y nos dirigen la vida por más que queramos impedirlo. Demetrín, como deja bien claro en su acta notarial, estuvo toda la noche de aquel 26 de septiembre en capilla. Bueno él no estaba en capilla para ser fusilado, pero estuvo allí antes de que ejecutaran a Otaegui. Terminó el fusilamiento, levantaron el cadáver, firmaron los papeles que tenían que firmar, se fue el enjambre de policías con trinchas, con cascos, con metralletas y con todo tipo de material antidisturbios, como si fueran a asaltar el Alcázar de Toledo por lo menos, y lo mandaron a encalar la pared de la granja para borrar inmediatamente todas las huellas de la sangría y que aquello quedara como si allí no hubiera pasado nada. Luego, Demetrín se fue a dormir un rato pero antes tuvo el tiempo y los santos cojones de dejar por escrito todo lo que había vivido aquella noche.

Durante toda la mañana del día 27 continuó en aquel penal el ambiente enrarecido y tenso. La gente comentaba, dando vueltas por los patios, el ruido de la descarga y el último, más apagado, del solitario tiro de gracia. Discutían sobre si el pelotón de la policía armada lo habían compuesto seis, ocho o más miembros y hasta los más entendidos —por el ruido que habían hecho— discutían sobre el tipo de armas utilizadas.

En éas, en medio del ambiente raro que ya he dicho que había, noté yo una movida que venía a llenar de tensión lo que ya estaba hasta los topes. No sé cómo me cosqué de que estaban preparando una cunda en plan secuestro, un traslado de gente a media noche o al ser de día o sin avisar. Y el pobre Demetrio era uno de ellos. Iban a trasladarlo a otro penal —iría recomendado porque todos valoraban sus servicios y lo currante que era— para evitar las habladurías, que le obligaran o le tiraran de la lengua para que contara lo vivido aquella noche aciaga y algún listo lo contara luego o se lo pasara con pelos y señales a los compañeros del fusilado y estos lo hicieran llegar a la

calle. La madre estuvo con él media hora y se fue a media noche, el abogado no apareció porque estaba malo y los demás eran integrantes del sistema que se lo había cargado. Demetrín era el único testigo directo y le leyeron la cartilla —bien pero tarde— para que no dijera ni mu de lo vivido y lo visto en aquellas habitaciones, inmediatamente antes de los tiros.

Menos mal que estuve listo, porque si se lo hacen por el registro de la sorpresa, igual hasta le pillan la libreta y nos joden bien. La cogí yo, la saqué cuando me fui en libertad con la última amnistía y la he tenido hasta ahora que te la he dado a ti, de modo que ya te puedes dar con un canto en los dientes porque es un material de primera calidad y de primera mano. El Demetrín asimiló bien las enseñanzas, aprovechó el tiempo en la cárcel, salió en muy pocos años en condicional y hoy ya te he dicho que es un tío prestigioso. Él —a él acudo de cuando en cuando, más que a pedir nada, a dar señales de vida— se ha empeñado, antes que tú, en sacarme de la calle. Me ha tratado como si fuera su padre y me ha ofrecido mil veces “recogerme” en su casa. Las mismas veces me he negado yo porque a esta edad ya no se cambia y quien ha vivido siempre en el filo de la navaja y como un nómada, no se puede convertir en un burgués de la noche a la mañana y hacerse sedentario. Dejadme a mí solo y tranquilo, que el buey suelto, bien se lame.

La segunda libreta sí necesita explicación. Seguro que hasta tú te has hecho cruces y te habrás preguntado: “¿qué pinta en medio de todo esto una carta de amor cursi, apasionada y que destila romanticismo, es que quieres acabar un libro que lleva todas las trazas de ser corrosivo como una novela de Corín Tellado?”

No es eso, tiene su explicación y es un material tan carcelario y tan real como mis historias o como la libreta del chiquillo, de Demetrín.

Esa libreta es también de la cárcel de Burgos y de la misma época. Allí se escribió y allí la pillé yo por los pelos, que también ésa, aunque por motivos bien distintos, estuvo a punto de caer en las manos de los funcionarios y, después de leerla, ya me habría dolido a mí perdérmela.

Te cuento para que te enteres. Esa libreta es obra de un tío al que yo consideraba un lila, un julandrón, un pringao que había acabado en la cárcel por culpa de la bragueta.

Este tipo —lo de los asuntos de bragueta no significa que fuera un violador, aunque también sería posible, que de todo hay en la viña del Señor y en aquella mucho más— era un individuo felizmente establecido. Tenía una colocación de puta madre en un banco en Alicante que es donde nosotros nos hemos conocido, y cierta relación conmigo pues, aunque no sé su lugar de origen, por lo que escribe parece que pudiera haber nacido o vivido algún tiempo en mi tierra. En fin, que este tío estaba bien colocado, casado, manejando viruta y viviendo como Dios. Pero como el hombre es un ser imbécil por naturaleza y nunca está conforme, y aunque tenga el oro y el moro, echa en falta lo que no tiene o lo que está prohibido o lo que le resulta difícil de alcanzar, el menda, empezó a tontear con una niña, veintitantes años más joven que él.

Aunque uno tenga una cabeza privilegiada, tú sabes que la cabeza de la polla siempre es irracional —perdona la grosería pero no me he encontrado expresión más descriptiva y acertada y no he podido evitar soltártela—. Esa no piensa, ni cree en Dios, ni le teme al infierno ni a la madre que la parió. Éste se encoñó hasta las trancas y se le fue la olla. Se imaginaba a la niña aquella trabajándose los bajos y se le iban a la mierda todos los frenos legales y las inhibiciones éticas y morales del nacionalcatolicismo reprimido. Tardaron tiempo en pescarlo porque el tío era listo, pero al final cayó. La niña que le hacía los solos de flauta debía de ser un monumento ambulante, pero sabía de sus posibilidades y lo llevaba sangrado. Una sortija por aquí, una pulsera por allá, un modelito, un abrigo, unos zapatos de la hostia, un traje de chaqueta, pasta para salir con las amigas... y hasta una tele en color le compró el muy lila, que ahora una tele en color la tiene todo el mundo pero cuando salieron hacía falta medio año de sueldo —y de un sueldo decente— si te querías comprar una. Valía una tele en colores lo mismo que un Seat 124.

Todo eso vale y para eso hacen falta cuartos, y él, que ya te he dicho que era listo y sabía de cuentas y de números, estuvo ciego. La jodienda le impidió ver más allá de la punta de sus narices y no supo parar o estarse quieto sin haber

empezado. Siempre pensaba que repondría lo que estaba llevándose, que podría hacerlo con no sé qué maniobras financieras y que, hasta que eso sucediera, nadie caería en la cuenta de que detrás de los apuntes contables y de los traspasos de una cuenta a otra, no había nada. Mejor dicho, si había. Pero lo único que había era una estafa mayúscula llevada a cabo por el del encoñe para tener contenta a su chorva y tenerla convencida de que era un jerifalte del copón y ganaba pasta por un tubo y no se le acababan los billetes ni quemándolos.

Cayó el pringao y le metieron doce años por un delito continuado de estafa porque con los jueces y con los jefazos de su banco no le valió la labia que tenía, que era mucha, que este tío era capaz de venderle un burro viejo a un patriarca gitano y convencerlo de que el rucio, era un caballo de carreras. La tal Sonia —¡vaya por Dios, ya se me ha escapado el nombre!, pero da igual, que así me dijo el gili que se llamaba la muchacha y no creo que lea esto y si lo lee me importa un huevo, fíjate si estaba imbécil que la seguía llamando “mi novia”—, en fin que la novia enamorada, fue caer el memo en la cárcel y salir zumbando, que si te he visto no me acuerdo y que tal día harán veinte años.

Cuando el julay aterrizó en el penal de Burgos se colocó casi desde el primer día —allí estaba muy valorado saber bien de escritura y de cuentas— como escribiente en la cocina, y era el que hacía los menús y las hojas de racionado y calculaba al céntimo lo que costaba cada día la ración de los presos. A pesar de estar entretenido con su trabajo y vivir bien —dentro de lo bien que se puede vivir en la cárcel— y estar considerado, estaba siempre como amargado y con la cara agria. Andaba solo y no se le conocían ni amigos, ni gente con la que echar una partida, unas risas o lo que fuera. Un buen día —sin avisar y sin encomendarse a Dios ni al Diablo— se ahorcó en el almacén de los víveres, donde estaban los sacos de lentejas y de alubias y las latas de sardinas. Fíjate el marrón. Él tenía autorización para estar allí pero siempre acompañado. Lo dejaron solo y no tuvo mejor ocurrencia que colgarse el muy gilipollas, que seguro que la otra, tan guapa como lista —y lo peor que puede tener un hombre a su lado es una mujer que posea las dos cualidades—, está todavía luciendo las sortijas y los pendientes y las pulseras, y echando polvos con

quién quiera y el otro lleva más de veinte años criando malvas el muy subnormal.

Se ahorcó en el almacén y como era un marrón para toda la guardia —para el que lo dejó salir solo, para el que tuvo que llevarlo y no lo acompañó, para el que pasó el recuento dándolo como vivo cuando ya era fiambre y hasta para la madre del cordero—, tuvimos que cogerlo entre cuatro y dejarlo en su chabolo. Ahorcado perfectamente, pero en su celda. El forense se mosqueó cuando llegó, y todo era decir con cara de mala hostia: “Este tío no se ha muerto aquí, este tío está movido, la ha palmao en otro sitio y lo ha cambiado alguien”. Como son todos lobos de la misma camada le echaron tierra al asunto, arreglaron el traslado, arreglaron la hora, y no pasó nada. El muerto al hoyo y la viva, que era la otra, al bollo. Hay que ser subnormal.

Buscamos en el chabolo antes de que llegara el juez para dar el permiso y llevarse al muerto, por si había algún marrón más, pero no había nada, ni la típica nota de suicida, ni una carta para su madre, ni una nota o un reproche para la tía que le había buscado la ruina, porque ésa es otra: ¿Tú te crees que la tía aquella le mandó una carta, o un paquete o mil pesetas para tabaco y para café, o fue algún día a visitarlo aunque fuera por compromiso? Nada de nada. Fue caer preso y salir la menda echando leches y haciendo fu como el gato como si no lo conociera ni lo hubiera visto en su puta vida, que se ve que estaba para las maduras y para chupar del bote, pero no para cuando vienen duras y mal dadas. Tenía que ser fina la elementa.

Cuando pesqué la libreta —que ya te habrás dado cuenta, es de las que vendían en el economato de la cárcel, idéntica a la del Demetrín— estuve unos días sin abrirla. Luego la leí y descubrí algo que no sabía: el gilipollas, además de encoñado hasta el pescuezo, tenía sentido lírico. Llegué a pensar que incluso estaba como una cabra porque el tío relata un viaje y lo cuenta con un realismo que parece que va en el coche. Lo hablamos varias veces y todos coincidíamos en lo mismo: A la gente se le nubla la inteligencia ante un buen par de tetas y luego, cuando se pega el batacazo, cuando se da cuenta de que es imposible que un bombonazo de veintitantes se enamore de un abuelo de cincuenta, le viene el bajón y utiliza una técnica psicótica pero tan vieja como el mundo: niega la realidad. “Esto no me ha podido pasar a mí. Ella me quiere

pero algún problema habrá por medio, que yo desconozco". En definitiva, es capaz, incluso, de negar que esté en la cárcel y se inventa un viaje romántico en un coche precioso. Tiene ramalazos de sensatez y a veces hasta pone los pies en el suelo porque parece que le está hablando pero reconoce que viaja sólo. En fin, misterios del ser humano que es más complicado que hacerle la permanente a un chino o ponerle el pelo liso a un tío del Congo y que demuestran el poder de ciertas mujeres para volver loco a un hombre.

No me meto en camisas de once varas ni en análisis. Tú verás lo que haces con la segunda libreta y hasta con la primera. Yo te las he dado. Son tuyas y las puedes copiar o pegarles fuego.

No me lo agradezcas. Te las he dado porque no creo que me queden ya muchas posibilidades de guardarlas y si se las llevo a mandar al Demetrín, seguro que no las saca a la luz como también estoy seguro de que tú sí las sacarás.

Tú sabrás lo que haces con nuestras charlas, con las hojas y hojas de apuntes que has tomado. Espero vivir lo bastante como para verlas algún día convertidas en libro en algún escaparate de alguna ciudad. Menudo negocio has hecho como no lo escribas después de los días que has andado perdido y de la mala inversión económica —que ya te habrás dado cuenta de que es casi mejor comprarme un traje que darme de comer—. Como ese libro no salga y sea un éxito, estoy convencido de que la boticaria te deja más tirado que la Sonia de hace veinte años al banquero julandrón —aunque tampoco me cabe duda de que ella nunca te ha hecho sentir lo que el pobre desquiciado sintió.

Si puedes, suaviza un poco mis afirmaciones sobre los curas, los abogados, las monjas y los políticos. Suavízalo todo un poco que creo que me he pasado más de cuatro veces, y los he puesto a parir a todos y a lo mejor, hasta soy yo más vividor que ellos. No quiero que, cuando lean el libro, me declaren en mi pueblo "persona non grata"... aunque después del burro muerto... la cebada al rabo. Lo mismo me da que me declaren odioso que hijo predilecto.

¿Acaso declarándome algo o poniéndome medallas a título póstumo, o nombrándome hijo preclaro de la localidad me van a conceder un día más de vida? ¿Voy a ser inmortal por eso? Supongamos que realmente existiese la

posibilidad de ser inmortal y que fueran verdad todos esos rollos de la vida eterna. ¿No sería el ser eterno también una pasión inútil, como ésa en la que yo llevo enredado ochenta y tantos años?